EL ARTE DE VIVIR

J. Krishnamurti

INTRODUCCIÓN

Me parece que una clase completamente distinta de moralidad y de conducta, y una acción que surja de la comprensión de todo el proceso del vivir, se han vuelto una necesidad urgente en nuestro mundo de crisis y de problemas en constante aumento. Tratamos de abordar estos problemas mediante métodos políticos y de organización, mediante reajustes económicos y diversas reformas; pero ninguna de estas cosas resolverá jamás las complejas dificultades de la existencia humana, aun cuando puedan ofrecer un alivio transitorio. Todas las reformas, por extensas y aparentemente duraderas que sean, son en sí mismas causa de ulterior confusión y nueva necesidad de reformas. Sin comprender todo el complejo ser del hombre, las meras reformas producirán sólo la confusa exigencia de más reformas. Las reformas no terminan nunca y, a lo largo de estas mismas líneas, no existe una solución fundamental.

Las revoluciones políticas, económicas o sociales tampoco son la respuesta, porque han producido tiranías espantosas o la mera transferencia de poder y autoridad a manos de un grupo diferente. Tales revoluciones jamás son la salida para nuestra confusión y para el conflicto en que vivimos.

Pero hay una revolución que es por completo diferente y tiene que ocurrir si hemos de emerger de la inacabable serie de ansiedades, conflictos y frustraciones en que estamos atrapados. Esta revolución tiene que comenzar no con teorías e ideaciones que, a la larga, demuestran ser inútiles, sino con una transformación radical en la mente misma. Una transformación semejante sólo puede tener lugar mediante una educación correcta y el total desarrollo del ser humano. Es una revolución que ha de ocurrir en la totalidad de la mente, y no sólo en el pensamiento. El pensamiento, después de todo, es sólo un resultado y no la fuente , el origen. Tiene que haber una transformación radical en el origen mismo y no una mera modificación del resultado. Al presente, nos entretenemos con los resultados, con los síntomas. No producimos un cambio vital desarraigando los viejos métodos de pensamiento, liberando a la mente de las tradiciones y los hábitos. Es en este cambio vital en el que estamos interesados, el cual sólo puede originarse en una correcta educación.

La función de la mente es investigar y aprender. Por aprender no entiendo el mero cultivo de la memoria o la acumulación de conocimientos, sino la capacidad de pensar clara y sensatamente sin ilusión, partiendo de hechos y no de creencias e ideales. No existe el aprender, si el pensamiento se origina en conclusiones previas. Adquirir meramente información o conocimiento, no es aprender. Aprender implica amar la comprensión y amar hacer una cosa por sí misma. El aprender sólo es posible cuando no hay coacción de ninguna clase. Y la coacción adopta muchas formas, ¿no es así? Hay coacción a través de la influencia, a través del apego o la amenaza, mediante la estimulación persuasiva o las sutiles formas de recompensa.

La mayoría de la gente piensa que el aprendizaje es favorecido por la comparación, mientras que en realidad es lo contrario. La comparación genera frustración y fomenta meramente la envidia, la cual es llamada competencia. Como otras formas de persuasión, la comparación impide el aprender y engendra el temor. También la ambición engendra temor. La ambición, ya sea personal o identificada con lo colectivo, es siempre antisocial. La así llamada ambición noble es fundamentalmente destructivo en la relación.

Es necesario alentar el desarrollo de una buena mente, una mente capaz de habérselas con múltiples problemas de la vida como una totalidad, y que no trate de escapar de ellos volviéndose de ese modo contradictoria en sí misma, frustrada, amarga o cínica. Y es esencial que la mente se percate de su propio condicionamiento, de sus propios motivos y de sus búsquedas.

Puesto que el desarrollo de una buena mente constituye uno de nuestros intereses fundamentales, es muy importante el modo como uno enseña. Tiene que haber un cultivo de la totalidad de la mente y no sólo la transmisión de informaciones. En el proceso de impartir conocimiento, el educador ha de invitar a la discusión y alentará a los estudiantes para que investiguen y piensen de una manera independiente.

La autoridad, "el que sabe", no tiene cabida en el aprender. El educador y el estudiante están ambos aprendiendo, a través de la especial relación mutua que han establecido; pero esto no quiere decir que el educador descuide el sentido de orden en el pensar. Ese orden no es producido por la disciplina en la forma de enunciaciones afirmativas del conocimiento, sino que surje naturalmente cuando el educador comprende que en el cultivo de la inteligencia tiene que haber un sentido de libertad. Esto no significa libertad para hacer lo que a uno le plazca o para pensar con espíritu de mera contradicción. Es la libertad en la que al estudiante se le ayuda a darse cuenta de sus propios impulsos y motivos, los que se revelan a través de su cotidiano pensar y actuar.

Una mente disciplinada nunca es libre, ni puede ser libre jamás una mente que ha reprimido el deseo. Es sólo mediante la comprensión de todo el proceso del deseo como la mente puede alcanzar la libertad. La disciplina limita siempre a la mente a un movimiento dentro de la estructura de un sistema particular de pensamiento o de creencia, ¿no es así? Y una mente semejante jamás está libre para ser inteligente. La disciplina genera sumisión a la autoridad. Provee la capacidad para desempeñarse dentro del patrón de una sociedad que requiere habilidad funcional, pero no despierta la inteligencia, la cual posee su capacidad propia. La mente que no ha cultivado otra cosa que la capacidad por medio de la memoria es como la moderna computadora electrónica la cual, si bien funciona con habilidad y exactitud asombrosas, sigue siendo solamente una máquina. La autoridad puede persuadir a la mente para que piense en una dirección particular. Pero ser guiada para pensar a lo largo de ciertas líneas o en los términos de una conclusión previa, no es pensar en absoluto; es funcionar meramente como una máquina humana, lo cual engendra descontento irreflexivo que acarrea frustración y otras desdichas.

Estamos interesados en el desarrollo total de cada ser humano, en ayudarlo a realizar su más alta y plena capacidad propia -no alguna capacidad ficticia que el educador tiene en vista como un concepto o un ideal-. Cualquier espíritu de comparación impide el florecimiento pleno del individuo, ya sea que se trate de un científico o de un jardinero. La más plena capacidad de un jardinero es igual a la más plena capacidad de un científico, cuando no hay comparación; pero cuando la comparación interviene, surgen el menosprecio y las relaciones envidiosas que crean conflicto entre hombre y hombre. Como sucede con el dolor, el amor no es comparativo; no puede ser comparado con lo más grande o lo más pequeño. El dolor es dolor, como el amor es amor, ya sea que exista en el rico o en el pobre.

El más pleno desarrollo de todos los individuos crea una sociedad de iguales. La actual lucha para producir igualdad en el nivel económico o en algún nivel espiritual, no tiene ningún sentido. Las reformas sociales que apuntan a establecer la igualdad engendran otras formas de actividad antisocial; pero con la educación correcta no es necesario buscar la igualdad mediante reformas sociales o de otra especie, porque la envidia -con su comparación de capacidades- cesa.

Debemos diferenciar aquí entre función y nivel social. El nivel social, con todo su prestigio emocional y jerárquico, surge sólo a través de la comparación de funciones, al considerarlas como función superior e inferior. Cuando cada individuo está floreciendo a su más plena capacidad, no hay comparación de funciones; sólo existe la expresión de la capacidad como maestro o primer ministro o jardinero, y entonces el nivel social pierde su aguijón de envidia.

La capacidad funcional o técnica se reconoce, hoy en día, cuando poseemos un título a continuación de nuestro nombre; pero si estamos verdaderamente interesados en el desarrollo total del ser humano, nuestro enfoque es por completo diferente. Un individuo que posee la capacidad necesaria puede graduarse académicamente y agregar letras a su nombre, o puede no hacerlo, como le plazca. Pero conocerá por sí mismo sus propias aptitudes profundas, que no serán formuladas por un título y cuya expresión no habrá de producir esa confianza egocéntrico que habitualmente engendra la capacidad técnica. Una confianza semejante es comparativa y, por lo tanto, antisocial. La comparación puede existir para propósitos utilitarios, pero no es la tarea del educador comparar las capacidades de sus estudiantes y producir evaluaciones más altas o más bajas.

Puesto que estamos interesados en el desarrollo total del individuo, al estudiante no debe dejársela que al principio elija sus propias materias, porque su elección probablemente esté basada en prejuicios y estados de ánimo pasajeros o en encontrar lo que resulta más fácil de hacer; o puede que elija de acuerdo con los requerimientos inmediatos de una necesidad particular. Pero si se le ayuda a descubrir por sí mismo y a cultivar sus capacidades innatas, entonces elegirá naturalmente no las materias más fáciles, sino aquéllas por las que puede expresar sus capacidades hasta su más pleno y alto nivel. Si al estudiante se le ayuda, desde el principio mismo, a mirar la vida como una totalidad con todos sus problemas psicológicos, intelectuales y emocionales, no se sentirá atemorizado por ella.

La inteligencia es la capacidad de abordar la vida como una totalidad; y el hecho de otorgar calificaciones al estudiante no asegura la inteligencia. Por el contrario, degrada la dignidad humana. Esta evaluación comparativa mutila la mente -lo cual no quiere decir que el maestro no deba observar el progreso de cada estudiante y llevar un registro de ello-. Los padres, naturalmente ansiosos por conocer el progreso de sus hijos, querrán un informe; pero si, desafortunadamente, no comprenden lo que el maestro está tratando de hacer, el informe se convertirá en un instrumento de coacción para producir los resultados que ellos desean, y de ese modo desvirtuarán la tarea del educador.

Los padres deben comprender la clase de educación que la escuela se propone impartir. Por lo general, se satisfacen con ver que sus hijos se preparan para obtener algún título que les asegure buenos medios de vida. Muy pocos se interesan en algo más que esto. Desde luego, desean ver a sus hijos felices, pero más allá de este vago anhelo, muy pocos piensan en el desarrollo total de los niños. Como casi todos los padres ansían, por encima de cualquier otra cosa, que sus hijos tengan una carrera de éxito, los fuerzan con amenazas o les intimidan afectuosamente para que adquieran conocimientos, y así es como el libro se vuelve tan importante; esto va acompañado por el mero cultivo de la memoria, por la mera repetición, sin que tras ello exista la calidad de un verdadero pensar.

Tal vez, la mayor dificultad que debe afrontar el educador es la indiferencia de los padres a una educación más amplia y profunda. La mayoría de ellos se interesa solamente en el cultivo de algún conocimiento superficial que asegure a sus hijos posiciones respetables en una sociedad corrupta. Así que el educador no sólo ha de educar a los niños del modo correcto, sino también ha de ver que los padres no deshagan lo que de bueno pueda haberse hecho en la escuela. En realidad, la escuela y el hogar deben ser centros mancomunados de educación correcta; de ninguna manera han de oponerse entre sí, con los padres deseando una cosa y el educador haciendo algo por completo diferente. Es muy importante que los padres sean plenamente informados de lo que el educador está haciendo y se interesen vitalmente en el desarrollo total de sus hijos. Es tanto responsabilidad de los padres ver que esta clase de educación sea llevada a la práctica, como de los maestros, cuya carga ya es suficientemente pesada. Un desarrollo total del niño sólo puede producirse cuando existe la correcta relación entre el maestro, el estudiante y los padres. Como el educador no puede ceder a las fantasías pasajeras o las obstinadas exigencias de los padres, es necesario que éstos comprendan al educador y cooperen con él, sin generar conflicto y confusión en sus hijos.

La curiosidad natural del niño, el impulso de aprender existe desde el principio mismo, y sin duda debe ser alentado inteligentemente de manera constante, a fin de que se mantenga vital y sin distorsión alguna; ello habrá de conducirlo gradualmente al estudio de una variedad de materias. Si esta avidez por aprender es estimulada en el niño todo el tiempo, entonces su estudio de las matemáticas, de la geografía, de la historia, de la ciencia o de cualquier otra materia no será un problema, ni para el niño ni para el educador. El aprendizaje se facilita cuando hay una atmósfera dichosa de afecto y atenta solicitud.

La apertura emocional y la sensibilidad pueden cultivarse únicamente cuando el estudiante se siente seguro en la relación con sus maestros. El sentimiento de seguridad es una necesidad primordial en los niños. Hay una diferencia inmensa entre el sentimiento de seguridad y el sentimiento de dependencia. Consciente o inconscientemente, la mayoría de los educadores cultiva el sentimiento de dependencia y, por lo tanto, alienta sutilmente el temor, lo cual también hacen los padres a su propia manera, afectuosa o agresiva. La dependencia es producida en el niño por las aseveraciones autoritarias o dogmáticas de los padres y de los maestros acerca de lo que el niño debe ser y hacer. La dependencia va siempre acompañada por la sombra del temor, y este temor obliga al niño a obedecer, a amoldarse, a aceptar sin reflexión los edictos y las sanciones de sus mayores. En esta atmósfera de dependencia queda aplastada la sensibilidad; pero cuando el niño sabe y siente que está seguro, su florecimiento emocional no se ve bloqueado por el temor.

Este sentido de seguridad en el niño no es lo opuesto a la inseguridad. Implica que se siente tan cómodo en la escuela como en su propia casa, siente que él puede ser lo que es sin que lo fuercen en modo alguno, que puede subirse a un árbol sin que lo reprendan si llega a caerse. Este sentido de seguridad puede tenerlo sólo si los padres y los educadores están profundamente interesados en el bienestar del niño.

Es importante que el niño, en la escuela, se sienta tranquilo, completamente seguro desde el primer día. Esta primera impresión es fundamental. Pero si el educador, artificialmente, por diversos medios trata de ganarse la confianza del niño y le permite hacer lo que a éste le plazca, entonces está cultivando la dependencia, no le transmite al niño el sentimiento de que está seguro, de que se encuentra en un lugar donde hay personas hondamente interesadas en su bienestar total.

El propio impacto de esta nueva relación basada en la confianza, relación que tal vez el niño jamás había conocido antes, contribuirá a una comunicación natural en la que el joven no considerará a los mayores como una amenaza a la que debe temer. Un niño que se siente seguro tiene sus propios medios naturales de expresar el respeto que es esencial para el aprendizaje. Este respeto está despojado de toda autoridad, de todo temor. Cuando el niño tiene este sentimiento de seguridad, su conducta o comportamiento no es algo impuesto por los mayores, sino que se vuelve parte del proceso de aprender. A causa de que se siente seguro en su relación con el maestro, el niño será naturalmente atento; es sólo en esta atmósfera de seguridad donde pueden florecer la apertura emocional y la sensibilidad. Sintiéndose cómodo, seguro, el niño hará lo que le gusta; pero al hacer lo que le gusta descubrirá qué es lo correcto, y su conducta no se deberá entonces a la resistencia ni a la obstinación ni a sentimientos reprimidos ni a la mera expresión de un impulso momentáneo.

La sensibilidad implica ser sensible a todo lo que nos rodea: a las plantas, a los animales, a los árboles, al cielo, a las aguas del río, al pájaro que vuela; y también a los estados de ánimo de las personas a nuestro alrededor, al extraño que pasa cerca de nosotros. Esta sensibilidad genera la cualidad de una respuesta generosa, no calculada, que constituye la verdadera moralidad y conducta. Siendo sensible, el niño tendrá una conducta abierta y sin reservas; por lo tanto, una simple sugerencia por parte del maestro será aceptada fácilmente, sin resistencia ni fricción alguna.

Como estamos interesados en el desarrollo total del ser humano, debemos comprender sus impulsos emocionales, que son mucho más fuertes que cualquier razonamiento intelectual; tenemos que cultivar la capacidad emocional y no contribuir a reprimirla. Cuando comprendamos esto y, por consiguiente, seamos capaces de tratar tanto con los problemas emocionales como con los intelectuales, no habrá ninguna razón para temer abordarlos.

Para el desarrollo total del ser humano, se vuelve indispensable la soledad, como un medio de cultivar la sensibilidad. Uno tiene que saber lo que es estar solo, lo que es meditar, lo que es morir; y las ¡aplicaciones de la soledad, de la meditación, de la muerte, sólo pueden ser conocidas si uno las anhela. Estas aplicaciones no pueden ser enseñadas, tienen que ser aprendidas. Uno puede indicar, pero aprender a base de lo indicado no es experimentar la soledad o la meditación. Para experimentarlas, uno debe hallarse en un estado de investigación; sólo una mente que investiga es capaz de aprender. Pero cuando la investigación es suprimida por el conocimiento previo o por la autoridad y la experiencia de otro, el aprender se vuelve mera imitación, y la imitación hace que un ser humano repita lo aprendido sin experimentarlo.

La enseñanza no consiste tan sólo en impartir información, sino que es el cultivo de una mente inquisitivo. Una mente así penetrará en el problema de lo que es la religión y no aceptará meramente las religiones establecidas, con sus templos y rituales. La búsqueda de Dios, de la verdad o como guste uno llamarlo -y no la mera aceptación de la creencia y el dogma- es la verdadera religión.

Tal como el estudiante lava sus dientes todos los días, se baña todos los días, así también tiene que existir la acción de sentarse quietamente con otros o a solas. Esta soledad creativa no puede ser producida por la enseñanza o impulsada por la autoridad externa de la tradición o inducida por la influencia de aquéllos que desean sentarse quietamente, pero son incapaces de permanecer solos. Esta soledad ayuda a la mente a que se vea con claridad a sí misma como en un espejo y a que se libere del inútil esfuerzo de la ambición con todas sus complejidades, temores y frustraciones que son el resultado de la actividad egocéntrico. La soledad

confiere estabilidad a la mente, la da una constancia que no puede ser medida en términos de tiempo. Esa claridad de la mente es el carácter. La falta de carácter es el estado de contradicción interna.

Ser sensible es amar. La palabra "amor" no es el amor. Y el amor no puede dividirse como el amor a Dios y el amor al hombre, ni puede medirse como el amor a uno solo y el amor a muchos. El amor se brinda a sí mismo tal como una flor da su perfume; pero nosotros estamos siempre midiendo el amor en nuestras relaciones y, debido a eso, lo destruimos.

El amor no es un producto del reformador o del trabajador social, no es un instrumento político con el que se pueda crear acción. Cuando el político y el reformador hablan de amor, están usando la palabra sin tocar la realidad que implica, porque el amor no puede ser empleado como un medio para un fin, ya sea éste inmediato o se encuentre en el lejano futuro. El amor pertenece a toda la Tierra y no a un campo o bosque en particular. El amor de la realidad no puede ser abarcado por ninguna religión; y cuando las religiones organizadas lo usan, deja de existir. Las sociedades, las religiones organizadas y los gobiernos totalitarios, perseverando en sus múltiples actividades, destruyen inconscientemente ese amor que, cuando actúa, se convierte en pasión.

En el desarrollo total del ser humano mediante la correcta educación, la calidad del amor debe ser nutrida y sostenida desde el comienzo mismo. El amor no es sentimentalismo ni es devoción. Es tan poderoso como la muerte. El amor no puede ser comprado mediante el conocimiento; y una mente que, sin amor, persigue el conocimiento, es una mente que trafica con la crueldad y aspira meramente a la eficiencia.

De modo que el educador debe interesarse desde el principio mismo en esta calidad del amor, la cual es humildad, delicadeza, consideración, paciencia y cortesía. La modestia y la cortesía son innatas en el hombre que ha tenido una educación apropiada; él es atento con todo, incluyendo los animales y las plantas, y esto se refleja en su conducta y en su manera de hablar.

El énfasis en esta calidad del amor libera a la mente del ensimismamiento en su ambición, en su codicia y en su afán adquisitivo. ¿Acaso el amor no tiene, en relación con la mente, un refinamiento que se expresa como respeto y buen gusto? ¿Acaso no produce la purificación de la mente, la que de otro modo tiene una tendencia a fortalecerse en la arrogancia? El refinamiento en la conducta no es un ajuste autoimpuesto o el resultado de una exigencia externa; surge espontáneamente, con la calidad del amor. Cuando hay una comprensión del amor, entonces el sexo y todas las complicaciones y sutilezas de la relación humana pueden abordarse con sensatez y no con excitación y aprensión.

El educador para quien es de primordial importancia el desarrollo total del ser humano, tiene que comprender las ¡aplicaciones del impulso sexual que juega un papel tan importante en nuestra vida y, desde el principio mismo, ha de afrontar la natural curiosidad de los niños, sin que en ello se manifieste un interés morboso. El impartir meramente información biológica a los adolescentes puede conducir a la experimentación de lujuria, si no se percibe la calidad del amor. El amor libera del mal a la mente. Sin amor y sin comprensión por parte del educador, el mero separar a los muchachos de las chicas, ya sea con alambre de púas o con edictos, no hace sino fortalecer su natural curiosidad y estimular esa pasión que forzosamente tiene que degenerar en mera satisfacción. Por lo tanto, es esencial que los muchachos y las chicas sean educados juntos, de manera apropiada.

Esta calidad del amor también tiene que expresarse cuando uno realiza trabajos manuales, tales como la jardinería, la carpintería, la pintura, la artesanía; y a través de los sentidos, cuando uno mira los árboles, las montañas, la riqueza de la Tierra, la pobreza que los hombres han creado entre ellos mismos; y también al escuchar música, el canto de los pájaros, el murmullo de las aguas que corren.

Estamos interesados no sólo en el cultivo de la mente y en el despertar de la sensibilidad emocional, sino también en un cabal desarrollo físico, y a esto debemos dedicar una atención considerable. Porque si el cuerpo no es sano, vital, distorsionará inevitablemente el pensamiento y contribuirá a la insensibilidad. Esto es tan obvio que no necesitamos examinarlo en detalle. Es necesario que el cuerpo goce de una excelente salud, que se le proporcione la clase apropiada de alimentación y duerma lo suficiente. Si los sentidos no están alerta, el cuerpo impedirá el desarrollo total del ser humano. Para tener gracia en los movimientos y un control bien equilibrado de los músculos, tienen que haber diversas formas de ejercicios, danzas y juegos. Un cuerpo que no se conserva limpio, que es descuidado y no se mantiene en una postura correcta, no conduce a la sensibilidad de la mente y de las emociones. El cuerpo es el instrumento de la mente; pero el cuerpo, las emociones y la mente componen el ser humano total. A menos que vivan armoniosamente, el conflicto es inevitable.

El conflicto contribuye a la inestabilidad. La mente puede dominar el cuerpo y reprimir los sentidos, pero debido a eso toma el cuerpo insensible; y un cuerpo insensible se convierte en un obstáculo para el vuelo pleno de la mente. La mortificación del cuerpo no conduce en absoluto a la búsqueda de niveles más profundos de conciencia; y esto sólo es posible cuando la mente, las emociones y el cuerpo no se contradicen entre sí sino que están integrados, operan al unísono sin esfuerzo alguno, sin ser dirigidos por ninguna creencia, ningún concepto o ideal.

En el cultivo de la mente, nuestro acento no debe estar puesto en la concentración sino en la atención. La concentración es un proceso de forzar la mente, restringiéndola a un punto, mientras que la atención carece de fronteras. En ese proceso, la mente está siempre limitada por una frontera, pero cuando nuestro interés es comprender la totalidad de la mente, la mera concentración se vuelve un impedimento. La atención es ¡limitada, sin las fronteras del conocimiento. El conocimiento llega mediante la concentración y, cualquiera sea la extensión del conocimiento, sigue estando dentro de sus propias fronteras. En el estado de atención la

mente puede y debe usar el conocimiento, el cual, por necesidad, es un resultado de la concentración; pero la parte jamás es el todo, y juntando entre sí las múltiples partes no se contribuye a la comprensión de lo total. El conocimiento, que es el proceso aditivo de la concentración, no produce la comprensión de lo inmensurable. Lo total no se encuentra nunca encerrado entre los corchetes de una mente concentrada.

La atención es, entonces, de primordial importancia, pero no se obtiene mediante el esfuerzo de la concentración. Es un estado en el que la mente está siempre aprendiendo, sin un centro alrededor del cual el conocimiento se acumule como experiencia. Una mente que se concentra sobre sí misma, usa el conocimiento como un medio para su propia expansión; y una actividad semejante se vuelve contradictoria y antisocial.

Aprender, en el verdadero sentido de la palabra, sólo es posible en ese estado de atención en el que no existe compulsión externa ni interna. El recto pensar surge sólo cuando la mente no se halla esclavizada por la tradición y la memoria. Es la atención la que permite que el silencio dé con la mente, lo cual abre la puerta a la creación. Por eso la atención es de extrema importancia.

El conocimiento es necesario en el nivel funcional, como un medio de cultivar la mente y no como un fin en sí mismo. Estamos interesados no en el desarrollo de una capacidad determinada, como la de matemático o científico o músico, sino en el desarrollo total del estudiante como ser humano.

¿Cómo ha de originarse el estado de atención? No puede ser cultivado mediante la persuasión, la comparación, la recompensa o el castigo, que son todas formas de coacción. La eliminación del temor es el principio de la atención. El temor debe existir, por fuerza, en tanto haya un ¡impulso de ser o llegar a ser esto o aquello, lo cual constituye la persecución del éxito con todas sus frustraciones y tortuosas contradicciones. Uno puede enseñar concentración, pero la atención no puede enseñarse, tal como es imposible enseñar la libertad con respecto al temor; pero podemos empezar a descubrir las causas que producen el temor y, en la comprensión de estas causas, está la eliminación del temor. Así, la atención surge espontáneamente cuando alrededor del estudiante hay una atmósfera de bienestar, cuando él tiene la sensación de hallarse seguro, tranquilo, y advierte la acción desinteresada que llega con el amor. El amor no compara; de ese modo se terminan la envidia y la tortura del "llegar a ser".

El descontento general que casi todos, jóvenes o viejos, experimentamos, pronto encuentra una vía de satisfacción y, de esa manera, nuestras mentes se echan a dormir. El descontento se despierta de vez en cuando a causa del sufrimiento, pero la mente vuelve a buscar una solución gratificadora. Se halla atrapada en esta rueda de la insatisfacción y la gratificación, y el constante despertar a través del dolor es parte de nuestro descontento. El descontento es la vía de la investigación, pero no puede haber investigación si la mente está atada a la tradición, a los ideales. La investigación es la llama de la atención.

Por descontento entiendo el estado en que la mente comprende lo que es lo real, e investiga constantemente para descubrir más. Es un movimiento para ir más allá de las limitaciones de lo que es; y si uno encuentra caminos y medios con los cuales sofocar o superar el descontento, entonces aceptará las limitaciones de la actividad egocéntrico y de la sociedad en que vive.

El descontento es la llama que quema los desechos de la satisfacción, pero la mayoría de nosotros busca disiparla de diversas maneras. Nuestro descontento se convierte entonces en la persecución del "más", en el deseo de una casa más grande, un automóvil mejor, etc., todo lo cual se halla dentro del campo de la envidia; y es la envidia la que sostiene un descontento semejante. Estoy hablando de un descontento en el que no existen la envidia ni la codicia del "más", un descontento que no está alimentado por ningún deseo de satisfacción. Este descontento es un estado puro que existe en cada uno de nosotros, si no se lo apaga a causa de una mala educación, mediante soluciones gratificadoras, la ambición o la persecución de un ideal. Cuando comprendamos la naturaleza del verdadero descontento, veremos que la atención forma parte de esa llama ardiente que consume la pequeñez y deja a la mente libre de las limitaciones que implican las búsquedas y gratificaciones que la encierran dentro de sí misma.

Así, la atención surge solamente cuando existe una investigación que no se basa en el progreso propio o en la gratificación. Esta atención debe ser cultivada en el niño, desde el comienzo mismo. Ustedes encontrarán que cuando hay amor -que se expresa mediante la humildad, la cortesía, la paciencia, la delicadeza- ya están libres de las barreras que erige la insensibilidad; de ese modo están ayudando a generar este estado de atención en el niño desde una edad muy temprana.

La atención no es algo que pueda aprenderse, pero ustedes pueden ayudar a despertarla en el estudiante, no creando a su alrededor ese sentido de compulsión que produce una existencia contradictoria en sí misma. Entonces, la atención del niño puede ser enfocada en cualquier momento sobre un tema determinado, y no será la estrecha concentración producida por el impulso compulsivo de adquisición o logro.

Una generación de niños educados de esta manera estará libre del afán adquisitivo y del temor, que son la herencia psicológica de sus padres y de la sociedad en que han nacido; y a causa de que han sido educados así, no dependerán de la herencia de la propiedad. Esta cuestión de la herencia es destructivo: impide que sean verdaderamente independientes y limita la inteligencia, porque engendra una sensación falsa de seguridad que los hace sentirse seguros de sí mismos sin base alguna, creando así una oscuridad mental en la que nada nuevo puede florecer. Pero una generación de seres humanos educados de esta manera por completo diferente -que hemos estado considerando- creará una nueva sociedad; porque ellos tendrán la capacidad nacida de esta inteligencia no trabada por el temor.

Puesto que la educación es tanto responsabilidad de los padres como de los maestros, tenemos que aprender el arte de trabajar juntos, y eso es posible solamente cuando cada uno de nosotros percibe lo que es

verdadero. Es esta percepción de la verdad la que nos une, no la opinión, la creencia o la teoría. Hay una diferencia enorme entre lo conceptual y lo factual. Lo conceptual nos puede unir transitoriamente, pero habrá una nueva separación si nuestro trabajo en conjunto es sólo un asunto de convicción. Si cada uno de nosotros ve la verdad, podrá haber discrepancia en los detalles, pero no existirá el impulso de separarse. Sólo el tonto se separa a causa de algún detalle. Cuando todos ven la verdad, el detalle jamás puede convertirse en materia de disensión.

Casi todos estamos acostumbrados a trabajar juntos según las líneas de la autoridad establecida. Nos reunimos para desarrollar un concepto o promover un ideal, y todo esto requiere convicción, persuasión, propaganda y demás. Este trabajar juntos por un concepto, por un ideal, es completamente distinto de la cooperación que surge al ver la verdad y la necesidad de poner esa verdad en acción. Trabajar bajo el estímulo de la autoridad -ya sea la autoridad de un ideal o la autoridad de una persona que representa ese ideal- no es verdadera cooperación. Una autoridad central que conoce muchísimo o que tiene una fuerte personalidad y está obsesionada por ciertas ideas puede forzar o persuadir sutilmente a otros para que trabajen con ella; pero éste no es, ciertamente, el trabajo en conjunto de individuos alertas y vitales.

En cambio, cuando cada uno de nosotros comprende por sí mismo la verdad de cualquier problema, entonces nuestra comprensión común de esa verdad conduce a la acción, y una acción semejante es cooperación. Aquél que coopera porque ve la verdad como verdad, lo falso como falso y la verdad en lo falso, también sabrá cuándo no cooperar, lo cual es igualmente importante.

Si cada uno de nosotros comprende la necesidad de una revolución fundamental en la educación y percibe la verdad de lo que hemos estado considerando, entonces trabajaremos juntos, sin ninguna forma de persuasión. La persuasión existe sólo cuando alguien adopta una posición de la cual no está dispuesto a moverse. Cuando está meramente convencido de una idea o atrincherado en una opinión, genera oposición, y entonces él o el otro tienen que ser persuadidos, influidos o inducidos para que piensen de una manera diferente. Una situación así no se presentará jamás, cuando cada uno de nosotros vea por sí mismo la verdad de algo. Pero si no vemos la verdad y actuamos basados meramente en la convicción verbal o en el razonamiento intelectual, entonces es forzoso que haya argumentos, acuerdo o desacuerdo, con toda la distorsión y el esfuerzo inútil que eso implica.

Es esencial que trabajemos juntos. Es como si construyéramos una casa; si algunos de nosotros están construyendo y otros están demoliendo, es obvio que la casa jamás llegará a construirse. De modo que debemos tener muy en claro, individualmente, que vemos y comprendemos de hecho la necesidad de producir la clase de educación gracias a la cual se dará origen a una generación nueva, capaz de habérselas con los problemas de la vida como una totalidad, no como partes aisladas y no relacionadas con lo total.

A fin de poder trabajar juntos de este modo realmente cooperativo, debemos reunimos con frecuencia y tener cuidado de no quedar sumergidos en los detalles. Aquellos de nosotros que estamos seriamente dedicados a producir la clase correcta de educación, tenemos la responsabilidad no sólo de llevar a la práctica todo cuanto hemos comprendido, sino también de ayudar a otros para que alcancen esta comprensión. La enseñanza es la más noble de las profesiones, si es que puede siquiera ser llamada una profesión. Es un arte que requiere no sólo logros intelectuales, sino una paciencia y amor mutuos. Ser correctamente educados es comprender nuestra relación con todas las cosas -con el dinero, con la propiedad, con la gente, con la naturaleza- en el vasto campo de nuestra existencia.

La belleza forma parte de esta comprensión, pero la belleza no es meramente un asunto de proporciones, forma, buen gusto y comportamiento. La belleza es ese estado en el que la mente ha abandonado el centro del yo, por la pasión de la sencillez. La sencillez no tiene fin; y sólo puede haber sencillez cuando existe una austeridad que no es el resultado de la disciplina calculada y del renunciamiento. Esta austeridad es el olvido de sí mismo, el cual sólo puede tener su origen en el amor. Cuando carecemos de amor, creamos una civilización en la que se busca la belleza de la forma sin la austeridad y vitalidad internas propias del simple olvido de uno mismo. No hay tal olvido de nosotros mismos si nos inmolamos en la ejecución de buenas obras, en ideales, en creencias. Estas actividades parecen estar libres del yo, pero en realidad el yo sigue operando bajo la cubierta de diferentes rótulos. Sólo la mente inocente puede inquirir en lo desconocido. Pero la inocencia calculada, que puede vestir un taparrabo o la túnica de un monje, no es esa pasión del olvido de sí mismo, desde el cual surgen la cortesía, la delicadeza, la humildad, la paciencia, que son expresiones del amor.

La mayoría de nosotros conoce la belleza únicamente a través de aquello que ha sido creado o producido: la belleza de una forma o de un templo. Decimos que un árbol o una casa o la curva muy distante de un río tienen belleza. Y por medio de la comparación sabemos qué es la fealdad -al menos eso es lo que creemos-. ¿Pero es comparable la belleza? ¿Es belleza aquello que se ha hecho evidente, que se ha manifestado? Consideramos bella una pintura en particular, decimos que un poema o un rostro son bellos porque ya conocemos qué es la belleza merced a lo que nos han enseñado o porque estamos familiarizados con ello y tenemos una opinión formada al respecto. ¿Pero acaso con la comparación no llega a su fin la belleza? ¿Es la belleza una mera familiaridad con lo conocido o es un estado del ser en el que puede existir o no la forma creada?

Estamos siempre persiguiendo la belleza y evitando lo feo, y esta búsqueda de enriquecimiento mediante lo uno y la evitación de lo otro tiene que engendrar, inevitablemente, insensibilidad. Ciertamente, para comprender o sentir qué es la belleza, tiene que haber sensibilidad tanto a lo que llamamos bello como a lo que llamamos feo. Un sentimiento no es bello ni feo, es sólo un sentimiento, y de ese modo lo distorsionamos o lo

destruimos. Cuando al sentimiento no se le pone rótulo, permanece intenso, y esta intensidad apasionada es esencial para la comprensión de aquello que no es fealdad ni belleza manifestada. Es de suma importancia el sentimiento sostenido, esa pasión que no es la mera lujuria ni la gratificación propia; porque esta pasión es la que crea la belleza y, por no ser comparable, no tiene opuesto.

Al intentar producir un desarrollo total del ser humano, es obvio que debemos tomar muy en consideración la mente inconsciente al igual que la consciente. El mero educar la mente consciente sin comprender la inconsciente genera contradicción interna en las vidas humanas, con todas sus frustraciones y desdichas. La mente oculta es mucho más vital que la superficial. La mayoría de los educadores se interesa solamente en transmitir información o conocimientos a la mente superficial, preparándola para conseguir un empleo y ajustarse a la sociedad. De ese modo jamás tocamos la mente oculta. Todo lo que hace la así llamada educación es superponer una capa de conocimiento y técnica y proveer cierta capacidad para que nos amoldemos al medio.

La mente oculta es mucho más poderosa que la mente superficial, por bien educados que estemos y por más capaces que seamos de ajustamos al medio; y no se tarta de algo misterioso. La mente oculta o inconsciente es la depositaria de la memoria racial. La religión, la superstición, el símbolo, las tradiciones peculiares de una raza determinada, la influencia de la literatura tanto sagrada como profana, de las aspiraciones, de las frustraciones, de los hábitos y de las diversidades de alimentación, todo eso está arraigado en el inconsciente. Los deseos manifiestos y los deseos secretos con sus motivaciones, esperanzas y temores, sus sufrimientos y placeres, y las creencias alimentadas por el impulso de seguridad que se traduce de múltiples maneras, estas cosas también están contenidas en la mente oculta, la cual no sólo posee esta capacidad extraordinaria de contener el pasado residual, sino que también es capaz de influir sobre el futuro. Las insinuaciones de todo esto se transmiten a la mente superficial por medio de los sueños y de varias otras maneras, cuando esa mente no está ocupada en su totalidad con los sucesos cotidianos.

La mente oculta no tiene nada de sagrado y no hay en ella nada que deba temerse, ni tampoco requiere un especialista para que la exponga a la mente superficial. Pero a causa del enorme poder de la mente oculta, la superficial no puede habérselas con ella como quisiera. La mente superficial es, en gran medida, impotente en relación con su propia parte oculta. Por mucho que trate de dominar, moldear, controlar lo oculto, apenas si puede, a causa de sus exigencias y actividades sociales, arañar la superficie de lo oculto; y entonces hay entre ambas mentes una hendidura, una contradicción. Tratamos de tender un puente sobre este abismo mediante la disciplina, mediante prácticas diversas, sanciones y demás, pero no es posible lograrlo de ese modo.

La mente consciente está ocupada con lo inmediato, el limitado presente, mientras que la inconsciente está bajo el peso de los siglos y no puede ser reprimida o desviada de su curso por una necesidad inmediata. Lo inconsciente tiene la cualidad del tiempo profundo, y la mente consciente, con su cultura recién adquirida, no puede habérselas con ello conforme a sus urgencias pasajeras. Para erradicar la contradicción interna, la mente superficial tiene que comprender este hecho y permanecer tranquila -lo cual no implica dar oportunidad a los innumerables impulsos de lo oculto-. Cuando no hay resistencias entre lo manifiesto y lo oculto, entonces lo oculto, a causa de que tiene la paciencia del tiempo, no invadirá lo inmediato.

La mente oculta, inexplorado y no comprendida, con su parte superficial que ha sido "educada", entra en contacto con los retos y las exigencias del presente inmediato. Puede que lo superficial responda al reto adecuadamente, pero a causa de que hay contradicción entre lo superficial y lo oculto, cualquier experiencia de lo superficial sólo incremento el conflicto con lo oculto. Esto produce más experiencias aún, ampliando así el abismo entre el presente y el pasado. La mente superficial, al experimentar lo externo sin comprender lo interno, lo oculto, sólo ocasiona un conflicto más vasto y profundo.

La experiencia no libera ni enriquece a la mente, como por lo general pensamos que hace. En tanto la experiencia fortalezca al experimentador, tiene que haber un conflicto. Al tener experiencias, una mente condicionada sólo refuerza su condicionamiento y así perpetúa la contradicción y la desdicha. Sólo para la mente que es capaz de comprender en totalidad sus propios comportamientos, la experiencia puede ser un factor de liberación.

Una vez que se perciben y comprenden los poderes y las capacidades de las múltiples capas de lo oculto, entonces los detalles pueden ser sabia e inteligentemente investigados. Lo importante es la comprensión de lo oculto y no la mera educación de la mente superficial a fin de que adquiera conocimientos, por indispensables que sean. Esta comprensión de lo oculto libera del conflicto a la mente total, y sólo entonces hay inteligencia.

Tenemos que despertar la plena capacidad de la mente superficial que vive en la actividad cotidiana y también tenemos que comprender lo oculto. En la comprensión de lo oculto existe un vivir total en el que llega a su fin la contradicción interna con su dolor y su felicidad alternantes. Es esencial estar familiarizado con la mente oculta y percatarse de sus operaciones; pero es igualmente importante no estar ocupado con ella ni darle una significación indebida. Es sólo cuando la mente comprende lo superficial y lo oculto que puede ir más allá de sus propias limitaciones y descubrir esa bendición que no pertenece al tiempo.

J. KRISHNAMURTI

CAPITULO 1

¿Alguna vez han pensado ustedes por qué se les educa, por qué están aprendiendo historia, matemáticas, geografía o lo que fuere? ¿Alguna vez se han preguntado por qué asisten a escuelas y colegios? ¿Acaso no es muy importante averiguar por qué se les atesta con información, con conocimientos? ¿Qué es toda la así llamada educación? Sus padres les envían aquí, tal vez porque ellos mismos han aprobado ciertos exámenes y han obtenido diversos títulos. ¿Se han preguntado alguna vez por qué están aquí, y los maestros les han preguntado por qué están aquí? ¿Saben los maestros por qué ellos están aquí? ¿No deben ustedes tratar de averiguar qué significa toda esta lucha, esta lucha para estudiar, para aprobar exámenes, para vivir en cierto lugar lejos de sus casas y no tener miedo, para ser hábiles en los deportes y demás? ¿No deberían sus maestros ayudarles a investigar todo esto y no a prepararlos meramente para que aprueben los exámenes?

Los chicos aprueban los exámenes porque saben que tendrán que obtener un empleo, que deberán ganarse la vida. ¿Por qué aprueban los exámenes las chicas? ¿Para poder conseguir con su educación mejores maridos? No se rían, sólo piensen en esto. ¿Acaso sus padres les envían lejos, a la escuela, porque en su hogar son ustedes un estorbe? Pasando los exámenes, ¿van ustedes a comprender toda la significación de la vida? Algunas personas son muy ingeniosas en la aprobación de los exámenes, pero eso no significa necesariamente que sean inteligentes. Otras, que no saben cómo aprobar los exámenes, pueden ser mucho más inteligentes; pueden ser más capaces con sus manos y pueden considerar las cosas más profundamente que la persona que sólo rellena su cabeza para aprobar los exámenes.

Muchos chicos estudian solamente para tener un empleo y ésa es toda la aspiración que tienen en la vida. Pero después de que consiguen el empleo, ¿qué sucede? Se casan, tienen hijos y por el resto de sus vidas están presos en la maquinaria, ¿no es así? Se vuelven oficinistas, abogados, policías o lo que fuere; viven en perpetua lucha con sus esposas, con sus hijos; la vida que llevan es una batalla constante hasta que mueren.

¿Y qué es lo que ocurre con ustedes, las chicas? Se casan -aspiran a eso, así como el interés de sus padres es que se casen- y después tienen hijos. Si disponen de algún dinero se interesan en sus saris y en cómo lucen; se preocupan por las reyertas que tienen con sus maridos y por lo que dirá la gente.

¿Alcanzan a ver todo esto? ¿Acaso no lo advierten en sus familias, en sus vecinos? ¿No han notado cómo esto ocurre todo el tiempo? Casi ninguno de ustedes averigua cuál es el significado de la educación, por qué necesitan que se les eduque, por qué sus padres quieren que se les eduque, por qué se pronuncian elaborados discursos acerca de lo que se supone que la educación está haciendo en el mundo. Ustedes quizá puedan leer las obras de Bernard Shaw, quizá puedan citar a Shakespeare o Voltaire o a algún nuevo filósofo, pero si en sí mismos no son inteligentes, si no son creativos, ¿cuál es el sentido de esta educación?

¿No es, entonces, esencial tanto para los maestros como para los estudiantes descubrir cómo ser inteligentes? La educación no consiste en que sean meramente capaces de leer y de aprobar exámenes; cualquier persona lista puede hacer esto. La educación consiste en cultivar la inteligencia, ¿no es así? Por inteligencia no entiendo la astucia o el tratar de ser hábil a fin de superar a otros. La inteligencia, por cierto, es algo completamente distinto. La inteligencia existe cuando no sienten temor ¿Y cuándo sienten temor? El temor surge cuando piensan en lo que la gente puede decir de ustedes o en lo que podrán decir sus padres; temen ser criticados, temen ser castigados o fracasar en la aprobación de un examen. Cuando el maestro les reprende o cuando no son populares en su clase, poco a poco se introduce furtivamente el temor.

El temor es, obviamente, una de las barreras para la inteligencia, ¿no es así? Y la esencia misma de la educación consiste en ayudar al estudiante -ustedes y yo- a tomar conciencia de las causas del temor y a comprenderlas, de modo tal que desde la infancia misma en adelante pueda vivir libre de temor.

¿Se dan cuenta de que están atemorizados? Sienten temor, ¿verdad? ¿O están libres de temor? ¿Acaso no sienten temor de sus padres, de sus maestros, de lo que la gente podría pensar? Supongamos que hicieron algo que sus padres y la sociedad desaprueban. ¿No sentirían temor? Supongamos que las chicas quisieran casarse con alguien que no pertenece a la clase o a la casta de ellas, ¿no tendrían miedo de lo que la gente podría decir? Si el futuro marido no ganara el dinero suficiente o si no tuviera posición o prestigio, ¿no se sentirían avergonzadas? ¿No temerían que sus amigas pudieran pensar mal de ellas? ¿Y no temen todos a la enfermedad, a la muerte?

La mayoría de nosotros tiene miedo. No digan "no" tan rápidamente. Quizá no hayamos pensado al respecto; pero si lo hacemos advertimos que casi todos en el mundo, tanto los adultos como los niños, tienen alguna clase de temor que les corroe el corazón. ¿No es función de la educación ayudar a cada individuo a librarse del temor, de modo que pueda ser inteligente? A eso aspiramos en la escuela, lo cual significa que los propios maestros han de estar realmente libres de temor. ¿De qué sirve que los maestros hablen de no tener miedo si ellos mismos temen lo que sus vecinos podrían decir, si temen a sus esposas?

Si uno está atemorizado, no puede haber iniciativa en el sentido creativo de la palabra. Tener iniciativa en este sentido es hacer algo original, hacerlo espontáneamente, naturalmente, sin ser forzado, guiado, controlado. Es hacer algo que uno ama. Ustedes deben haber visto a menudo una piedra en medio de la carretera y un automóvil que choca contra ella. ¿Alguna vez han quitado esa piedra? ¿O alguna vez, cuando salían a pasear y observaban a la gente pobre, a los paisanos, a los aldeanos, han hecho alguna cosa, la han hecho espontáneamente, naturalmente, por iniciativa propia, sin esperar que alguien les dijera lo que deben hacer?

Vean, si sienten temor, todo esto está excluido de sus vidas; se vuelven insensibles y no observan lo que ocurre alrededor de ustedes. Si sienten temor están atados por la tradición, siguen a algún líder o gurú. Cuando están atados por la tradición, cuando temen a sus maridos o a sus esposas, pierden su dignidad como seres humanos individuales.

¿No es, entonces, tarea de la educación liberarlos del temor y no prepararlos meramente para que aprueben ciertos exámenes, por necesario que esto pueda ser? Esencialmente, profundamente, ése debe ser el propósito vital de la educación y de todos los maestros; ayudarles desde la infancia a que se liberen del temor, de modo que cuando salgan al mundo sean seres humanos inteligentes, plenos de verdadera iniciativa. La iniciativa se destruye cuando están meramente copiando, cuando están amarrados por la tradición, cuando siguen a un dirigente político o a un swami religioso. Seguir a alguien es sin duda perjudicial para la inteligencia.

El proceso mismo de seguir crea una sensación de temor; y el temor cierra las puertas a la comprensión de la vida con todas sus extraordinarias complicaciones, sus luchas, sus sufrimientos, su pobreza, su opulencia y su belleza -la belleza de los pájaros o de la puesta del sol sobre el agua-. Cuando están atemorizados, son completamente insensibles a todo esto.

¿Puedo sugerirles que pidan a sus maestros que les expliquen lo que hemos estado hablando? ¿Lo harán? Descubran por sí mismos si los maestros han comprendido estas cosas, eso contribuirá a que ellos los ayuden a ser más inteligentes, a no tener miedo. En cuestiones de esta clase necesitamos maestros que sean muy inteligentes, inteligentes en el verdadero sentido, no sólo en el sentido de haber aprobado los exámenes de maestría o de licenciatura. Si les interesa, vean si pueden arreglárselas para disponer durante el día de un período en el que discutan y conversen sobre todo esto con sus maestros. Puesto que se volverán adultos, van a tener maridos, esposas, hijos, y tendrán que saberlo todo acerca de lo que es la vida, la vida con su lucha para ganarse la subsistencia, con sus desdichas, con su belleza extraordinaria. Todo esto tendrán que conocerlo y comprenderlo; y la escuela es el lugar para aprender acerca de estas cosas. Si los maestros les enseñan meramente matemáticas y geografía, historia y ciencia, es obvio que eso resulta insuficiente. Lo importante para ustedes es que estén alerta, que hagan preguntas, que descubran, de modo que puedan despertar la propia iniciativa.

CAPITULO 2

Hemos estado considerando el problema del temor. Vimos que casi todos estamos atemorizados y que el temor impide la iniciativa porque hace que nos aferremos a la gente y a las cosas como una enredadera se aferra a un árbol. Nos aferramos a nuestros padres, a nuestros maridos, a nuestros hijos e hijas, a nuestras esposas y a nuestras posesiones. Ésa es la forma exterior del temor. Estando internamente atemorizados, tenemos miedo de estar solos. Podremos poseer muchos saris, joyas y otras propiedades, pero internamente, psicológicamente, somos muy pobres. Cuanto más pobres somos en lo interno, tanto más tratamos de enriquecemos exteriormente apegándonos a las personas, a la posición, a la propiedad.

Cuando estamos atemorizados nos aferramos no sólo a las cosas externas sino también a las internas, tales como la tradición. Para la mayoría de las personas de edad avanzada y para las que en lo interno son insuficientes y vacías, la tradición importa muchísimo. ¿Han notado esto entre sus amigos, sus padres y maestros? ¿Lo han notado en sí mismos? En el momento en que hay temor, temor interno, tratan de ocultarlo bajo la respetabilidad, siguiendo una tradición, y así pierden la iniciativa. A causa de que les falta iniciativa y sólo siguen a otros, la tradición se vuelve muy importante, la tradición de lo que dice la gente, la tradición de lo que ha sido transmitido desde el pasado, la tradición que carece de vitalidad, del sabor de la vida, porque es una mera repetición sin significado alguno.

Cuando uno tiene miedo, hay siempre una tendencia a imitar. ¿Han notado eso? Las personas que tienen miedo imitan a otras; se aferran a la tradición, a sus padres, a sus esposas o maridos, a sus hermanos. Y la imitación destruye la iniciativa. ¿Saben?, cuando dibujan o pintan un árbol, no imitan el árbol, no lo copian exactamente como es, lo cual sería una mera fotografía. A fin de tener la libertad necesaria para pintar un árbol o una flor o una puesta del sol, tienen que sentir lo que estas cosas les comunican, el significado, el sentido que tienen. Esto es muy importante: que traten de comunicar el significado de lo que ven y no que meramente lo copien, porque de ese modo están abiertos al proceso creativo. Y para esto tiene que haber una mente que sea libre, que no esté cargada con la tradición, con la imitación. ¡Miren nada más que sus propias vidas y las vidas de quienes los rodean, vean lo tradicionales, lo imitativas que son!

En ciertas cuestiones están ustedes obligados a ser imitativos, tal como en las ropas que visten, en los libros que leen, en el idioma que hablan. Éstas son todas formas de imitación. Pero es necesario ir más allá de este nivel y sentimos libres para pensar las cosas por nosotros mismos, de modo que no aceptemos irreflexivamente lo que algún otro dice, sin ¡importar quién sea: un maestro en la escuela, un padre o uno de los grandes instructores religiosos. Es esencial que piensen las cosas por sí mismos y no sigan a nadie, porque el seguimiento indica temor, ¿no es así? En el momento en que alguien les ofrece algo que ustedes desean -el paraíso, el cielo o un empleo mejor-, hay temor de no obtenerlo; por consiguiente, empiezan a obedecer, a seguir. En tanto estén deseando algo se hallan atados al temor; y el temor mutila la mente de tal modo, que no pueden ser libres.

¿Saben lo que es una mente libre? ¿Alguna vez han observado la propia mente? No es libre, ¿verdad? Siempre están a la expectativa de lo que sus amigos dicen de ustedes. Esa mente es como una casa cercada por una valla o por un alambre de púas. En este estado nada nuevo puede acontecer; lo nuevo sólo es posible cuando no hay temor. Y es extremadamente difícil para la mente estar libre de temor, porque ello implica realmente estar libres del deseo de imitar, de seguir, libres del deseo de acumular riquezas o de amoldarse a una tradición, todo lo cual no quiere decir que hayan de hacer algo extravagante.

La libertad de la mente adviene cuando no hay temor, cuando la mente no desea alardear y no urde intrigas en busca de posición o prestigio. Entonces no hay sentido de imitación. Y es importante tener una mente así, una mente de verdad libre de la tradición, la cual constituye el mecanismo formador de los hábitos.

¿Es esto demasiado difícil? No creo que sea tan difícil como la geografía o las matemáticas de ustedes. Es mucho más fácil, sólo que jamás han pensado al respecto. Pasan diez o quince años de sus vidas en la escuela adquiriendo información; sin embargo, nunca se toman tiempo -ni una semana, ni siquiera un día- para pensar plenamente, completamente en algunas de estas cosas. Por eso parece tan difícil, pero en realidad no lo es en absoluto. Al contrario, si le dedican tiempo podrán ver por sí mismos cómo trabaja la mente de ustedes, cómo opera, cómo responde. Y es muy importante que empiecen a comprender su propia mente mientras son jóvenes, de otro modo crecerán siguiendo alguna tradición, lo cual tiene muy poco sentido; imitarán, o sea, que seguirán cultivando el temor y así nunca serán libres.

¿Han advertido lo atados que están a la tradición aquí, en la India? Deben casarse de cierta manera, sus padres eligen al marido o a la esposa. Deben practicar ciertos rituales; puede que éstos no tengan ningún sentido, pero están obligados a practicarlos. Tienen líderes a quienes deben seguir. Todo alrededor de ustedes, si lo han observado, refleja un estilo de vida en el que la autoridad se halla muy bien afirmada. Está la autoridad del gurú, la autoridad del grupo político, la autoridad de los padres y de la opinión pública. Cuanto más antigua es una civilización, tanto mayor es el peso de la tradición, con su serie de imitaciones; y, estando agobiada por ese peso, la mente de ustedes jamás es libre. Pueden hablar de libertad política o de cualquier otro tipo de libertad, pero como individuos nunca son libres para descubrir por sí mismos; siempre están siguiendo, siguiendo un ideal, siguiendo a algún gurú o maestro, alguna superstición absurda.

Por lo tanto, toda la vida de ustedes está restringida, limitada, confinada a ciertas ideas; y muy en lo hondo, está el temor. ¿Cómo pueden pensar libremente, si hay temor? Por eso es tan importante estar conscientes de todas estas cosas. Si ven una víbora y saben que es venenosa, se apartan, no se acercan a ella. Pero ignoran que se hallan atrapados en una serie de imitaciones que impiden la iniciativa; están atrapados en ellas inconscientemente. Pero si comienzan a tomar conciencia de ellas y de cómo los tienen sujetos, si se dan cuenta del hecho de que quieren imitar porque sienten temor de lo que la gente pueda decir, porque temen a sus padres o a sus maestros, entonces podrán mirar todas estas imitaciones en las que están atrapados, podrán examinarlas como estudian las matemáticas o cualquier otra materia.

¿Están conscientes, por ejemplo, de que tratan a las mujeres de distinta manera que a los hombres? ¿Por qué tratan desdeñosamente a las mujeres? Al menos los hombres lo hacen con frecuencia. ¿Por qué van a un templo, por qué practican rituales, por qué siguen a un gurú?

Vean, primero tienen que darse cuenta de todas estas cosas y después pueden investigarlas, cuestionarlas, estudiarlas; pero si todo lo aceptan ciegamente porque por los últimos treinta siglos ha sido así, entonces eso no tiene sentido, ¿verdad? Lo que indudablemente necesitamos son individuos como ustedes y como yo que están comenzando a examinar todos estos problemas, no de manera superficial o casual sino más y más profunda, a fin de que la mente tenga libertad para ser creativa, libertad para pensar, libertad para amar.

La educación es un medio para descubrir nuestra verdadera relación con las cosas, con otros seres humanos y con la naturaleza. Pero la mente crea ideas. Y estas ideas se vuelven tan fuertes, tan dominantes, que nos impiden mirar más allá. En tanto haya temor hay seguimiento de la tradición, hay imitación. Una mente que sólo imita es mecánica, ¿no es así? En su funcionamiento es como una máquina: no es creativa, no examina los problemas. Puede producir ciertas acciones, ciertos resultados, pero no es creativa.

Ahora bien, lo que todos debemos hacer -ustedes y yo igual que los maestros, los directores y las autoridades- es investigar juntos todos estos problemas, de modo que cuando dejen este lugar sean individuos maduros, capaces de considerar las cosas por sí mismos, sin depender de alguna estupidez tradicional. Entonces tendrán la dignidad de un ser humano verdaderamente libre. Ése es todo el propósito de la educación, no el de prepararles meramente para que aprueben ciertos exámenes y después, por el resto de sus vidas, sean derivados hacia algo que no aman, como el convertirse en abogados o en oficinistas o en amas de casa o en máquinas de engendrar niños. Tienen que insistir en que se les imparta la clase de educación que les estimule a pensar libremente y sin temor, que les ayude a investigar, a comprender; deben exigirla de sus maestros. De lo contrario, desperdician la vida, ¿no es así? Se les "educa", aprueban los exámenes de licenciatura o maestría, obtienen un empleo que les desagrada pero que aceptan a causa de que tienen que ganar dinero, se casan y tienen hijos... y ahí se quedan, clavados por el resto de sus vidas. Son desdichados, infelices, pendencieros; no tienen nada que esperar, excepto más bebés, más hambre, más desdicha. ¿Llaman a esto el propósito de la educación? Por cierto, la educación tiene que ayudarles a ser tan agudamente inteligentes que puedan hacer lo que aman y no queden atascados en algo estúpido que les hará desgraciados por el resto de sus vidas.

Por lo tanto, mientras son jóvenes deben despertar en su interior la llama del descontento, deben hallarse en un estado de revolución. Ésta es la época para inquirir, para descubrir, para crecer; por eso insistan en que sus

padres y sus maestros les eduquen apropiadamente. No se satisfagan meramente con sentarse en una aula y absorber información acerca de este rey o de aquella guerra. Estén descontentos, acudan a sus maestros e inquieran, descubran. Si ellos no son inteligentes, al inquirir así les ayudarán a que sean inteligentes. Y cuando ustedes dejen la escuela crecerán en madurez, en verdadera libertad. Entonces continuarán aprendiendo durante toda la vida hasta que mueran, y serán seres humanos inteligentes, dichosos.

Interlocutor: ¿ Cómo hemos de adquirir el hábito de vivir sin temor?
K.: Mira las palabras que has usado. El "hábito" implica un movimiento que se repite una y otra y otra vez. Si haces algo una y otra vez, ¿asegura eso alguna cosa, excepto la monotonía? ¿Acaso es un hábito la ausencia de temor? Ciertamente, la ausencia de temor llega solamente cuando uno puede afrontar los acontecimientos de la vida y resolverlos a fondo, cuando puede verlos y examinarlos, pero no con una mente agotada que está presa en el hábito.
Si haces algo habitualmente, si estás preso en el hábito, eres meramente una máquina repetitivo. El hábito es repetición, es hacer irreflexivamente la misma cosa una y otra vez, lo cual ¡implica construir un muro a nuestro alrededor. Si a causa de algún hábito has construido un muro a tu alrededor, no estás libre del temor; es el propio vivir dentro del muro el que te hace temer. Cuando tenemos la inteligencia para mirar todo lo que ocurre en la vida, lo cual implica examinar cada problema, cada suceso, cada pensamiento y emoción, cada reacción, sólo entonces estamos libres del temor.

CAPITULO 3

Hemos estado hablando acerca del temor y de cómo vernos libres de él, y hemos visto cómo el temor pervierte la mente impidiéndole ser libre, creativa y privándola, por lo tanto, de la enormemente importante cualidad de la iniciativa.

Creo que debemos considerar también la cuestión de la autoridad. Ustedes saben qué es la autoridad, pero ¿saben cómo nace? El gobierno tiene autoridad, ¿no es así? Está la autoridad del estado, de la ley, del policía y del soldado. Sus padres y sus maestros tienen cierta autoridad sobre ustedes, les hacen hacer lo que ellos piensan que deben hacer: irse a dormir a cierta hora, comer la clase apropiada de comida, conocer la clase correcta de personas. Les disciplinan, ¿verdad? ¿Por qué? Dicen que es por el propio bien de ustedes. ¿Lo es? Investigaremos eso. Pero primero tenemos que comprender cómo surge la autoridad. La autoridad es coacción, compulsión, el poder de una persona sobre otra, de los pocos sobre los muchos o de los muchos sobre los pocos.

Por el hecho de que alguien sea mi padre o mi madre, ¿tiene algún derecho sobre mí? ¿Qué derecho tiene cualquiera de tratar a otro como basura? ¿Qué piensan ustedes que da origen a la autoridad?

Obviamente, en primer lugar está el deseo que cada uno de nosotros tiene de encontrar un modo seguro de comportamiento: queremos que se nos diga lo que debemos hacer. Estando confundidos, preocupados y no sabiendo qué hacer, acudimos a un sacerdote, a un maestro, a un padre o a alguna otra persona buscando una salida para nuestra confusión. A causa de que pensamos que él sabe mejor que nosotros lo que hay que hacer, vamos a ver al gurú o a algún otro hombre ilustrado y le pedimos que nos diga cómo debemos actuar. Por lo tanto, es nuestro deseo de encontrar un estilo particular de la vida, una forma de conducta, lo que da origen a la autoridad, ¿no es así?

Digamos, por ejemplo, que voy a ver a un gurú. Acudo a él porque pienso que es un gran hombre que conoce la verdad, que conoce a Dios y que, por lo tanto, puede darme paz. No sé nada acerca de todo esto por mí mismo, de modo que acudo a él, me prostemo, le ofrezco flores, le entrego mi devoción. Deseo ser consolado, que me digan lo que tengo que hacer y, de ese modo, creo una autoridad. Esa autoridad no tiene una existencia real fuera de mí.

Mientras son ustedes jóvenes, el maestro puede señalarles aquello que no conocen. Pero si es de verdad inteligente, les ayudará a que crezcan para ser también inteligentes, les ayudará a que comprendan la confusión en que viven a fin de que no busquen la autoridad, ni la de él ni la de ningún otro.

Existe la autoridad externa del estado, de la ley, del policía. Somos nosotros los que creamos exteriormente esta autoridad, porque tenemos propiedades que proteger. La propiedad es nuestra y no queremos que ningún otro la tenga, y así creamos un gobierno para que proteja lo que poseemos. El gobierno se convierte en nuestra autoridad; es nuestra invención, para que nos proteja, para que proteja nuestro estilo de vida, nuestro sistema de pensamiento. Gradualmente, a través de siglos, hemos establecido un sistema de leyes, de autoridad: el estado, el gobierno, la policía, el ejército, para que "me" proteja y proteja lo "mío".

También está la autoridad del ideal, que no es externa sino interna. Cuando decimos: "debo ser bueno, no debo ser envidioso, debo sentirme fraternal con todos", creamos en nuestra mente la autoridad de un ideal, ¿no es así? Supongamos que soy intrigante, estúpido, cruel, que lo quiero todo para mí, que deseo el poder. Ése es el hecho, es lo que realmente soy. Pero pienso que debo ser fraternal porque así lo han dicho las personas religiosas, y también porque es conveniente, provechoso decir eso; en consecuencia, creo el ideal de la fraternidad. No soy fraternal, pero por diversas razones deseo serio; de ese modo, el ideal se convierte en mi autoridad.

Entonces, a fin de vivir conforme a ese ideal, me impongo una disciplina. Me siento muy envidioso de usted porque tiene un abrigo mejor o un sari más bonito o más títulos; por consiguiente, digo: "no debo tener sentimientos de envidia, debo ser fraternal". El ideal se ha vuelto mi autoridad y trato de vivir conforme a ese ideal.¿Qué sucede entonces? Que vida se convierte en una batalla constante entre lo que soy y lo que debería ser. Me disciplino, y el estado también me disciplina; ya sea comunista, socialista o capitalista, el estado tiene ideas acerca de cómo debo comportarme. Si vivo en un estado así y hago algo contrario a la ideología oficial, soy reprimido por el estado, o sea, por los pocos que controlan el estado.

Existen en nosotros dos partes: la parte consciente y la parte inconsciente. ¿Comprenden lo que eso significa? Supongan que estoy paseando por el camino y hablo con un amigo. Mi mente consciente está ocupada con nuestra conversación, pero hay otra parte de mí que está absorbiendo inconscientemente innumerables impresiones: los árboles, las hojas, los pájaros, la luz del sol sobre el agua. Este impacto de lo externo sobre lo inconsciente ocurre todo el tiempo, aunque nuestra mente consciente esté ocupada. Y lo que absorbe el inconsciente es mucho más importante que lo que absorbe la mente consciente. Ésta puede absorber comparativamente poco. Ustedes absorben conscientemente, por ejemplo, lo que se les enseña en la escuela, y eso no es realmente mucho. Pero la mente inconsciente está absorbiendo de manera constante las acciones recíprocas entre ustedes y el maestro, entre ustedes y sus amigos; todo esto ocurre subterráneamente e importa mucho más que la mera absorción de hechos en la superficie. De manera similar, durante estas charlas de cada mañana, la mente inconsciente está absorbiendo constantemente lo que se dice, y más tarde, durante el día o durante la semana, de pronto lo recordarán. Esto tendrá un efecto mayor sobre ustedes que lo que escuchan conscientemente.

Volvamos atrás: nosotros creamos la autoridad, la autoridad del estado, de la policía, la autoridad del ideal, la autoridad de la tradición. Quiero hacer algo, pero mi padre dice: "No lo hagas". Tengo que obedecerle, de lo contrario se enojará y dependo de él para alimentarme. Él me controla mediante el temor, ¿no es así? Por lo tanto, se convierte en mi autoridad. De igual modo, estamos controlados por la tradición: "debes hacer eso y no aquello, debes vestir tu sari de cierta manera, no debes mirar a los muchachos, o a las chicas..." La tradición les dice lo que deben hacer; y la tradición, después de todo, es conocimiento, ¿verdad? Están los libros que les dicen lo que hay que hacer, sus padres les dicen lo que hay que hacer, la sociedad y la religión les dicen lo que hay que hacer. ¿Y a ustedes qué les ocurre? Quedan aplastados, abatidos. Jamás piensan, jamás actúan y viven vitalmente, porque todas estas cosas les atemorizan. Dicen que tienen que obedecer, de otro modo estarán indefensos. ¿Qué significa esto? Significa que han creado la autoridad, a causa de que están buscando un modo seguro de conducirse, una manera segura de vivir. La persecución misma de la seguridad crea autoridad, y así es como nos volvemos meros esclavos, dientes en las ruedas de una maquinaria, viviendo sin ninguna capacidad para pensar, para crear.

No sé si ustedes pintan. Si lo hacen, generalmente el maestro de arte les dice cómo pintar. Ven un árbol y lo copian. Pero pintar es ver el árbol y expresar sobre la tela o en el papel lo que sienten respecto de ese árbol, lo que significa: el movimiento de las hojas con el susurro del viento que pasa entre ellas. Para hacer eso, para captar el movimiento de la luz y de las sombras, tienen que ser muy sensibles. ¿Y cómo pueden ser muy sensibles a cualquier cosa si tienen miedo y están todo el tiempo diciendo: "debo hacer esto, debo hacer aquello, de lo contrario, ¿qué pensará la gente?". Toda sensibilidad a lo bello es paulatinamente destruida por la autoridad.

Surge, entonces, el problema de si una escuela de esta clase debe disciplinarles. Vean las dificultades que los maestros, si son verdaderos maestros, tienen que afrontar. Alguno de ustedes es una chica o un chico desobediente; si yo soy un maestro, ¿debo imponerle una disciplina? Si lo hago, ¿qué ocurre? Siendo más grande, teniendo más autoridad y todo eso, y porque me pagan para hacer ciertas cosas, le obligo a obedecer. Al hacerlo, ¿no estoy mutilando su mente? ¿No estoy comenzando a destruir su inteligencia? Si le fuerzo para que haga las cosas porque pienso que eso es lo correcto, ¿no le vuelvo estúpido? Y a ustedes les gusta ser disciplinados, que les fuercen para que hagan las cosas, aun cuando exteriormente puedan objetarle. Eso les da una sensación de seguridad. Si no les forzaran, piensan que estarían realmente mal, que harían cosas incorrectas; por lo tanto, dicen: "por favor, disciplíneme, ayúdeme a comportarme correctamente".

Entonces, ¿debo disciplinarles o más bien ayudarles a que comprendan por qué son desobedientes, por qué hacen esto o aquello? Esto significa, sin duda, que como maestro o padre no debo tener sentido alguno de autoridad. Debo ayudarles realmente a que comprendan sus dificultades, por qué son malos, por qué huyen; debo desear que se comprendan a sí mismos. Si les fuerzo no les ayudo. Si como maestro quiero ayudarles de verdad a que se comprendan a sí mismos, eso significa que sólo puedo ocuparme de unos pocos niños o niñas. No puedo tener cincuenta estudiantes en mi clase. Sólo he de tener unos pocos, de modo que pueda prestar atención individual a cada uno de ellos. Entonces, no crearé la autoridad que les obligue a hacer algo que probablemente harían por su propia cuenta una vez que se comprendieran a sí mismos.

Espero, pues, que vean cómo la autoridad destruye la inteligencia. Después de todo, la inteligencia puede advenir sólo cuando hay libertad, libertad para pensar, para sentir, para observar, para investigar. Pero si les fuerzo, les hago tan tonitos como yo lo soy; y esto es lo que por lo general ocurre en una escuela. El maestro enseña lo que sabe él y no saben ustedes. ¿Pero qué es lo que el maestro sabe? Un poquito más de matemáticas o geografía. Él no ha resuelto ninguno de los problemas vitales, no ha investigado las cosas enormemente importantes de la vida, ¡y truena como Júpiter o como un sargento mayor!

Por lo tanto, en una escuela de esta clase es esencial que, en vez de ser meramente disciplinados para que hagan lo que se les dice, se les ayude a comprender, a ser inteligentes y libres, porque entonces serán capaces de afrontar sin temor todas las dificultades de la vida. Esto requiere un maestro competente, un maestro que se interese realmente por ustedes, que no está preocupado por el dinero, por su esposa y sus hijos; y es responsabilidad tanto de los estudiantes como de los maestros crear un estado de cosas semejante. No se limiten a obedecer, descubran cómo resolver un problema por sí mismos. No digan: "hago esto porque mi padre quiere que lo haga". Descubran más bien por qué quiere él que lo hagan, por qué piensa él que una cosa es buena y alguna otra es mala. Háganle preguntas, de modo tal que no sólo despierten la propia inteligencia, sino que también le ayuden a él a ser inteligente.

¿Pero qué es lo que suele ocurrir cuando comienzan a hacerle preguntas a su padre? Él les castiga, ¿no es así? Está preocupado por su trabajo y no tiene la paciencia, el amor para sentarse y conversar con ustedes sobre las enormes dificultades de la existencia, de ganarse la vida, de tener una esposa o un marido. No quiere tomarse tiempo para examinar todo esto, de modo que les aparta o les manda a la escuela. Y en esto, el maestro es igual que el padre de ustedes, igual que cualquier otra persona. Pero es responsabilidad de los maestros, de los padres y de todos ustedes, los estudiantes, contribuir al despertar de la inteligencia.

Interlocutor: ¿De qué modo puede uno ser inteligente?

K.: ¿Qué implica esta pregunta? Quieres un método por el cual ser inteligente, lo cual implica que sabes lo que es la inteligencia. Cuando vas a algún lugar, ya sabes cuál es tu destino y sólo tienes que averiguar el modo de llegar más allá. De igual manera, piensas que sabes lo que es la inteligencia y deseas un método por el cual puedas ser inteligente. La inteligencia es el cuestionamiento del método. El temor destruye la inteligencia, ¿no es así? El temor te impide examinar, cuestionar, inquirir; te impide descubrir lo verdadero. Quizá llegues a ser inteligente cuando ya no sientas temor. Tienes que investigar todo el problema del temor y estar libre del temor; entonces existe la posibilidad de que seas inteligente. Pero si preguntas: "¿de qué modo puedo ser inteligente?", estás cultivando meramente un método y así te vuelves tonto.

Interlocutor: Todos sabemos que vamos a morir ¿Por qué le tenemos miedo a la muerte?

K.: ¿Por qué le temes a la muerte? Tal vez sea porque no sabes cómo vivir. Si supieras cómo vivir plenamente, ¿le tendrías miedo a la muerte? Si amaras los árboles, la puesta del sol, si amaras a los pájaros, la hoja que cae, si tuvieras conciencia de los hombres y mujeres que lloran, de la gente pobre, si realmente sintieras amor en tu corazón, ¿estarías temeroso de la muerte? ¿Lo estarías? No te dejes persuadir por mí. Consideremóslo juntos. Ustedes no viven con alegría, no son dichosos, no son vitalmente sensibles a las cosas; por eso preguntan qué va a pasar cuando mueran. Para ustedes la vida es dolor, por eso están mucho más interesados en la muerte. Sienten que tal vez habrá felicidad después de la muerte. Pero ése es un problema tremendo y ustedes no saben cómo investigarlo. Después de todo, en el fondo de esto está el temor: temor de morir, temor de vivir, temor de sufrir. Si no pueden comprender qué es lo que causa el temor y se libran de él, entonces no tiene mucha importancia si están viviendo o si están muertos.

Interlocutor: ¿Como podemos vivir dichosamente?

K.: Cuando estás viviendo dichosamente, ¿lo sabes? Sabes cuando estás sufriendo, cuando tienes un dolor físico. Cuando alguien te golpea o se enoja contigo, sabes que sufres. Pero cuando eres dichoso, ¿lo sabes? ¿Tienes conciencia de tu cuerpo cuando está sano? Ciertamente, la felicidad es un estado del cual somos inconscientes, del cual no nos percatamos. En el momento en que nos damos cuenta de que somos felices, dejamos de ser felices, ¿no es así? Pero casi todos ustedes sufren; siendo conscientes de eso, desean escapar del sufrimiento hacia lo que llaman felicidad. Quieren ser conscientemente felices; y en el momento en que son conscientemente felices, la felicidad se ha ido. ¿Puedes decir alguna vez que eres dichoso? Es solamente después, un instante o una semana después cuando dices: " ¡qué feliz fui, qué dichoso he sido!". En el instante real eres inconsciente de la felicidad, y ésa es su belleza.

CAPITULO 4

El problema de la disciplina es realmente muy complejo, porque la mayoría de nosotros piensa que mediante alguna forma de disciplina tendremos finalmente la libertad. La disciplina es el cultivo de la resistencia, ¿no es así? Pensamos que resistiendo, erigiendo internamente una barrera contra algo que considerarnos malo, seremos más capaces de comprenderlo y de tener libertad para vivir plenamente; pero eso no es un hecho, ¿verdad? Cuanto más resisten o luchan contra algo, tanto menos lo comprenden. Ciertamente, es sólo cuando hay libertad, verdadera libertad para pensar, para descubrir, cuando uno puede llegar a saber alguna cosa.

Pero la libertad, obviamente, no puede existir dentro de una estructura. Y casi todos nosotros vivimos en una estructura, en un mundo creado por ideas, ¿no es así? Por ejemplo, sus padres y sus maestros les dicen lo que está bien y lo que está mal, qué es dañino y qué es beneficioso. Y ustedes saben lo que dice la gente, lo que dice el sacerdote, lo que dice la tradición y lo que han aprendido en la escuela. Todo eso forma una especie de cercado dentro del cual viven, y, viviendo dentro de ese cercado, dicen que son libres. ¿Lo son? ¿Puede un hombre ser libre alguna vez, en tanto esté viviendo en una prisión?

Por lo tanto, uno ha de demoler los muros que lo mantienen preso en la tradición y descubrir por sí mismo qué es lo real, lo verdadero. Tiene que experimentar y descubrir por su cuenta, y no seguir meramente a

alguien, por noble o estimulante que sea esa persona y por feliz que uno pueda sentirse en su presencia. Lo importante es ser capaz de examinar, no sólo aceptar, todos los valores creados por la tradición, todas las cosas que la gente ha dicho que son buenas, beneficiosas, valiosas. En el momento en que aceptan, empiezan a amoldarse, a imitar; y el amoldarse, el imitar, el seguir, jamás pueden hacer que uno sea libre y dichoso.

Nuestros mayores dicen que ustedes deben ser disciplinados. La disciplina se la imponen ustedes a sí mismos y les es impuesta por otros, desde fuera. Pero lo importante es estar libres para pensar, para inquirir, de modo que puedan empezar a descubrir por sí mismos. Por desgracia, la mayoría de la gente no quiere pensar, no quiere descubrir; tiene mentes cerradas. Pensar profundamente, investigar las cosas y descubrir por uno mismo lo que es verdadero, resulta muy difícil; requiere percepción alerta, investigación constante, y la mayoría de las personas no tiene ni la disposición ni la energía para eso. Dicen: "usted sabe mejor que yo; usted es mi gurú, mi maestro, y yo le seguiré".

Es entonces muy importante que desde la más tierna edad estén ustedes libres para descubrir y no se hallen cercados por un muro de "debes" y "no debes", porque si les dicen constantemente lo que deben y lo que no deben hacer, ¿qué ocurrirá con su inteligencia? Serán entidades irreflexivas que solamente siguen una carrera, a las que sus padres les dicen con quién deben casarse o no casarse; y eso, evidentemente, no es la acción de la inteligencia. Ustedes podrán pasar sus exámenes y ser muy prósperos, podrán tener buenas ropas y estar llenos de joyas, podrán gozar de amigos y de prestigio, pero en tanto estén atados por la tradición, no puede haber inteligencia.

La inteligencia, por cierto, adviene sólo cuando tenemos libertad para investigar, para considerar cuidadosamente las cosas y descubrir; de ese modo nuestra mente se vuelve muy activa, muy alerta y clara. Entonces somos individuos plenamente integrados, no entidades temerosas que, no sabiendo qué hacer, sienten internamente una cosa y exteriormente se ajustan a algo diferente.

La inteligencia les exige que rompan con la tradición y vivan su propia vida, pero están cercados por las ideas de sus padres acerca de lo que deben y lo que no deben hacer y por las tradiciones de la sociedad. En consecuencia, hay un conflicto desarrollándose internamente, ¿no es así? Ustedes son todos jóvenes, pero no creo que sean demasiado jóvenes como para no darse cuenta de todo esto. Quieren hacer algo, pero sus padres y maestros les dicen: "no lo hagas". Por eso tiene lugar una lucha interna, y en tanto no resuelvan esa lucha estarán atrapados en el conflicto, en la pena, en el dolor, deseando perpetuamente hacer algo y estando impedidos de hacerlo.

Si lo investigan cuidadosamente, verán que la disciplina y la libertad son contradictorias, y que al buscar la verdadera libertad se pone en marcha un proceso diferente que trae su propia clarificación, de modo tal que ustedes simplemente no hacen ciertas cosas.

Mientras son jóvenes, es muy importante que estén libres para descubrir y se les ayude a que descubran lo que realmente quieren hacer en la vida. Si no lo descubren mientras son jóvenes, jamás lo descubrirán y ya nunca serán individuos libres y dichosos. La semilla debe ser sembrada ahora, de modo que comiencen ahora a tomar la iniciativa.

En el camino, han pasado frecuentemente junto a aldeanas que llevan pesadas cargas, ¿no es así? ¿Qué sienten respecto de ellas? Esas pobres mujeres con los vestidos rotos y sucios, con comida insuficiente, que trabajan día tras día por un jornal de hambre, ¿sienten algo por ellas? ¿O están ustedes tan atemorizados, tan ocupados consigo mismos, con sus exámenes, con su apariencia, con sus saris, que jamás les prestan atención? Cuando las ven pasar junto a ustedes, ¿qué sienten? ¿Sienten que son mucho mejores, que pertenecen a una clase más alta y que, por lo tanto, no necesitan tener consideración por ellas? ¿No quieren ayudarlas? ¿No? Eso indica cómo piensan. ¿Acaso están todos tan embotados por siglos de tradición, por lo que dicen sus padres y sus madres, son tan conscientes de que pertenecen a cierta clase, que ni siquiera miran a los aldeanos y aldeanas? ¿Están realmente tan ciegos que no saben lo que pasa alrededor de ustedes?

Es el temor, temor a lo que dirán sus padres, sus maestros, temor a la tradición, temor a la vida, lo que destruye gradualmente la sensibilidad, ¿no es así? ¿Saben lo que es la sensibilidad? Ser sensible es sentir, recibir impresiones, tener simpatía por aquellos que sufren, tener afecto, damos cuenta de las cosas que suceden alrededor de nosotros. Cuando está repicando la campana del templo, ¿se dan cuenta de ello? ¿Escuchan el sonido? ¿Alguna vez ven la luz del sol sobre el agua? ¿Se dan cuenta de la gente pobre, de los aldeanos que han sido controlados, oprimidos durante siglos por los explotadores? Cuando ven a un sirviente que lleva una alfombra pesada, ¿le prestan ayuda?

Todo esto implica la sensibilidad. Pero ya lo ven, la sensibilidad se destruye cuando nos imponen una disciplina, cuando sentimos temor o nos interesamos mucho por nosotros mismos. Interesamos por nuestra apariencia, por nuestros saris, pensar todo el tiempo en nosotros mismos -cosa que casi todos hacemos en una u otra forma-, es ser insensibles, porque entonces la mente y el corazón están cerrados y perdemos toda apreciación de la belleza.

Ser realmente libre implica una gran sensibilidad. No hay libertad si estamos cercados por el interés propio o por distintos muros de disciplinas. En tanto nuestra vida sea un proceso de imitación no puede haber sensibilidad ni libertad. Es esencial, mientras están aquí, sembrar la semilla de la libertad, lo cual implica despertar la inteligencia; porque con esa inteligencia podrán ustedes abordar todos los problemas de la vida.

Interlocutor: ¿Es factible para un hombre librarse de todo sentimiento de temor y, al mismo tiempo, permanecer en la sociedad?

K.: ¿Qué es la sociedad? Un conjunto de valores, un conjunto de normas, regulaciones y tradiciones, ¿no es así? Uno ve estas condiciones externas y dice: "¿puedo tener una relación práctica con todo eso?" ¿Por qué no? Después de todo, si uno encaja meramente en esa estructura de los valores, ¿es libre? ¿Y qué es lo que entiendes por "factible"? Hay muchas cosas que uno puede hacer para ganarse la vida; y si eres libre, ¿acaso no puedes elegir lo que quieres hacer? ¿No es eso factible? ¿O considerarías factible olvidar tu libertad y encajar meramente en la estructura convirtiéndote en abogado, banquero, comerciante o barrendero? Ciertamente, si eres libre y has cultivado tu inteligencia, descubrirás qué es lo mejor para tí. Dejarás de lado todas las tradiciones y harás algo que amas realmente, sin considerar lo que tus padres o la sociedad aprueben o desaprueben. A causa de que eres libre hay inteligencia, y harás algo que es completamente tuyo, actuarás como un ser humano integrado.

Interlocutor: ¿Qué es Dios?

K.: ¿Como vas a descubrirlo? ¿Aceptando la información de alguna otra persona? ¿O tratarás de descubrir por tí mismo qué es Dios? Es fácil formular preguntas, pero experimentar la verdad requiere muchísima inteligencia, muchísima búsqueda e investigación.

Por lo tanto, la primera pregunta es: ¿vas a aceptar lo que otro dice acerca de Dios? No importa quién lo diga, Krishna, Buda o Cristo, porque todos pueden estar equivocados; del mismo modo puede estar equivocado tu propio gurú particular. Ciertamente, para descubrir qué es verdadero, tu mente tiene que estar libre para investigar, lo cual significa que no puede meramente aceptar o creer. Yo puedo darte una descripción de la verdad, pero no será igual que si experimentas la verdad por ti mismo. Todos los libros sagrados describen lo que es Dios, pero esa descripción no es Dios. La palabra "Dios" no es Dios, ¿verdad?

A fin de descubrir qué es verdadero, jamás debes aceptar, jamás debes ser influido por lo que puedan decir los libros, los maestros o cualquier otra persona. Si eres influido por ellos, sólo encontrarás lo que ellos quieren que encuentres. Y debes saber que tu propia mente puede crear la imagen de lo que ella desea: puede imaginar a Dios con barba o con un solo ojo, puede hacer que sea azul o púrpura. De modo que has de estar atento a tus propios deseos y no has de dejarte engañar por las proyecciones de tus propias necesidades y anhelos. Si anhelas ver a Dios de cierta manera, la imagen que verás estará de acuerdo con tus deseos; y esa imagen no será Dios, ¿verdad? Si estás sufriendo y deseas ser consolado, o si te sientes romántico o sentimental en tus aspiraciones religiosas, a larga crearás un Dios que proveerá lo que necesitas; pero eso tampoco será Dios.

Así que tu mente tiene que estar por completo libre; sólo entonces podrás descubrir lo verdadero, no mediante la aceptación de superstición alguna, no mediante la lectura de los así llamados libros sagrados ni siguiendo a ningún gurú. Sólo cuando tengas esta libertad, esta verdadera libertad respecto de las influencias externas, y también estés libre de tus propios deseos y anhelos, de modo que tu mente sea muy clara, sólo entonces te será posible descubrir lo que Dios es. Pero si meramente te sientas y especulas, entonces tu suposición es tan buena como la de tu gurú y es igualmente ilusoria.

Interlocutor: ¿ Podemos darnos cuenta de nuestros deseos inconscientes?

K.: En primer lugar, ¿te das cuenta de tus deseos conscientes? ¿Sabes lo que es el deseo? ¿Te das cuenta de que habitualmente no escuchas a nadie que esté diciendo algo contrario a lo que crees? Tu deseo te impide escuchar. Si deseas a Dios y alguien te señala que el Dios que deseas es el resultado de tus frustraciones y temores, ¿le escucharás? Por supuesto que no. Tú deseas una cosa y la verdad es algo por completo diferente. Te limitas a ti mismo dentro de tus propios deseos. Sólo te percatas a medias de tus deseos conscientes, ¿no es así? Y mucho más difícil es darse cuenta de los deseos que están muy ocultos. Para descubrir lo que está oculto, para descubrir cuáles son sus propias motivaciones, la mente que investiga tiene que ser absolutamente clara y estar completamente libre. Por lo tanto, primero tienes que darte cuenta plenamente de tus propios deseos conscientes; entonces, a medida que te vuelvas cada vez más alerta a lo que está en la superficie, podrás ir penetrando más y más en lo profundo.

Interlocutor: ¿Por qué algunas personas nacen en condiciones de pobreza, mientras que otras son ricas y acomodadas?

K.: ¿Qué es lo que piensas tú? En vez de preguntármelo y esperar mi respuesta, ¿por qué no averiguas lo que tú sientes al respecto? ¿Piensas que es algún proceso misterioso al que llamas karma? En una vida anterior has vivido noblemente y, debido a eso, ¡ahora estás siendo recompensado con riqueza y posición! ¿Es así? O habiendo actuado mal en una vida anterior, ¡estás pagando por ello en esta vida!

Mira, éste es realmente un problema muy complejo. La pobreza es culpa de la sociedad, una sociedad en la que los codiciosos y los astutos prosperan y alcanzan la cúspide. Y nosotros queremos la misma cosa, también queremos trepar por la escalera y llegar a la parte de arriba. Y cuando todos queremos llegar arriba, ¿qué sucede? Pisamos a alguien; y el hombre al que pisan, al que destruyen, pregunta: "¿por qué la vida es tan injusta? Ustedes lo tienen todo y yo no tengo capacidad, no tengo nada". En tanto sigamos trepando por la escalera del éxito, siempre existirán el enfermo y el mal alimentado. Es el deseo de éxito el que tiene que ser comprendido y no por qué hay ricos y pobres o por qué algunos tienen talento y otros no tienen ninguno. Lo que tiene que cambiar es nuestro deseo de trepar, nuestro deseo de ser grandes, de alcanzar el éxito. Todos aspiramos al éxito, ¿no es así? Allí radica la culpa y no en el karma o en alguna otra explicación. El hecho real es que todos nosotros deseamos estar en la cima; quizá no en la cima misma, pero al menos tan alto en la escalera como seamos capaces de treparla. En tanto exista este impulso de ser grande, de ser "alguien" en el mundo, vamos a tener al rico y al pobre, al explotador y a los explotados.

Interlocutor: ¿Es Dios un hombre o una mujer, o es algo completamente misterioso?

K.: Acabo de contestar esa pregunta y me temo que no escuchaste. Este país está dominado por los hombres. Supongamos que digo que Dios es una señora, ¿qué harías? Rechazarías eso porque estás lleno con la idea de que Dios es un hombre. Así que tienes que descubrirlo por ti mismo; pero para descubrir, tienes que estar libre de todo prejuicio.

CAPITULO 5

Las tres o cuatro últimas veces hemos estado hablando del temor, y como ésa es una de las causas fundamentales de nuestro deterioro, pienso que debemos considerarla desde un ángulo diferente, desde un diferente punto de vista.

Ustedes saben, siempre nos dicen lo que debemos pensar y lo que no debemos pensar. Los libros, los maestros, los padres, la sociedad que nos rodea nos dicen qué debemos pensar, pero jamás nos ayudan a descubrir cómo debemos pensar. Saber qué pensar es comparativamente fácil, porque desde la infancia nuestras mentes están condicionadas por palabras, por frases, por actitudes establecidas y prejuicios. No sé si han notado lo fijas que se hallan las mentes de casi todas las personas mayores; están encajadas como la arcilla en un molde y es muy difícil abrirse paso por ese molde. El moldeado de la mente es su condicionamiento.

Aquí, en la India, ustedes están condicionados por siglos de tradición, a pensar de cierta manera; ese condicionamiento tiene causas económicas, sociales y religiosas. En Europa, la mente está condicionada de un modo algo diferente; y en Rusia, desde la revolución, los líderes políticos han estado condicionando la mente a su propia manera. Así, en todas partes la mente está siendo condicionada, no sólo superficialmente, conscientemente, sino también profundamente. La mente oculta o inconsciente está condicionada por la raza, por el clima, por las imitaciones no verbalizadas, no expresadas.

Ahora bien, la mente no puede ser libre en tanto permanezca moldeada o condicionada. Y la mayoría de la gente piensa que jamás podremos liberar a la mente de su condicionamiento, que debe estar siempre condicionada. Ellos dicen que no podemos evitar ciertos hábitos de pensar, ciertos prejuicios, y que no puede haber liberación para la mente, que ésta jamás podrá ser libre. Además, cuanto más antigua es la civilización, mayor es el peso de la tradición, de la autoridad, de la disciplina con que la mente se halla agobiada. Las personas que pertenecen a una raza antigua, como en la India, están más condicionadas que las que viven en América, por ejemplo, donde existe más libertad social y económica y donde sus habitantes han sido pioneros en fecha bastante reciente.

Una mente condicionada no es libre porque jamás puede ir más allá de sus propios límites, de las barreras que ha erigido en tomo de sí misma; eso es obvio. Y es muy difícil para una mente semejante liberarse de su condicionamiento e ir más allá, porque este condicionamiento le ha sido impuesto no sólo por la sociedad, sino que se lo ha impuesto ella misma. Ustedes gustan de su condicionamiento, porque no se atreven a ir más allá. Temen lo que podrían decir sus padres y sus madres, lo que el sacerdote y la sociedad podrían decir; en consecuencia, contribuyen a crear las barreras que los retienen. Ésta es la prisión en que casi todos estamos atrapados y por eso sus padres están siempre diciéndoles -como ustedes a su vez les dirán a sus hijos- que hagan esto y no hagan aquello.

¿Qué ocurre por lo general en una escuela, especialmente si el maestro les agrada? Si su maestro les agrada, desean seguirle, imitarle; por lo tanto, el condicionamiento de sus mentes se vuelve más y más rígido, más permanente. Digamos, por ejemplo, que están en un albergue al cuidado de un maestro que practica diariamente su ritual religioso. A ustedes les gusta el espectáculo o la belleza del mismo, de modo que empiezan a practicarlo también. En otras palabras, se están condicionando más aún; y tal condicionamiento es muy efectivo, porque cuando uno es joven la mente es muy ansiosa, impresionable, imitativa. Y no sé si son ustedes creativos, probablemente no, porque sus padres no les permitirían salir fuera del muro, ellos no quieren que miren más allá del condicionamiento. Son exactamente como cualquier otra persona. Practican sus rituales, tienen sus temores, su deseo de gurú; y como ustedes reciben enseñanza de ellos -y también porque puede agradarles un maestro en particular o porque ven un ritual hermoso y quieren practicarlo-, inconscientemente pueden quedar presos de la imitación.

¿Por qué practican rituales las personas mayores? Porque sus padres lo hicieron antes que ellas y también porque eso les transmite ciertos sentimientos, ciertas sensaciones que les aquietan internamente. Cantan determinadas plegarias, pensando que si no lo hicieran tal vez estarían perdidas. Y los jóvenes copian a los mayores y así es como empieza la imitación.

Si el maestro mismo cuestionara toda esta ritualidad, si realmente reflexionara al respecto -cosa que muy pocos hacen alguna vez-, si usara su inteligencia para examinar eso sin prejuicio alguno, pronto descubriría que no tiene ningún sentido. Pero para investigar y descubrir la verdad en esta cuestión, se requiere muchísima libertad. Si ustedes ya tienen un prejuicio a favor de algo y entonces proceden a investigarlo, es obvio que no puede haber investigación. Tan sólo fortalecerán su prejuicio, su idea preconcebida.

Por lo tanto, es esencial que los maestros se libren ellos mismos de su condicionamiento y así ayuden a los niños a librarse del suyo. Conociendo la influencia condicionadora de los padres, de la tradición, de la sociedad, el maestro tiene que alentar a los niños para que no acepten cosas irreflexivamente, sino que investiguen, que cuestionen.

Si ustedes observan, a medida que crecen comenzarán a ver cómo los moldean diversas influencias, cómo no se les ayuda a pensar sino que se les dice qué deben pensar. Finalmente, si no se rebelan contra este proceso se vuelven como una máquina automática, funcionan sin creatividad, sin mucho pensamiento original.

Todos temen que si no encajan dentro de la sociedad serán incapaces de ganarse la vida. Si mi padre es abogado, pienso que también tengo que ser abogado. Si soy una muchacha, me someto a que me casen. ¿Qué sucede, entonces? Empiezan siendo personas jóvenes con muchísima vitalidad y enorme entusiasmo, pero todo esto es gradualmente destruido por la influencia condicionadora de los padres y maestros con sus propios prejuicios, temores y supersticiones. Cuando dejan la escuela y salen al mundo, están llenos de información pero han perdido la vitalidad para investigar, para rebelarse contra las estupideces tradicionales de la sociedad.

Ustedes se sientan aquí y escuchan todo esto. ¿Qué es lo que va a ocurrir cuando finalmente aprueben sus exámenes de licenciatura o maestría? Saben muy bien lo que va a ocurrir. A menos que se rebelen, serán exactamente iguales al resto del mundo, porque no se atreven a ser otra cosa. Estarán tan condicionados, tan moldeados, que tendrán miedo de echarse a andar por sí mismos. Serán controlados por sus esposas, sus maridos, y la sociedad les dirá lo que tienen que hacer; la imitación prosigue generación tras generación. No hay verdadera iniciativa, no hay libertad, no hay felicidad; no hay nada sino una muerte lenta. ¿Cuál es el sentido de que se les eduque, de que aprendan a leer y escribir, si sólo van a funcionar como una máquina? Pero eso es lo que quieren sus padres y lo que quiere el mundo. El mundo quiere que no piensen, no quiere que sean libres para descubrir, porque entonces serían ciudadanos peligrosos, no encajarían en el patrón establecido. Un ser humano libre nunca puede sentir que pertenece a un país determinado, a una particular clase o forma de pensar. La libertad implica libertad en todos los niveles, del principio al fin, y pensar solamente a lo largo de una línea particular no es libertad.

Por lo tanto, mientras son jóvenes es muy importante que sean libres, no sólo en el nivel consciente sino también profundamente en lo interno. Esto significa que deben vigilarse a sí mismos, que deben percatarse más y más de las influencias que buscan controlarles y dominarles; significa que jamás deben aceptar irreflexivamente, sino que deben cuestionar siempre, investigar y hallarse en estado de rebelión.

Interlocutor: ¿Cómo podemos hacer para liberar nuestras mentes, cuando vivimos en una sociedad llena de tradición ?

K.: En primer lugar, deben tener el impulso, la exigencia de libertad. Es como el anhelo de volar que tiene el pájaro o el de las aguas del río, de fluir. ¿Tienen este impulso de ser libres? Si lo tienen, ¿qué ocurre entonces? Sus padres y la sociedad tratan de forzarles dentro de un molde. ¿Pueden resistirles? Encontrarán que es difícil, porque sienten temor. Temor de no conseguir un empleo, de no conseguir la esposa o el marido apropiado, de que puedan padecer hambre, de lo que la gente podría decir de ustedes. Aunque deseen ser libres, sienten temor; por lo tanto, no van a resistir. El temor a lo que la gente pueda decir o a lo que sus padres puedan hacer, les bloquea, y así son forzados dentro del molde.

Ahora bien, ¿pueden decir: "yo quiero saber y no me importa si padezco hambre. Sea lo que fuera lo que ocurra, voy a luchar contra las barreras de esta sociedad corrupta, porque quiero ser libre para descubrir"? ¿Pueden decir eso? Cuando viven con temor, ¿pueden oponerse a todas estas barreras, a todas estas imposiciones?

Es muy importante, pues, ayudar al niño desde la más tierna edad a que vea las aplicaciones del temor y se libere de él. En el momento en que están ustedes atemorizados, se termina la libertad.

Interlocutor: Puesto que hemos sido criados en una sociedad basada en el temor, ¿cómo es posible para nosotros estar libres del temor?

K.: ¿Se dan cuenta de qué están atemorizados? Si es así, ¿cómo van a liberarse del temor? Ustedes y yo tenemos que averiguarlo; por lo tanto, considérenlo conmigo.

Cuando están conscientes de que sienten temor, ¿qué es lo que hacen realmente? Escapan de él, ¿no es así? Toman un libro o salen a dar un paseo; tratan de olvidarlo. Sienten temor de sus padres, de la sociedad; están conscientes de ese temor y no saben cómo resolverlo. Tienen miedo de mirarlo siquiera; de modo que huyen de él en distintas direcciones. Por eso siguen estudiando y aprobando exámenes hasta el último momento, cuando tienen que afrontar lo inevitable y actuar. Continuamente tratan de escapar de su problema, pero eso no les ayuda a resolverlo. Tienen que enfrentarse a él.

Entonces, ¿pueden mirar su temor? Si quieren examinar un pájaro, observar la forma de sus alas, su pico, deben acercársela mucho, ¿verdad? De igual modo, si están atemorizados, tienen que observar desde muy cerca su temor. Cuando escapan del temor sólo lo incrementan.

Digamos, por ejemplo, que quieren dedicar su vida a algo que aman de verdad, pero sus padres les dicen que no deben hacerlo y les amenazan con algo terrible si lo hacen: dicen que no les darán nada de dinero, y eso los atemoriza. Están tan atemorizados que no se atreven a mirar el propio temor. Así que ceden y el temor continúa.

Interlocutor: ¿Qué es la verdadera libertad y cómo puede uno adquirirla?

K.: La verdadera libertad no es algo que pueda adquiriese, es el resultado de la inteligencia. No puedes salir y comprar la libertad en el mercado. No puedes obtenerla leyendo un libro o escuchando hablar a alguien. La libertad adviene con la inteligencia.

¿Pero qué es la inteligencia? ¿Puede haber inteligencia cuando hay temor o cuando la mente está condicionada? Cuando tu mente tiene prejuicios o cuando piensas que eres un ser humano maravilloso, o

cuando eres muy ambicioso y deseas trepar la escalera del éxito, mundano o espiritual, ¿puede haber inteligencia? Cuando sólo te interesas en ti mismo, cuando sigues a alguien o le rindes culto, ¿puede haber inteligencia? Ciertamente, la inteligencia llega cuando comprendes toda esta estupidez y rompes con ella. Por lo tanto, tienes que empezar, y lo primero es que te des cuenta de que tu mente no es libre. Has de observar cómo tu mente está atada por todas estas cosas; ése es el principio de la inteligencia, la cual trae libertad. Tienes que encontrar la respuesta por ti mismo. ¿De qué sirve que algún otro sea libre cuando tú no lo eres, o que algún otro tenga comida cuando tú tienes hambre?

Para ser creativo, lo cual implica tener verdadera iniciativa, tiene que haber libertad; y para que haya libertad tiene que haber inteligencia. Tienes, pues, que investigar y descubrir qué es lo que impide que haya inteligencia. Has de investigar la vida, cuestionar los valores sociales, todo, y no aceptar nada sólo porque estés atemorizado.

CAPITULO 6

Tal vez podamos abordar el problema del temor desde otro ángulo diferente. El temor, en la mayoría de nosotros, produce cosas extraordinarias. Crea toda clase de ilusiones y problemas. Hasta que no lo investigamos muy a fondo y lo comprendamos realmente, el temor distorsionará siempre nuestras acciones. El temor deforma nuestras ideas y tuerce el camino de nuestra vida; crea barreras entre la gente y, por cierto, destruye el amor. Por lo tanto, cuanto más investiguemos el temor, cuanto más lo comprendamos y nos liberemos realmente de él, mayor será nuestro contacto con todo lo que nos rodea. Al presente, nuestros contactos vitales con la existencia son muy pocos, ¿no es así? Pero si podemos libramos del temor tendremos contactos amplios, comprensión profunda, verdadera simpatía, consideración afectuosa y la extensión de nuestro horizonte será muy grande. Veamos, pues, si podemos considerar el temor desde un punto de vista diferente.

Me pregunto si han advertido que casi todos deseamos alguna clase de seguridad psicológica. Queremos seguridad, alguien en quien apoyarnos. Como un niño pequeño se toma la mano de su madre, así queremos algo a lo cual aferramos; queremos que alguien nos ame. Sin una sensación de seguridad, sin una garantía mental, nos sentimos perdidos, ¿no es así? Estamos acostumbrados a apoyamos en otros, a esperar que otros nos guíen, nos ayuden, y sin esta sustentación estamos confundidos, atemorizados, no sabemos qué pensar, cómo actuar. En el momento en que quedamos abandonados a nosotros mismos, nos sentimos solos, inseguros, perplejos. De esto surge el temor, ¿no es cierto?

Entonces, queremos algo que nos dé sensación de seguridad, y para ello tenemos defensas de muchas clases diferentes. Tenemos protecciones tanto internas como externas. Cuando cerramos las ventanas y las puertas de nuestra casa y permanecemos dentro, nos sentimos seguros, a salvo, sentimos que no nos molestan. Pero la vida no es eso. La vida está golpeando constantemente a nuestras puertas, trata de abrir nuestras ventanas para que podamos ver más; y si a causa del temor cerramos las puertas y echamos el cerrojo a todas las ventanas, los golpeteos sólo se vuelven más fuertes aún. Cuanto más estrechamente nos aferramos a la seguridad en cualquiera de sus formas, más viene la vida y nos empuja. Cuanto más miedo tenemos y nos encerramos en nosotros mismos, mayor es nuestro sufrimiento, porque la vida no nos dejará tranquilos. Queremos estar seguros, pero la vida dice que no podemos estarlo; y así es como comienza nuestra lucha. Buscamos seguridad en la sociedad, en la tradición, en la relación con nuestros padres y nuestras madres, con nuestras esposas y nuestros maridos; pero la vida se abre paso siempre por los muros de nuestra seguridad.

También buscamos seguridad o consuelo en las ideas, ¿no es así? ¿Han observado de qué modo aparecen las ideas y cómo la mente se aferra a ellas? Uno tiene una idea de algo herinoso que vio cuando salió a dar un paseo, y su mente regresa a esa idea, a ese recuerdo. Uno lee un libro y se forma una idea a la que se aferra. Ustedes tienen que ver cómo surgen las ideas y cómo se convierten en medios de consuelo y seguridad interior, en algo a lo cual la mente se aferra.

¿Alguna vez han pensado acerca de esta cuestión de las ideas? Si uno de ustedes tiene una idea y yo tengo una idea y cada uno de nosotros piensa que su idea es mejor que la del otro, luchamos por ellas, ¿no es así? Yo trato de convencerle a él y él trata de convencerme a mí. Todo el mundo está edificado sobre las ideas y el conflicto entre ellas; y si lo investigan, encontrarán que el mero obstinarse en una idea no tiene sentido. ¿Pero han notado cómo sus padres, sus madres, sus maestros, sus tíos y tías se aferran todos fuertemente a lo que piensan?

Entonces, ¿cómo surge una idea? ¿Cómo llegan ustedes a tener una idea? Cuando tienen, por ejemplo, la idea de salir a dar un paseo, ¿cómo surge esa idea? Es muy interesante descubrirlo. Si lo observan, verán cómo surge una idea de esa clase y cómo la mente de ustedes se aferra a ella, descartando cualquier otra cosa. La idea de salir a dar un paseo es la respuesta a una sensación, ¿no es así? Han salido a pasear anteriormente y ello ha dejado un sentimiento o una sensación agradable; desean hacerlo nuevamente y de ese modo es creada la idea y luego puesta en acción. Cuando ven un automóvil herinoso hay una sensación, ¿verdad? La sensación proviene del mismo mirar el automóvil. El ver crea la sensación. De la sensación nace la idea: "quiero ese automóvil, es mi automóvil", y la idea se vuelve, entonces, muy dominante.

Buscamos seguridad en las posesiones externas y en las relaciones, y también en las ideas o creencias internas. Creo en Dios, en los rituales, creo que debo casarme de cierta manera, creo en la reencarnación, en

la vida después de la muerte, etcétera. Estas creencias son todas producidas por mis deseos, por mis prejuicios, y yo me aferro a esas ideas. Tengo seguridades externas, fuera de la piel por decirlo así, y también seguridades internas; si me las quitan o me las cuestionan, tengo miedo; apartaré a quienes lo hagan, lucharé con ellos si amenazan mi seguridad.

Ahora bien, ¿existe una cosa tal como la seguridad? ¿Entienden? Tenemos ideas acerca de la seguridad. Podemos sentir que estamos a salvo con nuestros padres o en un empleo determinado. La manera como pensamos, como vivimos, como miramos las cosas... con todo esto podremos sentimos satisfechos.. Casi todos estamos satisfechos de estar encerrados en ideas seguras. ¿Pero acaso podemos estar seguros alguna vez, podemos estar a salvo, por muchas garantías externas o internas que tengamos? Exteriormente, el banco de uno puede quebrar mañana, nuestro padre o nuestra madre pueden morir, puede haber una revolución. Pero, ¿hay alguna seguridad en las ideas? Nos gusta pensar que estamos a salvo en nuestras ideas, en nuestras creencias, en nuestros prejuicios, pero ¿lo estamos? Son muros que carecen de realidad, son meramente nuestras concepciones, nuestras sensaciones. Nos gusta creer que hay un Dios que cuida de nosotros, que vamos a renacer más ricos, más nobles de lo que ahora somos. Puede que sea así, puede que no lo sea. De modo que podemos ver por nosotros mismos, si investigamos tanto las seguridades externas como las internas, que en la vida no hay en absoluto seguridad alguna.

Si se lo preguntamos a los refugiados de Pakistán o de Europa oriental, nos dirán indudablemente que la seguridad externa no existe. Pero sienten que hay seguridad internamente y se aferran a esa idea. Ustedes podrán perder su seguridad externa, pero entonces están más ansiosos aún de construir su seguridad internamente y no quieren desprenderse de ella. Esto implica un miedo mayor.

Si mañana o dentro de pocos años sus padres les dicen con quién desean ellos que se casen, ¿acaso sentirán temor? Por supuesto que no, porque han sido educados para hacer exactamente lo que les dicen; sus padres, el gurú, el sacerdote, les han enseñado a pensar a lo largo de ciertas líneas, a actuar de cierta manera, a sustentar ciertas creencias. Pero si se les pidiera que decidieran por sí mismos, ¿no estarían completamente perdidos? Si sus padres les dijeran que se casen con la persona que a ustedes les gusta, temblarían, ¿verdad? Habiendo sido condicionados totalmente por la tradición, por los temores, no quieren que se les deje decidir las cosas por sí mismos. Hay peligro en que a uno le dejen solo, y ustedes nunca quieren que les dejen solos. Nunca quieren resolver nada por sí mismos-. Nunca quieren salir a dar un paseo a solas. Todos quieren estar haciendo algo, como hormigas activas. Temen considerar solos algún problema, afrontar solos algunas de las exigencias de la vida; y estando atemorizados hacen cosas caóticas y absurdas. Como un hombre con una escudilla de mendigo, aceptan irreflexivamente cualquier cosa que les ofrecen.

Viendo todo esto, una persona verdaderamente reflexiva empieza a liberarse de toda clase de seguridad, interna o externa. Esto es extremadamente difícil porque significa que uno se queda solo, solo en el sentido de que no depende de nadie. En el momento en que uno depende, hay temor; y donde hay temor no hay amor. Cuando ustedes aman, no se sienten solos. El sentimiento de soledad surge únicamente cuando nos atemoriza estar solos y no sabemos qué hacer. Cuando estamos controlados por ideas, aislados por creencias, entonces el temor es inevitable; y cuando estamos atemorizados, nos cegamos completamente.

Por lo tanto, los maestros y los padres han de resolver juntos este problema del temor. Pero desgraciadamente, los padres de ustedes tienen miedo de lo que sus hijos podrían hacer si no se casaran o si no consiguieran un empleo. Tienen miedo de que se equivoquen o de lo que podría decir la gente, y a causa de este miedo quieren que ustedes hagan ciertas cosas. El miedo que sienten se encubre bajo lo que ellos llaman amor. Desean protegerles, por lo tanto, ustedes deben hacer esto o aquello. Pero si uno pasa detrás del muro de sus así llamados afecto y consideración, encontrará que hay temor por la seguridad y respetabilidad de ustedes; y ustedes también están atemorizados porque han dependido durante tanto tiempo de otras personas.

Por eso es muy importante que, desde la más tierna edad, empiecen a cuestionar y a eliminar estos sentimientos de temor, a fin de que no queden aislados por ellos ni encerrados en ideas, tradiciones, hábitos, sino que sean seres humanos libres con vitalidad creativa.

Interlocutor: ¿Por qué, aun cuando sabemos que Dios nos protege, tenemos miedo?

K.: Eso es lo que te han dicho. Tu padre, tu madre, tu hermano mayor, te han dicho que Dios te protege; es una idea a la cual te aferras. Sin embargo, sigue habiendo miedo. Aunque tengas esta idea, este pensamiento, este sentimiento de que Dios te protege, el hecho es que tienes miedo. La cosa real es tu miedo, no la idea de que vas a ser protegido por Dios porque tus padres y tu tradición te aseguren que lo serás.

Ahora bien, ¿qué es lo que sucede realmente? ¿Estás siendo protegido? Mira los millones de personas que no están protegidas, que se están muriendo de hambre. Mira a los aldeanos que llevan pesadas cargas, que están hambrientos, sucios, con las ropas en jirones. ¿Están ellos protegidos por Dios? A causa de que posees más dinero que otros, de que tienes cierta posición social, de que tu padre es un funcionario o un recaudador o un comerciante que astutamente ha timado a alguien, ¿debes ser protegido, mientras millones en el mundo siguen sin comida suficiente, sin ropa ni vivienda apropiada? Tú esperas que el pobre y el que se muere de hambre sean protegidos por el estado, por sus empleadores, por la sociedad, por Dios; pero ellos no van a ser protegidos. En realidad, no hay protección, aunque te guste sentir que Dios te protegerá. Ésa es sólo una idea agradable para pacificar tu miedo; de ese modo no cuestionas nada, sino que meramente crees en Dios. No tiene sentido empezar con la idea de que vas a ser protegido por Dios. Pero si investigas de verdad todo el problema del miedo, entonces descubrirás si Dios te protege o no.

Cuando existe el sentimiento de afecto, no hay miedo, no hay explotación, y entonces no hay problema.

Interlocutor: ¿ Qué es la sociedad?
K.: ¿Qué es la sociedad? ¿Y qué es la familia? Averigüemos, paso a paso, cómo se crea la sociedad, cómo nace.
¿Qué es la familia? Cuando tú dices: "ésta es mi familia", ¿qué quieres decir? Tu padre, tu madre, tu hermano y tu hermana, la sensación de intimidad, el hecho de que estén viviendo juntos en la misma casa, el sentimiento de que tus padres van a protegerte, la posesión de cierta propiedad, de joyas, saris, ropas... todo esto es la base de la familia. Hay otras familias como la tuya viviendo en otras casas, sintiendo exactamente las mismas cosas que tú sientes, teniendo el mismo sentimiento de "mi esposa", "mi marido", "mis hijos", "mi casa", "mis ropas", "mi automóvil"; hay muchas familias así viviendo sobre el mismo pedazo de tierra, y ellas llegan a tener el mismo sentimiento de que no deben ser invadidas a su vez por otras familias. En consecuencia, empiezan a fabricar leyes. Las familias poderosas se colocan a sí mismas en altas posiciones, adquieren grandes propiedades, disponen de más dinero, más ropas, más automóviles; se juntan y estructuran las leyes, les dicen a los demás lo que deben hacen Así, gradualmente, se forma una sociedad con leyes, regulaciones, policías, un ejército, una armada. Finalmente, toda la Tierra queda poblada por sociedades de diversas clases. Entonces eso ocasiona en la gente ideas antagónicas y el deseo de derribar a aquéllos que se hallan establecidos en altas posiciones, que tienen en sus manos todos los recursos del poder. Derrumban esa sociedad particular y forman otra.
La sociedad es la relación entre la gente, la relación entre una persona y otra, entre una familia y otra, entre un grupo y otro, y entre el individuo y el grupo. La sociedad es la relación humana, la relación entre ustedes y yo. Si yo soy muy codicioso, muy astuto, si tengo gran poder y autoridad, les voy a hacer a un lado; y ustedes tratarán de hacer lo mismo conmigo. Así que fabricamos leyes. Pero vienen otros que invalidan nuestras leyes estableciendo otra serie de leyes, y esto prosigue todo el tiempo. En la sociedad, que es la relación humana, existe este conflicto constante. Ésta es la base simple de la sociedad, pero se vuelve más y más compleja a medida que los seres humanos mismos se vuelven más y más complejos en sus ideas, en sus deseos, en sus instituciones y en sus industrias.
Interlocutor: ¿Puede uno ser libre mientras está viviendo en esta sociedad?
K.: Si dependo de la sociedad para mi satisfacción, para mi bienestar, ¿puedo ser libre alguna vez? Si dependo de mi padre por el afecto, por el dinero, por la iniciativa de hacer las cosas, o si dependo en alguna forma de un gurú, no soy libre, ¿verdad? Por lo tanto, ¿puedo ser libre mientras sea psicológicamente dependiente? Por cierto, la libertad sólo es posible cuando tengo capacidad, iniciativa, cuando puedo pensar de manera independiente, cuando no temo lo que alguno pueda decir, cuando quiero descubrir realmente qué es verdadero y no soy codicioso, envidioso, celoso. En tanto sea envidioso, codicioso, dependeré psicológicamente de la sociedad y, mientras dependa de ese modo de la sociedad, no seré libre. Pero si dejo de ser codicioso, seré libre.
Interlocutor: ¿Por qué las personas quieren vivir en sociedad cuando pueden vivir solas?
K.: ¿Puedes tú vivir solo?
Interlocutor: Yo vivo en sociedad porque mi padre y mi madre viven en la sociedad.
K.: Para conseguir un empleo, para ganarte la vida, ¿acaso no tienes que vivir en la sociedad? ¿Puedes vivir solo?
Para la comida, para la ropa y la vivienda dependes de alguien. No puedes vivir aislado. Ninguna entidad está completamente sola. únicamente en la muerte estás solo. Mientras vives estás siempre relacionado con tu padre, con tu hermano, con el mendigo, con el hombre que repara la calle, con el comerciante, con el recaudador. Siempre estás relacionado; y a causa de que no comprendes esta relación, hay conflicto. Pero si comprendes la relación entre tú mismo y otro, no hay conflicto y entonces no surge la cuestión de vivir solo.
Interlocutor: Puesto que siempre estamos relacionados con otros, ¿ no es verdad que nunca podemos ser absolutamente libres?
K.: No comprendemos qué es la relación, la verdadera relación. Supongamos que yo dependo de ti para mi gratificación, para mi bienestar, para mi sentido de la seguridad; ¿cómo puedo ser libre alguna vez? Pero si no dependo de ese modo aún sigo relacionado contigo, ¿no es así? Dependo de ti para alguna clase de solaz emocional, físico o intelectual; por lo tanto, no soy libre. Me apego a mis padres porque necesito alguna clase de seguridad, lo cual implica que mi relación con ellos es de dependencia y está basada en el temor. ¿Cómo puede haber, entonces, relación alguna que sea libre? Sólo hay libertad en la relación cuando no hay temor. Por lo tanto, para tener una verdadera relación debo empezar a liberarme de esta dependencia psicológica que engendra temor.
Interlocutor: ¿Cómo podemos ser libres cuando nuestros padres dependen de nosotros en su ancianidad?
K.: A causa de que son viejos, dependen de ti para que les mantengas. ¿Qué sucede entonces? Esperan que ganes dinero suficiente como para vestirles y alimentarles; y si lo que deseas es ser un carpintero o un artista, aun cuando tal vez no ganes nada de dinero, tus padres te dirán que no debes hacer eso porque tienes que mantenerles a ellos. Sólo piensa en esto. No digo que sea bueno o malo; al decir que es bueno o malo ponemos fin al pensar. El requerimiento de tus padres de que debes ser el sostén de ellos te impide vivir tu propia vida, y que quieras vivir tu propia vida se considera egoísta; de este modo, te conviertes en el esclavo de tus padres.
Uno podría decir que el Estado debería cuidar a los ancianos mediante pensiones a la vejez y varios otros sistemas de seguridad. Pero en un país donde hay superpoblación, insuficiencia de ingresos nacionales, falta

de productividad y demás, el Estado no puede proteger a las personas ancianas. De modo que los padres de avanzada edad dependen de los jóvenes, y los jóvenes encajan siempre en el surco de la tradición y son destruidos. Pero éste no es un problema para ser discutido por mí. Todos ustedes tienen que considerarlo y resolverlo.

Naturalmente, dentro de límites razonables, yo deseo mantener a mis padres. Pero supongamos que anhelo hacer algo que rinde muy poco. Supongamos que quiero convertirme en una persona religiosa y consagrar mi vida a descubrir qué es Dios, qué es la verdad. Ese modo de vida puede no aportarme ningún dinero y si lo sigo quizá deba abandonar a mi familia, lo cual implica que probablemente morirán de hambre como millones de personas. ¿Qué he de hacer? En tanto tenga miedo de lo que dirá la gente -que no soy un hijo cumplidor, que soy un hijo indigno-, jamás seré un ser humano creativo. Para ser un hombre creativo, dichoso, debo tener muchísima iniciativa.

Interlocutor: ¿Sería bueno de nuestra parte permitir que nuestros padres murieran de hambre?

K.: No lo estás planteando correctamente. Supongamos que de verdad quiero ser un artista, un pintor, y sé que la pintura va a rendirme muy poco dinero. ¿Qué he de hacer? ¿Sacrificar mi profundo impulso de pintar y convertirme en un oficinista? Eso es lo que generalmente sucede, ¿verdad? Me convierto en oficinista y por el resto de mi vida vivo en un gran conflicto, soy un desdichado; y a causa de que sufro, de que me siento frustrado, hago la vida desdichada para mi esposa y mis hijos. Pero si, como joven artista, veo la significación de todo esto, digo a mis padres: "quiero pintar y les daré lo que pueda de lo poco que tenga; eso es todo cuanto puedo hacer".

Ustedes han formulado preguntas y yo las he contestado. Pero si no reflexionan realmente acerca de estas cuestiones, si no las investigan por sí mismos más y más profundamente y las abordan desde distintos ángulos, si no las consideran de diferentes maneras, entonces sólo dirán: "esto es bueno y aquello es malo; esto es mi deber y eso no lo es; esto es verdadero y eso es erróneo", lo cual no les llevará muy lejos. Mientras que si ustedes y yo consideramos juntos todas estas cuestiones, y con sus padres y maestros las discuten, las investigan, entonces la inteligencia de ustedes se despertará, y cuando estos problemas surjan en su vida cotidiana serán capaces de afrontarlos. Pero no lo serán si aceptan meramente lo que estoy diciendo. Mis respuestas a sus preguntas tienen sólo el propósito de despertar la inteligencia de ustedes a fin de que consideren cuidadosamente estos problemas por sí mismos y de ese modo sean capaces de encarar la vida correctamente.

CAPITULO 7

Sé que he estado hablando acerca del temor; y es muy importante para nosotros que estemos conscientes del temor, que nos percatemos de él. ¿Saben ustedes cómo nace el temor? En todo el mundo podemos ver que la gente está pervertida por el temor, deformada en sus ideas, en sus sentimientos y sus actividades. Por lo tanto debemos investigar el problema del temor desde todos los ángulos posibles, no sólo desde el punto de vista económico y moral de la sociedad, sino también desde el punto de vista de nuestras luchas psicológicas, internas.

Como he dicho, el temor por nuestra seguridad externa e interna deforma la mente y distorsiona nuestro pensar. Espero que hayan reflexionado un poco acerca de esto, porque cuanto más claramente consideren y vean la verdad de ello, más libres estarán de toda dependencia. Los adultos no han producido una sociedad maravillosa; los padres, los ministros, los maestros, los gobernantes, los sacerdotes no han creado un mundo bello. Por el contrario, han creado un mundo terrible, brutal, en el que todos están peleando con alguien, en el que un grupo está contra otro grupo, una nación contra otra, una ideología o conjunto de creencias contra otra ideología o conjunto de creencias. El mundo en el que van a crecer es un mundo feo, un mundo deplorable, donde los mayores tratan de sofocarles con sus propias creencias, sus ideas, su perversidad; y si ustedes van a seguir meramente el deplorable patrón de los mayores que han producido esta sociedad monstruosa, ¿cuál es el sentido de que se les eduque, cuál es, en absoluto, el sentido de vivir?

Si miran a su alrededor, verán que en todo el mundo hay una espantosa destrucción y desdicha humana. Pueden leer sobre las guerras en la historia, pero no conocen su realidad, de qué modo las ciudades son destruidas por completo, cómo la bomba de hidrógeno, arrojada sobre una isla, causa la total desaparición de la isla, cómo los barcos son bombardeados y se esfuman en el aire. Hay una destrucción espantosa a causa del llamado progreso; y es en este mundo donde ustedes van a crecer. Podrán pasarlo bien, dichosamente mientras son jóvenes; pero cuando se vuelvan adultos, a menos que estén muy alerta, atentos a sus pensamientos, a sus sentimientos, perpetuarán este mundo de batallas, de ambiciones despiadadas, un mundo donde cada uno está compitiendo con otro, donde hay miseria, inanición, superpoblación y enfermedad.

Así, mientras son jóvenes, ¿no es importante que sean ayudados por la clase correcta de maestro, para que reflexionen sobre todas estas cosas, y no que se les enseñe meramente a aprobar algunos opacos exámenes? La vida es dolor, muerte, amor, odio, crueldad, enfermedad, inanición, y tienen que empezar a considerar todos estos hechos. Por eso siento que es bueno que ustedes y yo investiguemos estos problemas juntos, de modo que se les despierte la inteligencia y empiecen a tener una percepción real de todo esto. Entonces no madurarán solamente para que les casen y para convertirse en un irreflexivo oficinista o en una máquina de engendrar hijos, perdiéndose en ese perverso patrón de vida, como las aguas se pierden en la arena.

Una de las causas del temor es la ambición, ¿no es así? ¿Acaso no son todos ambiciosos? ¿Cuál es la ambición de ustedes? ¿Aprobar algún examen? ¿Convertirse en gobernador? O, si son muy jóvenes, tal vez quieran ser maquinistas, manejar locomotoras a través del puente. ¿Pero por qué son ambiciosos? ¿Qué es lo que eso significa? ¿Han pensado alguna vez al respecto? ¿Han notado lo ambiciosas que son las personas mayores? En su propia familia, ¿no han escuchado a su padre o a su tío hablar de ganar un sueldo mayor o de ocupar alguna posición prominente? En nuestra sociedad -ya he explicado qué es nuestra sociedad- todos están haciendo esto, tratando de llegar a la cima. Todos quieren llegar a ser "alguien", ¿verdad? El amanuense quiere llegar a gerente, el gerente quiere llegar a algo más grande y así sucesivamente, la continua puja por "llegar a ser". Si soy maestro, quiero llegar a director; si soy director quiero llegar a ser el rector. Si son feos, desean ser hermosos. O desean tener más dinero, más saris, más ropa, más muebles, casas, propiedades: más, más y más. No sólo exteriormente sino también internamente, en el así llamado sentido espiritual, quieren ustedes llegar a ser alguien, aunque puedan ocultar esa ambición bajo un montón de palabras. ¿No han advertido esto? Y piensan que todo eso está perfectamente bien, ¿no es así? Piensan que es perfectamente normal, justificable, correcto.

Ahora bien, ¿qué es lo que la ambición ha hecho en el mundo? Muy pocos de nosotros hemos pensado alguna vez en eso. Cuando ustedes ven a un hombre luchando por sacar ventaja, por alcanzar y adelantarse a algún otro, ¿alguna vez se han preguntado qué hay en su corazón? Si miraran en su propio corazón cuando son ambiciosos, cuando están bregando por llegar a ser alguien, espiritualmente o en el sentido mundano, encontrarían allí el gusano del miedo. El hombre ambicioso es el más temeroso de los hombres, porque tiene miedo de ser lo que es. Dice: 'Si permanezco siendo lo que soy, no seré nadie; por lo tanto, tengo que ser alguien, tengo que convertirme en magistrado, en juez, en ministro". Si examinan muy atentamente este proceso, si ven detrás de la pantalla de las palabras y las ideas, si van más allá del muro de la posición social y del éxito, encontrarán que hay miedo, porque el hombre ambicioso teme ser lo que es. Piensa que en sí mismo es insignificante, pobre, feo, se siente solo, totalmente vacío; por lo tanto, dice: "Tengo que ir y obtener algo más". De modo que, o bien va detrás de lo que llama Dios, que es solamente otra forma de ambición, o trata de llegar a ser alguien en el mundo. De esta manera encubre su soledad, su sentido de vacuidad interna, del cual está realmente atemorizado. Escapa de eso, y la ambición se vuelve el medio a través del cual puede escapar.

Entonces, ¿qué es lo que está sucediendo verdaderamente en el mundo? Todos están luchando con alguien. Un hombre se siente inferior a otro, pugna por llegar bien arriba. No hay amor, no hay consideración, no hay un pensar profundo. Nuestra sociedad es una batalla constante del hombre contra el hombre. Esta lucha nace de la ambición por llegar a ser alguien, y los adultos los alientan a ustedes para que sean ambiciosos. Quieren que lleguen a ser algo importante, que se casen con una mujer rica o con un hombre rico, que tengan amigos influyentes. Estando atemorizados, siendo feos internamente, tratan de hacerles iguales a ellos; y ustedes, a su vez, desean ser como ellos, porque todo eso les atrae. Cuando llega el gobernador, todos se inclinan hasta el suelo para recibirle, le ofrecen guirnaldas, elaboran discursos. Él les ama y ustedes también le aman. Se sienten honrados si conocen al tío de él o a su secretario, y se calientan al sol de su ambición, de sus realizaciones. De ese modo quedan presos en la perversa telaraña de la generación más vieja, en el patrón de esta sociedad monstruosa. Solamente si están muy alerta, constantemente vigilantes y no temen ni aceptan sino que cuestionan todo el tiempo, sólo entonces no estarán presos sino que irán más allá de esto y crearán un mundo diferente.

Por eso es muy importante que descubran su verdadera vocación. ¿Saben qué significa "vocación"? Algo que les gusta hacer, que aman y que es natural para ustedes. Después de todo, ése es el sentido de la educación: ayudarles a que crezcan independientemente, de modo que estén libres de ambiciones y puedan descubrir su verdadera vocación. El hombre ambicioso jamás ha descubierto su verdadera vocación; si lo hubiera hecho, no sería ambicioso.

Es pues, responsabilidad de los maestros, del director, ayudarles a que sean inteligentes, a que no tengan miedo, de manera que puedan descubrir su verdadera vocación, su propio modo de vida, el modo como realmente quieren vivir y ganarse la subsistencia. Esto implica una revolución en el pensar, porque en nuestra sociedad actual se considera que quien es capaz de hablar, de escribir, el hombre que puede mandar, que tiene un gran automóvil, es el que está en una posición maravillosa; se menosprecia al hombre que cava en el jardín, al que cocina, al que construye una casa.

¿Se percatan ustedes de sus propios sentimientos cuando miran a un albañil, al hombre que repara la carretera, al que conduce un taxi o tira de una carreta? ¿Han advertido cómo le miran con absoluto desdén? Para ustedes apenas si existe, hacen caso omiso de él. Pero cuando un hombre tiene un título de alguna clase, o es un banquero, un comerciante, un gurú o un ministro, inmediatamente le respetan. Pero si cada uno de ustedes descubriera realmente su verdadera vocación, contribuiría a desbaratar por completo este sistema corrupto; porque entonces, si es un jardinero o un pintor o un ingeniero, estará haciendo algo que ama con todo el ser; y eso no es ambición. Hacer algo maravillosamente bien, hacerlo de manera completa, genuina, conforme a lo que uno piensa y siente profundamente, eso no es ambición y en eso no hay temor alguno.

Ayudarles a descubrir su auténtica vocación es muy difícil, porque significa que el maestro ha de prestar muchísima atención a cada estudiante, a fin de descubrir para qué está capacitado. Ha de ayudarle a no tener miedo, a cuestionar, a investigar. Puede que el estudiante sea un escritor, un poeta o un pintor en potencia. Cualquier cosa que sea, si realmente ama lo que hace, no es ambicioso; porque en el amor no hay ambición.

¿No es, entonces, esencial que, mientras son jóvenes, se les ayude a despertar su propia inteligencia, para que de ese modo puedan encontrar su vocación auténtica? Entonces amarán lo que hacen, lo amarán a lo largo de toda la vida, lo cual implica que no habrá ambición ni competencia, que no pelearán con otro por la posición, por el prestigio; y entonces quizá sean capaces de crear un mundo nuevo. En ese mundo nuevo dejarán de existir todas las cosas abominables de la vieja generación: sus guerras, su perversidad, sus dioses separativos, sus rituales que no significan absolutamente nada, sus gobiernos soberanos, su violencia. Por eso, la responsabilidad de los maestros y de los estudiantes es muy grande.

Interlocutor: Si alguien tiene la ambición de ser un ingeniero, ¿no significa eso que le interesa la ingeniería?

K.: ¿Dirías que estar interesado en algo es ambición? Podemos dar a esa palabra "ambición" diversos significados. Para mí, la ambición es consecuencia del temor. Pero si yo soy un chico y estoy interesado en ser ingeniero porque quiero construir estructuras maravillosas, magníficos sistemas de irrigación, espléndidos caminos, significa que amo la ingeniería, y eso no es ambición. En el amor no existe el miedo.

Por lo tanto, la ambición y el interés son dos cosas diferentes, ¿no es así? Si estoy realmente interesado en pintar, si amo la pintura, no compito para ser el mejor o el más famoso de los pintores. Sólo amo la pintura. Tú puedes ser mejor pintor que yo, pero no me comparo contigo. Cuando pinto, amo lo que estoy haciendo y para mí eso es suficiente en sí mismo.

Interlocutor: ¿Cuál es la manera más fácil de encontrar a Dios?

K.: Me temo que no hay una manera fácil, porque encontrar a Dios es una cosa de lo más difícil y ardua. Lo que llamamos Dios, ¿no es acaso algo creado por la mente? Ustedes saben lo que es la mente. La mente es el resultado del tiempo y puede crear cualquier cosa, cualquier ilusión. Tiene el poder de crear ideas, de protegerse con fantasías, con la imaginación; está constantemente acumulando, descartando, eligiendo. Siendo estrecha, limitada, estando llena de prejuicios, la mente puede representarse a Dios, puede imaginar de acuerdo con sus propias limitaciones, lo que Dios es. A causa de que ciertos instructores, sacerdotes y los así llamados salvadores han dicho que Dios existe y lo han descrito, la mente puede imaginar a Dios en esos términos, pero tal imagen no es Dios. Dios es algo que no puede ser encontrado por la mente.

Para comprender a Dios tenemos que comprender primero nuestra propia mente, lo cual es muy difícil. La mente es muy compleja y no es fácil comprenderla. Pero es bastante fácil sentarse y entrar en alguna clase de ensoñación, tener distintas visiones, ilusiones y pensar que estamos muy cerca de Dios. La mente puede engañarse enormemente a sí misma. Así, para experimentar de verdad aquello que puede ser llamado Dios, tenemos que estar completamente quietos; ¿y no han descubierto lo extremadamente difícil que es eso? ¿No han notado cómo aun las personas mayores jamás se sientan quietamente, cómo se agitan, cómo menean los dedos de los pies y mueven las manos? Es físicamente difícil permanecer quietos; ¡mucho más difícil le es a la mente quedarse quieta! Está siempre inquieta, como un niño a quien se le ordena permanecer en el rincón. Es un gran arte para la mente estar completamente silenciosa, sin coacción alguna; sólo entonces es posible experimentar aquello que puede ser llamado Dios.

Interlocutor: ¿Está Dios en todas partes?

K.: ¿Estás realmente interesado en descubrirlo? Ustedes formulan preguntas y después se dejan caer, no escuchan. ¿Han advertido cómo los mayores casi nunca les escuchan? Raramente les escuchan porque están encerrados en sus propios pensamientos, en sus propias emociones, en sus propias satisfacciones y en sus pesares. Espero que hayan advertido esto. Si saben cómo observar y cómo escuchar, escuchar de verdad, descubrirán muchísimas cosas, no sólo con respecto a la gente sino con respecto al mundo.

Aquí está este niño preguntando si Dios se encuentra en todas partes. Es más bien joven para formular esa pregunta. Él no sabe lo que eso significa en realidad. Probablemente tiene un vago indicio de algo: el sentimiento de la belleza, una percepción de los pájaros en el cielo, de las aguas que fluyen, de un rostro hermoso, sonriente, de una hoja bailando en el viento, de una mujer llevando una carga pesada. Y hay ira, ruido, dolor, todo eso está en el aire. De modo que se halla naturalmente interesado y ansioso por descubrir qué es la vida en todas partes. Oye hablar de Dios a las personas mayores y se siente perplejo. Es muy importante para él formular semejante pregunta, ¿verdad? Y es igualmente importante para todos ustedes buscar la respuesta porque, como dije el otro día, comenzarán a captar el significado de todo esto internamente, inconscientemente, muy en el fondo; y entonces, a medida que crezcan, tendrán insinuaciones de otras cosas además de este feo mundo de luchas. El mundo es bello, la Tierra es generosa, pero nosotros somos sus expoliadores.

Interlocutor: ¿Cuál es el verdadero propósito de la vida?

K.: Es, en primer lugar, lo que tú haces de ella. Es lo que tú haces de la vida.

Interlocutor: Por lo que toca a la realidad, tiene que haber alguna otra cosa. Yo no estoy particularmente interesado en tener un propósito personal, pero quiero saber cuál es el propósito para todos?

K.: ¿Cómo lo descubrirás? ¿Quién te lo mostrará? ¿Puedes descubrirlo leyendo? Si lees, un autor puede darte un método particular, mientras que otro autor puede ofrecerte un método completamente distinto. Si acudes a un hombre que está sufriendo te dirá que el propósito de la vida es ser feliz. Si acudes a un hombre que se está muriendo de hambre, que por años no ha tenido comida suficiente, su propósito será tener el estómago lleno. Si acudes a un político, su propósito será convertirse en uno de los que dirigen, de los que gobiernan el mundo. Si le preguntas a una mujer joven, ella dirá: "Mi propósito es tener un bebé". Si acudes a un sanyasi su propósito es encontrar a Dios. El propósito, el deseo implícito de la gente es, por lo general, encontrar algo gratificante, confortador; todos quieren alguna forma de seguridad, de garantía, de modo que no

tengan dudas ni cuestionamientos, ni ansiedad ni temor. La mayoría de nosotros quiere algo permanente a lo cual aferrarse, ¿no es así?

Por lo tanto, el propósito general para el hombre es alguna clase de esperanza, de seguridad, de permanencia. No digas: "¿Eso es todo?". Ése es el hecho inmediato, y primero tienes que estar plenamente familiarizado con eso. Tienes que cuestionar todo eso, lo cual implica que tienes que cuestionarte a ti mismo. El propósito general de la vida está incrustado en ti, porque eres parte de la totalidad. Tú mismo deseas seguridad, permanencia, felicidad; deseas algo a lo cual poder asirte.

Ahora bien, para descubrir si hay alguna otra cosa más allá, alguna verdad que no es de la mente, es preciso terminar con todas las ilusiones que la mente crea, o sea, que tienes que comprenderlas y dejarlas de lado. Sólo entonces podrás descubrir lo verdadero, si hay un propósito o no lo hay. Estipular que debe haber un propósito o creer que hay un propósito, es meramente otra ilusión.

Pero si puedes cuestionar todos tus conflictos, tus luchas, tus pesares, tus vanidades, tus ambiciones, esperanzas y temores, examinar cuidadosamente todo eso e ir mucho más allá, entonces descubrirás.

Interlocutor: Si desarrollo influencias superiores, ¿veré finalmente lo supremo?

K.: ¿Cómo puedes ver lo supremo en tanto haya muchas barreras entre tú y eso? En primer lugar, tienes que eliminar las barreras. No puedes sentarte en una habitación cerrada y saber cómo es el aire fresco. Para tener aire fresco debes abrir las ventanas. De igual modo, tienes que ver, comprender y descartar todas las barreras, todas las limitaciones y los condicionamientos que hay dentro de ti. Entonces descubrirás. Pero no tiene sentido que te sientes de este lado y trates de descubrir qué hay en el otro.

CAPITULO 8

Como ustedes saben, hemos estado hablando mucho acerca del temor, y lo hemos hecho porque es un factor muy poderoso en nuestras vida. Hablemos ahora un rato acerca del amor, descubramos si tras esta palabra y este sentimiento -que para todos nosotros tanto significa- existe también ese elemento peculiar de aprensión, de ansiedad, de esa cosa que los adultos conocen como soledad.

¿Saben qué es el amor? ¿Aman ustedes a su padre, a su madre, a su hermano, a su maestro, a su amigo? ¿Saben lo que significa amar? ¿Cuando dicen que aman a sus padres, ¿qué significa eso? Se sienten seguros con ellos, se sienten confortables. Sus padres les protegen, les dan dinero, albergue, comida y ropa, y ustedes tienen con ellos una sensación de relación muy estrecha, ¿no es así? También sienten que pueden confiar en ellos -o tal vez no lo sientan-. Es probable que no hablen con ellos tan fácil y alegremente como lo hacen con sus propios amigos. Pero les respetan, son guiados por ellos, les obedecen, tienen cierto sentido de responsabilidad hacia sus padres, sienten que tendrán que mantenerles cuando ellos sean viejos. Ellos, a su vez, les aman, quieren protegerles, guiarlos, ayudarles, al menos así lo afirman. Desean unirles en matrimonio de modo que lleven una vida así llamada moral y estén libres de preocupaciones, que tengan un marido que las cuide o una esposa que cocine para ustedes y críe a sus hijos. A todo esto se lo llama amor, ¿no es así?

No podemos decir inmediatamente qué es el amor, porque el amor no es fácil de explicar con palabras. No nos llega con facilidad. No obstante, sin amor, la vida es muy estéril; sin amor, los árboles, los pájaros, la sonrisa de hombres y mujeres, el puente que atraviesa el río, los barqueros que navegan en él, los animales, no tienen ningún sentido. Sin amor, la vida es como un pozo poco profundo. En un río profundo hay riqueza y pueden vivir muchos peces; pero el pozo sin profundidad lo seca pronto el sol intenso y nada queda en él, excepto lodo y suciedad.

Para la mayoría de nosotros, el amor es una cosa extraordinariamente difícil de comprender porque nuestras vidas son muy superficiales. Queremos que nos amen y también queremos amar, pero tras esa palabra hay un temor latente. ¿No es, entonces, muy importante para cada uno de nosotros descubrir qué es realmente esta cosa extraordinaria? Y sólo podemos descubrirlo si nos damos cuenta de la manera como miramos a otros seres humanos, cómo miramos los árboles, los animales, a un extraño, al hombre hambriento. Debemos ser conscientes de la manera como miramos a nuestros amigos, a nuestro gurú (si es que tenemos uno), a nuestros padres.

Cuando dicen: "Amo a mi padre y a mi madre, amo a mi tutor, a mi maestro", ¿qué es lo que eso significa? Cuando respetan tremendamente a determinadas personas y las tienen en gran estima, cuando sienten que el deber de ustedes es obedecerlas y ellas esperan, a su vez, que las obedezcan, ¿es amor eso? ¿Es aprensivo el amor? Ciertamente, cuando respetan a alguna persona, también desprecian a alguna otra, ¿verdad? ¿Es amor eso? En el amor, ¿hay sentido alguno de respetar y despreciar, hay compulsión alguna de obedecer a otro?

Cuando dicen que aman a alguien, ¿no dependen internamente de esa persona? Mientras son niños dependen naturalmente de su padre, de su madre, de su maestro, de su tutor. Necesitan que les cuiden, que les alimenten, que les vistan, que les den protección. Necesitan sentirse seguros, sentir que alguien se ocupa de ustedes.

¿Pero qué es lo que generalmente sucede? A medida que van creciendo, este sentimiento de dependencia continúa, ¿no es cierto? ¿No lo han notado en los adultos, en sus padres y sus maestros? ¿No han notado cómo dependen emocionalmente de sus esposas o de sus maridos, de sus hijos, de sus propios padres? Casi todas las personas, cuando llegan a adultas, siguen aferradas a alguien, continúan dependiendo. Si no tienen a alguien en quien apoyarse, alguien que les brinde una sensación de bienestar y seguridad, se sienten solos,

¿no es así? Se sienten perdidos. Esta dependencia respecto de otro es llamada amor; pero si lo observan muy atentamente, verán que la dependencia es miedo, que no es amor.

Casi todos tienen miedo de permanecer solos; temen examinar las cosas por sí mismos, temen pensar profundamente, explorar y descubrir todo el significado de la vida. En consecuencia, dicen que aman a Dios, y dependen de lo que ellos llaman Dios; pero eso no es Dios, no es lo desconocido, es una cosa creada por la mente.

Lo mismo hacemos con un ideal o una creencia. Yo creo en algo y me aferro a un ideal y eso me brinda un gran consuelo; pero quítenme el ideal, quítenme la creencia y estoy perdido. Con un gurú pasa lo mismo. Dependo porque quiero recibir; por lo tanto, está ahí la aflicción del temor. Es igual cuando ustedes dependen de sus padres o maestros. Es natural y correcto que deban hacerlo así cuando son jóvenes; pero si siguen dependiendo cuando han llegado a la madurez, eso les tomará incapaces de pensar, de ser libres. Donde hay dependencia hay temor, y donde hay temor hay autoridad, no hay amor. Cuando sus padres les dicen que deben obedecer, que deben seguir ciertas tradiciones, que deben tomar solamente un determinado empleo o hacer sólo un tipo particular de trabajo, en todo eso no hay amor. Y no hay amor en nuestro corazón cuando dependemos de la sociedad, en el sentido de que aceptamos la estructura de la sociedad tal como es, sin cuestionarla.

Las personas ambiciosas, hombres y mujeres, no saben qué es el amor; y estamos dominados por las personas ambiciosas. Por eso no hay felicidad en el mundo y por eso es muy importante que ustedes, a medida que crecen, lo vean y comprendan todo esto y averigüen por sí mismos si es posible descubrir qué es el amor. Podrán tener una buena posición, una casa muy hermosa, un maravilloso jardín, muchas ropas; podrán llegar a ser un primer ministro; pero sin amor, ninguna de estas cosas tiene sentido.

Tienen, pues, que empezar a descubrir ahora -no esperar hasta que sean viejos, porque entonces no lo descubrirán qué es lo que realmente sienten en la relación con sus padres, con sus maestros, con el gurú. No pueden aceptar meramente la palabra "amor" o cualquier otra palabra, sino que han de ir detrás del significado de las palabras para ver cuál es la realidad, siendo la realidad lo que ustedes sienten de hecho, no lo que suponen que sienten. Si se sienten realmente celosos, o furiosos, el decir: "no debo estar celoso, no debo estar furioso", es meramente un deseo, carece de realidad. Lo que importa es que vean muy sinceramente y con mucha claridad y exactitud lo que están sintiendo en ese momento, y no introduzcan en ello el ideal de cómo deberían sentir o de lo que sentirán en alguna fecha futura; de ese modo podrán hacer algo al respecto. Pero decir: "Debo amar a mis padres, debo amar a mis maestros", no tiene sentido, ¿verdad? Porque sus verdaderos sentimientos son por completo diferentes y esas palabras se vuelven una pantalla detrás de la cual se ocultan.

¿No es, por lo tanto, condición de la inteligencia mirar más allá del significado aceptado de las palabras? Palabras como "deber", "responsabilidad", "Dios", "amor" han adquirido un significado tradicional; pero una persona inteligente, verdaderamente educada, mira más allá del significado tradicional de tales palabras. Por ejemplo, si alguien les dijera que no cree en Dios, ustedes se escandalizarían, ¿no es así? Dirían: "¡Por Dios, qué espantoso!", porque ustedes creen en Dios -al menos así lo piensan-. Pero la creencia y la no creencia significan muy poco.

Lo importante es que averigüen qué hay detrás de la palabra "amor", para descubrir si realmente aman a sus padres y si sus padres les aman. Por cierto, si ustedes y sus padres se amaran realmente los unos a los otros, el mundo sería por completo diferente. No habría guerras ni hambre ni diferencias de clase. No habría ricos ni pobres. Ya lo ven, sin amor tratamos de reformar económicamente la sociedad, tratamos de poner en orden las cosas; pero en tanto no tengamos amor en nuestros corazones, no podremos crear una estructura social libre de conflicto y desdicha. Por eso tenemos que investigar muy cuidadosamente estas cosas; tal vez descubriremos lo que es el amor.

Interlocutor: ¿Por qué hay dolor y desdicha en el mundo?

K.: Me pregunto si ese niño sabe qué significan esas palabras. Probablemente ha visto a un asno sobrecargado, con las patas casi quebradas, o ha visto llorar a otro niño, o a una madre golpeando a su hijo. Tal vez ha visto a los mayores peleando entre ellos. Y está la muerte, el cuerpo que llevan para ser cremado; está el mendigo, hay pobreza, enfermedad, vejez; hay dolor, no sólo fuera de nosotros sino internamente. Por eso él pregunta: "¿Por qué hay dolor?". ¿No desean saberlo también ustedes? ¿Alguna vez se han hecho preguntas acerca de las causas de su propio dolor? ¿Qué es el dolor? ¿Por qué existe? Si deseo algo y no puedo obtenerlo, me siento infeliz; si deseo tener más saris, más dinero, o si quiero ser más hermoso y no puedo tener lo que quiero, estoy desconsolado. Si deseo amar a cierta persona y esa persona no me ama, otra vez me siento desdichado. Muere mi padre y experimento un gran dolor. ¿Por qué?

¿Por qué nos sentimos desdichados cuando no podemos tener lo que deseamos? ¿Por qué debemos tener necesariamente lo que deseamos? Pensamos que es nuestro derecho, ¿no es cierto? ¿Pero nos preguntamos alguna vez por qué debemos tener lo que deseamos, cuando millones no tienen ni siquiera lo que necesitan? Además, ¿por qué lo deseamos? Está nuestra necesidad de alimento, ropa y albergue; pero no nos satisfacemos con eso, deseamos mucho más. Deseamos el éxito, que se nos respete, que se nos ame, que se nos estime, queremos tener poder, queremos ser poetas, santos, oradores famosos, primeros ministros, presidentes. ¿Por qué? ¿Lo han examinado alguna vez? ¿Por qué queremos todo esto? No es que debamos estar satisfechos con lo que somos, no quiero decir eso. Sería torpe, tonto. ¿Pero por qué este anhelo constante de más y más y más? El anhelo indica que estamos insatisfechos, descontentos, pero ¿con qué?

¿Con lo que somos? Soy esto, no me gusta y quiero ser eso otro. Pienso que me veré mucho más hermoso con una nueva chaqueta o que me veré más bella con un nuevo sari, de modo que lo deseo. Esto significa que estoy insatisfecho con lo que soy y pienso que puedo escapar de mi descontento adquiriendo más ropa, más poder, etc. Pero la insatisfacción sigue ahí, ¿verdad? Sólo la he tapado con ropas, con poder, con automóviles.

Tenemos, pues, que comprender lo que somos. No tiene sentido que nos cubramos meramente de posesiones, de poder y posición, porque seguiremos siendo infelices. Viendo esto, la persona desdichada, la persona que sufre, no huye en busca de gurúes, no esconde su dolor tras las posesiones, tras el poder; por el contrario, quiere saber qué hay detrás de su dolor. Si ustedes van y miran detrás de su propio dolor ' encontrarán que son muy insignificantes, vacíos, limitados, y que están luchando por lograr cosas, por "llegar a ser". Esta lucha misma por lograr, por llegar a ser algo, es la causa del dolor. Pero si comienzan a comprender lo que son realmente y lo investigan cada vez a mayor profundidad, descubrirán que ocurre algo por completo diferente.

Interlocutor: Si un hombre se está muriendo de hambre y yo siento que puedo ayudarle, ¿ es ambición esto o es amor?

K.: Todo depende del motivo por el cual le ayudes. Afirmando que es para ayudar al hombre pobre, el político se instala en Nueva Delhi, vive en una gran casa y alardea de sí mismo. ¿Es eso amor? ¿Comprendes? ¿Es eso amor?

Interlocutor: Si yo alivio su hambre mediante mi ayuda, ¿no es amor eso?

K.: Él se está muriendo de hambre y le ayudas con comida. ¿Es amor eso? ¿Por qué deseas ayudarle? ¿Acaso no tienes ningún otro motivo, ningún otro incentivo que el deseo de ayudarle? ¿No sacas ningún beneficio de eso? Examínalo, no digas "sí" o "no". Si estás esperando algún provecho de eso, políticamente o de otra manera, algún beneficio interno o externo, entonces no le amas. Si le alimentas para volverte más popular, o esperando que tus amigos te ayuden a ir a Nueva Delhi, entonces eso no es amor, ¿verdad? Pero si le amas, le alimentarás sin ningún motivo ulterior, sin querer nada a cambio. Si le alimentas y él no te lo agradece, ¿te sientes lastimado? Si es así, no le amas. Si él te dice y dice a los de la aldea que eres un hombre maravilloso y te sientes muy halagado por ello, significa que estás pensando en ti mismo; y por cierto, eso no es amor. Por lo tanto, uno debe estar muy alerta para descubrir si está obteniendo alguna clase de beneficio de su ayuda y cuál es el motivo que le lleva a alimentar al hambriento.

Interlocutor: Supongamos que yo quiero ir a mi casa y el director dice que no. Si le desobedezco, tendré que afrontar las consecuencias. Si obedezco al director, se me partirá el corazón. ¿Qué tengo que hacer?

K.: ¿Quieres decir que no puedes hablarlo con el director, que no puedes depositar tu confianza en él y exponerle tu problema? Si es la clase adecuada de director puedes confiar en él, conversar con él acerca de tu problema. Si aun así dice que no debes ir, es posible que sea por obstinación de él, lo cual indicaría que algo anda mal con el director; pero puede tener buenas razones para decir que no y tú tienes que averiguarlas. De modo que eso requiere confianza mutua. Tú debes confiar en el director y el director debe confiar en ti. La vida no es sólo una relación unilateral. Tú eres un ser humano y así es el director un ser humano, y él también puede cometer errores. De modo que ambos tienen que estar dispuestos a discutirlo. Tú puedes desear muchísimo ir a tu casa, pero puede que eso no sea del todo suficiente; tus padres pueden haber escrito al director pidiéndole que no te deje ir a casa. Tiene que haber una indagación mutua, ¿no es así?, de modo que no quedes lastimado, que no sientas que te maltratan o te hacen a un lado brutalmente; y eso puede suceder sólo cuando tienes confianza en el maestro y él tiene confianza en ti. En otras palabras, tiene que haber auténtico amor; y un ambiente así es el que debe proveer una escuela.

Interlocutor: ¿Por qué no debemos practicar puja?

K.: ¿Has averiguado por qué los mayores hacen puja? Ellos están copiando, ¿no es así? Cuanto más inmaduros somos, más deseamos copiar. ¿Has notado cómo la gente ama los uniformes? De modo que antes de preguntar por qué no debes hacer puja, pregunta a los mayores por qué lo practican ellos. Lo practican, ante todo, porque es una tradición; sus abuelos lo hacían. Luego, la repetición de las palabras les comunica cierta sensación de paz. ¿Comprendes esto? Las palabras constantemente repetidas embotan la mente y eso les da a ustedes una sensación de quietud. Las palabras del sánscrito, especialmente, poseen ciertas vibraciones que les hacen sentirse muy quietos. Los mayores también hacen puja porque todos los demás lo hacen; y ustedes, siendo jóvenes, quieren copiarles. ¿Quieres hacer puja porque alguien te dice que es bueno hacerlo? ¿Quieres hacerlo porque encuentras un efecto hipnótico agradable al repetir ciertas palabras? Antes de hacer nada, ¿no deberías descubrir por qué quieres hacerlo? Aun cuando millones de personas crean en la puja, ¿no deberías usar tu propia mente para descubrir el verdadero significado que tiene?

Mira, la repetición de palabras en sánscrito o de ciertos gestos no te ayudará realmente a descubrir qué es la verdad, qué es Dios. Para descubrirlo tienes que saber cómo meditar. Pero ésta es una cuestión por completo diferente -por completo diferente de practicar puja-. Millones de personas practican puja; ¿ha dado eso origen a un mundo más feliz? Personas así, ¿son creativas? Ser creativo es estar lleno de iniciativa, lleno de amor, de delicadeza, de simpatía y consideración. Si siendo un niño pequeño empiezas a practicar puja y sigues repitiéndolo, te volverás como una máquina. Pero si empiezas a cuestionar, a dudar, a investigar, entonces tal vez descubrirás cómo meditar. Y la meditación, si sabes cómo hacerla correctamente, es una de las mayores bendiciones.

CAPITULO 9

No creo que podamos comprender el complejo problema del amor hasta que comprendamos el problema igualmente complejo al que llamamos mente. ¿Han notado, cuando somos muy jóvenes, lo inquisitivos que somos? Queremos saber y vemos muchas más cosas que las que ven los mayores. Si estamos del todo despiertos, observamos cosas que los adultos ni siquiera advierten. La mente, cuando somos jóvenes, es mucho más alerta, curiosa y deseosa de saber. Por eso es por lo que aprendemos con tanta facilidad matemáticas, geografía o lo que sea. A medida que crecemos y nos volvemos adultos, la mente se cristaliza más y más, se vuelve cada vez más densa, más lerda. ¿Han notado cómo las personas de mayor edad están llenas de prejuicios? Sus mentes no están abiertas, lo abordan todo desde un punto de vista fijo. Ustedes ahora son jóvenes, pero si no están muy alerta, sus mentes también se volverán así.

¿No es, entonces, muy importante comprender la mente y ver si, en lugar de embotaría poco a poco, pueden ustedes ser flexibles, capaces de ajustes instantáneos, de extraordinaria iniciativa, de investigación profunda y de comprensión en todas las etapas de la vida? ¿No deben conocer las modalidades de la mente para comprender la naturaleza del amor? Porque es la mente la que destruye al amor. Las personas que son meramente ingeniosas, diestras, no saben qué es el amor porque sus mentes, si bien agudas, son superficiales; viven en la superficie, y el amor no es una cosa que exista en la superficie.

¿Qué es la mente? No me refiero sólo al cerebro, al organismo físico que reacciona a los estímulos mediante diversas respuestas nerviosas y acerca del cual cualquier psicólogo puede hablarles. Más bien vamos a averiguar qué es la mente. La mente que dice: "yo pienso", "esto es mío", "me siento lastimado", "soy celosa", "amo", "odio", "soy indio", "soy musulmán", "creo en esto y no creo en aquello", "yo sé y tú no sabes", "yo respeto", "yo desprecio", "yo deseo", "yo no deseo"... ¿qué es esta cosa? A menos que empiecen a comprenderlo ahora y se familiaricen enteramente con todo el proceso del pensar al que llaman la mente, a menos que estén por completo conscientes de ese proceso en ustedes mismos, gradualmente, a medida que vayan avanzado en años, se endurecerán, quedarán cristalizados, embotados, fijados en cierto patrón de pensamiento.

¿Qué es esta cosa que llamamos mente? Es el modo como pensamos, ¿no es así? Estoy hablando de la mente de cada uno de ustedes, no de la mente de algún otro: el modo como piensan y sienten, el modo como miran los árboles, como miran a los pescadores, el modo como consideran al aldeano. Nuestra mente, a medida que envejecemos, se pervierte o queda fija en un patrón determinado. Queremos algo, lo anhelamos, deseamos ser o llegar a ser alguna cosa, y este deseo establece un patrón; o sea, que nuestra mente crea un patrón y queda presa en él. El deseo cristaliza la mente.

Digamos, por ejemplo, que quiero ser un hombre muy rico. El deseo de ser rico crea un patrón, y entonces mi pensar queda atrapado en él; puedo pensar únicamente en esos términos y no puedo ir más allá. Por lo tanto, mi mente se cristaliza poco a poco, se endurece, se embota. O, si creo en algo, en Dios, en el comunismo, en cierto sistema político, esa creencia misma establece el patrón porque ella es el resultado de mi deseo; y mi deseo refuerza los muros del patrón. Poco a poco mi mente pierde su capacidad de rápido ajuste, de penetración profunda, de verdadera claridad, porque estoy atrapado en el laberinto de mis propios deseos.

Por lo tanto, hasta que comencemos a investigar este proceso que llamamos la mente, hasta que comprendamos nuestra propia forma de pensar y nos familiaricemos con ella, no podremos descubrir qué es el amor. No puede haber amor mientras nuestras mentes deseen del amor ciertas cosas o le exijan que actúe de una manera determinada. Cuando imaginamos lo que debe ser el amor y le damos ciertos motivos, creamos gradualmente un patrón de acción respecto del amor; pero eso no es amor, es meramente nuestra idea de lo que el amor debería ser.

Digamos, por ejemplo, que poseo a mi esposa o marido, tal como ustedes poseen un sari o una chaqueta. Si alguien les quitara la chaqueta estarían ansiosos, irritados, furiosos. ¿Por qué? Porque consideran esa chaqueta como su propiedad; la poseen y al poseerla se sienten enriquecidos, ¿no es así? Mediante la posesión de muchas ropas se sienten enriquecidos no sólo físicamente sino internamente; y cuando alguien les quita la chaqueta se irritan, porque internamente se les priva de ese sentimiento de riqueza, de esa sensación de poseer algo.

Ahora bien, el sentimiento de posesión crea una barrera respecto del amor, ¿verdad? Si alguien me pertenece, si lo poseo, ¿es eso amor? Lo poseo como poseo un automóvil, una chaqueta, un sari, porque al poseerlo me siento muy gratificado y dependo de ese sentimiento; para mí es muy importante internamente. Este sentido de propiedad, de poseer a alguien, este depender emocionalmente de otro es lo que llamamos amor; pero si lo examinan, encontrarán que detrás de la palabra "amor" la mente está obteniendo satisfacción en el acto de poseer. Después de todo, cuando poseen muchos saris bonitos, o un magnífico automóvil o una gran casa, el sentimiento de que eso es de ustedes les brinda internamente una gran satisfacción.

Así, al desear, al anhelar algo, la mente crea un patrón y en ese patrón queda atrapada; y entonces se fatiga, se embota, se vuelve estúpida, irreflexivo. La mente es el centro de este sentimiento de posesión, el sentimiento del "yo" y lo "mío": "Yo poseo alguna cosa", "yo soy un gran hombre", "soy un hombre pequeño", "yo he sido insultado", "me han alabado", "yo soy inteligente", "yo soy muy hermosa", "quiero llegar a ser alguien", "soy el hijo o la hija de alguien"... Este sentimiento del "yo" y lo "mío" es el núcleo mismo de la mente, es la mente misma. Cuanto más tiene la mente este sentimiento de ser alguien, de ser grande o muy inteligente o muy estúpida, etc., tanto más construye muros alrededor de sí misma y se encierra, se embota. Entonces

sufre, porque en ese encierro inevitablemente hay dolor. A causa de que está sufriendo, la mente pregunta: "¿Qué puedo hacer?". Pero en vez de quitar los muros que la cercan, de quitarlos mediante una percepción sensible y una cuidadosa reflexión, investigando y comprendiendo todo el proceso por el cual se han creado los muros, lucha para encontrar algo externo con lo cual vuelve a cercarse nuevamente. Así es como poco a poco la mente se convierte en una barrera para el amor; y sin comprender lo que la mente es, lo cual equivale a comprender las modalidades de nuestro propio pensar, la fuente interna de donde proviene la acción, no podremos descubrir qué es el amor.

¿No es también la mente un instrumento de comparación? Ustedes saben qué significa comparar. Dicen: "Esto es mejor que aquello"; se comparan con alguien que es más hermoso o menos inteligente. Hay comparación cuando dicen: "Recuerdo un río que vi hace un año; es todavía más hermoso que éste". Se comparan con un santo o con un héroe, con el ideal supremo. Este juicio comparativo embota la mente; no la estimula, no la toma comprensiva, abarcativa. Cuando comparan constantemente, ¿qué ocurre? Cuando ven una puesta de sol y la comparan inmediatamente con una puesta anterior, o cuando dicen: "Esa montaña es hermosa, pero hace dos años vi una montaña que era aún más hermosa", no están mirando realmente la belleza que está ahí delante de ustedes. De modo que la comparación les impide mirar plenamente. Si al mirarte a ti, por ejemplo, digo: "Conozco a una chica que es mucho más bonita", no te estoy mirando realmente, ¿verdad? Mi mente está ocupada con alguna otra cosa. Para mirar de verdad una puesta de sol, no tiene que haber comparación; para mirarte realmente, no tengo que compararte con ninguna otra persona. Sólo cuando te miro plenamente, sin ningún prejuicio comparativo, puedo comprenderte. Cuando te comparo con alguien no te comprendo, meramente te juzgo, digo que eres esto o aquello. Así, la estupidez surge cuando hay comparación, porque comparar a alguien con alguna otra persona implica falta de dignidad. Pero cuando te miro sin comparar, entonces mi único interés es comprenderte, y en ese interés mismo, que no es comparativo, hay inteligencia, hay dignidad humana.

En tanto la mente está comparando, no hay amor; y la mente está siempre comparando, sopesando, juzgando, ¿no es así? Está siempre mirando para descubrir dónde está la debilidad; por lo tanto, no hay amor. Cuando la madre y el padre aman a sus hijos, no comparan un hijo con otro. Pero ustedes se comparan con alguno que es mejor, más noble, más rico; en la relación que establecen con otro están siempre interesándose en sí mismos, y así crean internamente la falta de amor. De esta manera, la mente se vuelve más y más comparativa, más y más posesiva, más y más dependiente estableciendo, debido a eso, un patrón en el que queda presa. A causa de que no puede mirar nada de un modo nuevo, como sí fuera por primera vez, destruye el perfume mismo de la vida, que es el amor.

Interlocutor: ¿Qué debemos pedirle a Dios que nos dé?

K.: Estás muy interesado en Dios, ¿verdad? Es a causa de que tu mente está pidiendo algo, deseando algo. Por eso está constantemente agitada. Si yo te pido algo o espero alguna cosa de ti, mi mente está agitada, ¿no es así?

Este niño quiere saber qué debe pedirle a Dios. No sabe qué es Dios ni qué es lo que desea realmente. Pero hay un sentimiento general de aprensión, el sentimiento de que 'debo pedir, debo rezar, debo ser protegido". La mente está siempre buscando en todos los rincones para conseguir alguna cosa; está siempre anhelando, asiéndose a esto o a aquello, observando, urgiendo, comparando, juzgando, y así jamás está quieta. Observa tu propia mente y verás lo que está haciendo, cómo trata de controlarse, de dominar, de reprimir, de encontrar alguna forma de satisfacción, cómo está constantemente pidiendo, suplicando, luchando, comparando. A una mente así la calificamos de muy alerta, ¿pero es alerta? Una mente alerta es, sin duda, una mente quieta, no una que, como una mariposa, vuela de aquí para allá por todas partes. Y es sólo una mente quieta la que puede comprender lo que es Dios. Una mente quieta jamás le pide nada a Dios. Es sólo la mente empobrecida la que implora, la que pide. Lo que pide jamás podrá tenerlo, porque lo que realmente desea es seguridad, consuelo, certidumbre. Si le pides cualquier cosa a Dios, jamás encontrarás a Dios.

Interlocutor: ¿Qué es la verdadera grandeza y cómo puedo ser grande?

K.: Mira, la desgracia es que queramos ser grandes. Todos queremos ser grandes. Queremos ser un Gandhi o un primer ministro, queremos ser grandes inventores, grandes escritores. ¿Por qué? En la educación, en la religión, en todos los departamentos de nuestra vida, tenemos ejemplos de esto. El gran poeta, el gran orador, el gran estadista, el gran santo, el gran héroe; tales personas son exaltadas como ejemplos y queremos ser como ellas.

Ahora bien, cuando queremos ser como algún otro hemos creado un patrón de acción, ¿verdad? Hemos puesto una limitación a nuestro pensamiento, lo hemos constreñido dentro de ciertos límites. De este modo, nuestro pensamiento ya se ha cristalizado volviéndose estrecho, limitado, reprimido. ¿Por qué quieres ser grande? ¿Por qué no miras lo que eres y comprendes eso? En el momento en que quieres ser como otro, hay desdicha, conflicto, envidia, dolor. Si quieres ser como el Buda, ¿qué ocurre? Luchas perpetuamente por alcanzar ese ideal. Si eres estúpido y ansías ser inteligente, tratas constantemente de dejar de ser lo que eres y de ir más allá. Si eres feo y deseas ser hermoso, anhelas serlo hasta que mueres o te engañas a ti mismo pensando que eres hermoso. De modo que, en tanto estés tratando de ser alguna otra cosa que lo que realmente eres, tu mente lo único que hace es fatigarse. Pero si dices: "Esto es lo que soy, es un hecho y voy a investigarlo, a comprenderlo", entonces sí que puedes ir más allá, porque encontrarás que la comprensión de lo que eres trae consigo gran paz y contentamiento, una gran percepción, un gran amor.

Interlocutor: El amor, ¿no se basa en la atracción?

K.: Supongamos que alguien se siente atraído hacia una bella mujer o hacia un hombre bien parecido. ¿Qué hay de malo en eso? Estamos tratando de descubrir. Mira, cuando somos atraídos por una mujer, por un hombre, ¿qué es lo que generalmente sucede? No sólo queremos estar con esta persona, sino que queremos poseerla, poder decir que es nuestra. Nuestro cuerpo tiene que estar cerca del cuerpo de esta persona. ¿Qué es, entonces, lo que hemos hecho? El hecho es que cuando somos atraídos queremos poseer, no queremos que esa persona mire a nadie más; y cuando consideramos a otro ser humano como "nuestro", ¿hay amor allí? Obviamente no. En el momento en que mi mente crea alrededor de esa persona un cerco que implica "es mía", no hay amor.

El hecho es que nuestras mentes están haciendo esto todo el tiempo. Por eso estamos discutiendo estas cosas, para ver cómo opera la mente; quizás, al darse cuenta de sus propios movimientos, la mente se aquietará de manera espontánea.

Interlocutor: ¿Qué es la oración? ¿Tiene alguna importancia en la vida cotidiana?

K.: ¿Por qué oras? ¿Y qué es la oración? Las oraciones son, en su mayoría, súplicas, una manera de pedir. Nos entregamos a esta clase de oración cuando sufrimos. Cuando nos sentimos completamente solos, cuando estamos deprimidos y pesarosos, pedimos a Dios que nos ayude; por lo tanto, lo que ustedes llaman oración es una súplica. La forma de la oración puede variar, pero la finalidad que hay detrás es generalmente la misma. La oración, para la mayoría de la gente, es una súplica, un rogar, un pedir. ¿Es eso lo que tú haces? ¿Por qué oras? ¿Por más conocimiento, por más paz? ¿Oras porque el mundo pueda estar libre de dolor? ¿Existe alguna otra clase de oración? Existe la oración que no es en realidad una oración, sino una expresión de buena voluntad, una expresión de amor, una expresión de ideas. ¿Qué es lo que haces tú?

Cuando oras, generalmente le estás pidiendo a Dios o a algún santo, que llene tu escudilla vacía, ¿no es así? No estás satisfecho con lo que ocurre, con las cosas como se dan, sino que quieres tu escudilla llena de acuerdo con tus deseos. De modo que la oración de ustedes es meramente un pedido, una exigencia de que deben ser satisfechos; por lo tanto, no es oración en absoluto. Le dicen a Dios: "Estoy sufriendo, por favor, gratifícame; por favor, devuélveme a mi hermano, a mi hijo. Por favor, hazme rico". Están perpetuando sus propios requerimientos y eso, obviamente, no es orar.

Lo legítimo es que se comprendan a sí mismos, que vean por qué están pidiendo perpetuamente algo, por qué existe en ustedes esta exigencia, este impulso de implorar. Cuanto más se conozcan a sí mismos mediante la percepción alerta de lo que están pensando, de lo que están sintiendo, tanto más descubrirán la verdad de lo que es: esta verdad es la que les ayudará a ser libres.

CAPITULO 10

Pienso que es muy importante saber cómo escuchar. Si saben cómo escuchar, llegarán inmediatamente a la raíz de las cosas. Si escuchan el sonido puro, tendrán un contacto instantáneo con su belleza. De igual manera, si supieran cómo escuchar lo que se está diciendo, habría una comprensión instantánea. Escuchar es enfocar completamente la atención. Ustedes piensan que la atención es una cosa cansadora, que aprender a concentrarse es un largo proceso. Pero si realmente saben cómo escuchar, entonces la atención no es difícil y encontrarán que llegan inmediatamente al corazón de las cosas, con un estado extraordinario de alerta.

La mayoría de nosotros no escucha realmente. Nos distraen los ruidos externos o tenemos algún prejuicio, alguna propensión que deforma nuestra mente, y eso nos impide escuchar verdaderamente lo que se dice. Esto es especialmente así con las personas mayores, porque tienen tras de sí una larga serie de logros y fracasos; son alguien o no son nadie en el mundo, y es muy difícil penetrar las capas de sus formulaciones, de sus conceptos previos. Su imaginación, su condicionamiento, su sentido de la realización personal impedirán que lo que se dice pueda penetrar. Pero si sabemos cómo escuchar lo que se está diciendo, si podemos escuchar como si escucháramos el canto de un pájaro en la mañana, entonces el escuchar es una cosa extraordinaria, especialmente cuando lo que se dice es algo verdadero. Puede no gustamos, puede que lo resistamos instintivamente; pero si realmente podemos escuchar, veremos la verdad de ello. De ese modo, el auténtico escuchar quita la carga de la mente, limpia los desperdicios de muchos años de fracasos, éxitos, anhelos.

Ustedes saben lo que es la propaganda, ¿no es así? Significa propagar, sembrar o repetir constantemente una idea. Así es como el propagandista, el político, el líder religioso imprimen en la mente de ustedes lo que ellos quieren que crean. También en este proceso hay involucrado un escuchar. Tales personas repiten continuamente lo que uno debe hacer, qué libros debe leer, a quién debe seguir, qué ideas son correctas y qué ideas son erróneas; y esta constante repetición deja una huella en nuestra mente. Aun si no los escuchamos de manera consciente, eso va dejando una impresión, y tal es el propósito de la propaganda. Pero ya lo ven: la propaganda es meramente un interés creado, no trae esa verdad que uno comprende al instante cuando realmente escucha, cuando presta atención sin esfuerzo alguno.

Ahora ustedes me están escuchando; no están haciendo un esfuerzo para prestar atención, simplemente están escuchando; y si hay verdad en lo que oyen, encontrarán que dentro de ustedes ocurre algo notable: un cambio no premeditado ni deseado, una transformación, una revolución completa en la que sólo reina la verdad y no las creaciones de la mente. Si puedo sugerirlo, de ese modo tienen que escucharlo todo, no sólo lo que estoy diciendo sino también lo que dicen otras personas; así tienen que escuchar a los pájaros, el silbido de una locomotora, el ruido del autobús que pasa. Encontrarán que cuanto más lo escuchan todo, mayor es el silencio,

y ese silencio no es roto por el ruido. Pero cuando están resistiendo algo, cuando erigen una barrera entre ustedes y aquello que no desean escuchar, sólo entonces se genera una lucha.

Ahora bien, ¿no es muy importante ser refinado, tanto exteriormente como interiormente? ¿Saben qué es el refinamiento? Es ser sensibles a todo lo que nos rodea, y también a los pensamientos, a las creencias, a los sentimientos que hay dentro de nosotros. El refinamiento se refleja en las ropas que vestimos, en nuestros modales, en nuestros gestos, en la manera como caminamos, como hablamos, como miramos a la gente. Y el refinamiento es esencial, ¿verdad? Porque sin refinamiento lo que hay es deterioro.

¿Saben qué significa deteriorar? Es lo opuesto de crear, de construir, de tener la iniciativa para progresar, para crecer. El deterioro implica lenta decadencia, marchitamiento; y eso es lo que está sucediendo en el mundo. En los colegios y en las universidades, entre las naciones, entre los pueblos, en el individuo, hay una paulatina decadencia; el proceso de deterioro prosigue todo el tiempo y esto es porque falta refinamiento interno. Ustedes podrán tener cierta cantidad de refinamiento exterior, podrán vivir en una hermosa casa, alimentarse bien, observar una pulcritud escrupulosa, pero sin el refinamiento interno, la perfección externa de la forma tiene muy poco sentido. Es meramente otra variedad de deterioro. Tener bellas posesiones pero ser internamente groseros, o sea, estar interesados en la propia vanidad y grandiosidad, en las propias ambiciones y logros, es el camino del deterioro.

Existe la belleza de la forma en la poesía o en una persona o en un árbol hermoso, pero sólo tiene sentido a través del refinamiento interno del amor. Si hay amor, habrá refinamiento tanto externo como interno. El refinamiento se expresa exteriormente en la consideración por los demás, en la manera como tratamos a nuestros padres, a nuestros vecinos, al sirviente, al jardinero. El jardinero puede haber creado para nosotros un bello jardín, pero sin ese refinamiento que es amor, el jardín es meramente una expresión de nuestra propia vanidad.

Por lo tanto, es esencial tener refinamiento, tanto externo como interno. La manera como ustedes comen es muy importante: si hacen ruido mientras comen, eso importa muchísimo. El modo como se comportan, los modales que tienen cuando están con sus amigos, la manera como hablan de otros... todas estas cosas importan porque señalan lo que son ustedes internamente, indican si hay o no hay refinamiento interno. Una falta de refinamiento interno se expresa en la degeneración externa de la forma; de modo que el refinamiento externo significa muy poco si no hay amor. Y ya hemos visto que el amor no es una cosa que podamos poseer. Adviene sólo cuando la mente comprende los complejos problemas que ella misma ha creado.

Interlocutor:¿Por qué sentimos orgullo cuando tenemos éxito ?

K.: ¿Con el éxito hay un sentimiento de orgullo? ¿Qué es el éxito? ¿Alguna vez han considerado qué es tener éxito como escritor, como poeta, como pintor, como hombre de negocios o político? Sentir que internamente hemos logrado cierto control que otros no poseen o que hemos triunfado donde otros han fracasado; sentir que somos mejores que algún otro, que hemos llegado a ser un hombre de éxito, que somos respetados, estimados por los demás como ejemplo... ¿qué indica todo esto? Naturalmente, cuando tenemos este sentimiento hay orgullo: Yo he hecho algo, yo soy importante. El sentimiento del "yo" es, por su misma naturaleza, un sentimiento de orgullo. Así, el orgullo crece con el éxito; uno está orgulloso de ser muy importante, comparado con otras personas. Esta comparación de uno mismo con otro existe también en nuestro seguimiento del ejemplo, del ideal, y nos brinda esperanza, nos da fuerza, propósito, impulso, lo cual sólo fortalece al "yo", al agradable sentimiento de que uno es mucho más importante que cualquier otro; y ese sentimiento, esa sensación de placer, es el principio del orgullo.

El orgullo genera muchísima vanidad, un engreimiento egocéntrico. Esto pueden observarlo en los adultos y en ustedes mismos. Cuando aprueban un examen y sienten que son un poco más inteligentes que otro, se introduce en ello una sensación de placer. Es lo mismo cuando superan a alguno en una discusión o cuando sienten que son físicamente más fuertes o más hermosos: inmediatamente hay un sentimiento de la propia importancia. Este sentimiento de la importancia del yo engendra inevitablemente conflicto, lucha, dolor, porque uno tiene que sostener su importancia todo el tiempo.

Interlocutor: ¿Cómo podemos librarnos del orgullo?

K.: Si hubieras escuchado realmente la respuesta a la pregunta anterior, habrías entendido cómo se puede estar libre del orgullo y estarías libre del orgullo; pero estabas ocupado pensando en cómo formular la siguiente pregunta, ¿no es así? Por lo tanto, no estabas escuchando. Si realmente escuchas lo que se está diciendo, descubrirás por ti mismo la verdad de ello.

Supongamos que estoy orgulloso porque he logrado alguna cosa. Me he convertido en el director; he estado en Inglaterra o en Norteamérica; he hecho grandes cosas, mi fotografía ha aparecido en los periódicos, etc., etc. Sintiéndome muy orgulloso me digo: "¿Cómo puedo librarme del orgullo?"

Ahora bien, ¿por qué quiero estar libre del orgullo? Ésa es la pregunta importante, no cómo estar libre. ¿Cuál es el motivo, cuál es la razón, el incentivo? ¿Quiero librarme del orgullo porque siento que es dañino para mí, que es penoso, que no es bueno espiritualmente? Si ése es el motivo, entonces el tratar de librarme del orgullo es otra forma de orgullo, ¿verdad? Sigo estando interesado en mi realización personal. Al encontrar que el orgullo es muy penoso, espiritualmente feo, digo que debo librarme de él. El "debo librarme" contiene el mismo motivo que el "debo tener éxito". El "yo" sigue siendo importante, es el centro de mi lucha por librarme.

Lo que importa, pues, no es cómo estar libre de¡ orgullo, sino comprender el "yo", y el "yo" es muy sutil. Este año quiere una cosa y quiere otra cosa al año siguiente; y cuando eso resulta ser doloroso, entonces quiere alguna otra cosa. Por lo tanto, mientras este centro del "yo" exista, significa muy poco que uno sea orgulloso o

sea lo que suele llamarse humilde. Son sólo chaquetas diferentes que uno se pone. Cuando una chaqueta en particular me gusta, me la pongo; y al año siguiente, según mis fantasías, mis deseos, me pongo otra chaqueta.

Lo que tienen que comprender es cómo se forma este "yo". El "yo" se forma a causa del sentimiento de logro en sus distintas formas. Esto no quiere decir que ustedes no deban actuar; lo que tiene que comprenderse es el sentimiento de que "yo" estoy actuando, de que "yo" lo estoy logrando, de que "yo" no debo tener orgullo. Tienen que comprender la estructura del "yo". Tienen que percatarse de su propio pensar; tienen que observar cómo tratan al sirviente, a su padre y a su madre, al maestro; tienen que ser conscientes de cómo miran a los que están por encima y a los que están por debajo de ustedes, a los que respetan y a los que desprecian. Todo esto revela los comportamientos del "yo". Comprendiendo los comportamientos del "yo" hay libertad respecto del "yo". Eso es lo que importa, no cómo librarse del orgullo.

Interlocutor: ¿De qué modo algo bello puede ser motivo de felicidad para siempre?

K.: ¿Es ése tu pensamiento original o estás citando a alguien? ¿Quieres descubrir si la belleza es perecedera y si puede haber felicidad eterna?

Interlocutor: La belleza llega en ciertas formas.

K.: El árbol, la hoja, el río, la mujer, el hombre, esas aldeanas que llevan una carga pesada sobre sus cabezas y caminan bellamente... ¿Es perecedera la belleza?

Interlocutor: Las aldeanas pasan pero dejan una impresión de belleza.

K.: Pasan, y el recuerdo de ello permanece. Vemos un árbol, una hoja, y el recuerdo de esa belleza permanece.

Ahora bien, el recuerdo de la belleza, ¿es una cosa viva? Cuando vemos algo bello, el júbilo es inmediato; vemos una puesta de sol y hay una respuesta inmediata de júbilo. Ese júbilo, pocos momentos después, se ha convertido en un recuerdo. ¿Es una cosa viva el recuerdo de ese júbilo? El recuerdo de la puesta de sol, ¿es una cosa viva? Es una huella muerta, ¿verdad? Y mediante esa huella muerta de la puesta de sol queremos recapturar el júbilo. Hay júbilo como respuesta inmediata a la belleza, pero interviene el recuerdo y lo destruye todo. Sólo si hay una constante percepción de la belleza, sin las acumulaciones de la memoria, existe la posibilidad de una felicidad perdurable.

Pero no es fácil estar libres de las acumulaciones de la memoria, porque en el momento en que vemos algo muy placentero, lo convertimos en un recuerdo al que nos aferramos. Cuando vemos un objeto bello, un niño hermoso, un hermoso árbol, hay un júbilo inmediato, pero entonces queremos más de eso. El querer más de eso es la acumulación de la memoria. Al querer más de lo mismo hemos puesto en marcha el proceso de la desintegración, y en eso no hay júbilo alguno' La memoria jamás puede producir una felicidad perdurable. Ésta existe sólo cuando hay una constante y espontánea respuesta a la belleza, a la fealdad, a todo, sin que se active el impulso de la memoria; esto implica una gran sensibilidad interna y externa, implica tener un verdadero amor.

Interlocutor: ¿Por qué los pobres son felices y los ricos son desdichados?

K.: ¿Son particularmente felices los pobres? Podrán cantar, podrán bailar, pero ¿son felices? Tienen comida insuficiente, tienen pocas ropas o ninguna, no pueden mantenerse limpios, trabajan de la mañana a la noche año tras año. Puede que tengan ocasionales momentos de felicidad, pero no son verdaderamente felices, ¿no es así?

¿Y son desdichados los ricos? Poseen abundancia de todo, disfrutan de altas posiciones, viajan. Son desdichados cuando se frustran de algún modo, cuando se enfrentan con obstáculos y no pueden obtener lo que desean.

¿Qué es lo que entiendes por felicidad? Algunos dirán que la felicidad consiste en lograr lo que queremos. Si queremos un automóvil y lo obtenemos, somos felices, al menos por un tiempo. Es lo mismo si queremos un sari o un viaje a Europa; si logramos lo que queremos, somos felices. Si queremos ser el profesor más renombrado o el más grande de los políticos, somos felices si podemos llegar a eso y desdichados si no podemos.

Por lo tanto, lo que ustedes llaman felicidad es el resultado de obtener lo que desean, de alcanzar el éxito, de llegar a ser ilustres. Desean algo, y mientras pueden obtenerlo sienten que son perfectamente felices, no se sienten frustrados; pero si no pueden obtener lo que desean, entonces comienza la infelicidad.

Este problema nos concierne a todos, no sólo al rico y al pobre. El rico y el pobre desean por igual algo para sí mismos, y si algo les impide lograrlo, se sienten desdichados. No estoy diciendo que los pobres no deban tener lo que quieren o necesitan. Ésa no es la cuestión que estamos considerando. Tratamos de descubrir qué es la felicidad y si la felicidad es algo de lo que estamos conscientes.

Cuando estamos conscientes de que somos felices, ¿es eso felicidad? Eso no es felicidad, ¿cierto? Ocurre como la humildad: en el momento en que estamos conscientes de que somos humildes, no somos humildes. De modo que no podemos ir tras la felicidad, no es algo que pueda perseguirse. Llega; pero si la buscamos nos eludirá.

Interlocutor: Aunque hay progreso en diferentes direcciones, ¿por qué no hay hermandad?

K.: ¿Qué es lo que entiendes por progreso?

Interlocutor: El progreso científico.

K.: De la carreta de bueyes al jet, eso es progresos ¿verdad. Hace siglos sólo existía la carreta de bueyes, pero paulatinamente, a través del tiempo, hemos desarrollado el jet. Los medios de transporte en la antigüedad eran muy lentos y ahora son muy rápidos: en pocas horas podemos estar en Londres. Gracias a las medidas

sanitarias, a la nutrición apropiada y al cuidado médico, ha habido también una gran mejora en materia de salud física. Todo esto es progreso científico; sin embargo, no nos hemos desarrollado o progresado igualmente respecto de la hermandad.

Ahora bien, ¿es la hermandad una cuestión de progreso? Sabemos lo que queremos decir con "progreso": es evolución, es alcanzar algo a través del tiempo. Los científicos dicen que hemos evolucionado a partir del mono; dicen que, a través de millones de años, hemos progresado desde las formas de vida más inferiores hasta la más alta, que es el hombre. ¿Pero es la hermandad una cuestión de progreso? ¿Es algo que puede evolucionar a través del tiempo? Está la unidad de la familia y la unidad de una sociedad o nación en particular; desde la nación, el paso siguiente es el internacionalismo, y de ahí surge la idea de un mundo único y unido. El concepto del mundo unido es lo que llamamos hermandad. ¿Pero es el sentimiento de hermandad un asunto de evolución? ¿Puede ser cultivado lentamente a través de las etapas de la familia, la comunidad, el nacionalismo, el internacionalismo y la unidad mundial? La hermandad es amor, ¿no es así? ¿Puede el amor ser cultivado paso a paso? ¿Es una cuestión de tiempo el amor? ¿Comprenden de qué estoy hablando?

Si digo que habrá hermandad dentro de diez, o treinta, o cien años, ¿qué es lo que eso indica? Indica, ciertamente, que no amo, que no me siento fraternal. Cuando digo: "Seré fraternal, amaré", el hecho real es que no amo, que no soy fraternal. En tanto piense en términos de "seré", no soy. Mientras que si elimino de mi mente el concepto de ser fraternal en el futuro, puedo ver lo que realmente soy; puedo ver que no soy fraternal y puedo empezar a descubrir por qué.

¿Qué es lo importante: ver lo que soy o especular acerca de lo que seré? Ciertamente, lo importante es ver lo que soy, porque entonces puedo habérmelas con ello. Lo que seré está en el futuro, y el futuro es imposible de predecir. El hecho real es que carezco del sentido fraternal, que no amo verdaderamente; y es con ese hecho con el que puedo comenzar, comenzar a hacer algo al respecto. Pero decir que seré algo en el futuro es mero idealismo, y el idealista es una persona que está escapando de lo que es: escapa del hecho, el cual sólo puede ser cambiado en el presente.

CAPITULO 11

Ustedes recordarán que hemos estado conversando acerca del temor. Ahora bien, ¿no es el temor el responsable de la acumulación de conocimiento? Éste es un tema difícil, así que veamos si podemos examinarlo, considerémoslo muy cuidadosamente.

Los seres humanos acumulan el conocimiento y le rinden culto, no sólo el conocimiento científico sino también el así llamado conocimiento espiritual. Piensan que el conocimiento es de suma importancia en la vida, el conocimiento de lo que ha sucedido y de lo que va a suceder. Todo este proceso de acumular información, de rendir culto al conocimiento, ¿no surge de un trasfondo de temor? Tememos que sin el conocimiento estaríamos perdidos, que no sabríamos cómo conducimos. Así, leyendo lo que los sabios han dicho, mediante las creencias y experiencias de otras personas y también mediante nuestras propias experiencias, paulatinamente construimos un trasfondo de conocimiento que se vuelve tradición; y buscamos refugio detrás de esta tradición. Pensamos que este conocimiento o que esta tradición es esencial, y que sin eso estaríamos perdidos, no sabríamos qué hacer.

Ahora bien, cuando hablamos del conocimiento, ¿qué entendemos por esa palabra? ¿Qué es lo que "conocemos"? ¿Qué es lo que ustedes realmente conocen cuando llegan a considerar el conocimiento que han acumulado? En un cierto nivel, en la ciencia, en la ingeniería y demás, el conocimiento es importante, pero más allá de eso, ¿qué es lo que conocemos?

¿Han considerado alguna vez todo este proceso de acumular conocimientos? ¿Qué es lo que estudian, por qué dan exámenes? El conocimiento es necesario en un cierto nivel, ¿no es así? Sin un conocimiento de las matemáticas y de otras materias uno no podría ser ingeniero ni científico. La relación social está basada en tal conocimiento y sin él no podríamos ganamos la vida. Pero más allá de esta clase de conocimiento, ¿qué es lo que conocemos? Más allá de eso, ¿cuál es la naturaleza del conocimiento?

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que el conocimiento es necesario para encontrar a Dios, o que el conocimiento es necesario para comprendemos a nosotros mismos, o que es indispensable para encontrar un camino a través de todas las agitaciones de la vida? En esos casos, entendemos el conocimiento como experiencia; ¿y qué es esta experiencia? ¿Qué es lo que conocemos mediante la experiencia? ¿Acaso este conocimiento no es utilizado por el ego, por el "yo" para fortalecerse a sí mismo?

Digamos, por ejemplo, que he logrado cierta posición social. Esta experiencia, con sus sentimientos de éxito, de prestigio, de poder, me da cierta sensación de seguridad, de bienestar. Así, el conocimiento de mí éxito, el conocimiento de que soy "alguien", de que tengo una posición, poder, refuerza el "yo", el ego, ¿no es así?

¿Han advertido lo inflados que están de conocimiento los pundits, y cómo el conocimiento da a los padres de ustedes, a sus maestros, la actitud de "yo he experimentado más que tú, yo sé y tú no sabes"? Así es como el conocimiento, que es meramente información, se convierte poco a poco en el sustento de la vanidad, en el alimento del ego, del .yo". Porque el ego no puede existir sin ésta u otra clase de dependencia parasitaria.

El científico usa su conocimiento para nutrir su vanidad, para sentir que es alguien, tal como lo hace el pundit. Los maestros, los padres, los gurúes, todos quieren ser "alguien" en este mundo, de modo que utilizan el conocimiento como un medio para ese fin, para satisfacer ese deseo. Pero cuando uno mira detrás de sus palabras, ¿qué es lo que ellos conocen en realidad? Conocen solamente lo que contienen los libros o lo que

han experimentado; y sus experiencias dependen del trasfondo de su condicionamiento. Al igual que ellos, casi todos nosotros estamos llenos de palabras, de información que llamamos conocimiento, y sin eso estamos perdidos; de modo que tras esta pantalla de palabras, de información, siempre está acechando el miedo.

Donde hay miedo no hay amor; y el conocimiento sin amor nos destruye. Eso es lo que está sucediendo en el mundo actualmente. Por ejemplo, ahora tenemos conocimiento suficiente para alimentar a todos los seres humanos del mundo; sabemos cómo alimentar, vestir y albergar a la humanidad, pero no lo hacemos porque estarnos divididos en grupos nacionalistas, cada cual con sus propias actividades egocéntricas. Si tuviéramos realmente el deseo de terminar con las guerras podríamos hacerlo, pero no tenemos ese deseo y es por la misma razón. De modo que el conocimiento sin amor se convierte en un medio de destrucción. Hasta que comprendamos esto, el pasar meramente los exámenes y alcanzar posiciones de prestigio y poder conduce inevitablemente al deterioro, a la corrupción, al lento marchitarse de la dignidad humana.

Es obviamente esencial poseer conocimientos en ciertos niveles, pero mucho más importante aún es ver cómo el conocimiento es utilizado egoístamente para fines de interés propio. Obsérvense a sí mismos y verán de qué modo la experiencia es empleada por la mente como un medio de expansión propia, como un medio para obtener prestigio y poder. Observen a los adultos y verán cómo anhelan posición y se aferran a su éxito. Quieren construir una morada de seguridad para sí mismos, desean poder, prestigio, autoridad; y casi todos nosotros, de diversas maneras, vamos detrás de la misma cosa. No queremos ser nosotros mismos, cualquier cosa que seamos; queremos ser "alguien". Hay, ciertamente, una diferencia entre ser y desear ser. El deseo de ser o llegar a ser se continúa y se fortalece mediante el conocimiento, el cual es usado para el engrandecimiento propio.

Es importante para todos nosotros, a medida que vamos madurando, investigar estos problemas y comprenderlos, de modo que no respetemos a una persona meramente porque posee un título o una alta posición social o porque se supone que tiene muchísimos conocimientos. Realmente, conocemos muy poco. Podemos haber leído muchos libros, pero muy pocos de nosotros tenemos experiencia directa de algo. Lo que tiene vital importancia es la experiencia directa de la realidad, de Dios; y para eso tiene que haber amor.

CAPITULO 12

¿No es acaso muy importante, mientras somos jóvenes, que se nos ame y también saber qué significa amar? Pero me parece que muy pocos de nosotros amamos o somos amados. Y creo que es esencial, mientras somos jóvenes, investigar este problema muy seriamente y comprenderlo; porque entonces quizá podamos ser lo bastante sensibles como para sentir amor, conocer su cualidad, su perfume, de modo que cuando crezcamos éste no sea completamente destruido. Consideremos, pues, esta cuestión.

¿Qué significa amar? ¿Es un ideal, algo lejano, inalcanzable? ¿O puede ser sentido por cada uno de nosotros, en raros momentos del día? Tener la cualidad de la simpatía, de la comprensión, ayudar a alguien naturalmente sin ningún motivo, ser espontáneamente amable, cuidar con esmero una planta o un perro, ser compasivo con el aldeano, generoso con el amigo, con un vecino, ¿no es esto lo que entendemos por amor? ¿No es el amor un estado en el que no hay sentido alguno de resentimiento sino una perpetua indulgencia? ¿Acaso no es posible sentir esto mientras somos jóvenes?

Muchos de nosotros experimentamos este sentimiento en la juventud: un súbito flujo de simpatía por el aldeano, por un perro, por aquellos que son pequeños o desvalidos. ¿No deberíamos tender constantemente a eso? ¿No deberían ustedes dedicar alguna parte del día para ayudar a otro, para cuidar un árbol o un jardín, para ayudar en la casa o en la posada, de modo que cuando alcancen la madurez sepan lo que significa ser naturalmente considerados, sin esfuerzo ni motivo alguno? ¿No deberían tener esta calidad del verdadero afecto?

El verdadero afecto no puede generarse artificialmente, tenemos que sentirlo, y también deben sentirlo sus tutores, sus padres, sus maestros. Muy pocas personas sienten verdadero afecto; están demasiado interesadas en sus realizaciones personales, en sus anhelos, en sus conocimientos, en su éxito. Dan a lo que han hecho y a lo que desean hacer, una importancia tan colosal que finalmente las destruye.

Por eso es muy importante, mientras son jóvenes, que se ocupen de las habitaciones o cuiden una cantidad de árboles que ustedes mismos hayan plantado o vayan a asistir a un amigo enfermo, de modo que haya un sutil sentimiento de simpatía, de interés, de generosidad -generosidad auténtica que no es de la mente y que les hace querer compartir con alguien cualquier cosa que puedan poseer, por pequeña que sea-. Si no tienen este sentimiento de amor, de generosidad, de bondad, de delicadeza, mientras son jóvenes, será muy difícil que lo tengan cuando sean mayores; pero si empiezan a tenerlo ahora, entonces tal vez podrán despertarlo en otros.

Tener simpatía y afecto implica estar libres del temor, ¿no es así? Pero ya lo ven, es muy difícil crecer en este mundo sin temor, sin tener algún motivo personal para actuar. Las personas mayores jamás han reflexionado acerca de este problema del temor o lo han considerado solamente de manera abstracta, sin actuar sobre el temor en sus existencias cotidianas. Ustedes son todavía muy jóvenes, observan, inquieren, aprenden, pero si no ven y comprenden qué es lo que causa el temor, se volverán como sus mayores. El temor crecerá como una especie de maleza oculta y se extenderá por sus mentes, deformándolas. Por lo tanto, deben estar alerta a todo lo que ocurre alrededor y dentro de ustedes -cómo hablan sus maestros, cómo se

comportan sus padres y cómo responden ustedes-, de modo que puedan ver y comprender esta cuestión del temor.

La mayoría de los adultos piensa que es necesaria alguna clase de disciplina. ¿Saben ustedes qué es la disciplina? Es un proceso por el cual se les fuerza a hacer algo que no quieren hacer. Donde hay disciplina, hay miedo; por consiguiente, la disciplina no es la vía del amor. Es por eso por lo que la disciplina debe evitarse a toda costa, siendo la disciplina coacción, resistencia, compulsión, forzarles a hacer lo que no comprenden o persuadirles a que lo hagan ofreciéndoles un premio. Si no comprenden algo, no lo hagan ni se esfuercen por hacerlo. Pidan una explicación; no sean meramente obstinados, traten de descubrir la verdad del asunto de manera que no haya temor alguno implicado y la mente de ustedes se vuelva muy flexible, muy dúctil.

Cuando no comprenden y son meramente obligados por la autoridad de los mayores, están reprimiendo la propia mente, y entonces surge el temor; y ese temor les persigue como una sombra a lo largo de toda la vida. Por eso es tan importante que no se les discipline según algún tipo particular de pensamiento o modelo de acción. Pero casi todos los adultos sólo pueden pensar en esos términos. Quieren inducirles a hacer algo por el así llamado bien de ustedes. Este proceso mismo de inducirles a que hagan algo por el propio "bien" de ustedes, es destructivo para la sensibilidad, para la capacidad de comprender; por lo tanto destruye el amor. Es muy difícil negarse a ser coaccionado u obligado, porque el mundo que nos rodea tiene mucha fuerza; pero si meramente cedemos y hacemos cosas sin comprenderlas, caemos en el hábito de la irreflexión y entonces se vuelve aún más difícil para nosotros salimos de ello.

Por lo tanto, ¿tiene que haber autoridad y disciplina en la escuela? ¿O deberían sus maestros asentarles a discutir estas cuestiones, a investigarlas, a comprenderlas a fin de que, cuando hayan crecido y salgan al mundo, sean seres humanos maduros capaces de afrontar inteligentemente los problemas que el mundo habrá de presentarles? Ustedes no pueden tener esa profunda inteligencia, si existe alguna clase de temor. El temor tan sólo les embota, les refrena la iniciativa, apaga ese fuego que llamamos simpatía, generosidad, afecto, amor. De modo que no se dejen disciplinar dentro de un patrón de acción, sino descubran, lo cual implica que deben tener tiempo para cuestionar, para investigar; y los maestros también deben tener tiempo. Si no hay tiempo, entonces deben conseguirlo. El temor es una fuente de corrupción, es el principio de la degeneración, y estar libres de temor es más importante que cualquier examen o cualquier título académico.

Interlocutor: ¿Qué es el amor en sí mismo?

K.: ¿Qué es el amor intrínsecamente? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Preguntas qué es el amor sin motivo, sin incentivo? Escucha atentamente y lo descubrirás. Estamos examinando la pregunta, no estamos buscando la respuesta. Al estudiar matemáticas o al formular una pregunta, la mayoría de nosotros se interesa más en encontrar la respuesta que en comprender el problema. Comprendamos, pues, qué es el problema y no busquemos una respuesta, ya sea una respuesta del Bhagavad Gita, del Corán, de la Biblia o de algún profesor o conferenciante. Si podemos comprender realmente el problema, la respuesta surgirá de él; porque la respuesta está en el problema, no está separada del problema.

El problema es: ¿Qué es el amor sin motivo? ¿Puede haber amor sin ningún incentivo, sin que uno desee nada para sí mismo del amor? ¿Puede haber amor sin que uno se sienta lastimado cuando el amor no es retribuido? Si yo te ofrezco mi amistad y tú la rechazas, ¿no me siento lastimado? Ese sentirse lastimado, ¿es el resultado de la amistad, de la generosidad, de la simpatía? Ciertamente, en tanto me sienta lastimado, en tanto haya temor, en tanto te ayude esperando que tú puedas ayudarme -a lo cual llaman servicio-, no hay amor.

Si comprendes esto, la respuesta está ahí.

Interlocutor: ¿Qué es la religión?

K.: ¿Quieres una respuesta de mí o quieres descubrirla por ti mismo? ¿Estás buscando una respuesta de alguien, por grande o necio que pueda ser? ¿O estás realmente tratando de descubrir la verdad acerca de lo que es la religión?

Para descubrir qué es la verdadera religión, tienes que descartar todo lo que estorba. Si tienes muchas ventanas pintadas o sucias y quieres ver la luz pura del sol, debes limpiar o abrir las ventanas o salir fuera. De igual modo, para descubrir qué es la verdadera religión, primero tienes que ver lo que no es verdadera religión y desecharlo. Entonces puedes descubrir, porque hay percepción directa. Veamos, pues, lo que no es religión.

Hacer puja, practicar un ritual, ¿es eso religión? Repites una y otra vez cierto ritual, cierto mantra frente a un altar o un ídolo. Eso puede proporcionarte una sensación de placer, de satisfacción, ¿pero es religión eso? Ponerse el hilo sagrado, llamarse uno hindú, budista, cristiano, aceptar ciertas tradiciones, dogmas, creencias, ¿tiene todo eso algo que ver con la religión? Obviamente, no. Por lo tanto, la religión debe ser algo que puede encontrarse sólo cuando la mente ha comprendido y desechado todo esto.

La religión, en el verdadero sentido de la palabra, no genera separación, ¿verdad? ¿Pero qué sucede cuando tú eres musulmán y yo soy cristiano, o cuando yo creo en algo y tú no crees en eso? Nuestras creencias nos separan; por lo tanto, nuestras creencias no tienen nada que ver con la religión. El hecho de que tú creas de una manera y yo de otra, depende mayormente de dónde hayamos nacido, ya sea en Inglaterra, en la India, en Rusia o en América. De modo que la creencia no es religión, es solamente el resultado de nuestro condicionamiento.

Luego está la búsqueda de la salvación personal. Quiero estar a salvo, quiero alcanzar el nirvana o el cielo; tengo que encontrar un sitio cerca de Jesús, cerca de Buda o a la diestra de un Dios en particular. Tu creencia no me proporciona una satisfacción profunda, no me da consuelo; por lo tanto, tengo mi propia creencia que sí

lo hace. ¿Es religión eso? Por cierto, nuestra mente debe estar libre de todas estas cosas para descubrir lo que es la verdadera religión.

Y, ¿es la religión meramente una cuestión de hacer el bien, de servir o de ayudar a otros? ¿O es algo más? Lo cual no quiere decir que no podamos ser generosos o amables. ¿Pero eso es todo? ¿Acaso la religión no es algo más grande, más puro, más inmenso, más expansivo que todo lo concebido en la mente?

Para descubrir, pues, lo que es la verdadera religión, debemos investigar profundamente todas estas cosas y estar libres del temor. Es como salir de una casa oscura, a la luz del sol. Entonces no preguntarás qué es la verdadera religión; lo sabrás. Habrá una experiencia directa de aquello que es ver-

Interlocutor: Si alguien es desdichado y quiere ser feliz, ¿eso es ambición?

K.: Cuando uno está sufriendo quiere estar libre del sufrimiento. Eso no es ambición, ¿verdad? Es el instinto natural de todas las personas, de todos nosotros: no tener miedo, no tener dolor físico ni emocional. Pero nuestra vida es tal que constantemente estamos experimentando dolor. He comido algo que no me sienta bien y tengo dolor de estómago. Alguien me dice algo y me siento lastimado. Estoy impedido de hacer alguna cosa que anhelo hacer y me siento frustrado, infeliz. Soy desdichado porque ha muerto mi padre o mi hijo, etcétera. La vida está actuando constantemente sobre mí, me guste o no me guste, y me siento siempre herido, frustrado, tengo reacciones dolorosas. Lo que he de hacer, entonces, es comprender todo este proceso del dolor. Pero ya lo ven, la mayoría de nosotros escapa del dolor.

Cuando ustedes sufren internamente, psicológicamente, ¿qué hacen? Acuden a alguien en busca de consuelo, leen un libro o encienden la radio o van y hacen puja. Son todas indicaciones de que están escapando del sufrimiento. Si escapan de algo, obviamente no lo comprenden. Pero sí uno mira su sufrimiento, si lo observa de instante en instante, comienza a comprender el problema que implica, y esto no es ambición. La ambición surge cuando escapamos de nuestro sufrimiento o nos aferramos a él o lo combatimos, o cuando elaboramos teorías y esperanzas en tomo a él. En el instante en que escapamos del sufrimiento, la cosa hacia la cual escapamos se vuelve muy importante, porque nos identificamos con ella. Nos identificamos con nuestro país, con nuestra posición, con nuestro Dios, y esto sí que es una de ambición.

CAPITULO 13

Lo que estoy diciendo en todas estas conversaciones no es algo para ser meramente recordado. Su propósito no es que ustedes traten de acumular en la mente lo que oyen, que se acuerden de ello y después piensen o actúen al respecto. Si simplemente acumulan en sus mentes lo que les estoy diciendo, eso no será más que memoria, no será una cosa viva, algo que comprenden realmente. Lo que importa es la comprensión, no el recuerdo. Espero que vean la diferencia entre ambas cosas. La comprensión es inmediata, directa, es algo que ustedes experimentan intensamente. Pero si sólo recuerdan lo que han oído, ello servirá solamente como un patrón, como una guía para seguir, para repetir, una idea para imitar, un ideal sobre el cual basar sus vidas. La comprensión no es un asunto de la memoria. Es una intensidad constante, un descubrimiento permanente.

Por lo tanto, si sólo recuerdan aquello de que hablo, compararán y tratarán de modificar sus acciones o de ajustarlas a lo que recuerdan. Pero si realmente comprenden, esa comprensión misma genera acción, y entonces no tienen que actuar conforme a lo que recuerden. Por eso es muy importante no limitarse a recordar, sino escuchar y comprender instantáneamente.

Cuando ustedes recuerdan ciertas palabras, ciertas frases, o rememoran ciertos sentimientos que se despertaron aquí y comparan aquello que hacen con lo que recuerdan, existe siempre una lucha entre esa acción y lo recordado. Pero si de verdad comprenden, no copian. Cualquiera que posea cierta capacidad puede recordar palabras y aprobar exámenes; pero si comienzan a comprender todo lo implicado en aquello que ven, que oyen, que sienten, esa comprensión misma genera una acción que ustedes no tienen que dirigir, moldear ni controlar.

Si meramente recuerdan, estarán siempre comparando; la comparación engendra envidia y sobre esa envidia se basa toda nuestra sociedad adquisitiva. La comparación jamás dará origen a la comprensión. En la comprensión hay amor, mientras que la comparación es mera intelectualización, es un proceso mental que consiste en imitar, en seguir, proceso en el que siempre existe el peligro del conductor y el conducido. ¿Alcanzan a ver esto?

En este mundo, la estructura de la sociedad se basa en el que conduce y los que son conducidos, en el ejemplo y los que siguen el ejemplo, en el héroe y los adoradores del héroe. Si investigan este proceso de conducir y ser conducido, encontrarán que cuando siguen a otro no hay iniciativa. No hay libertad ni para ustedes ni para el que conduce; porque ustedes crean al que les conduce y entonces éste les controla. En tanto estén siguiendo un ejemplo de renunciamiento, de grandeza, de sabiduría, de amor, en tanto tengan un ideal que deba ser recordado y copiado, habrá inevitablemente una brecha, una división entre el ideal y la acción que desarrollan. Un hombre que realmente ve la verdad de esto, no tiene ideales ni ejemplos, no sigue a nadie. Para él no hay ni gurú ni mahatma ni conductor heroico. Está comprendiendo constantemente lo que hay dentro de él mismo y lo que escucha de otros, ya sea de sus padres, de un maestro, de una persona como yo, que ocasionalmente entra en su vida.

Si ahora están escuchando y comprendiendo, entonces no siguen ni imitan; por lo tanto, no temen, y entonces hay amor.

Es esencial que todo lo vean muy claramente por sí mismos, de manera que no sean fascinados por héroes ni hipnotizados por ejemplos, por ideales. Los ejemplos, los héroes, los ideales tienen que ser recordados y se olvidan fácilmente; por eso necesitan tener un recordatorio constante en la forma de una pintura, un ídolo, un eslógan. Al seguir un ideal, un ejemplo, están meramente recordando, y en el recuerdo no hay comprensión. Están comparando lo que son con lo que quieren ser, y esa comparación misma engendra autoridad, envidia y miedo; y en eso no hay amor.

Por favor, escuchen muy atentamente todo esto y compréndanlo de modo que no tengan que seguir a líderes ni tengan que imitar o copiar ejemplos e ideales, porque entonces serán individuos libres con dignidad humana. No pueden ser libres si están comparándose perpetuamente con el ideal, con lo que deberían ser. Comprender lo que son realmente -por feos o hermosos o temerosos que sean- no es una cuestión de memoria, de recordar un ideal. Tienen que observarse, tienen que estar atentos a sí mismos, de instante en instante, en la relación humana. Estar conscientes de lo que son en realidad, es el proceso de la comprensión.

Si realmente comprenden de qué estoy hablando, si lo escuchan completamente, estarán libres de todas las cosas totalmente falsas que las pasadas generaciones han creado. No estarán agobiados por la imitación, por la mera repetición de un ideal, lo cual sólo mutila la mente engendrando temor y envidia. Puede que inconscientemente estén escuchando esto de manera muy intensa. Espero que así sea, porque entonces verán qué transformación extraordinaria adviene con el escuchar profundo y la libertad respecto de la limitación.

Interlocutor: La belleza, ¿es objetiva o subjetiva?

K.: Ves algo hermoso, el río desde el balcón; o ves a un niño en harapos que llora. Si no eres sensible, si no te das cuenta de todo lo que te rodea, entonces pasas de largo y ese acontecimiento tiene muy poco valor. Una mujer va caminando con una carga sobre la cabeza. Sus ropas están sucias, ella se ve hambrienta y cansada. ¿Ves el color de su sari, por manchado que pueda estar? Están estas influencias objetivas que te rodean; y si careces de sensibilidad, jamás las apreciarás, ¿verdad?

Ser sensible es estar atento no sólo a las cosas bellas sino también a las que llamamos feas. El río, los campos verdes, los árboles en la distancia, las nubes de un atardecer, a estas cosas las llamamos bellas. A los aldeanos sucios, medio muertos de hambre, a las personas que viven en la escualidez o a las que tienen muy poca capacidad de pensamiento, de sentimiento, a todo esto lo llamamos feo. Ahora bien, si lo observan, verán que lo que hace la mayoría de nosotros es aferrarse a lo bello y desechar lo feo. ¿Pero acaso no es importante ser sensibles tanto a la belleza como a lo que llamamos fealdad? La falta de esta sensibilidad es la causa de que dividamos la vida en lo feo y lo bello. Pero si somos abiertos, receptivos, sensibles tanto a lo feo como a lo bello, entonces veremos que ambos están llenos de significado, y esta percepción enriquece la vida.

Entonces, ¿es subjetiva u objetiva la belleza? Si uno fuera ciego, si fuera sordo y no pudiera escuchar ninguna música, ¿carecería de belleza? ¿O la belleza es algo interno? Puede que uno no vea con sus ojos, que no escuche con sus oídos, pero si experimenta este estado de hallarse realmente abierto, sensible a todo, si está profundamente consciente de todo lo que ocurre dentro, consciente de cada pensamiento, de cada sentimiento, ¿acaso no hay belleza también en eso? Pero ya lo ven, pensamos que la belleza es algo exterior a nosotros. Por eso compramos pinturas y las colgamos en la pared. Queremos poseer hermosos saris, trajes, turbantes; queremos rodeamos de cosas bellas, porque tememos que sin un recordatorio objetivo perderíamos algo internamente.

¿Pero es posible dividir la vida, todo el proceso de la existencia, en lo subjetivo y lo objetivo? ¿Acaso no es un proceso unitario? Sin lo externo no existe lo interno; sin lo interno no existe lo externo.

Interlocutor: ¿Por qué los fuertes reprimen a los débiles?

K.: ¿Reprimes tú al débil? Descubrámoslo. En una discusión o en cuestiones de fuerza física, ¿no apartas del camino a tu hermano menor, al que es más pequeño que tú? Es porque deseas afirmarte a ti mismo. Quieres mostrar tu fuerza, mostrar que eres mejor o más poderoso, de modo que dominas y apartas al más pequeño, te das importancia. Lo mismo sucede con los adultos. Son más grandes que tú, conocen un poco más que tú porque han leído libros, tienen una posición, dinero, autoridad, de modo que te reprimen, te hacen a un lado; y tú aceptas que te hagan a un lado; entonces, reprimes a alguien que está debajo de ti. Cada cual quiere afirmarse a sí mismo, dominar, mostrar que tiene poder sobre otros. Casi ninguno de nosotros quiere ser como nada. Queremos ser alguien, y el mostrar poder sobre otros nos proporciona satisfacción, nos hace sentir que somos alguien.

Interlocutor: ¿Por eso el pez más grande se traga al pequeño ?

K.: En el mundo animal tal vez sea natural que el pez grande viva del pequeño. Es algo que no podemos cambiar. Pero el ser humano grande no necesita vivir del ser humano pequeño. Si sabemos cómo utilizar nuestra inteligencia, podemos dejar de vivir uno del otro, no sólo físicamente sino también en el sentido psicológico. Ver este problema y comprenderlo, lo cual implica tener inteligencia, es dejar de vivir del otro. Pero casi todos queremos vivir de otros, de modo que nos aprovechamos de alguno que es más débil que nosotros. La libertad no implica estar libres para hacer lo que nos plazca. Sólo puede haber verdadera libertad cuando hay inteligencia; y la inteligencia adviene cuando comprendemos la relación, la relación entre tú y yo, la relación entre cada uno de nosotros y alguna otra persona.

Interlocutor: ¿Es verdad que los descubrimientos científicos hacen que nuestras vidas sean más fáciles de vivir?

K.: ¿No han hecho más fácil tu vida? Tienes electricidad, ¿no es así? Mueves un interruptor y tienes luz. En este lugar hay un teléfono, puedes hablar si lo deseas a un amigo en Bombay o en Nueva York. ¿No es fácil

eso? 0 puedes tomar un avión e ir rápidamente a Delhi o a Londres. Estas cosas son el resultado de los descubrimientos científicos y han hecho más fácil la vida. La ciencia ha ayudado a curar enfermedades; pero también nos ha dado la bomba de hidrógeno, que puede matar a millares de seres humanos. Por lo tanto, como la ciencia está descubriendo constantemente más y más, si no empezamos a utilizar con inteligencia, con amor el conocimiento científico, vamos a destruirnos a nosotros mismos.

Interlocutor: ¿Qué es la muerte?

K.: ¿Qué es la muerte? ¡Qué pregunta para una niñita!

Has visto los cuerpos que llevan al río; has visto hojas muertas, árboles muertos; sabes que las frutas se marchitan y se pudren. Las aves que están tan llenas de vida en la mañana, parloteando, llamándose unas a otras, puede que estén muertas a la noche. La persona que está viva puede ser abatida por un desastre mañana. Vemos que ocurre todo esto. La muerte es común a todos nosotros, todos terminaremos de ese modo. Podemos vivir treinta, cincuenta u ochenta años, gozando, sufriendo, temiendo, y al final de ello ya no estamos más.

¿Qué es eso que llamamos el vivir y qué es lo que llamamos muerte? Es realmente un problema complejo y no sé si quieren investigarlo. Si pudiéramos descubrir, comprender qué es el vivir, quizá comprenderíamos qué es la muerte. Cuando perdemos a alguien a quien amamos, nos sentimos desconsolados, solos; en consecuencia, decimos que la muerte no tiene nada que ver con el vivir. Separamos la muerte de la vida. ¿Pero está la muerte separada de la vida? ¿No es el vivir un proceso de morir?

¿Qué significa el vivir, para la mayoría de nosotros? Significa el acumular, elegir, sufrir, reír. Y en el trasfondo, detrás de todo el placer y el dolor, está el miedo: el miedo de que llegue el fin, el miedo a lo que va a suceder mañana, el miedo de no tener nombre ni fama, de no tener propiedad ni posición social, de que termine todo lo que queremos que continúe. Pero la muerte es inevitable; entonces nos preguntamos:"¿Qué sucede después de la muerte?"

Y bien, ¿qué es lo que llega a su fin en la muerte? ¿La vida? ¿Es la vida meramente un proceso de inspirar y expeler el aire? Comer, odiar, amar, adquirir, poseer, comparar, envidiar... esto es lo que la mayoría de nosotros conoce de la vida. Para la mayoría, la vida es un sufrimiento, una batalla constante de dolor y placer, esperanza y frustración. ¿Y no puede eso terminar? ¿Acaso no deberíamos morir? En el otoño, con la llegada del tiempo frío, las hojas caen de los árboles y reaparecen en primavera. ¿No deberíamos, de igual modo, morir a todo lo de ayer, a todas nuestras acumulaciones y esperanzas, a todos los éxitos que hemos cosechado? ¿No deberíamos morir a todo eso y vivir de nuevo mañana, de manera que, como una hoja nueva, fuéramos puros, tiernos, sensibles? Para el hombre que dice: "Yo soy alguien y tengo que continuar", para él siempre hay muerte y ghat crematorio; y ese hombre no conoce el amor.

CAPITULO 14

Hay diversos factores implicados en la desintegración humana y hay diversas maneras en que los hombres se desintegran. Integrar es unir, completar. Si ustedes están integrados, sus pensamientos, sentimientos y acciones son enteramente una unidad que se mueve en un solo sentido, no se contradicen entre sí. Cada uno es, entonces, un ser humano total, sin conflicto. Eso es lo que ¡implica la integración. Desintegrar es lo opuesto de eso, es desmoronar, despedazar, dispersar lo que ha sido unido. Y hay muchas maneras en que los seres humanos se desintegran, se desmoronan, se destruyen a sí mismos. Pienso que uno de los factores principales es el sentimiento de envidia, el cual es tan sutil que se le considera, bajo diferentes nombres, como valioso, útil, un elemento digno de estima en la conducta humana.

¿Saben lo que es la envidia? Empieza cuando todavía son muy pequeños: se sienten envidiosos de un amiguito que tiene mejor apariencia, que posee cosas mejores o una mejor posición social. Sienten celos si otro niño u otra niña les supera en la clase, si tiene padres ricos o si pertenece a una familia más distinguida. Así, la envidia o los celos empiezan a una edad muy temprana y gradualmente adoptan la forma de la competencia. Ustedes quieren hacer algo que les distinga, obtener mejores notas, ser mejores atletas que algún otro compañero, quieren superar a los demás, brillar más que ellos.

A medida que van creciendo, la envidia se vuelve más y más fuerte. El pobre envidia al rico y el rico envidia al más rico. Está la envidia de aquéllos que han tenido experiencias y quieren tener más experiencias, y la envidia del escritor que quiere escribir mejor todavía. El deseo mismo de ser mejor, de convertirse en algo meritorio, de tener más de esto o de aquello, es afán adquisitivo, es el proceso de acumular, de guardar. Si lo observan, verán que casi todos tenemos el instinto de adquirir, de poseer más y más saris, más ropas, más casas, más propiedades. Y si no es eso, entonces queremos más experiencias, más conocimiento; deseamos sentir que sabemos más que algún otro, que hemos leído mucho más que otro. Queremos estar más cerca que otros de algún funcionario importante con alta posición en el gobierno, o sentir que espiritualmente, internamente, estamos más evolucionados que los demás. Queremos ser conscientes de que somos humildes, virtuosos, de que podemos explicar cosas que otros no pueden.

Así, cuanto más adquirimos, mayor es nuestra desintegración. Cuanto más propiedades, más fama, más experiencia, más conocimiento acumulamos, más rápido es nuestro deterioro. Desde el deseo de ser o de adquirir más, brota la enfermedad universal de los celos, de la envidia. ¿No han observado esto en sí mismos y en las personas adultas que les rodean? ¿No han advertido cómo el maestro desea ser profesor y el profesor

desea ser el director? ¿O cómo el propio padre o la madre de ustedes desean más propiedades, mayor reputación?

En la lucha por adquirir nos volvemos crueles. En la adquisición no hay amor. El modo adquisitivo de vida es una batalla constante con nuestro prójimo, con la sociedad, batalla en la que hay un permanente temor; pero justificamos todo esto y aceptamos los celos como inevitables. Pensamos que debemos ser adquisitivos, aunque designemos eso con una palabra que suena mejor: lo llamamos evolución, crecimiento, desarrollo, progreso, y decimos que es algo esencial.

Vean, muy pocos estamos conscientes de esto; no nos damos cuenta de que somos codiciosos, adquisitivos, de que nuestros corazones se hallan devorados por la envidia, de que nuestras mentes se están deteriorando. Y cuando por un instante tomamos conciencia de esto, lo justificamos o decimos meramente que está mal o tratamos de escapar de ello de diversas maneras.

La envidia es una cosa muy difícil de revelar o descubrir en uno mismo, porque la mente es el centro de la envidia, la mente misma es envidiosa. La propia estructura de la mente está edificada sobre la adquisición y la envidia. Si observamos nuestros pensamientos, el modo como pensamos, veremos que lo que llamamos pensar es generalmente un proceso de comparación: "Yo puedo explicarme mejor, tengo un conocimiento mayor, más sabiduría". Pensar en términos del "más" es la operación de la mente adquisitiva, es su modo de existencia. Si ustedes no piensan en términos del "más", encontrarán que es extremadamente difícil pensar en absoluto. La persecución del "más" es el movimiento comparativo del pensar, el cual crea el tiempo: tiempo para llegar a ser, para ser "alguien"; ése es el proceso de la envidia, de la adquisición. Pensando comparativamente, la mente dice: "Soy esto, y algún día seré aquello"; "Soy feo, pero seré hermoso en el futuro". De modo que el afán adquisitivo, la envidia, el pensar comparativo produce descontento, inquietud; y nuestra reacción a eso es decir que debemos estar satisfechos con nuestra suerte, que debemos contentamos con lo que tenemos. Eso es lo que dicen las personas que se encuentran en la parte superior de la escalera. Las religiones predican universalmente el contentamiento.

El verdadero contentamiento no es una reacción, no es lo opuesto del espíritu adquisitivo; es algo mucho más vasto y mucho más significativo. El hombre cuyo contentamiento es lo opuesto del espíritu adquisitivo, de la envidia, es como un vegetal, internamente es una entidad muerta, como lo está la mayoría de la gente. Casi todas esas personas que están tranquilas es porque internamente están muertas, y están muertas internamente porque han cultivado lo opuesto -lo opuesto de todo lo que son realmente-. Siendo envidiosas, dicen: "No debo ser envidioso". Podrán negar la perpetua lucha de la envidia poniéndose un taparrabo y diciendo que no van a adquirir cosas; pero este deseo mismo de ser buenos, de no ser adquisitivos, deseo que implica lo opuesto de lo otro, sigue estando dentro del campo del tiempo, sigue formando parte del sentimiento de envidia, porque todavía desean ser alguna cosa. El verdadero contentamiento no es así, es algo mucho más creativo y profundo. No hay contentamiento cuando optamos por estar contentos; el contentamiento no llega de ese modo. Llega cuando comprendemos lo que somos realmente y no perseguimos lo que deberíamos ser.

Ustedes piensan que estarán contentos cuando hayan logrado todo lo que desean. Pueden desear ser un gobernador, un gran santo, y piensan que alcanzando ese objetivo estarán contentos. En otras palabras, esperan llegar al contentamiento mediante el proceso de la envidia. A través de un medio incorrecto esperan alcanzar un resultado correcto. El contentamiento no es satisfacción, es algo muy vital. Es un estado de creatividad en el que se comprende lo que realmente se es. Si comienzan a comprender lo que realmente son de instante en instante, de día en día, descubrirán que desde esta comprensión surge un estado extraordinario de inmensidad, de comprensión sin límites. O sea, que si somos codiciosos, lo que importa es comprender nuestra codicia y no tratar de volvemos no codiciosos; porque el deseo mismo de volverse no codicioso sigue siendo una forma de codicia.

Nuestra estructura religiosa, nuestras maneras de pensar, nuestra vida social, todo lo que hacemos se basa en el afán adquisitivo, en una perspectiva envidiosa, y durante siglos nos han educado de ese modo. Estamos tan condicionados a eso que no podemos pensar aparte de "lo mejor", de lo "más"; debido a eso hacemos que la envidia sea algo deseable. No lo llamamos envidia, lo llamamos con diversos términos eufemísticos; pero si miran detrás de la palabra, verán que este deseo extraordinario por el "más" es egocéntrico, que les encierra en sí mismos. Limita el pensamiento.

La mente limitada por la envidia, por el "yo", por el deseo adquisitivo de cosas o virtud, jamás puede ser una verdadera mente religiosa. La mente religiosa no es una mente comparativa. La mente religiosa ve y comprende el significado pleno de lo que es. Por eso es muy importante que nos comprendamos a nosotros mismos, lo cual equivale a percibir el funcionamiento de nuestra propia mente: los motivos, las intenciones, los anhelos, los deseos, la constante presión de perseguir cosas, presión que engendra envidia, afán adquisitivo y comparación. Cuando todo esto haya llegado a su fin mediante la comprensión de lo que es, sólo entonces conocerán ustedes la verdadera religión, sabrán lo que es Dios.

Interlocutor: La verdad, ¿es relativa o absoluta?

K.: En primer lugar, miremos a través de las palabras el significado de la pregunta. Deseamos algo absoluto, ¿no es así? El anhelo humano es por algo permanente, fijo, inmóvil, eterno, algo que no se deteriore, que no conozca la muerte: una idea, un sentimiento, un estado perdurable al que la mente pueda aferrarse. Tenemos que comprender este anhelo antes de que podamos comprender la pregunta y contestarla apropiadamente.

La mente humana desea permanencia en todo, en la relación, en la propiedad, en la virtud. Desea algo que no pueda ser destruido. Por eso decimos que Dios es permanente o que la verdad es absoluta.

¿Pero qué es la verdad? ¿Es algún misterio extraordinario, algo muy lejano, inimaginable, abstracto? ¿O la verdad es algo que uno descubre de instante en instante, de día en día? Si puede ser acumulada, reunida a través de la experiencia, entonces no es la verdad, porque detrás de esta acumulación alienta el mismo espíritu adquisitivo. Si es algo muy lejano que sólo puede ser encontrado mediante un sistema de meditación o mediante la práctica de la abnegación y el sacrificio, eso tampoco es la verdad, porque también es un proceso adquisitivo.

La verdad es para ser descubierta y comprendida en cada acción, en cada pensamiento, en cada sentimiento, por efímero o trivial que sea. Es para ser observada en cada instante de cada día, para ser escuchada en lo que dicen el marido o la esposa, en lo que dice el jardinero, en lo que dicen los amigos y en el proceso de nuestro propio pensar. Nuestro pensar puede ser falso, puede estar condicionado, limitado; y descubrir que nuestro pensar está limitado, condicionado, es la verdad. Ese descubrimiento mismo libera a la mente de su limitación. Si uno descubre que es codicioso -si lo descubre, no sólo porque algún otro se lo diga-, ese descubrimiento es la verdad, y esa verdad tiene su propia acción sobre nuestra codicia.

La verdad no es algo que uno pueda adquirir, acumular, guardar y después contar con ella como una guía. Ésa es sólo otra forma de posesión. Y es muy difícil para la mente no adquirir, no guardar. Cuando comprendas el significado de esto, descubrirás qué cosa extraordinaria es la verdad. La verdad es intemporal, pero en el instante en que la capturamos, como cuando decimos: "He descubierto la verdad, es mía", eso ya no es más la verdad.

Por lo tanto, que la verdad sea "absoluta" o intemporal, depende de la mente. Cuando la mente dice: 'Quiero lo absoluto, algo que jamás se deteriore, que no conozca la muerte", lo que en realidad desea es algo permanente para aferrarse a ello; de modo que crea lo permanente. Pero una mente que se da cuenta de todo lo que ocurre fuera y dentro de ella misma y ve la verdad de ello, una mente así es intemporal; y sólo una mente semejante puede conocer aquello que está más allá de todos los nombres, más allá de lo permanente y de lo impermanente.

Interlocutor: ¿Qué es la conciencia externa?

K.: ¿No eres consciente de que estás sentado en esta sala? ¿No eres consciente de los árboles, de la puesta de sol? ¿No eres consciente del cuervo que grazna, del perro que ladra? ¿Acaso no ves el color de las flores, el movimiento de las hojas, no ves a la gente que pasa caminando? Ésa es la conciencia externa. Cuando ves la puesta de sol, las estrellas en la noche, la luz de la luna sobre el agua, todo eso es conciencia externa, ¿verdad? Y tal como estás consciente externamente, también puedes estar internamente consciente de tus pensamientos y sentimientos, de tus motivos e impulsos, de tus prejuicios, de tu envidia, de tu codicia y tu orgullo. Si estás de verdad consciente externamente, la conciencia interna también comienza a despertarse y te vuelves más y más consciente de tu reacción a lo que dice la gente, a lo que lees, etcétera. La reacción o respuesta externa en tu relación con otras personas es el resultado de un estado interno constituido por deseos, esperanzas, ansiedad, temor. Esta conciencia externa e interna es un proceso unitario que produce una integración total de la comprensión humana.

Interlocutor: ¿Qué es la verdadera y eterna felicidad?

K.: Cuando estás completamente sano no eres consciente de tu cuerpo, ¿verdad? Sólo cuando hay enfermedad, molestia, dolor, te vuelves consciente de él. Cuando estás libre para pensar completamente, sin resistencias, no existe una conciencia del pensar. Sólo cuando hay una fricción, un bloqueo, una limitación, comienzas a tener conciencia de un pensador. De igual manera, ¿es la felicidad algo de lo que eres consciente? En el instante de felicidad, ¿estás consciente de que eres feliz? Sólo cuando eres desdichado anhelas la felicidad, y entonces se suscita la pregunta: "¿Qué es la verdadera y eterna felicidad?

Ya ves cómo la mente juega trucos consigo misma. A causa de que te sientes triste, desdichado, en circunstancias insatisfactorias y demás, deseas algo eterno, una felicidad permanente. ¿Existe una cosa semejante? En vez de preguntar sobre la felicidad permanente, descubre cómo estar libre de las enfermedades que te roen creando dolor tanto físico como psicológico. Cuando eres libre no hay problema, no preguntas si existe la felicidad eterna o qué es la felicidad. Es un hombre perezoso, tonto, el que estando en prisión quiere saber qué es la libertad; y son personas perezosas, tontas, las que se lo dirán. Para el hombre que se encuentra en la prisión, la libertad es especulación pura. Pero si sale de esa prisión, no especula acerca de la libertad; la libertad está ahí.

¿No es importante, entonces, en vez de preguntar qué es la felicidad, descubrir por qué somos desdichados? ¿Por qué está mutilada la mente? ¿Cuál es la razón de que nuestros pensamientos sean limitados, pequeños, mezquinos? Si podemos comprender la limitación del pensamiento, ver la verdad el respecto, en ese descubrimiento de la verdad hay liberación.

Interlocutor: ¿Por qué desea cosas la gente?

K.: ¿No deseas comida cuando tienes hambre? ¿No deseas ropas que te abriguen y una casa para albergarte? Éstos son deseos normales, ¿no es así? La gente sana reconoce naturalmente que necesita ciertas cosas. Es sólo el hombre enfermo o desequilibrado el que dice: "Yo no necesito comida". Es una mente extraviada la que necesita tener muchas casas o ninguna casa en absoluto donde vivir.

Tu cuerpo tiene hambre porque estás usando energía y entonces quiere más alimento; eso es normal. Pero si dices: "Tengo que tener las comidas más sabrosas, tengo que tener solamente la comida que proporcione placer a mi paladar", entonces comienza la perversión. Todos nosotros -no sólo los ricos sino todos en el mundo- debemos tener comida, ropas y albergue; pero si estas necesidades físicas se limitan, se controlan y se

toman accesibles sólo para unos pocos, entonces hay perversión, se pone en marcha un proceso anormal. Si uno dice: "Debo acumular, debo tenerlo todo para mí", está privando a otros de aquello que es esencial para sus necesidades cotidianas.

Mira, el problema no es sencillo, porque deseamos otras cosas además de las que son esenciales para nuestras necesidades cotidianas. Puedo satisfacerme con poca comida, unas cuantas ropas y un lugar pequeño donde vivir; pero deseo algo más. Deseo ser una persona conocida, deseo posición social, poder, prestigio, deseo estar lo más cerca posible de Dios, deseo que mis amigos piensen bien de mí, etc. Estos deseos internos pervierten los intereses externos de todos los seres humanos. El problema es un poco difícil, porque el deseo interno de ser el hombre más rico o más poderoso, el impulso de ser alguien depende, para su satisfacción, de la posesión de cosas, incluyendo alimento, ropas y albergue. Me apoyo en estas cosas a fin de enriquecerme internamente; pero en tanto me encuentre en este estado de dependencia, es imposible que sea rico internamente, porque esto último implica ser totalmente sencillo en lo interno.

CAPITULO 15

Tal vez algunos de ustedes estén interesados en lo que he estado diciendo acerca de la envidia. No uso la palabra "recuerdan" porque, como lo he explicado, recordar meramente palabras o frases embota la mente, la vuelve apática, pesada, carente de creatividad. Es muy destructivo el mero recordar. Lo importante, especialmente mientras son jóvenes, es comprender antes que cultivar la memoria, porque la comprensión libera la mente, despierta la facultad crítica del análisis. Les capacita para ver la significación del hecho, no sólo para racionalizarlo. Cuando meramente recuerdan ciertas frases, sentencias o ideas acerca de la envidia, por ejemplo, esa recordación les impide mirar el hecho de la envidia. Pero si ven y comprenden la envidia que se esconde detrás de la fachada de las buenas obras, de la filantropía, de la religión y detrás de sus propios deseos de ser grandes, de ser virtuosos, si realmente ven y comprenden esto por sí mismos, entonces descubrirán qué libertad extraordinaria hay respecto de la envidia, de los celos.

Por lo tanto es muy importante comprender, porque el recuerdo es una cosa muerta; y quizá sea ésta una de las causas principales del deterioro humano. Somos muy propensos a imitar, a copiar, a seguir ideales, a seguir los héroes. ¿Qué es lo que ocurre, entonces? Se pierde poco a poco la llama de la creatividad y sólo queda la representación, el símbolo, la palabra, sin que haya nada detrás. Se nos enseña a memorizar y esto, obviamente, no es creativo. No hay comprensión en el mero recordar cosas que han leído en los libros o que les han enseñado; y cuando a lo largo de la vida sólo se cultiva la memoria, se destruye gradualmente la verdadera comprensión.

Por favor, escuchen cuidadosamente porque es esencial que esto se comprenda. Lo creativo es la comprensión, no la memoria, no el recuerdo. La comprensión es el factor liberador, no las cosas que han acumulado en la mente. Y la comprensión no se encuentra en el futuro. El mero cultivo de la memoria da origen a la idea del futuro; pero si comprenden directamente, o sea, si ven algo claramente por sí mismos, entonces no hay problema. Un problema existe sólo cuando no vemos claramente.

Lo importante, pues, no es lo que ustedes conocen, no es el conocimiento o la experiencia que han adquirido, sino ver las cosas como son y comprenderlas inmediatamente; porque la comprensión es inmediata, no está en el futuro. Cuando la experiencia y el conocimiento toman el lugar de la comprensión, se vuelven factores de deterioro en la vida. Para la mayoría de nosotros, el conocimiento y la experiencia son muy importantes; pero si penetramos detrás de las palabras y vemos la verdadera significación del conocimiento y la experiencia, encontraremos que se convierten en los factores principales del deterioro humano. Esto no quiere decir que el conocimiento no sea correcto en ciertos niveles de nuestra existencia. Es correcto e indispensable para saber cómo plantar un árbol y qué clase de nutrición debe tener, o cómo alimentar a las gallinas, o cómo constituir apropiadamente una familia, o cómo construir un puente, etc. Hay una enorme cantidad de conocimiento científico disponible que puede ser correctamente utilizado. Es correcto, por ejemplo, que sepamos cómo armar una dínamo o un motor. Pero cuando no hay comprensión, entonces el conocimiento, que es meramente memoria, se vuelve muy destructivo; y ustedes encontrarán que la experiencia también se vuelve destructivo, porque la experiencia refuerza el trasfondo de la memoria.

Me pregunto si han notado cuántas personas adultas piensan burocráticamente, como oficinistas. Si son maestros, su pensar está limitado a esa función; no son seres humanos latiendo con la vida. Conocen las reglas de la gramática o las matemáticas o una historia carente de importancia; y a causa de que su pensar se halla circunscrito a esa memoria, a esa experiencia, su conocimiento les está destruyendo. La vida no es una cosa que ustedes puedan aprender de alguien. La vida es algo a lo que prestan atención, algo que comprenden de instante en instante, sin acumular experiencias. Después de todo, ¿qué es lo que tienen cuando han acumulado experiencia? Cuando dicen: "He tenido una cantidad enorme de experiencia", o "conozco el significado de esas palabras", eso es memoria, ¿verdad? Han tenido ciertas experiencias, han aprendido cómo manejar una oficina, cómo construir un edificio o un puente, y conforme a ese trasfondo obtienen más experiencias. Cultivan la experiencia, la cual es memoria; y con esa memoria encaran la vida.

Como el río, la vida corre, es rápida, volátil, nunca está quieta; y cuando ustedes la encaran con la carga pesada de la memoria, es natural que jamás estén en contacto con la vida. Afrontan la vida con el conocimiento y la experiencia que poseen, lo cual no hace sino incrementar la pesada carga de la memoria. Así es como el conocimiento y la experiencia se vuelven gradualmente factores destructivos en la vida.

Espero que estén comprendiendo esto muy profundamente, porque lo que estoy diciendo es muy verdadero; y si lo comprenden usarán el conocimiento en su nivel correcto. Pero si no comprenden y meramente acumulan conocimiento y experiencia como un medio de progresar en la vida, como un medio de fortalecer su posición en el mundo, entonces el conocimiento y la experiencia se volverán muy destructivos, destruirán su iniciativa, su creatividad. Casi todos nosotros estamos tan abrumados por la autoridad, por lo que otras personas han dicho, tan cargados con el Bhagavad Gita, con ideas, que nuestras vidas se han vuelto muy insípidas. Estas cosas son todas recuerdos, reminiscencias; no son cosas que hemos comprendido, no tienen vida. No hay nada nuevo, en tanto estamos cargados de recuerdos; y no podemos comprender la vida, que es perpetuamente nueva. En consecuencia, nuestro vivir es muy tedioso, nos volvemos apáticos, nos desarrollamos mental y físicamente torpes y feos. Es muy importante comprender esto.

La sencillez es libertad de la mente respecto de la experiencia, de la carga de la memoria. Pensamos que la sencillez es una cuestión de no tener sino pocas ropas y una escudilla de mendigo; creemos que una vida sencilla consiste en poseer muy poco externamente. Eso puede estar muy bien. Pero la verdadera sencillez implica estar libre del conocimiento, libre de los recuerdos y de la acumulación de experiencias. ¿No han reparado en las personas que dan mucha importancia al hecho de poseer muy poco y piensan que son muy sencillas? ¿Las han escuchado? Aunque puedan no tener más que un taparrabo y un bastón, están llenas de ideales. internamente son muy complejas, luchando consigo mismas, esforzándose por seguir sus propias proyecciones, sus propias creencias. internamente no son sencillas, están repletas de lo que han recogido de los libros, repletas de ideales, dogmas, temores. Exteriormente podrán poseer sólo un bastón y unas pocas ropas. Pero la verdadera sencillez de la vida es permanecer internamente vacío, inocente, sin acumular conocimientos, sin creencias ni dogmas, sin el miedo a la autoridad; y ese estado de sencillez interna puede nacer sólo cuando comprendemos realmente cada experiencia de instante en instante. Si hemos comprendido una experiencia, entonces esa experiencia se ha terminado, no deja ningún residuo. Es a causa de que no comprendemos la experiencia, de que recordamos su placer o su dolor, que jamás somos internamente sencillos. Aquellos que tienen una disposición religiosa persiguen las cosas que contribuyen a la sencillez exterior; pero internamente son caóticos, confusos, están agobiados por innumerables anhelos, deseos, conocimientos; tienen miedo de vivir, de experimentar.

Si observan la envidia verán que es una forma profundamente arraigada de recordación que constituye un factor muy deteriorante, muy destructivo en nuestras vidas; y lo mismo ocurre con la experiencia. Esto no quiere decir que deban olvidar los hechos cotidianos o evitar la experiencia. No pueden. Pero el hombre que está lleno de experiencias no es necesariamente un hombre sabio. El que tiene una experiencia y se aferra meramente a esa experiencia, no es un hombre sabio, es como cualquier colegial que lee y acumula información de los libros. Un hombre sabio es inocente, está libre de la experiencia; es internamente sencillo, aunque exteriormente pueda tener todas las cosas de la Tierra o muy pocas.

Interlocutor: La inteligencia, ¿forma el carácter?

K.: ¿Qué entendemos por "carácter"? ¿Y qué entendemos por "inteligencia"? Todos los políticos -ya sean de la variedad de Delhi o el voceador local de ustedes- continuamente usan palabras tales como "carácter", "ideal", "inteligencia", "religión", "Dios". Escuchamos estas palabras con atención absorta porque parecen muy importantes. La mayoría de nosotros vive de palabras; y cuanto más elaboradas y exquisitas son las palabras, más satisfechos nos sentimos. Averigüemos, pues, qué es lo que entendemos por "inteligencia" y qué entendemos por "carácter". No digan que no contesto de una manera definida. Buscar definiciones, conclusiones, es uno de los trucos de la mente y significa que no quieren investigar y comprender, que sólo quieren seguir las palabras.

¿Qué es la inteligencia? Si un hombre está atemorizado, ansioso, si siente envidia, codicia, si su mente copia, imita y está repleta con el conocimiento y las experiencias de otras personas, si su pensar se halla limitado y moldeado por la sociedad, por el miedo, ¿es inteligente un hombre así? No lo es, ¿verdad? ¿Y puede tener carácter un hombre temeroso, no inteligente? -siendo el carácter algo original, no la mera repetición de los tradicionales debes y no debes-. ¿Es carácter la respetabilidad?

¿Entienden lo que significa esa palabra "respetabilidad"? Uno es respetable cuando es estimado, respetado por la mayoría de las personas que lo rodean. ¿Y qué es lo que la mayoría de las personas respetan, qué respetan las personas de la familia, las personas de la masa? Respetan las cosas que ellas mismas desean y que han protegido como una meta, como un ideal; respetan aquello que presumen en contraste con su propio estado inferior. Si uno es rico y poderoso o tiene gran renombre político o ha escrito libros de éxito, es respetado por la mayoría. Lo que uno dice puede ser un completo disparate, pero cuando habla, la gente lo escucha porque lo considera un gran hombre. Y cuando de esa manera te has ganado el respeto de los muchos, el seguimiento de la multitud, eso te da un sentido de respetabilidad, un sentimiento de que has llegado. Pero el así llamado pecador está más cerca de Dios que el hombre respetable, porque el hombre respetable está investido de hipocresía.

¿Es el carácter el resultado de la imitación, de ser controlado por el miedo a lo que la gente dirá o no dirá? ¿Es el mero fortalecimiento de nuestras propias tendencias, de nuestros propios prejuicios? ¿Es el sostenimiento de la tradición, ya sea de la India, de Europa o de América? Eso es lo que generalmente se llama tener carácter: ser una persona fuerte que sostiene la tradición local y así es respetada por los muchos. Pero cuando uno prejuzga, imita, cuando está atado por la tradición, cuando tiene miedo, ¿hay inteligencia, hay carácter? Imitar, seguir, rendir culto, tener ideales... ese camino conduce a la respetabilidad, pero no a la

comprensión. Un hombre de ideales es respetable, pero jamás estará cerca de Dios, jamás sabrá lo que es el amor, porque sus ideales son un medio para ocultar su temor, su imitación, su sentimiento de soledad.

Por lo tanto, sin comprendemos a nosotros mismos, sin damos cuenta de todo lo que está operando en nuestra propia mente: cómo pensamos, si estamos imitando, copiando, si tenemos miedo, si estamos buscando el poder, no puede haber inteligencia. Y la que crea el carácter es la inteligencia, no el culto al héroe o la persecución de un ideal. La comprensión de nosotros mismos, de nuestro propio y extraordinariamente complicado yo, es el principio de la inteligencia, la cual revela el carácter.

Interlocutor: ¿Por qué un hombre se siente perturbado cuando otra persona le mira fijamente?

K.: ¿Tú te sientes nervioso cuando alguien te mira?

Cuando un sirviente, un aldeano -alguien a quien consideras inferior- te mira, ni siquiera te enteras de que está ahí, sólo pasas de largo sin hacer caso de él. Pero cuando te miran tu padre, tu madre o tu maestro, te sientes algo ansioso porque ellos saben más que tú y pueden descubrir cosas sobre ti. Yendo un poco más arriba, si algún funcionario del gobierno o algún otro visitante destacado repara en ti eso te complace porque esperas obtener algo de él, un empleo o alguna clase de recompensa. Y si te mira un hombre del cual nada deseas, eres por completo indiferente, ¿verdad? Lo importante, pues, es descubrir qué está operando en tu propia mente cuando alguien te mira, porque la manera como respondes a una mirada o a una sonrisa, significa muchísimo.

Infortunadamente, muy pocos de nosotros nos damos cuenta de todas estas cosas. Jamás reparamos en el mendigo, en la aldeana que lleva su pesada carga, o en el loro que pasa volando. Estamos tan ocupados con nuestros propios pesares, anhelos y temores, con nuestros placeres y rituales, que no somos conscientes de las muchas cosas significativas que hay en la vida.

Interlocutor: ¿No podemos cultivar la comprensión? Cuando constantemente tratamos de comprender, ¿no significa eso que estamos practicando la comprensión?

K.:¿Es cultivable la comprensión? ¿Es algo para practicarse como practicamos el tenis o el piano o el canto o la danza? Podemos leer un libro una y otra vez hasta que estemos completamente familiarizados con él. ¿Es la comprensión como eso, algo para ser aprendido mediante la constante repetición, lo cual es, en realidad, el cultivo de la memoria? ¿Acaso la comprensión no es de instante en instante y, por lo tanto, algo que no puede ser practicado? ¿Cuándo comprendemos? ¿Cuál es el estado de nuestra mente y de nuestro corazón cuando comprendemos algo? Cuando me escuchan decir algo muy verdadero acerca de los celos -que los celos son destructivos, que la envidia es el factor principal de deterioro en la relación humana- ¿cómo responden a ello? ¿Ven instantáneamente la verdad que implica? ¿O comienzan a pensar acerca de los celos, a hablar sobre ellos, a racionalizarlos o analizarlos? ¿Es la comprensión un proceso ya sea de racionalización o de lento análisis? ¿Puede la comprensión ser cultivada como cultivan ustedes un jardín para que produzca frutos o flores? Por cierto, comprender es ver directamente la verdad de algo, sin barrera alguna de palabras, prejuicios o motivos.

Interlocutor: El poder de comprender, ¿es el mismo en todas las personas?

K.: Supongamos que te presentan algo verdadero y ves muy rápidamente la verdad de ello; tu comprensión es inmediata, porque no tiene barreras. No estás lleno de importancia propia, tienes ansia de descubrir, así que percibes instantáneamente. Pero yo tengo muchas barreras, muchos prejuicios, soy celoso, estoy desgarrado por conflictos que se basan en la envidia, estoy lleno de mi propia importancia. He acumulado cosas en la vida y en realidad no deseo ver; por lo tanto, no veo, no comprendo.

Interlocutor: ¿Puede uno eliminar lentamente las barreras por medio del constante intento de comprender?

K.: No. Yo puedo eliminar las barreras, no mediante el intento de comprender, sino solamente cuando siento de verdad la importancia de no tener barreras, lo cual implica que debo estar dispuesto a ver las barreras. Supongamos que tú y yo oímos a alguien decir que la envidia es destructivo. Tú escuchas y comprendes la significación, la verdad de ello y estás libre de ese sentimiento de envidia, de celos. Pero yo no quiero ver la verdad de ello, porque si lo hiciera destruiría toda mi estructura de vida.

Interlocutor: Yo siento la necesidad de eliminar las barreras.

K.: ¿Por qué sientes eso? ¿Quieres eliminar las barreras a causa de las circunstancias? ¿Quieres eliminarlas porque alguien te ha dicho que debes hacerlo? Ciertamente, las barreras son eliminadas sólo cuando ves por ti mismo que tener barreras de cualquier clase crea una mente que se halla en estado de paulatino deterioro. ¿Y cuándo ves eso? ¿Lo ves cuando sufres? ¿Acaso el sufrimiento te despierta a la importancia de eliminar todas las barreras? ¿O por el contrario, te lleva a crear más barreras?

Encontrarás que todas las barreras se derrumban cuando tú mismo estás empezando a escuchar, a observar, a descubrir. No existe una razón para eliminar las barreras; en el momento en que introduces una razón, no las estás eliminando. El milagro, la más grande de las bendiciones, es que des a tu propia percepción interna una oportunidad de eliminar las barreras. Pero cuando dices que las barreras deben ser eliminadas y entonces practicas su eliminación, ésa es la operación de la mente, y la mente no puede eliminar las barreras. Tienes que ver que ningún intento de tu parte puede eliminarlas. Entonces la mente se queda muy quieta, muy silenciosa. Y en este silencio uno descubre aquello que es verdadero.

CAPITULO 16

Hemos estado hablando acerca de los factores deteriorantes en la existencia humana y dijimos que el miedo es una de las causas fundamentales de este deterioro. También dijimos que el seguimiento de cualquier forma de autoridad, ya sea impuesta por uno mismo o establecida desde fuera, así como de cualquier forma de imitación o copia, destruye la iniciativa, la creatividad y bloquea el descubrimiento de lo verdadero.

La verdad no es algo que pueda seguirse; tiene que ser descubierta. Ustedes no pueden encontrar la verdad por medio de ningún libro, de ninguna acumulación de experiencias. Como lo discutimos el otro día, cuando la experiencia se convierte en un recuerdo, ese recuerdo destruye la comprensión creadora. Cualquier sentimiento de malicia o envidia, por leve que sea, es también destructivo de esta comprensión creadora sin la cual no existe la felicidad. La felicidad no puede comprarse, ni llega cuando uno la persigue; está ahí cuando no hay conflicto.

Ahora bien, ¿no es muy importante, especialmente cuando todavía estamos en la escuela, comenzar a comprender la significación de las palabras? La palabra, el símbolo, se ha vuelto para todos nosotros una cosa extraordinariamente destructivo y no nos percatamos de esto. ¿Saben qué entiendo por símbolo? El símbolo es la sombra de la verdad. El disco fonográfico, por ejemplo, no es la voz real; pero la voz ha sido registrada en el disco y eso es lo que escuchamos. La palabra, el símbolo, la imagen, la idea no es la verdad; pero adoramos la imagen, veneramos el símbolo, asignamos una gran significación a la palabra, y todo esto es muy destructivo, porque entonces la palabra, el símbolo, la imagen se vuelve sumamente importante. Así es como los templos, las iglesias y las distintas religiones organizadas con sus símbolos, creencias y dogmas se convierten en factores que impiden a la mente ir más allá y descubrir la verdad. De modo que no queden presos en las palabras, en los símbolos, que automáticamente cultivan el hábito. El hábito es un factor extremadamente destructivo, porque cuando quieren pensar creativamente, el hábito se pone en medio.

Quizás ustedes no comprendan la plena significación de lo que estoy diciendo, pero lo harán si piensan al respecto. Salgan de vez en cuando a pasear solos y reflexionen sobre estas cosas. Descubran qué se entiende por palabras como .vida", "Dios", "deber", "cooperación", todas esas palabras extraordinarias que usamos con tanta prodigalidad.

¿Se han preguntado alguna vez qué significa "deber"? ¿Deber hacia qué? Hacia los ancianos, hacia lo que dice la tradición: que ustedes deben sacrificarse por sus padres, por su país, por sus dioses. Esa palabra "deber" se ha vuelto extraordinariamente significativa para ustedes, ¿verdad? Está cargada de mucha significación que se les impone. Se les enseña que tienen un deber hacia su país, hacia sus dioses, hacia su prójimo; pero mucho más importante que la palabra "deber" es que descubran por sí mismos cuál es la verdad. Sus padres y la sociedad usan esa palabra "deber" como un medio de moldearles, de ajustarles conforme a las idiosincrasias particulares de ellos, a sus hábitos de pensamiento, a sus agrados y desagrados, esperando de ese modo garantizar su propia seguridad. Así que tómense tiempo, sean pacientes, analicen, investiguen y descubran por sí mismos qué es verdadero en todo esto. No acepten meramente la palabra "deber", porque donde hay "deber" no hay amor.

Del mismo modo, tomemos la palabra "cooperación". El estado quiere que ustedes cooperen con él. Si cooperan con algo sin comprenderlo, están meramente imitando, copiando. Pero si comprenden, si descubren la verdad de algo, entonces al cooperar están viviendo, moviéndose con ello y ello forma parte de ustedes.

Es, entonces, muy necesario percatamos de las palabras, de los símbolos e imágenes que mutilan nuestro pensar. Percatarnos de eso y descubrir si podemos ir más allá es esencial, si hemos de vivir creativamente sin desintegrarnos.

¿Saben?, permitirnos que la palabra "deber" nos mate. La idea de que tienen un deber hacia sus padres, hacia sus relaciones, hacia el país, los sacrifica, Hace que salgan y vayan a pelear, a matar y a ser muertos o lisiados. El político, el líder dice que es necesario destruir a otros para proteger la comunidad, el país, la ideología o el estilo de vida; así, el matar se vuelve una parte de nuestro deber y pronto nos vemos envueltos en el espíritu militar. El espíritu militar les vuelve obedientes, hace que sean físicamente muy disciplinados; pero en lo interno sus mentes son destruidas poco a poco porque están imitando, siguiendo, copiando. Se convierten en una herramienta de los mayores, del político, en un instrumento de la propaganda. Llegan a aceptar la matanza para proteger a su país como algo inevitable, porque alguien dice que es necesaria. Pero sin importar quién lo diga, ¿no deberían examinarlo muy claramente por sí mismos?

Matar es, obviamente, la más destructiva y corrupta de las acciones en la vida, especialmente matar a otro ser humano, porque cuando uno mata está lleno de odio, por mucho que pueda racionalizarlo, y crea también antagonismo en los demás. Podemos matar con una palabra igual que con una acción; y matar a otros seres humanos jamás ha resuelto ninguno de nuestros problemas. La guerra jamás ha curado ninguna de nuestras enfermedades económicas o sociales, ni ha dado origen a una comprensión mutua en las relaciones humanas; no obstante, todo el mundo está preparándose perpetuamente para la guerra. Son muchas las razones que se exponen para explicar por qué es necesario matar gente; y también hay muchas razones para no matar. Pero no se dejen arrastrar por ningún razonamiento, porque hoy pueden tener una buena razón para no matar y mañana podrán tener una razón mucho más fuerte para matar.

Primero vean la verdad de ello, perciban lo esencial que es no matar. Sin tener en cuenta lo que puedan haber dicho otros, desde la más alta a la más baja de las autoridades, descubran por sí mismos la verdad de la cuestión; y cuando estén internamente claros al respecto, entonces podrán analizar los detalles. Pero no empiecen razonando, porque cada razón puede ser enfrentada por una razón contraria y quedan atrapados en la red de los razonamientos. Lo importante es que vean directamente por sí mismos cuál es la verdad, y

entonces pueden empezar a usar la razón. Cuando perciben por sí mismos lo verdadero, cuando saben que matar a otro no es amor, cuando internamente sienten la verdad de que no debe haber antagonismo en la relación con otro, ninguna cantidad de razonamientos puede destruir esa verdad. Entonces no hay político ni sacerdote ni padre que puedan sacrificarles por una idea o por la propia seguridad de ellos.

Los viejos siempre han sacrificado a los jóvenes. Cuando ustedes sean mayores, ¿sacrificarán a su vez a los jóvenes? ¿No quieren poner fin a este sacrificio? Porque ésta es la más destructivo forma de vivir, es uno de los mayores factores de deterioro humano. Para terminar con ello, cada uno de ustedes, como individuo, tiene que descubrir por sí mismo la verdad. Sin pertenecer a ninguna organización, tienen que descubrir la verdad que hay en no matar, en sentir amor, en no tener antagonismo. Entonces, ninguna cantidad de palabras, de agudos razonamientos podrán persuadirles para que maten o sacrifiquen a otro ser humano.

Es muy importante, pues, mientras son jóvenes, que examinen, que examinen estas cosas por sí mismos, y de ese modo echen los cimientos para el descubrimiento de la verdad.

Interlocutor: ¿Cuál es el propósito de la creación?

K.: ¿Estás realmente interesado en eso? ¿Qué es lo que entiendes por "creación"? ¿Cuál es el propósito del vivir? ¿Por qué existen ustedes, por qué leen, estudian, dan exámenes? ¿Cuál es el propósito de la relación, la relación de padres e hijos, de marido y mujer? ¿Qué es la vida? ¿Es eso lo que quieres decir cuando preguntas: "¿Cuál es el propósito de la creación?". ¿Cuándo formulas una pregunta así? Cuando internamente no ves con claridad, cuando te sientes confundido, desdichado, cuando estás a oscuras, cuando no percibes ni sientes por ti mismo la verdad de ello; entonces quieres saber cuál es el propósito de la vida.

Y bien, hay muchas personas que te dirán cuál es el propósito de la vida, te dirán lo que dicen los libros sagrados. Personas ingeniosas seguirán inventándole diversos propósitos a la vida. El grupo político tendrá un propósito, el grupo religioso tendrá otro y así sucesivamente. ¿Y cómo vas a descubrir cuál es el propósito de la vida cuando tú mismo estás confundido? Ciertamente, en tanto estés confundido, sólo podrás recibir una respuesta también confusa. Si tu mente está perturbada, si no se halla realmente quieta, cualquier respuesta que recibas lo será a través de esta pantalla de confusión, de ansiedad, de temor; por lo tanto, la respuesta llegará desnaturalizada. Lo importante, pues, no es preguntar cuál es el propósito de la vida, sino aclarar la confusión que hay dentro de uno. Es como un ciego que pregunta: "¿Qué es la luz?". Si trato de decirle qué es la luz, él escuchará de acuerdo con su ceguera, con su oscuridad; pero en el instante en que pueda ver, jamás preguntará qué es la luz. La luz está ahí.

De igual modo, si puedes aclarar la confusión dentro de ti mismo, descubrirás cuál es el propósito de la vida; no tendrás que preguntar por él, no tendrás que buscarlo. Para estar libres de la confusión tenemos que ver y comprender las causas que originan la confusión; y las causas de la confusión están muy claras. Se hallan arraigadas en el "yo", que está deseando constantemente expandirse mediante la posesión, mediante el devenir, el éxito, la imitación; y los síntomas son los celos, la envidia, la codicia, el temor. En tanto exista esta confusión interna, estarás siempre buscando respuestas externas; pero cuando la confusión interna se haya aclarado, entonces conocerás el significado de la vida.

Interlocutor: ¿Qué es el karma ?

K.: Karma es una de las palabras peculiares que usamos, es una de esas palabras en que se halla atrapado nuestro pensamiento. El hombre pobre tiene que aceptar la vida en los términos de una teoría. Tiene que aceptar la miseria, el hambre, la escualidez, porque está desnutrido y no tiene la energía para romper con ello y crear una revolución. Tiene que aceptar lo que la vida le da, por eso dice: "Es mi karma ser así"; y los políticos, los grandes hombres le alientan para que acepte su desdicha. Ustedes no desean que se rebele contra todo esto, ¿verdad? Pero cuando le pagan al pobre tan poco, teniendo ustedes tanto, es muy probable que eso suceda; entonces usan la palabra karma para fomentar la aceptación de la miseria en su vida.

El hombre educado, el que ha alcanzado el éxito, el que ha heredado, el que ha llegado a la cima de las cosas, el que tiene poder, posición y los medios de corrupción, él también dice: "Es mi karma. He obrado bien en una vida anterior y ahora estoy cosechando el premio por mis acciones pasadas".

¿Pero cuál es el significado del karma? ¿Aceptar las cosas como están? ¿Comprenden? ¿Acaso karma quiere decir aceptar las cosas sin cuestionarlas, sin una pizca de rebelión? Ésa es la actitud que todos tenemos. Así que ya ves cuán fácilmente ciertas palabras se vuelven una red en la que quedamos atrapados, porque no estamos realmente vivos. El verdadero significado de esa palabra karma no puede entenderse como una teoría; no pueden comprenderlo si dicen: "Eso es lo que afirma el Bhagavad Gita".

¿Saben?, la mente comparativa es la más estúpida de todas las mentes porque no reflexiona, sólo dice: "He leído el libro tal y tal y lo que usted dice es lo mismo". Quien dice esto ha dejado de pensar; cuando comparamos, ya no investigamos para descubrir lo verdadero, para descubrirlo sin tener en cuenta lo que puedan haber dicho algún libro o gurú en particular. Lo esencial, pues, es descartar a todas las autoridades e investigar, descubrir, no comparar. La comparación es el culto de la autoridad, es imitación, irreflexión. El comparar constituye la naturaleza misma de una mente que no está despierta para descubrir lo que es verdadero. Ustedes dicen: "Es así, es como lo que dijo el Buda", y piensan que de ese modo han resuelto sus problemas. Pero para descubrir realmente la verdad de cualquier cosa, uno tiene que ser extremadamente activo, vigoroso, tiene que confiar en sí mismo, y no podemos tener confianza en nosotros mismos mientras estemos pensando comparativamente. Por favor, escuchen esto. Si no confían en sí mismos, pierden todo poder de investigar y descubrir lo verdadero. Esa confianza en uno mismo trae cierta libertad en lo que descubrimos; y esa libertad nos es negada cuando estamos comparando.

Interlocutor: ¿Hay un elemento de miedo en el respeto?

K.: ¿Qué dices tú? Cuando muestras respeto hacia tu maestro, hacia tus padres, hacia tu gurú, y falta de respeto hacia tu sirviente; cuando pateas a los que no son importantes para ti y lames las botas a los que están por encima de ti, los funcionarios, los políticos, los encumbrados, ¿no hay en esto un elemento de miedo? De las personas importantes, del maestro, del examinador, del profesor, de tus padres, del político, del gerente de banco, esperas obtener alguna cosa; en consecuencia, eres respetuoso. ¿Pero qué pueden darte los pobres? Por lo tanto, los pasas por alto, los tratas con desprecio, ni siquiera sabes que están ahí cuando pasan junto a ti en la calle. No los miras, no te preocupa que tiriten de frío, que estén sucios y hambrientos. Pero a los personajes importantes, a los grandes del país les darás algo, aunque tengas muy poco, a fin de recibir más de sus favores. En esto hay definitivamente un elemento de miedo, ¿no es así? No hay amor. Si tuvieras amor en tu corazón, mostrarías respeto a aquellos que no tienen nada y también a los que lo tienen todo; no sentirías miedo de los que tienen ni descuidarías a los que no tienen. El respeto con la esperanza de una recompensa es el resultado del miedo. En el amor no hay miedo.

CAPITULO 17

Hemos estado examinando los diversos factores que originan deterioro en nuestras vidas, en nuestras actividades, en nuestros pensamientos; y hemos visto que el conflicto es uno de los principales factores de este deterioro. Y la paz, tal como se la entiende generalmente, ¿no es, acaso, también un factor destructivo? ¿Fluede la paz ser producida por la mente? Si tenemos paz por intermedio de la mente, ¿no conduce eso también a la corrupción, al deterioro? Si no estamos muy alerta y atentos, esa palabra "paz" se vuelve como una ventana estrecha a través de la cual miramos el mundo y tratamos de comprenderlo. A través de una ventana estrecha podemos ver solamente una parte del cielo y no toda su vastedad, su magnificencia. No es posible tener paz persiguiendo meramente la paz, lo cual es por fuerza un proceso de la mente.

Quizás haya una pequeña dificultad para comprender esto, pero trataré de hacerlo tan simple y claro como pueda. Si podemos comprender qué significa ser pacífico, tal vez comprendamos el verdadero significado del amor.

Pensamos que la paz es algo que debe ser alcanzado mediante la mente, la razón, ¿pero es así? ¿Puede la paz llegar jamás mediante cualquier tipo de aquietamiento, control o dominio del pensamiento? Todos queremos paz; y para la mayoría de nosotros, la paz significa que nos dejen tranquilos, que no nos perturben ni interfieran con nosotros; de ese modo construimos un muro en tomo de nuestra propia mente, un muro de ideas.

Es muy importante que ustedes comprendan esto, porque a medida que vayan creciendo se enfrentarán con los problemas de la guerra y la paz. ¿Es la paz algo que ha de ser perseguido, atrapado y domesticado por la mente? Lo que la mayoría de nosotros llama paz es un proceso de estancamiento, un paulatino deterioro. Pensamos que encontraremos la paz aferrándonos a una serie de ideas, construyendo internamente una valla de seguridad, un muro de hábitos, de creencias; pensamos que la paz es cuestión de perseguir un principio, de cultivar una tendencia, una fantasía o un deseo particular. Queremos vivir sin perturbaciones, de modo que encontramos un rincón del universo o de nuestro propio ser, dentro del cual nos arrastramos viviendo en la oscuridad de nuestro propio encierro. Eso es lo que casi todos buscamos en nuestra relación con el marido, con la esposa, con los padres, con los amigos. Inconscientemente deseamos la paz a cualquier precio, y así es como la perseguimos.

¿Pero puede la mente encontrar la paz alguna vez? ¿Acaso no es la mente misma una fuente de perturbación? La mente sólo puede adquirir, acumular, negar, afirmar, perseguir. La paz es absolutamente esencial, porque sin paz no podemos vivir creativamente. ¿Pero es la paz algo para ser realizado por medio de luchas, renuncias, sacrificios de la mente? ¿Entienden de qué estoy hablando?

Puede que mientras son jóvenes estemos descontentos, pero cuando vayamos creciendo, a menos que seamos muy sensatos y estemos muy alerta, ese descontento será canalizado en alguna forma de resignación pacífica a la vida. La mente está buscando perpetuamente aliarse en un hábito, en una creencia, en un deseo, en algo que le permita vivir y estar en paz con el mundo. Pero la mente no puede encontrar la paz, porque sólo puede pensar en términos de tiempo, en términos de pasado, presente y futuro: lo que ha sido, lo que es y lo que será. Está constantemente condenado, juzgando, sopesando, comparando, persiguiendo sus propias vanidades, sus propios hábitos, sus propias creencias, y una mente así jamás puede ser pacífica. Puede engañarse a sí misma con un estado al que llama paz, pero eso no es paz. La mente puede hipnotizarse mediante la repetición de palabras y frases, siguiendo a alguien o acumulando conocimientos; pero no es pacífica, porque una mente semejante es ella misma el centro de la perturbación; por su propia naturaleza es la esencia del tiempo. Por lo tanto, la mente con la que pensamos, con la que calculamos, con la que ideamos y comparamos, no puede encontrar la paz.

La paz no es el resultado de la razón; no obstante, si ustedes observan las religiones organizadas verán que se hallan presas en esta persecución de la paz por medio de la mente. La paz es tan pura y creativa como destructivo es la guerra, y para encontrar esa paz uno tiene que comprender qué es la belleza. Por eso es importante, mientras somos muy jóvenes, tener belleza a nuestro alrededor: la belleza de los edificios que tienen proporciones apropiadas, la belleza del aseo, de la conversación sosegada entre los mayores. En la

comprensión de lo que es la belleza conoceremos el amor, porque la comprensión de la belleza es la paz del corazón.

Paz del corazón, no de la mente. Para conocer la paz tenemos que descubrir qué es la belleza. La manera como hablamos, las palabras que usamos, los gestos que hacemos, estas cosas importan muchísimo, porque a través de ellas descubriremos el refinamiento de nuestro propio corazón. La belleza no puede ser definida ni explicada con palabras. Sólo puede ser comprendida cuando la mente está muy quieta.

Por lo tanto, mientras son jóvenes y sensibles, es esencial que tanto ustedes como quienes son responsables por ustedes, creen una atmósfera de belleza. La manera como visten, como caminan, como se sientan, como comen, todas estas cosas y las que les rodean son muy importantes. Cuando sean mayores se encontrarán con las cosas feas de la vida; las construcciones feas, la gente fea con su malicia, su envidia, su ambición, su crueldad; y si no han cimentado y establecido la percepción de la belleza en sus corazones, serán fácilmente arrebatados por la enorme corriente del mundo. Entonces quedarán presos en la interminable lucha por encontrar la paz mediante la mente. La mente proyecta una idea de lo que es la paz y trata de perseguirla, quedando de ese modo atrapada en la red de las palabras, en la red de las fantasías y las ilusiones.

La paz puede llegar únicamente cuando hay amor. Si tienen paz meramente gracias a la seguridad financiera o de otra clase, o gracias a ciertos dogmas, rituales o repeticiones verbales, no hay creatividad, no existe la urgencia de producir una revolución fundamental en el mundo. Una paz semejante sólo conduce al contentamiento y a la resignación. Pero cuando en ustedes exista la comprensión del amor y de la belleza, encontrarán que la paz no es una mera proyección de la mente. Ésta es la paz creativa, la paz que elimina la confusión y genera orden dentro de nosotros mismos. Pero esta paz no llega mediante esfuerzo alguno por encontrarla. Llega cuando estamos observando constantemente, cuando somos sensibles tanto a lo bello como a lo feo, a lo bueno como a lo malo, a todas las fluctuaciones de la vida. La paz no es algo mezquino creado por la mente; es inmensamente grande, infinitamente extensa y sólo puede ser comprendida cuando hay plenitud en el corazón.

Interlocutor: ¿ Por qué nos sentimos inferiores delante de nuestros superiores?

K.: ¿A quiénes consideras tus superiores? ¿A los que saben? ¿A los que tienen títulos, rangos académicos? ¿A las personas de las que esperas algo, alguna clase de recompensa o de posición? En el momento en que consideras a alguien como superior, ¿no consideras a algún otro como inferior?

¿Por qué tenemos esta división de lo superior y lo inferior? Existe sólo cuando deseamos algo, ¿no es así? Yo me siento menos inteligente que tú, no tengo tanto dinero o capacidad como tú tienes, no soy tan feliz como tú pareces ser, o deseo algo de ti; por lo tanto, en relación contigo me siento inferior. Cuando te envidio o cuando deseo algo de ti o cuando trato de imitarte, me convierto instantáneamente en tu inferior, porque te he puesto en un pedestal, te he asignado un valor superior. Así, psicológicamente, internamente, he creado tanto al superior como al inferior, he creado este sentido de desigualdad entre los que poseen y los que no poseen.

Entre los seres humanos existe una enorme desigualdad de capacidades, ¿no es así? Está el hombre que diseña el turborreactor y el hombre que maneja el arado. Estas enormes diferencias en la capacidad -intelectual, verbal, física- son inevitables. Pero ya lo ven, otorgamos una significación tremenda a ciertas funciones. Al gobernador, al primer ministro, al inventor, al científico, los consideramos enormemente más importantes que al sirviente; así es como la función asume el estatus del que la desempeña. Mientras asignemos un estatus a funciones particulares, por fuerza tendrá que haber un sentido de desigualdad, y el vacío que separa a los que son capaces de los que no lo son, se vuelve imposible de llenar. Si podemos mantener la función despojada de estatus, entonces hay una posibilidad de generar un real sentimiento de igualdad. Pero para esto tiene que haber amor, porque es el amor el que destruye el sentido de lo inferior y lo superior.

El mundo está dividido en aquellos que poseen -el rico, el poderoso, el capaz, los que lo tienen todo- y aquellos que no poseen. ¿Es posible dar origen a un mundo en el que no exista esta división entre los "poseedores" y los "no poseedores"? Lo que sucede en realidad es esto: viendo la brecha, el abismo entre el rico y el pobre, entre el hombre de gran capacidad y el de poca o ninguna capacidad, los políticos y los economistas tratan de resolver el problema mediante reformas económicas y sociales. Éstas pueden estar muy bien. Pero una verdadera transformación nunca podrá tener lugar mientras no comprendamos todo el proceso del antagonismo, de la envidia y la malicia; porque sólo cuando comprendamos este proceso y le pongamos fin, podrá haber amor en nuestros corazones.

Interlocutor: ¿Puede haber paz en nuestras vidas, cuando en todo momento estamos luchando contra nuestro ambiente ?

K.: ¿Qué es nuestro ambiente? Nuestro ambiente es la sociedad, el medio económico, religioso, nacional y de clase que corresponde al país en que vivimos; y también es el clima. Casi todos luchamos por encajar en, por ajustamos a nuestro medio, porque de ese medio podemos obtener un empleo, esperamos los beneficios de esa sociedad en particular. ¿Pero de qué está compuesta esa sociedad? ¿Han pensado alguna vez en ello? ¿Han observado alguna vez atentamente la sociedad en la cual están viviendo y a la que tratan de ajustarse? Esa sociedad está basada en una serie de creencias y tradiciones llamada religión y en ciertos valores económicos, ¿no es así? Ustedes forman parte de esa sociedad y luchan por ajustarse a ella. Pero esa sociedad es la consecuencia del espíritu adquisitivo, de la envidia, del miedo, de la codicia, de las búsquedas posesivas, todo con algunos destellos de amor. Y si quieren ser inteligentes, no adquisitivos, si no quieren sentir temor, ¿pueden ajustarse a una sociedad semejante? ¿Pueden?

Ciertamente, tienen que crear una sociedad nueva, lo cual implica que cada uno de ustedes, como individuo, tiene que estar libre del espíritu adquisitivo, de la envidia, de la codicia; tiene que estar libre de nacionalismo, de patriotismo y de cualquier limitación del pensamiento religioso. Sólo entonces existe la posibilidad de crear algo nuevo, una sociedad totalmente nueva. Pero en tanto luchen irreflexivamente por ajustarse a la presente sociedad, sólo están siguiendo el viejo patrón de la envidia, del poder y del prestigio, de las creencias corruptoras.

Es entonces muy importante, mientras son jóvenes, que comiencen a comprender estos problemas y generen libertad dentro de sí mismos, porque entonces crearán un mundo nuevo, una nueva relación entre hombre y hombre. Y ayudarles a que hagan esto es, sin duda, el verdadero sentido de la educación.

Interlocutor: ¿Por qué sufrimos? ¿Por qué no podemos estar libres de la enfermedad y la muerte?

K.: Mediante las medidas sanitarias, las apropiadas condiciones de vida y los alimentos nutritivos, el hombre está comenzando a liberarse de ciertas enfermedades. Gracias a la cirugía y a diversas formas de tratamiento, la ciencia médica está tratando de encontrar una cura para enfermedades incurables como el cáncer. Un médico capaz hace todo lo que puede para aliviar y eliminar la enfermedad.

¿Y es conquistable la muerte? Es una cosa sumamente extraordinaria que a tu edad estés tan interesado en la muerte. ¿Por qué te preocupa? ¿Es porque ves tanta muerte a tu alrededor: los ghats donde creman a los muertos, el cuerpo que llevan al río? Para ti, la muerte es una visión familiar, está constantemente contigo; y existe el miedo a la muerte.

Si no reflexionas por ti mismo sobre las ¡aplicaciones de la muerte y las comprendes, irás interminablemente de un predicador a otro, de una esperanza a otra, de una creencia a otra, tratando de hallar una solución a este problema de la muerte. ¿Comprendes? No sigas preguntando a algún otro, trata más bien de descubrir por ti mismo la verdad de ello. Formular innumerables preguntas sin tratar jamás de averiguar o descubrir es característico de una mente trivial.

Mira, tememos a la muerte sólo cuando nos aferrarnos a la vida. La comprensión de todo el proceso del vivir es también la comprensión del significado del morir. La muerte es meramente la extinción de la continuidad, y lo que tememos es no poder continuar; pero lo que continúa jamás puede ser creativo. Reflexiona sobre ello, descubre por ti mismo lo que es verdadero. Es la verdad la que te libera del miedo a la muerte, y no tus teorías religiosas ni tu creencia en la reencarnación o en la vida en el más allá.

CAPITULO 18

Mientras somos muy jóvenes, tal vez a muy pocos de nosotros nos afectan grandemente los conflictos de la vida, las preocupaciones, las alegrías pasajeras, los desastres físicos, el miedo a la muerte y las deformaciones mentales que agobian a la generación más vieja. Por fortuna, mientras somos jóvenes la mayoría de nosotros no se encuentra todavía en el campo de batalla de la existencia. Pero a medida que crecemos, los problemas, las desdichas, las dudas, las luchas económicas y también las internas empiezan todas a abrumamos y entonces queremos descubrir el significado de la vida, qué es la vida en todas partes. Nos preguntamos acerca de los conflictos, los sufrimientos, la pobreza, los desastres. Queremos saber por qué ciertas personas están en buena posición y otras no, por qué un ser humano es sano, inteligente, capaz, talentoso, mientras que otro no lo es. Y si se nos satisface fácilmente, pronto quedamos presos en alguna hipótesis, en alguna teoría o creencia; encontramos una respuesta, pero jamás es la respuesta verdadera. Nos damos cuenta de que la vida es fea, penosa, dolorosa, y empezamos a investigar; pero al no tener suficiente confianza en nosotros mismos, suficiente vigor, inteligencia, inocencia para proseguir con la investigación, pronto somos atrapados en teorías, en creencias, en alguna clase de especulación o doctrina que explica de manera satisfactoria todo esto. Poco a poco, nuestras creencias y nuestros dogmas arraigan profundamente y se hacen inconmovibles, porque tras ellos hay un constante temor a lo desconocido. Jamás miramos ese temor; nos alejamos de él buscando refugio en nuestras creencias. Y cuando examinamos estas creencias -hindú, budista, cristiana- encontramos que dividen a la gente. Cada conjunto de dogmas y creencias contiene una serie de rituales, una serie de compulsiones que atan la mente y separan al hombre del hombre.

Empezamos, pues, con una investigación para descubrir qué es verdadero, cuál es el significado de toda esta desdicha, esta lucha, esta pena, y terminarnos en un conjunto de creencias, dogmas, rituales, teorías. No tenemos confianza en nosotros mismos, ni en el vigor ni en la inocencia para desechar la creencia e investigar; por lo tanto, la creencia comienza a actuar como un factor de deterioro en nuestras vidas.

La creencia corrompe, porque detrás de la creencia y de la moralidad idealista, acecha el "sí mismo", el "yo", el "yo" que está creciendo constantemente, volviéndose cada vez más grande, más poderoso. Pensamos que la creencia en Dios es religión; consideramos que creer es ser religioso. Si ustedes no creyeran serían vistos como ateos y condenados por la sociedad. Una sociedad condena a aquellos que no creen en Dios y otra sociedad condena a los que creen. Ambas son la misma cosa.

La religión se vuelve así una cuestión de creencia, y la creencia actúa como una limitación sobre la mente; y entonces la mente jamás es libre. Pero es sólo en libertad y no gracias a creencia alguna como podemos descubrir lo que es verdadero; lo que es Dios; porque nuestra creencia proyecta lo que pensamos que Dios debe ser, lo que pensamos que debe ser verdadero. Si creemos que Dios es amor, que Dios es bueno, que Dios es esto o aquello, esa creencia misma nos impide comprender qué es Dios, qué es verdadero. Pero ya

ven, ustedes quieren olvidarse de sí mismos en una creencia, quieren sacrificarse a sí mismos, quieren emular a otro; desean abandonar esta permanente lucha que se desarrolla dentro de ustedes y perseguir la virtud.

Nuestra vida es una lucha constante en la que hay dolor, sufrimiento, ambición, placer efímero, dicha que viene y se va; de modo que la mente desea algo inmenso para aferrarse a ello, algo que está más allá de ella misma y con lo cual pueda identificarse. A ese algo lo llama Dios, verdad, y se identifica con ello mediante la creencia, mediante la convicción y la racionalización, mediante diversas formas de disciplina y de moralidad idealista. Pero ese algo inmenso creado por la especulación sigue siendo parte del "yo", es proyectado por la mente, en su deseo de escapar del tumulto de la vida.

Nos identificamos con un país en particular: India, Inglaterra, Alemania, Rusia, América. Ustedes piensan en sí mismos como hindúes. ¿Por qué? ¿Por qué se identifican con la India? ¿Lo han considerado alguna vez, yendo detrás de las palabras en que se hallan presas sus mentes? Viviendo en una ciudad o en un pueblo pequeño, llevando una vida desdichada con sus luchas y sus disputas familiares, estando insatisfechos, descontentos, sintiéndose infelices, se identifican con un país llamado India. Esto les da un sentimiento de vastedad, de importancia, una satisfacción psicológica, de modo que dicen: "Soy indio"; y por esto están dispuestos a matar, a morir o a ser mutilados.

Del mismo modo, porque son muy triviales y están en constante batalla consigo mismos y con otros, porque están confundidos y se sienten desdichados, inseguros, porque saben que existe la muerte, se identifican con algo más allá, algo inmenso, significativo, pleno de sentido, a lo que llaman Dios. Esta identificación con lo que llaman Dios les da una sensación de enorme importancia y se sienten felices. Así, el identificarse con algo inmenso es un proceso autoexpansivo, sigue siendo el esfuerzo del "sí mismo", del yo

La religión, tal como generalmente la conocemos, es una serie de creencias, dogmas, rituales, supersticiones; es la adoración de los ídolos, de hechiceros y gurúes, y pensamos que todo esto nos conducirá a alguna meta suprema. La meta suprema es nuestra propia proyección, es lo que deseamos, lo que pensamos que nos hará felices, una garantía de un estado exento de muerte. Presa en este deseo de certidumbre, la mente crea una religión de dogmas, de prácticas sacerdotales, de supersticiones y veneración de ídolos; y ahí se estanca. ¿Es religión eso? ¿Es la religión una cuestión de creer, de aceptar o conocer las experiencias y afirmaciones de otras personas? ¿Es meramente la práctica de la moralidad? ¿Saben?, es relativamente fácil ser moral, hacer esto y no hacer aquello. Uno puede imitar meramente un sistema moral. Pero detrás de una moralidad semejante acecha el agresivo yo, creciendo, expandiéndose, dominando. ¿Es religión eso?

Ustedes tienen que descubrir qué es la verdad, porque eso es lo que realmente importa, no si son ricos o pobres o si están felizmente casados y tienen hijos, porque todas estas cosas tocan a su fin, y siempre está la muerte. Por lo tanto, sin ninguna forma de creencia, tienen ustedes que tener el vigor, la confianza propia, la iniciativa para descubrir por sí mismos qué es la verdad, qué es Dios. La creencia no libera a sus mentes, la creencia tan sólo corrompe, ata, oscurece. La mente puede liberarse sólo mediante su propio vigor y la confianza en sí misma.

Ciertamente, una de las ficciones de la educación es crear individuos que no estén atados por ninguna forma de creencia, por ningún patrón de moralidad o respetabilidad. Es el "yo" el que busca volverse meramente moral, respetable. El individuo auténticamente religioso es el que descubre, el que experimenta directamente lo que es Dios, lo que es la verdad. Esa experiencia directa nunca es posible a través de ninguna forma de creencia, de ningún ritual, de ningún seguimiento o veneración de otro. La mente verdaderamente religiosa está libre de todos los gurúes. Cada uno de ustedes, como individuo, a medida que crezca y viva su vida, podrá descubrir la verdad de instante en instante y, en consecuencia, podrá ser libre.

La mayoría de la gente piensa que estar libre de las cosas materiales del mundo es el primer paso hacia la religión. No lo es. Ésa es una de las cosas más fáciles de hacer. El primer paso es estar libre para pensar de manera plena, completa e independiente, lo cual implica no estar atado por ninguna creencia ni agobiado por las circunstancias, por el medio, de manera que uno sea un ser humano integrado, capaz, vigoroso y confiado en sí mismo. Sólo entonces puede nuestra mente, estando libre, libre de prejuicios, de condicionamientos, descubrir lo que es Dios. Ciertamente, ése es el propósito básico por el cual debe existir cualquier centro educativo: ayudar a cada individuo que llega allí a estar libre para descubrir la realidad. Esto significa no seguir ningún sistema, no aferrarse a ninguna creencia o ritual y no venerar a ningún gurú. El individuo tiene que despertar su inteligencia, no mediante alguna forma de disciplina, resistencia, compulsión o coacción, sino gracias a la libertad. Es sólo gracias a la inteligencia nacida de la libertad, como el individuo puede descubrir aquello que está más allá de la mente. Esa inmensidad, lo innominable, lo ilimitado, aquello que no puede ser medido por las palabras y en lo cual existe el amor que no es de la mente- debe ser experimentada de manera directa. La mente no puede concebirla; por lo tanto, la mente tiene que estar muy quieta, asombrosamente silenciosa, sin la exigencia de ningún deseo. Sólo entonces es posible que revele su existencia aquello que puede ser llamado Dios o la realidad.

Interlocutor: ¿Qué es la obediencia? ¿Debemos obedecer una orden aun cuando no la comprendamos?

K.: ¿Acaso no es eso lo que hace la mayoría de nosotros?

Los padres, los maestros, los mayores dicen: "Haz esto". Lo dicen cortésmente o a palos, y porque tenemos miedo, obedecemos. Es también lo que nos hacen los gobiernos, los militares. Desde la infancia se nos educa para obedecer, sin que sepamos nada al respecto. Cuanto más autoritarios son nuestros padres y más tiránico el gobierno, tanto más nos compelen, nos moldean desde nuestros primeros años; y sin comprender por qué debemos hacer lo que nos dicen que hagamos, obedecemos. También se nos dice qué es lo que debemos

pensar. Nuestras mentes son purgadas de todo pensamiento que no sea aprobado por el estado, por las autoridades locales. Jamás se nos enseña ni se nos ayuda a pensar, a descubrir, sino que se nos exige obedecer. El sacerdote nos dice que es así, y nuestro propio miedo interno nos obliga a obedecer, porque de lo contrario nos confundiremos, nos sentiremos perdidos.

De modo que obedecemos porque somos muy irreflexivos. No queremos pensar porque el pensar es perturbador; para pensar tenemos que cuestionar, que inquirir, que descubrir por nosotros mismos. Y los adultos no quieren que inquiramos, no tienen la paciencia de escuchar nuestras preguntas. Están demasiado ocupados con sus propias disputas, con sus ambiciones y sus prejuicios, con sus debo y no debo de la moralidad y la respetabilidad; y nosotros, que somos jóvenes, tenemos miedo de equivocamos porque también queremos ser respetables. ¿Acaso no deseamos todos vestir el mismo tipo de ropas, lucir igual? No queremos hacer nada diferente, no queremos pensar independientemente, distinguimos, porque eso es muy perturbador; así que nos unimos al grupo.

Cualquiera que sea nuestra edad, casi todos obedecemos, copiamos, porque internamente tenemos miedo de sentirnos inseguros. Queremos certidumbre, tanto financiera como moral; queremos que se nos apruebe. Deseamos hallamos en una posición segura, rodeados de una valla y sin tener que enfrentarnos jamás con el infortunio, la pena, el sufrimiento. Es el miedo, consciente o inconsciente, el que nos hace obedecer al jefe, al líder, al sacerdote, el gobierno. Es el miedo a ser castigados el que nos impide hacer algo dañino para los demás. Por lo tanto, detrás de todas nuestras acciones, de nuestra codicia y nuestras búsquedas, está al acecho este deseo de certidumbre, este deseo de hallamos a salvo, asegurados. Si no estamos libres del miedo, la mera obediencia significa muy poco. Lo que tiene significación es que estemos atentos a este miedo de día en día, que observemos cómo se manifiesta de diferentes maneras. Sólo cuando estamos libres del miedo puede existir esa cualidad interna de la comprensión, ese estado único en el que no hay acumulación de conocimientos ni de experiencias.

CAPITULO 19

Cuando hemos crecido y dejamos la escuela después de haber recibido una así llamada educación, tenemos que afrontar innumerables problemas. ¿Qué profesión vamos a elegir a fin de que en ella podamos realizamos y ser felices? ¿En qué vocación o trabajo sentiremos que no estamos explotando a otros, que no somos crueles con ellos? Tenemos que comprender el hambre, la superpoblación, el sexo, la pena, el placer. Tenemos que habémoslas con las múltiples cosas confusas y contradictorias de la vida: las riñas entre hombre y hombre, entre el hombre y la mujer, los conflictos internos y las luchas externas. Tenemos que comprender la ambición, la guerra, el espíritu militar; y es mucho más esencial que comprendamos esa cosa extraordinaria llamada paz. Tenemos que comprender el significado de la religión -la cual no es una mera especulación o la adoración de imágenes- y también esa cosa muy extraña y compleja llamada amor. Tenemos que ser sensibles a la belleza de la vida, al pájaro que vuela, y también al mendigo, a la escualidez del pobre, a las feísimas construcciones que la gente levanta, a las sucias calles y al templo más sucio aún. Tenemos que afrontar todos estos problemas. Y tenemos que enfrentamos con la cuestión de a quién seguir o no seguir y si debemos seguir a alguien en absoluto.

La mayoría de nosotros se interesa en producir un cambio aquí y allá, y con eso se satisface. Cuanto más avanzamos en edad, tanto menos queremos cualquier cambio profundo, fundamental, porque tenemos miedo. No pensamos en los términos de una transformación total, sólo pensamos en términos de un cambio superficial; y si uno lo examina encontrará que el cambio superficial no es cambio en absoluto. No es una revolución radical, sino solamente una continuación modificada de lo que ha sido. Todas estas cosas tienen ustedes que afrontar, desde su propia felicidad y desdicha hasta la felicidad y desdicha de la mayoría, desde sus propias ambiciones y búsquedas egocéntricas a las ambiciones, motivaciones y búsquedas de los demás. Tienen que afrontar la competencia, la corrupción en sí mismos y en otros, el deterioro de la mente, la vacuidad del corazón. Tienen que conocer todo esto, tienen que afrontarlo y comprenderlo por sí mismos. Pero, por desgracia, no están preparados para ello.

¿Qué hemos comprendido cuando dejamos la escuela? Podremos haber recogido unos pocos conocimientos, pero somos tan torpes, vacíos y superficiales como cuando llegamos. Nuestros estudios, nuestra asistencia a la escuela, nuestros contactos con los maestros no nos han ayudado a comprender estos problemas tan complejos de la vida. Los maestros son tediosos y nosotros nos volvemos tan tediosos como ellos. Ellos sienten temor y nosotros sentimos temor. Es tanto responsabilidad nuestra como de los maestros ver que salgamos de aquí para entrar en el mundo con madurez, con profundidad en el pensar, sin temor y, por lo tanto, con capacidad para afrontar la vida inteligentemente.

Ahora bien, parece muy importante encontrar una respuesta a todos estos problemas tan complejos; pero no hay respuesta. Todo cuanto podemos hacer es afrontar estos problemas inteligentemente a medida que surgen. Por favor, comprendan esto. Instintivamente, ustedes desean una respuesta, ¿verdad? Piensan que leyendo libros, siguiendo a alguien, encontrarán respuestas a todos estos problemas tan complejos y sutiles problemas de la vida. Encontrarán creencias, teorías, pero ésas no serán respuestas, porque estos problemas han sido creados por seres humanos como ustedes. La espantosa insensibilidad, el hambre, la crueldad, la fealdad, la escualidez, todo esto ha sido creado por los seres humanos; y para dar origen a una transformación fundamental tienen que comprender la mente y el corazón humanos, que son la mente y el corazón de cada

uno de ustedes. Buscar meramente una respuesta en un libro o identificarse con algún sistema político o económico, por mucho que pueda prometer, o practicar algún absurdo religioso con todas sus supersticiones o seguir a un gurú, ninguna de estas cosas les ayudará a comprender estos problemas humanos, porque son creados por ustedes y por otros como ustedes. Para comprenderlos tienen que comprenderse a sí mismos, comprenderse tal como viven de instante en instante, de día en día, de año en año; y para esto necesitan inteligencia, muchísimo discernimiento, paciencia, amor.

Tenemos, pues, que averiguar qué es la inteligencia, ¿no es así? Todos usan esa palabra con mucha prodigalidad; pero hablar meramente de la inteligencia no les hará inteligentes. Los políticos repiten todo el tiempo palabras como "inteligencia", "integración", "una nueva cultura", "un mundo unido", pero son meras palabras que significan muy poco. Así que no usen palabras sin comprender realmente todo lo que implican.

Estamos tratando de averiguar qué es la inteligencia, no meramente su definición, que podemos encontrar en cualquier diccionario, sino que trataremos de conocer, de sentir, de comprender qué es la inteligencia, porque si tenemos esa inteligencia, ella nos ayudará a cada uno de nosotros, a medida que vayamos creciendo, a tratar con los enormes problemas de nuestra vida. Y sin esa inteligencia, por mucho que leamos, estudiemos, acumulemos conocimiento, reformemos produciendo pequeños cambios aquí y allá en el patrón de la sociedad, no podrá haber verdaderamente transformación ni una felicidad perdurable.

Y bien, ¿qué significa la inteligencia? Voy a averiguar qué significa. Tal vez ello resulte difícil para algunos de ustedes, pero no se preocupen mucho tratando de seguir las palabras; en vez de eso, procuren percibir el contenido de aquello a que me estoy refiriendo. Traten de percibir la cosa, la cualidad de la inteligencia. Si la perciben ahora, entonces, a medida que crezcan, verán más y más claramente la significación de lo que he estado diciendo.

La mayoría de nosotros piensa que la inteligencia es el resultado de adquirir conocimientos, información, experiencia. Pensamos que, teniendo mucho conocimiento y experiencia, seremos capaces de afrontar inteligentemente la vida. Pero la vida es una cosa extraordinaria, jamás está fija; como el río, fluye constantemente, nunca está quieta. Pensamos que acumulando más experiencia, más conocimiento, más virtud, más salud, más posesiones, seremos inteligentes. Por eso respetamos a las personas que han acumulado conocimientos, los eruditos, y también a las personas ricas y llenas de experiencia. Pero la inteligencia, ¿es el resultado del "más"? ¿Qué hay detrás de este proceso de tener más, de desear más? Al desear más, lo que nos interesa es acumular, ¿no es así?

Ahora bien, ¿qué sucede cuando hemos acumulado conocimiento, experiencia? Cualquier experiencia ulterior que podamos tener es traducida inmediatamente a términos del "más", y nunca estamos experimentando realmente, siempre estamos acumulando; y esta acumulación es el proceso de la mente, que es el centro del "más". El "más" es el "yo", el ego, la entidad encerrada en sí misma que sólo se interesa en acumular, ya sea negativamente o positivamente. De ese modo, con su experiencia acumulada, la mente afronta la vida. Al afrontar la vida con esta acumulación de experiencias, la mente está siempre buscando el "más", por lo que nunca experimenta, sólo acumula. Mientras la mente sea un mero instrumento del acumular, no hay verdadera experimentación. ¿Cómo puede uno estar abierto a la experiencia, cuando siempre está pensando en obtener algo de esa experiencia, en adquirir algo más?

Por lo tanto, el hombre que acumula, que guarda, el hombre que desea jamás está experimentando frescamente la vida. Sólo cuando la mente no se interesa en el "más ", en acumular, tiene posibilidad de ser inteligente. Cuando lo que le interesa es el "más", cada nueva experiencia fortalece el muro del encierro en uno mismo, fortalece el "yo", el proceso egocéntrico que es el núcleo de todos los conflictos. Por favor, sigan esto. Ustedes piensan que la experiencia libera a la mente, pero no lo hace. En tanto la mente se interesa en la acumulación, en el "más", cada experiencia que tenemos refuerza nuestro interés propio, nuestro proceso egocéntrico de pensamiento.

La inteligencia sólo es posible cuando hay verdadera libertad con respecto al sí mismo, al "yo", o sea, cuando la mente ya no está presa en el deseo de una experiencia más grande, más amplia, más expansivo. La inteligencia es libertad respecto de la presión del tiempo, ¿no es así? Porque el "más" implica tiempo, y en tanto la mente sea el centro de la exigencia del "más", la mente es el resultado del tiempo. Por consiguiente, cultivar el "más" es negar la inteligencia. La comprensión de todo este proceso es conocimiento propio. Cuando, sin que haya un centro acumulativo, uno se conoce a sí mismo tal como es, de ese conocimiento propio surge la inteligencia que puede afrontar la vida; esa inteligencia es creativa.

Miren su propia vida, qué torpe, qué estúpida, qué estrecha es porque ustedes no son creativos. Cuando sean mayores tal vez tengan hijos, pero eso no es ser creativo. Puede que sean burócratas, pero en eso no hay vitalidad, ¿no es así?, es una rutina muerta, un completo aburrimiento. La vida de ustedes está cercada por el miedo y, en consecuencia, hay autoridad e imitación. No saben qué es ser creativo. Por creatividad no entiendo pintar cuadros, escribir poemas o tener habilidad para cantar. Me refiero a la naturaleza más profunda de la creatividad que, una vez descubierta, es una fuente eterna, una corriente inmortal; y sólo puede darse con ella por conducto de la inteligencia. Esa fuente es lo intemporal; pero la mente no puede dar con lo intemporal en tanto exista el centro del "yo", de la personalidad egocéntrico, de la entidad que está perpetuamente requiriendo el "más".

Cuando comprendan todo esto, no sólo verbalmente sino muy a fondo, encontrarán que con la inteligencia despierta llega una creatividad que es la realidad misma, que es Dios, sobre la cual no puede especularse ni cavilarse. Jamás darán con ella mediante sus prácticas de meditación, mediante sus rezos por el "más" o sus

escapes del "más". Esa realidad podrá llegar a existir sólo cuando comprendan el estado de su propia mente, la malicia, la envidia, las complejas reacciones a medida que surgen de instante en instante, cada día. En la comprensión de estas cosas adviene un estado que puede ser llamado amor. Ese amor es inteligencia y trae consigo una creatividad que es intemporal.

Interlocutor: La sociedad se basa en nuestra dependencia mutua. El médico tiene que depender del granjero y el granjero del médico. ¿Cómo puede un hombre ser por completo independiente?

K.: La vida es relación. Aun el sanyasi está relacionado; podrá renunciar al mundo, pero sigue estando relacionado con el mundo. No podemos escapar de la relación. Para la mayoría de nosotros, la relación es una fuente de conflicto; en la relación hay temor porque dependemos psicológicamente de otro, ya sea del marido, de la esposa, del padre o de un amigo. La relación existe no sólo entre uno mismo y el padre, entre uno mismo y el hijo, sino también entre uno mismo y el maestro, el cocinero, el sirviente, el gobernador, el comandante y toda la sociedad; y en tanto no comprendamos esta relación, no estaremos libres de la dependencia psicológica que genera miedo y explotación. La libertad llega sólo con la inteligencia. Sin inteligencia, el mero buscar independencia o libertad respecto de la relación es perseguir ilusiones.

Lo importante, pues, es comprender nuestra dependencia psicológica en la relación. Cuando revelamos las cosas ocultas de nuestra mente y de nuestro corazón, comprendiendo nuestra propia soledad, nuestro vacío, como estamos libres, libres no de nuestra relación sino de la dependencia psicológica que ocasiona conflicto, desdicha, pena, temor.

Interlocutor: ¿Por qué es desagradable la verdad?

K.: Si pienso que soy muy hermoso y tú me dices que no lo soy, lo cual puede ser cierto, ¿me agrada eso? Si pienso que soy muy inteligente, muy ingenioso, y tú señalas que en realidad soy una persona más bien tonta, eso es muy desagradable para mí. Y la acción de señalar mi estupidez, a ti te provoca un sentimiento de placer, ¿verdad? Halaga tu vanidad, muestra lo inteligente que tú eres. Pero no deseas mirar tu propia estupidez; quieres escapar de lo que eres, quieres ocultarte de ti mismo, quieres tapar tu propia estupidez, tu propia soledad. Entonces buscas amigos que nunca te digan lo que eres. Deseas mostrar a otros lo que ellos son, pero cuando los otros te muestran lo que tú eres, eso no te agrada. Evitas aquello que expone tu propia naturaleza interna.

Interlocutor: Hasta ahora nuestros maestros han estado muy seguros y nos han enseñado del modo habitual; pero después de escuchar lo que se ha dicho aquí y después de tomar parte en las discusiones, se han vuelto muy inseguros. Un estudiante inteligente sabrá cómo conducirse en estas circunstancias, pero ¿qué harán aquellos que no son inteligentes?

K.:¿Acerca de qué están inseguros los maestros? No acerca de lo que enseñan, puesto que pueden seguir adelante con las matemáticas, la geografía, el habitual plan de estudios. No es de eso de lo que están inseguros. Están inseguros acerca de cómo tratar con el estudiante, ¿no es así? Están inseguros en su relación con el estudiante. Hasta hace muy poco, jamás se preocupaban de su relación con el estudiante, sólo venían a la clase, enseñaban y se iban. Pero ahora les preocupa que puedan estar creando temor al ejercitar su autoridad para hacer que el estudiante les obedezca. Les preocupa saber si están reprimiendo al estudiante o si estimulan su iniciativa y lo ayudan a encontrar su verdadera vocación. Naturalmente, todo esto ha hecho que se sientan inseguros. Pero por cierto, tanto el maestro como el estudiante tienen que sentirse seguros; también tienen que investigar, explorar. Ése es todo el proceso de la vida desde el principio al fin, ¿no es así? No detenerse en cierto punto y decir: "Yo sé".

Un hombre inteligente jamás se halla estático, jamás dice: "Yo sé". Está siempre investigando, dudando, mirando, explorando, descubriendo. En el instante en que dice "yo sé", ya está muerto. Y casi todos nosotros, jóvenes o viejos, a causa de la tradición, de las compulsiones, del temor, a causa de la burocracia y los absurdos de nuestra religión, estamos más bien muertos, carecemos de vitalidad, de vigor, de confianza en nosotros mismos. De modo que el maestro ha de investigar y descubrir por sí mismo sus propias tendencias burocráticas y así dejará de embotar la mente de otros; y ése es un proceso muy difícil. Requiere una gran dosis de paciente comprensión.

Por lo tanto, el estudiante inteligente ha de ayudar al maestro y el maestro ha de ayudar al estudiante; y ambos han de ayudar al niño o a la niña lerdos y poco inteligentes.

Eso es la relación. Ciertamente, cuando el maestro mismo se siente inseguro e investiga, es más tolerante, más vacilante, más paciente y afectuoso con el estudiante lerdo, cuya inteligencia de ese modo puede ser despertado.

Interlocutor: El granjero tiene que confiar en el médico para la cura de un dolor físico. ¿También ésta es una relación dependiente?

K.: Como hemos visto, si psicológicamente dependo de ti, mi relación contigo se basa en el temor; y en tanto haya temor no hay independencia en la relación. El problema de liberar a la mente del temor es sumamente complejo.

Miren, lo importante no es lo que uno dice en respuesta a todas estas preguntas, sino que ustedes descubran por sí mismos la verdad al respecto mediante una constante investigación, lo cual implica no quedar presos en ninguna creencia, en ningún sistema de pensamiento. Es la constante investigación la que crea iniciativa y abre paso a la inteligencia. Estar meramente satisfechos con una respuesta embota la mente. Entonces, es esencial que no acepten, que inquieran de manera constante y empiecen a descubrir por sí mismos todo el significado de la vida.

CAPITULO 1

Me pregunto por qué reciben ustedes educación. ¿Lo saben? Tan pronto tienen edad suficiente, sus padres les envían a la escuela, ¿pero saben ustedes por qué van a la escuela? Todo lo que ustedes y sus padres saben es que deben ir a la escuela y educarse.

Ahora bien, ¿qué significa que a uno le eduquen? ¿Alguna vez han pensando al respecto? ¿Significa meramente aprobar exámenes para que más tarde puedan casarse, tener alguna clase de empleo y continuar en ese empleo, les guste o no, por el resto de sus vidas? ¿Es eso la educación?

Asisten a diversas escuelas donde se les educa, o sea, que aprenden matemáticas, historia, geografía, ciencia y demás. ¿Por qué? ¿Se lo han preguntado alguna vez? ¿Es meramente para que después se ganen la vida? ¿Es ése el propósito de la educación? ¿Es la educación tan sólo un asunto de rendir exámenes y poner unos cuantos títulos junto a sus nombres, o es algo por completo diferente?

Si miran a su alrededor, verán en qué espantosa confusión se encuentra el mundo. ¿Ven al pobre que tiene muy poco para comer, que carece de días festivos y debe trabajar día tras día, de la mañana a la noche, mientras los padres de ustedes acuden al club en lujosos automóviles y allí se divierten? Ésa es la vida, ¿verdad? Están el pobre y el rico, los enfermos y los que gozan de buena salud, y en todo el mundo hay guerras, desdichas, toda clase de infortunios. ¿Acaso no deberían ustedes reflexionar sobre estas cosas mientras son jóvenes? Pero ya ven, en sus escuelas no les ayudan a prepararse para afrontar esa vasta extensión de la vida con sus extraordinarias luchas, desdichas, sufrimientos, guerras... nadie les habla sobre todo esto. Sólo les comunican los hechos desnudos, pero eso no es suficiente, ¿verdad?

Por cierto, la educación no está sólo para capacitarles a fin de que puedan conseguir un empleo; es algo que debe ayudarles a prepararse para la vida. Podrán convertirse en un oficinista, un gobernador, un científico, pero eso no es la totalidad de la vida.

Hay toda clase de cosas en la vida. La vida es como el océano. El océano no es sólo lo que vemos en la superficie, ¿verdad? Es tremendamente profundo, tiene corrientes enormes y está atestado con todo tipo de vida, con múltiples variedades de peces, el grande viviendo del pequeño. Todo eso es el océano; y así ocurre con la vida, en la cual hay toda clase de goces, de placeres, dolores, invenciones extraordinarias, innumerables sistemas de meditación y la búsqueda colectiva de la felicidad. La vida es todo eso, pero ustedes no están preparados para ella. En la escuela nadie les habla acerca de todas esas cosas. Hay demasiados chicos y chicas en cada clase, y el maestro sólo se interesa en que pasen los exámenes, no se interesa en el esclarecimiento de sus mentes. Pero la educación, obviamente, no es un proceso de atiborrar sus mentes con información. Si saben leer pueden tomar cualquier enciclopedia y obtener la información que desean. Pienso, pues, que la educación es algo por completo diferente del mero aprendizaje de ciertos hechos y de la aprobación de unos cuantos exámenes.

Vean, mientras tengamos miedo, no estamos educados. ¿Saben qué es el miedo? Todos ustedes saben que temen: los niños temen, los adultos temen, todos temen; y en tanto tengamos miedo, no estaremos educados, careceremos de inteligencia. De modo que la educación no consiste meramente en atestar la mente con información sino en ayudar al estudiante a comprender sin miedo esta gran complejidad de la vida.

Ustedes sienten temor de sus maestros, de sus padres, del hermano mayor,, de la tía o de alguna otra persona, ¿no es así? Los mayores tienen el poder de castigarles, de apartarles o de pedirles que permanezcan en su propia habitación; y así, tanto en la escuela como en la casa, se nos educa continuamente en el miedo. Nuestra vida es moldeada por el miedo y, desde la infancia hasta que morimos, estamos atemorizados. ¿Y saben lo que el miedo hace? ¿Alguna vez se han observado cuando tienen miedo, cómo se les aprieta el estómago, cómo transpiran, cómo tienen pesadillas? No les gusta estar con personas que les atemorizan, ¿verdad? Quieren escapar de ellas como un animal que se siente amenazado. Y ya ven, con ese miedo asistimos a la escuela y al colegio, y cogiese miedo dejamos el colegio para encontramos con esta cosa extraordinaria, esta vasta corriente con su enorme profundidad a la que llamamos vida. Me parece, pues, que lo que tiene importancia primordial en la educación es ver que en ella se nos eduque para que estemos libres del miedo; porque el miedo embota nuestras mentes, mutila nuestro pensar, contribuye a la oscuridad, y en tanto vivamos con miedo no crearemos un mundo nuevo. ¿Comprenden de qué estoy hablando, o es algo de lo que jamás han oído antes?

¿Saben?, en el mundo exterior a nuestra propia familia, a nuestro propio hogar, en el mundo que está más allá de Bombay, en Europa, América y Rusia están preparando instrumentos de enorme destrucción. El mundo está pasando por una fase terrible y todos los políticos, todos los gobernantes están muy confundidos aunque digan que no lo están, porque siempre se hallan en guerra, siempre hay alguna clase de infortunio. De modo que el mundo al presente no es algo hermoso, no es un lugar feliz donde vivir; y si a ustedes, que son muy jóvenes, no se les educa correctamente, es obvio que crearán un mundo igualmente infeliz, igualmente desdichado y confuso. ¿No es, por lo tanto, muy importante descubrir de qué modo se les educa a fin de que puedan crear una clase de mundo por completo diferente? Un mundo en el que puedan vivir juntos dichosamente, en el cual no existan el rico y el pobre, ni los grandes políticos que poseen todo el poder, la posición, el atractivo, ni los que carecen de todo privilegio, que nada tienen en la vida y deben trabajar incesamente hasta que mueran.

Son ustedes los que tendrán que crear un mundo nuevo, no los adultos, porque éstos están haciendo del mundo una confusión espantosa. Pero si se les educa correctamente, podrán crear un mundo nuevo. Está en sus manos, no en manos de los políticos o de los sacerdotes. Si se les educa apropiadamente crearán un mundo maravilloso, no un mundo indio o europeo, sino un mundo que será nuestro, de ustedes y mío, un mundo en el cual todos viviremos juntos dichosamente. Y yo les aseguro que la creación de un mundo semejante depende de ustedes y de nadie más; por eso es muy importante el modo como se les eduque y la clase de maestros que tengan. Si el maestro está atemorizado, tendrá estudiantes también atemorizados. Si el maestro es estrecho de miras, trivial, mezquino y sólo está transmitiéndoles información, entonces también ustedes tendrán mentes muy mezquinas y crecerán sin comprender qué es la vida.

Es, por lo tanto, esencial que se les eduque apropiadamente, lo cual implica que han de desarrollarse en libertad; y no pueden ser libres si tienen miedo de sus padres, si temen a la opinión pública, a lo que podría decir la abuela. Si sienten temor jamás podrán ser libres. Y pueden advertir en las escuelas que los maestros no han reflexionado sobre este problema del temor; porque en el momento en que se ejerce sobre ustedes cualquier tipo de compulsión para obligarles a que hagan algo, ya sea mediante la así llamada amabilidad o mediante un sistema de disciplina, ello crea inevitablemente temor. Si yo soy el maestro y, a fin de hacer que alguno de ustedes estudie, lo comparo con otro estudiante diciéndole que no es tan inteligente como el otro, lo estoy destruyendo, ¿no es así? En nuestras escuelas actuales tenemos exámenes, los cuales engendran temor, y también tenemos sistemas de clasificaciones que implican comparar siempre a un estudiante con otro; por eso se considera importante al chico o a la chica hábil, no al estudiante como individuo. El estudiante que es muy sagaz en sus estudios, que tiene una peculiar capacidad para aprobar sus exámenes, puede ser estúpido en otros sentidos y probablemente lo es.

Poner notas, clasificar, comparar y cualquier forma de compulsión, ya sea por medio de la amabilidad o de las amenazas, engendran temor; y es a causa de que nos hallamos presos en este temor mientras somos jóvenes, por lo que luchamos en medio del temor por el resto de nuestra vida. Los adultos, por su actitud hacia la vida, crean una forma de educación que es meramente una repetición de lo viejo, de modo que no puede haber una manera diferente de vivir. Por eso me parece muy importante que reflexionen sobre estas cosas mientras aún son muy jóvenes. Aunque no comprendan lo que estoy diciendo, deben interrogar sus maestros acerca de esto -si ellos lo permiten- y ver si pueden estar realmente libres de temor. Cuando no temen, estudian mucho mejor. Cuando sientan que no se les obliga a hacer algo, descubrirán qué es lo que les interesa, y entonces por el resto de sus vidas harán algo que realmente aman, lo cual es mucho más importante que volverse un desdichado oficinista porque uno necesita tener un empleo. Hacer algo porque nuestros padres nos dicen que tenemos que hacerlo o porque la sociedad lo exige no tiene ningún sentido; mientras que si aman realmente hacer algo con sus manos o con la mente, entonces gracias a ese amor crearán un mundo nuevo. Pero no pueden crear un mundo nuevo si están atemorizados; por lo tanto, mientras son jóvenes tiene que haber en ustedes un espíritu de rebelión.

¿Entienden qué es la rebelión? A medida que van creciendo desde la infancia a la edad adulta, la vida presiona sobre ustedes en la forma de padres, maestros, tradición, vecinos, la cultura de la sociedad en que se crían, etcétera; todo eso les encierra como en una prisión y les obliga a hacer lo que "eso" quiere, de modo que jamás son ustedes mismos. ¿No es, entonces, fundamental que la educación les ayude a ser libres de modo que puedan pensar y vivir sin miedo y, de esa manera, sepan por sí mismos qué es el amor? Si sus padres les amaran realmente producirían esta clase de educación, verían que fueran ustedes libres para crecer sin miedo, para ser felices. Pero hay muy pocos padres así en el mundo, porque la mayoría de los padres dice que el niño debe hacer esto y no hacer aquello, que debe ser como su padre: un abogado, un policía, un comerciante o lo que fuere.

Es realmente muy difícil comprender estos problemas tan complejos, y a medida que vamos creciendo podemos comprenderlos sólo cuando hay inteligencia. La inteligencia debe llegar a nosotros mientras somos jóvenes, lo cual implica que el maestro mismo debe comprender primeramente todo esto. Pero hay muy pocos maestros que lo comprendan, porque para la mayoría de ellos la enseñanza es meramente un trabajo. No pueden conseguir otro trabajo donde podrían ganar más dinero, por eso dicen: "La enseñanza es un buen trabajo", lo cual significa que no están interesados ni en educarles a ustedes ni en la educación misma.

Por lo tanto, cada uno de ustedes, niño o niña, tiene que averiguar la verdad de todo esto, no pueden ser meramente amansados como animales domésticos. Espero que comprendan de qué estoy hablando, porque todo esto es realmente muy difícil y requiere muchísima reflexión por parte de ustedes. El mundo se está desintegrando, se desmorona, hay guerras, hambre y desdicha; y la creación de un mundo nuevo está en manos de ustedes. Pero no pueden crear un mundo nuevo si en ustedes no alienta el espíritu de rebelión, y no pueden tener este espíritu de rebelión en tanto hay miedo, porque el miedo mutila la inteligencia.

Interlocutor: Yo tengo todo lo que puede hacerme feliz, mientras que otros no lo tienen. ¿Por qué es así?

K.: ¿Por qué piensas que es así? Puede que tengas buena salud, padres amables, un buen cerebro; por lo tanto, piensas que eres feliz. Mientras otro, que está enfermo, cuyos padres son rudos y que no tiene un cerebro demasiado bueno, siente que es desdichado. Ahora bien, ¿por qué es esto así? ¿Por qué eres feliz mientras algún otro es desdichado? ¿Consiste la felicidad en tener riquezas, automóviles, buenas casas, alimentación pura, padres amables? ¿A eso es a lo que llamas felicidad? ¿Y desdichada es la persona que no tiene ninguna de estas cosas? Entonces, ¿qué entiendes por felicidad? Es importante averiguarlo, ¿verdad?

¿Consiste la felicidad en comparar? Cuando dices: "Soy feliz", ¿acaso tu felicidad nace de la comparación? ¿Comprendes de qué estoy hablando o esto es demasiado difícil?

¿No has escuchado a tus padres decir: "Fulano de tal no es tan próspero como nosotros"? La comparación nos hace sentir que tenemos algo, nos provoca un sentimiento de satisfacción, ¿no es así? Si uno es hábil y se compara con alguno que no lo es, se siente muy feliz. 0 sea, pensamos que somos felices a través del orgullo, de la comparación; pero el hombre que se siente feliz comparándose con otro que tiene menos es un ser humano de lo más desdichado, porque siempre habrá alguien por encima de él que tenga más; y así prosigue eso una y otra vez. Ciertamente, la comparación no es felicidad. La felicidad es por completo diferente; no es cosa que pueda buscarse. La felicidad llega cuando estamos haciendo algo que amamos de verdad, y no porque lo que hacemos nos dé riquezas o haga de nosotros una persona destacada.

Interlocutor: ¿Cuál es el modo de librarnos del miedo que tenemos?

K.: En primer lugar tienes que saber qué es lo que temes, ¿no es así? Puedes tener miedo de tus padres, de los maestros, de no aprobar un examen, de tu hermana, de tu hermano, de lo que podría decir tu vecino; o quizá tengas miedo de no ser tan bueno o tan inteligente como tu padre, quien tiene un gran nombre. Hay muchas clases de miedo, y uno tiene que saber de qué tiene miedo.

Entonces, ¿sabes de qué tienes miedo? Si lo sabes, no escapes de ese miedo, antes bien descubre por qué temes. Si quieres saber cómo librarte del miedo, no debes escapar de él, tienes que afrontarlo; y el hecho mismo de afrontarlo te ayuda a librarte de él. En tanto estamos escapando del miedo no lo miramos; pero en el instante en que nos detenemos y miramos el miedo, éste comienza a disolverse. El propio escapar es la causa del miedo.

Ustedes deben estar hirviendo de preguntas, pero tal vez son tímidos. ¿Puedo yo formularles una pregunta a ustedes? ¿Qué quieren ser cuando sean mayores? ¿Lo saben? Por supuesto, para las niñas es simple, quieren casarse, eso está entendido; pero aun si se casan, ¿qué quieren hacer?

¿Son ustedes ambiciosos? ¿Saben qué es la ambición? Es el deseo de llegar a ser alguien, ¿no es así? El hombre que tiene un ideal y dice: "Voy a ser como Rama, Sita o Gandhi", sigue siendo ambicioso. ¿Son ustedes ambiciosos de algún modo? Entonces, ¿qué es lo que eso significa? ¿Por qué son ambiciosos? Esto puede ser un poco difícil, pero es uno de los problemas de la vida y deben pensar al respecto. Les diré por qué. Todos somos ambiciosos; cada cual es ambicioso a su propia manera. ¿Y saben lo que eso hace? Es la causa de que estemos el uno contra el otro. Estamos siempre luchando por ser ricos, famosos, por ser más hábiles que otros; yo quiero ser más grande que tú y tú quieres ser más grande que yo. Por lo tanto, la ambición significa en realidad tratar de ser algo que no somos. ¿Y qué es lo importante? ¿Tratar de ser algo que no somos o comprender lo que somos? Ciertamente, primero tenemos que miramos a nosotros mismos y empezar a comprender lo que somos.

Vean, casi todos nosotros somos idealistas, y los idealistas son unos hipócritas porque siempre están tratando de llegar a ser algo que no son. Si soy estúpido y me esfuerzo por ser ingenioso, todos piensan que eso es espléndido. Pero una persona estúpida, por mucho que pueda utilizar los trucos del ingenio, no por eso se volverá inteligente. Mientras que si sé que soy estúpido, entonces ese mismo saberlo es el comienzo de la inteligencia, la cual es mucho mejor que el mero ingenio. ¿Comprenden?

Si no soy muy listo, ¿qué es lo que generalmente ocurre? En la escuela me ponen al final de la clase, y es vergonzoso que el maestro haga tal cosa, porque soy tan importante como cualquier otro. Es estúpido por parte del maestro mantenerme al final de la clase comparándome con los estudiantes listos, porque al compararme me está destruyendo.

Pero el comparar es la base de nuestra así llamada educación y de toda nuestra cultura. El maestro está diciendo siempre que debes ser tan bueno como tal o cual estudiante, de manera que te esfuerzas por ser tan listo como ellos. ¿Y qué es lo que ocurre contigo? Te atormentas más y más, te enfermas físicamente, te desgastas mentalmente. Mientras que si el maestro no te compara con nadie sino que dice: "Mira, chico, sé tu mismo. Averigüemos qué es lo que te interesa, cuáles son tus capacidades. No imites, no trates de ser como Rama, Sita o Gandhi; sé lo que eres y empieza desde ahí", si el maestro dice eso, entonces el importante eres tú, no algún otro. El individuo es el importante, y al comparar al estudiante con alguien que es más listo, el maestro lo está desestimando, empequeñeciendo, mostrando que es más estúpido. Es función del maestro ayudarles a descubrir lo que es cada uno de ustedes, y no puede ayudarles a que hagan eso si les compara con algún otro. La comparación los destruye, de modo que no se comparen con otro. Uno es tan bueno como cualquiera. Comprenda cada uno de ustedes lo que es, y a partir de ahí empiece a descubrir cómo ser plenamente, más libremente, más expansivamente lo que es.

Interlocutor: Usted dijo que si los padres amaran realmente a sus hijos, no les impedirían hacer cosa alguna. Pero si el hijo no quiere ser limpio o come algo que es malo para su salud, ¿no debemos impedírselo?

K.: No creo haber dicho jamás que si los padres amaran a sus hijos les dejarían hacer exactamente lo que a éstos se les antoje. Ésta es una cuestión muy difícil, ¿verdad? Después de todo, si amo a mi hijo veré que él no tenga motivo alguno para sentir miedo, lo cual es algo extraordinariamente difícil de hacen Como dije, para estar libre de miedo, el niño no debe ser comparado con ningún otro ni debe ser sometido a exámenes. Si amo al hijo le daré libertad, no para hacer lo que le plazca -porque hacer meramente lo que a uno le place es estúpido-, sino libertad en la que pueda cultivar la inteligencia; esa inteligencia le dirá entonces lo que tiene que hacer.

Para que haya inteligencia tiene que haber libertad, y uno no puede ser libre si es constantemente exhortado a volverse como algún héroe, porque entonces el importante es el héroe y no uno. ¿No experimentan ustedes dolores de estómago cuando tienen exámenes? ¿No se sienten nerviosos, ansiosos? Cuando año tras año tienen que enfrentarse a la experiencia penosa de los exámenes, ¿no saben lo que eso les hace por el resto de sus vidas? Los adultos dicen que los niños deben desarrollarse sin temor, pero eso no significa absolutamente nada, se trata meramente de un montón de palabras, porque ellos mismos están cultivando su temor al someterles a los exámenes y al compararles con algún otro.

Otra cosa que realmente debemos discutir es lo que llamamos disciplina. ¿Saben lo que entiendo por disciplina? Desde la infancia se les dice lo que deben hacer, y ustedes tienen que hacerlo alegremente. Nadie se toma la molestia de explicarles por qué tienen que levantarse temprano, por qué tienen que estar limpios. Los padres y los maestros no les explican estas cosas porque no tienen ni el amor ni el tiempo ni la paciencia; dicen meramente: "Hazlo o te castigaré". Así, la educación tal como la conocemos, es la instalación del temor. ¿Y cómo puede ser inteligente la mente de ustedes cuando hay temor? ¿Cómo pueden sentir amor o respeto por la gente cuando están atemorizados? Puede que 14 respeten" a las personas que tienen grandes apellidos, automóviles costosos; pero al sirviente no le respetan, sólo lo patean. Cuando llega un gran hombre todos lo saludan y tocan sus pies, y a eso lo llaman respeto; pero no es respeto, es el temor el que hace que toquen sus pies. Ustedes no tocan el pie del pobre coolie, ¿verdad? Con él no son respetuosos porque él no puede darles nada. De modo que nuestra educación no es nada más que el cultivo o fortalecimiento del temor. Esto es algo terrible, ¿no es así? Y en tanto haya temor, ¿cómo podemos crear un mundo nuevo? No podemos. Por eso es muy importante que comprendan este problema del temor mientras son jóvenes, y para todos nosotros es importante ver que seamos educados verdaderamente sin temor.

Interlocutor: ¿No es importante tener ideales en la vida?

K.: Es una buena pregunta, porque todos ustedes tienen ideales. Tienen el ideal de la no violencia, el ideal de la paz o el ideal de una persona como Rama, Sita o Gandhi, ¿no es cierto? ¿Qué es lo que eso significa? Que lo importante no eres tú, sino que el ideal es muy importante. Rama es tremendamente importante, pero no un pobre tipo como tú, de modo que le imitas. Todo lo que les interesa es copiar, ya sea a una persona o una idea. Como dije, un idealista es un hipócrita porque está siempre tratando de llegar a ser lo que no es, en vez de ser y comprender lo que es.

Vean, el problema del idealismo es realmente muy complejo, y ustedes no lo comprenden porque jamás se les ha alentado para que reflexionen al respecto; nadie ha hablado nunca de eso con ustedes. Todos sus libros, todos sus maestros, todos los diarios y revistas dicen que deben tener ideales, que deben ser como este héroe o aquel otro, lo cual sólo hace que la mente sea como un mono que imita o como un disco fonográfico que repite un montón de palabras. Por lo tanto, no tienen que aceptar, sino empezar a cuestionarlo todo y descubrir, y no pueden cuestionar si internamente están llenos de temor. Cuestionarlo todo significa hallarse en estado de rebelión, lo cual implica crear un mundo nuevo. Pero ya lo ven, sus maestros y sus padres no quieren que se rebelen, porque desean controlarles, desean formarles y moldearles según sus propios patrones de existencia; y así la vida continúa siendo una cosa fea.

Interlocutor: Si somos pequeños, ¿ cómo podemos crear un mundo nuevo?

K.: No pueden crear un mundo nuevo si son pequeños. Pero no van a ser pequeños por el resto de sus vidas, ¿verdad? Serán pequeños si tienen miedo. Podrán tener un cuerpo grande, un automóvil grande, una alta posición social, pero si internamente están atemorizados, jamás crearán un mundo nuevo. Por eso es muy importante que se desarrollen con inteligencia, sin miedo, en libertad. Pero desarrollarse en libertad no significa disciplinarse para ser libre.

Interlocutor: ¿Cuál debería ser el sistema de educación para hacer que el niño no sienta temor?

K.: Un sistema o método implica que a uno le digan lo que debe hacer y cómo debe hacerlo. ¿Hará eso que uno no sienta temor? ¿Puede uno ser educado con inteligencia, sin temor, sin ninguna clase de sistema? Cuando somos jóvenes debemos tener libertad para crecer; pero no hay un sistema que nos haga libres. Un sistema implica hacer que la mente se ajuste a un patrón, ¿verdad? Significa encerramos dentro de una estructura que no nos da libertad. En el momento en que confiamos en un sistema no nos atrevemos a salir de él, y entonces el pensamiento mismo de salimos del sistema engendra temor. Por lo tanto, en realidad no hay sistema de educación. Lo importante son el maestro y el estudiante, no el sistema. Después de todo, si quiero ayudarles a que se liberen del temor, yo mismo debo estar libre de temor. Entonces tengo que estudiarles, tengo que tomarme el trabajo de explicárselo todo y decirles lo que es el mundo; y para hacer todo esto tengo que amarles. Como maestro, he de sentir que cuando dejen la escuela o el colegio lo hagan exentos de temor. Si realmente siento eso, puedo ayudarles a que se liberen del temor.

Interlocutor: ¿Es posible conocer la calidad del oro sin someterlo a algún tipo especial de prueba? Del mismo modo, ¿puede conocerse la capacidad de cada niño sin alguna clase de examen?

K.: ¿Conoce usted realmente la capacidad del niño por medio del examen? Un niño puede fallar porque está nervioso, temeroso del examen, mientras que otro puede pasar fácilmente porque el examen le afecta menos. En cambio, si usted observa a cada niño, semana tras semana, si observa su carácter, el modo como se comporta en sus juegos, cómo habla, el interés que demuestra, cómo estudia, la comida que come, etc., comenzará a conocer al niño sin necesitar exámenes que le digan de qué es él capaz. Pero nunca hemos pensado acerca de todas estas cosas.

Interlocutor: Señor, ¿cuál es su idea de un mundo nuevo?

K.: No tengo ninguna idea acerca del mundo nuevo. El mundo "nuevo" no puede ser nuevo si tengo una idea acerca de él. Esto no es sólo una declaración ingeniosa, es un hecho. Si tengo una idea al respecto, la idea nace de mi estudio y de mi experiencia, ¿no es así? Nace de lo que he aprendido, de lo que otras personas han dicho acerca de cómo debe ser el mundo nuevo. De modo que el mundo nuevo nunca puede ser nuevo si es una creación de la mente, porque la mente es lo viejo. Usted no sabe qué es lo que va a suceder mañana, ¿verdad? Podrá saber que mañana no habrá escuela porque es domingo, o que el lunes estará asistiendo a la escuela nuevamente; pero lo que va a ocurrir fuera de la escuela, qué clase de sentimientos va a experimentar, qué tipo de cosas va a ver, todo eso no lo sabe, ¿correcto? A causa de que no sabe qué va a ocurrir el día de mañana o a la mañana siguiente, cuando eso ocurre, es nuevo. Lo que importa es la capacidad para afrontar lo nuevo.

Interlocutor: ¿Cómo podemos crear algo nuevo si no sabemos qué es lo que queremos crear?

K.: Es triste no saber lo que significa crear, ¿no es así? Cuando usted siente algo, puede poner en palabras lo que siente. Si ve un árbol hermoso, puede escribir un poema describiendo no el árbol, sino lo que el árbol ha despertado en usted. Ese sentir es nuevo, es la cosa creativa. Pero eso no puede producirlo, tiene que ocurrirle.

Interlocutor: ¿Deben los niños tomarse seriamente todas estas cosas? Y si lo hacen, ¿estarán libres alguna vez para divertirse?

K.: ¿No eres serio ahora? Pero no puedes ser serio todo el tiempo, ¿verdad? No puedes jugar todo el tiempo o dormir todo el tiempo o estudiar todo el tiempo. Hay un tiempo para jugar y un tiempo para ser serio, y esta reunión intenta ser seria; pero si no quieres ser serio. está muy bien, nadie va a obligarte.

CAPITULO 2

Hemos estado hablando acerca del temor. ¿No creen ustedes que lo que llamamos religión es en realidad el resultado del temor? Tienen que haber advertido cómo sus padres, sus abuelos o sus parientes van al templo, adoran un ídolo, repiten frases del Gita o de algún otro libro sagrado, o practican algún ritual. Hacer estas cosas y creer en algo, es lo que ellos llaman religión. ¿Pero piensan ustedes que es así? Ir al templo, poner flores a los pies de un ídolo hecho por la mano, practicar algún ritual día tras día, año tras año hasta que mueren, ¿es religión eso?

Y si la religión no es la veneración de una cosa hecha por la mano, ¿es entonces la veneración de algo hecho por la mente? Cuando ustedes entran en un templo ven ahí un ídolo que algún escultor ha labrado en la piedra. La gente pone flores delante de esta imagen, vierte agua sobre ella, la viste; eso es lo que ellos llaman religión, y piensan que es irreligioso no hacer estas cosas.

También tenemos una idea de lo que es Dios, y esa idea es creada por la mente, ¿no es así? El ídolo es fabricado por la mente mediante la mano, y la idea de Dios es elaborada y sostenida en la mente como algo maravilloso, algo que debe venerarse igual que al ídolo sagrado. Tanto la idea como el ídolo son hechura de la mente, ¿verdad? Obviamente no son Dios, porque es la mente la que los ha inventado. En Europa verán ustedes la figura esculpida de un ser humano desnudo y clavado en una cruz, y ellos adoran esa figura. Aquí en la India hacemos lo mismo de una manera diferente. Ya sea en la India, en Europa o en América, le rezamos a una imagen, adoramos una idea y gradualmente edificamos una cosa llamada religión, una religión inventada por la mente.

Vean, tenemos miedo de estar solos, queremos algo que nos ayude. A la edad de ustedes queremos ser ayudados por nuestra madre, por nuestro padre, por nuestro abuelo; a medida que vamos creciendo seguimos deseando que alguien nos ayude, porque la vida es muy difícil; queremos un padre glorificado que nos proteja, que nos diga lo que debemos hacer. Por lo tanto, debido a este miedo de estar solos, de que nadie nos ayude, creemos en un Dios que va a ayudarnos; pero eso sigue siendo una invención de la mente, ¿no es así? A causa de que tenemos miedo y queremos que se nos guíe y se nos diga qué es bueno y qué es malo, cuando somos mayores creamos una religión que no es religión en absoluto. La religión, pienso, es algo totalmente distinto, y para encontrar la cosa verdadera, es obvio que tenemos que estar libres de la cosa que el hombre inventa. ¿Lo siguen? Para descubrir lo que es Dios, para descubrir algo real, uno debe estar libre de todos los adornos pseudorreligiosos que el hombre mismo se ha impuesto. Ustedes podrán descubrir lo real sólo si están completamente libres de temor, lo cual quiere decir que cuando hayan crecido y salgan para ingresar en el mundo, deben tener la inteligencia para descubrir de qué tienen miedo; para descubrirlo, sacarlo del armario de la mente, mirarlo y no escapar de ello.

Casi todos tenemos miedo de estar solos. ¿Alguna vez salimos a pasear a solas? Muy raramente. Siempre queremos que alguien nos acompañe porque deseamos charlar, deseamos contarle a alguien una historia, estamos todo el tiempo hablando, hablando, hablando: de ese modo jamás estamos solos, ¿verdad? Cuando uno es mayor y sale a dar un paseo a solas, descubre muchísimas cosas. Descubre sus propios modos de pensar, y entonces comienza a observar todas las cosas que lo rodean: el mendigo, el hombre estúpido, el hombre listo, el rico y el pobre; uno se percata de los árboles, de los pájaros, de la luz sobre una hoja. Ustedes verán todo esto cuando salgan solos. Al estar solos, pronto descubrirán que están atemorizados. Y es porque estamos atemorizados por lo que hemos inventado esta cosa llamada religión.

Se han escrito volúmenes acerca de Dios y de lo que debemos hacer para aproximamos a Él; pero la base de todo eso es el temor. En tanto estemos atemorizados, no podremos encontrar nada real. Si uno teme la

oscuridad, no se atreve a salir, de manera que se cubre con la sábana y se duerme. Para salir y mirar, para descubrir lo real, uno tiene que librarse del temor, ¿no es así? Pero ya lo ven, es muy difícil libramos del temor. La mayoría de los adultos dice que ustedes sólo podrán librarse del temor cuando sean más grandes, cuando hayan acumulado conocimientos y hayan aprendido a disciplinar la mente. Ellos piensan que la libertad es algo muy lejano, que está al final, no al principio. Pero, ciertamente, tiene que haber libertad desde la infancia, de lo contrario jamás serán libres.

Vean, estando ellos mismos atemorizados, los adultos les disciplinan a ustedes, les dicen qué es lo que está bien y qué es lo que está mal, les dicen que deben hacer aquello y no esto, que deben pensar en lo que dirá la gente, etc. Ejercen toda forma de control para hacerlos encajar dentro del surco, dentro de un armazón, de un patrón, y a esto lo llaman disciplina. Siendo muy jóvenes y a causa del propio temor, ustedes encanan; pero esto no les ayuda, porque cuando meramente encajan, no comprenden.

Ahora mirémoslo de otro modo. Si no se les disciplinara, si no fueran controlados o reprimidos, ¿harían ustedes lo que les place? ¿Harían lo que se les antoja si no hubiera nadie para decirles lo que deben hacer? Ahora probablemente lo harían porque están acostumbrados a que los fuercen, a que los sujeten o los pongan en un armazón, y como reacción harían algo contrario a eso. Pero supongamos que desde la infancia, desde el comienzo mismo cuando pasan por la escuela, el maestro discutiera las cosas con ustedes y no les dijera lo que deben hacer, ¿cómo responderían entonces? Si desde el principio mismo el maestro les señalara que ser libres es lo primero, no lo último cuando están a punto de morir, ¿qué ocurriría entonces?

La dificultad está en que ser libre exige una gran dosis de inteligencia; y como ustedes no saben todavía lo que es ser libre -libre para hacer lo que uno ama realmente-, es función del maestro ayudarles a descubrir los caminos de la inteligencia. Es la inteligencia la que nos libera del temor. En tanto haya temor, estarán ustedes imponiéndose constantemente alguna clase de disciplina: debo hacer esto y no aquello, debo creer, debo adaptarme, debo practicar puja, etc. Esta autodisciplina nace toda del temor, y donde hay temor no hay inteligencia.

De modo que la educación, propiamente hablando, no es sólo un asunto de leer libros, aprobar exámenes y conseguir un empleo. La educación es un proceso por completo diferente, se extiende desde el momento en que nacen hasta el momento en que mueren. Podrán leer innumerables libros y ser muy ingeniosos, pero no creo que el mero ingenio sea una señal de, educación. Si son solamente ingeniosos, se pierden muchísimo de la vida. Lo importante es que en primer lugar averigüen de qué están atemorizados, a fin de que comprendan el temor y no escapen de él. Cuando nuestra mente está de verdad libre de las exigencias de cualquier tipo, cuando ya no es más envidiosa, adquisitiva, sólo entonces puede descubrir qué es Dios. Dios no es lo que la gente dice que es. Dios es algo por completo diferente, algo que revela su existencia cuando uno comprende, cuando ya no hay más temor.

Por lo tanto, la religión es verdaderamente un proceso de educación, ¿no es así? La religión no es un asunto de qué creer o qué no creer, de practicar rituales o de aferramos a ciertas supersticiones; es un proceso de educamos en el sentido de la comprensión, de modo tal que nuestra vida se vuelva extraordinariamente rica y ya no seamos más seres humanos temerosos, mediocres. Sólo entonces podremos crear un mundo nuevo.

Los políticos y los líderes religiosos dicen que la creación de un mundo nuevo está en manos de los jóvenes. ¿No han oído eso? Probablemente cientos de veces. Pero ellos no les educan para que sean libres; y para crear un mundo nuevo tiene que haber libertad. Los adultos, que han hecho una atroz confusión de las cosas, les educan según el patrón de sus propias ideas. Dicen que son ustedes, la nueva generación, los que deben crear un mundo nuevo; pero al propio tiempo les ponen dentro de una jaula, ¿verdad? Les dicen que deben ser indios, parsis, esto o aquello, y si ustedes siguen sus ideas, es obvio que van a crear un mundo exactamente igual al presente. Un mundo nuevo puede ser creado sólo si creamos desde la libertad, no desde el temor, no desde la superstición ni sobre la base de lo que ciertas personas han dicho acerca de lo que el mundo nuevo debería ser.

Ustedes, los jóvenes, la generación venidera, podrán dar origen a un mundo por completo diferente sólo si se les educa para que sean libres y no se les fuerza a que hagan algo que no aman o que no comprenden. Por eso es importante que mientras son jóvenes sean verdaderos revolucionarios, lo cual implica no aceptar nada sino investigar todas las cosas a fin de descubrir qué es lo verdadero. Sólo entonces podrán crear un mundo nuevo. De lo contrario, aunque puedan llamarlo con un nombre diferente, perpetuarán el mismo mundo viejo de desdicha y destrucción que siempre ha existido hasta el día de hoy.

¿Pero qué nos ocurre generalmente cuando somos jóvenes? Las chicas se casan, tienen hijos y poco a poco se marchitan. Los muchachos, cuando han crecido, tienen que ganarse la vida, de modo que consiguen empleo y se les exige que se adapten, se les obliga a seguir una profesión, les guste o no les guste; al casarse y tener hijos son arrastrados por sus responsabilidades y, en consecuencia, tienen que hacer lo que se les dice. Así, el espíritu de rebelión, el espíritu de investigación, el espíritu de la búsqueda interna llega a su fin; todas sus ideas revolucionarias de crear un mundo nuevo se extinguen porque la vida es demasiado complicada para ellos. Tienen que ir a la oficina, tienen un jefe para el cual deben hacer esto o aquello, y paulatinamente el sentido de la investigación, de la rebelión, el anhelo de crear un estilo de vida totalmente distinto, se destruye por completo. Por eso es importante tener este espíritu de rebelión desde el comienzo mismo, desde la infancia.

Vean, la religión, la verdadera, significa una rebelión para encontrar a Dios, lo cual implica descubrir por uno mismo lo verdadero. No es una mera aceptación de los así llamados libros sagrados, por antiguos y venerados que sean.

Interlocutor: En su libro sobre la educación, usted sugiere que la educación moderna es un completo fracaso. Me gustaría que explicara esto.

K.: ¿No es un fracaso, señor? Cuando usted sale a la calle ve al hombre pobre y al rico, y cuando mira a su alrededor ve a todas las personas que se dicen educadas riñendo, peleando, matándose unas a otras en guerras que ocurren en todo el mundo. Hoy existe el conocimiento científico suficiente para que podamos proveer de alimento, ropa y albergue a todos los seres humanos; sin embargo, no es eso lo que se hace. Los políticos y otros líderes son en todo el mundo personas educadas, tienen títulos, grados, togas y bonetes, son doctores y científicos; sin embargo, no han creado un mundo en el cual el hombre pueda vivir dichosamente. Por lo tanto, la educación moderna ha fracasado, ¿no es así? Y si uno está satisfecho con ser educado del mismo viejo modo, hará de la vida otra tremenda

Interlocutor: ¿Puedo saber por qué no debemos amoldarnos a los planes de nuestros padres, ya que lo que ellos quieren es que seamos buenos?

K.: ¿Por qué deben ustedes amoldarse a los planes de sus padres, por meritorios, por nobles que sean? No son mera masilla, no son jalea para que les encajen en un molde. Y si encajan, ¿qué ocurre con ustedes? Se convierten en una así llamada buena chica o un buen muchacho, ¿y después qué? ¿Saben qué significa ser buenos? La bondad no es meramente lo que la sociedad dice o lo que dicen los padres. La bondad es algo por completo diferente, ¿no es así? La bondad surge sólo cuando tenemos inteligencia, cuando tenemos amor, cuando no tenemos miedo. No puedes ser bueno si tienes miedo. Puedes volverte respetable haciendo lo que exige la sociedad, y entonces la sociedad te pone una guirnalda, dice qué persona tan buena eres; pero ser meramente respetable no es ser bueno.

Mira, cuando somos jóvenes no queremos amoldamos, y al mismo tiempo queremos ser buenos. Queremos ser gentiles, dulces, queremos ser considerados y hacer cosas amables; pero sabemos qué significa todo eso y somos "buenos" porque tenemos miedo. Nuestros padres dicen: "Sé bueno", y casi todos somos buenos, pero una "bondad" semejante consiste meramente en vivir conforme a los planes de ellos para nosotros.

Interlocutor: Usted dice que la educación moderna es un fracaso. Pero si los políticos no hubieran recibido educación, ¿cree usted que podrían haber creado un mundo mejor?

K.: No estoy del todo seguro de que no podrían haber creado un mundo mejor si no hubieran recibido esta clase de educación. ¿Qué significa gobernar a la gente? Después de todo, eso es lo que se supone que hacen los políticos: gobernar a la gente. Pero son ambiciosos, desean poder, posición, quieren ser respetados, quieren ser los conductores, ocupar el primer lugar; no piensan en la gente, están pensando en sí mismos o en sus partidos, que son una extensión de ellos mismos. Los seres humanos son seres humanos, sea que vivan en la India, en Alemania, en Rusia, en América o en la China; pero ya lo ven, al dividir a los hombres de acuerdo con los países, son más los políticos que pueden tener grandes posiciones, de modo que no les interesa pensar en el mundo como una totalidad. Son educados, saben leer, argumentar, hablan incisamente acerca de ser buenos ciudadanos, pero los que deben ocupar el primer lugar son ellos. ¿Dividir el mundo y crear guerras es lo que llamamos educación? Los políticos no están solos haciendo esto, todos lo hacemos. Algunas personas quieren la guerra porque les rinde beneficios. De modo que no son sólo los políticos quienes deben tener la clase correcta de educación.

Interlocutor: Entonces, ¿cuál es su idea de la clase correcta de educación?

K.: Acabo de decírselo. Mire, se lo mostraré nuevamente. Después de todo, la persona religiosa no es la que adora a un Dios, una imagen hecha por la mano o por la mente, sino una que investiga realmente qué es la verdad, qué es Dios; y una persona así es verdaderamente educada. Puede no haber ido a la escuela, puede no tener libros, quizá ni siquiera sepa leer; pero se está liberando del temor, de su egoísmo, de su interés propio, de su ambición. Por lo tanto, la educación no es meramente un proceso de aprender a leer, a calcular, a construir puentes, de realizar investigaciones para encontrar nuevos modos de utilizar el poder atómico y demás. El propósito de la educación es fundamentalmente ayudar al hombre a que se libere de su propia mezquindad y de sus estúpidas ambiciones. Toda ambición es estúpida, mezquina; no existe la gran ambición. Y la educación implica también ayudar al estudiante a crecer en libertad y sin temor, ¿no es así?

Interlocutor: ¿Cómo pueden todos los hombres ser educados de ese modo?

K.: ¿No quieres tú ser educado de ese modo?

Interlocutor: ¿Pero cómo?

K.: En primer lugar, ¿quieres ser educado así? No preguntes cómo, sientes que quieres ser educado de ese modo. Si tienes este sentimiento intenso, cuando hayas crecido ayudarás a crearlo en otros, ¿no es cierto? Mira: si eres muy entusiasta jugando cierto juego, pronto encontrarás a otras personas que lo jueguen contigo. De igual manera, si eres realmente entusiasta en querer ser educado del modo que hemos estado discutiendo, ayudarás a crear una escuela con la clase apropiada de maestros que proporcionarán ese tipo de educación. Pero muy pocos de nosotros queremos realmente ese tipo de educación, y entonces preguntamos: "¿Cómo puede hacerse?". Acudimos a algún otro para la respuesta. Pero si todos ustedes -cada estudiante que está escuchando y espero que los maestros también- quieren esa clase de educación, entonces la exigirán y la llevarán a cabo.

Tomemos un ejemplo sencillo. Ustedes saben lo que es la goma de mascar, ¿no? Si todos quieren mascar goma el fabricante la produce, pero si no la quieren, el fabricante quiebra. De igual modo y en un nivel por completo diferente, si todos ustedes dicen: "Queremos la clase correcta de educación, no esta falsa educación que sólo conduce al crimen organizado", si dicen eso y es realmente lo que quieren decir, darán origen a la clase correcta de educación. Pero ya ven, ustedes son todavía demasiado jóvenes, demasiado temerosos, por eso es importante ayudarles a crear esto.

Interlocutor: Si quiero la clase correcta de educación, ¿necesito maestros?

K.: Por supuesto que sí. Necesitas maestros que te ayuden, ¿no es así? ¿Pero qué es ayudar? No estás viviendo solo en el mundo, ¿verdad? Están tus compañeros estudiantes, tus padres, tus maestros, el cartero, el lechero, todos son necesarios, todos se ayudan el uno al otro a vivir en este mundo. Pero si dices: "El maestro es sagrado, él está en un nivel y yo estoy en otro", entonces esa clase de ayuda no es ayuda en absoluto. El maestro sólo es útil si no está utilizando la enseñanza para alimentar su vanidad o como un recurso para su propia seguridad. Si enseña no porque es incapaz de hacer otra cosa sino porque realmente ama la enseñanza, entonces ayudará al estudiante a crecer sin temor. Esto significa nada de exámenes ni calificaciones ni notas. Si ustedes van a crear la clase correcta de educación, necesitan de tales maestros para que les ayuden a crearla; es, entonces, muy importante que los maestros mismos sean educados correctamente.

Interlocutor: Si todas las ambiciones son estúpidas, entonces ¿cómo puede progresar el hombre?

K.: ¿Sabe usted lo que es el progreso? Bien, tenga paciencia y examinémoslo despacio. ¿Qué es el progreso? ¿Ha pensado alguna vez al respecto? ¿Es progreso cuando usted puede ir a Europa en pocas horas por avión en lugar de que le tome una quincena yendo en barco? La invención de medios más rápidos de transporte, el desarrollo de armas más grandes, de mayores y mejores medios de destruimos unos a otros aniquilando a miles de personas con una sola bomba atómica en vez de derribarlas una por una con flechas; esto es lo que llamamos progreso, ¿no es así? Éste ha sido, pues, el progreso en el sentido tecnológico, pero ¿hemos progresado en alguna otra dirección? ¿Hemos terminado con las guerras? ¿Es la gente más bondadosa, más amable, más generosa, más reflexiva, menos cruel? No tiene que decir "sí" o "no", mire simplemente los hechos. En lo científico y en lo físico hemos logrado progresos enormes, pero internamente estamos atascados, ¿verdad? Para la mayoría de nosotros, la educación ha sido como alargar sólo una pata de un trípode, de modo que nos falta el equilibrio; ¡no obstante, hablamos de progreso, todos los periódicos están llenos de él!

Interlocutor: Tengo una amiga que odia a sus padres porque la han separado de una persona que ella ama. ¿Cómo puedo ayudarla?

K.: Ésta es una cuestión muy complicada, ¿no? ¿Sabes?, la vida no es nada fácil, algunas partes de ella son muy crueles. Hay padres irreflexivos que no se interesan en sus hijos en absoluto, o si se interesan, quieren que sus hijos les obedezcan, que les imiten, que lo hagan todo exactamente como desean los padres. Así es como poco a poco se forma en los hijos la resistencia. Si ocurre que el padre es inteligente y la madre estúpidamente obstinada cuando el padre no está, o viceversa, el hijo siente resistencia, antagonismo hacia uno u otro de los padres. Quizá puedas ayudar a tu amiga siendo más comprensiva, más afectuosa, explicándole de una manera amable algunas de las cosas que tú y yo hemos hablado al respecto y que tú comprendes por ti misma.

Mira, en el momento en que alimentas un rencor, en que odias a alguien, eso te hace más daño a ti que a la persona que te desagrada, porque ese sentimiento es como una herida interna que está supurando; pero es muy difícil que los niños, los jóvenes entiendan todo esto. Después de todo, los niños están llenos de travesuras, de despreocupación, tal como deben estarlo; y si los padres fuerzan a su hijo dentro de un determinado molde o patrón, eso crea en el niño una resistencia tremenda, un ciego antagonismo que él va a descargar sobre alguien cuando sea mayor. Si has comenzado a comprender esto, puedes hablar de ello con tu amiga y tal vez la ayudes a no aumentar este odio, este antagonismo que hay dentro de ella.

Interlocutor: ¿Cuál es la definición de estudiante?

K.: Es muy fácil encontrar una defunción, ¿verdad? Todo lo que tienes que hacer es abrir un diccionario en el lugar apropiado y te dará la respuesta. Pero ésa no es la clase de definición que quieres, ¿no es cierto? Quieres conversar sobre ello, quieres averiguar qué es un verdadero estudiante. ¿Es un verdadero estudiante aquél que aprueba exámenes, consigue un empleo y después cierra todos los libros? Ser un estudiante significa estudiar la vida, no sólo leer los pocos libros requeridos por tu programa de estudios; implica observarlo todo a lo largo de la vida, no sólo unas cuantas cosas en un período determinado. Un estudiante, ciertamente, no es sólo el que lee, sino el que es capaz de observar todos los movimientos de la vida, los externos y los internos, sin decir: "esto es bueno, aquello es malo". Si condenas algo no lo observas, ¿verdad? Para observarlo tienes que estudiarlo sin condenar, sin comparar. Si te comparo con algún otro, no te estoy estudiando, ¿correcto? Si te comparo con tu hermano menor o tu hermana mayor, los importantes son tu hermano o tu hermana; por lo tanto, no te estoy estudiando.

Pero toda nuestra educación consiste en comparar. Te estás comparando perpetuamente a ti mismo o a otro con alguien: con tu gurú, con tu ideal, con tu padre que es tan inteligente, un gran político y demás. Este proceso de comparación y condena te impide observar, estudiar. De manera que el verdadero estudiante es aquél que lo observa todo en la vida, tanto externa como internamente, sin comparar, aprobar ni condenar. No sólo es capaz de investigar en cuestiones científicas, sino que también puede observar las operaciones de su

propia mente, de sus propios sentimientos, lo cual es mucho más difícil que observar un hecho científico. Comprender todo el funcionamiento de la propia mente requiere una gran dosis de discernimiento, muchísima investigación exenta de condena.

Interlocutor: Usted dice que todos los idealistas son unos hipócritas. ¿A quién llama idealista?

K.: ¿No sabe usted qué es un idealista? Si soy violento, podré decir que mi ideal es ser no violento; pero subsiste el hecho de que soy violento. El ideal es lo que espero ser con el tiempo. Me costará años volverme no violento, y mientras tanto soy violento, ésa es la cosa real. Siendo violento, trato todo el tiempo de ser no violento, que es lo irreal. ¿No es hipocresía eso? En lugar de comprender y disolver mi violencia, estoy tratando de ser alguna otra cosa. El hombre que está tratando de ser otra cosa de lo que es, es obviamente un hipócrita. Es como ponerme una máscara y decir que soy diferente, pero detrás de la máscara sigo siendo el mismo hombre de antes. Mientras que si puedo investigar todo el proceso de la violencia y comprenderlo, entonces existe una posibilidad de librarme de la violencia.

CAPITULO 3

Cuando ustedes son jóvenes tienen curiosidad por saberlo todo acerca de todo, por qué brilla el sol, qué son las estrellas, quieren saberlo todo acerca de la luna y del mundo que nos rodea; pero cuando somos mayores, el conocimiento se vuelve una mera colección de informaciones sin sentimiento alguno. Se convierten en especialistas, saben mucho acerca de este o aquel tema y se interesan muy poco por las cosas que les rodean: el mendigo de la calle, el hombre rico que pasa cerca de ustedes en su automóvil. Si queremos saber por qué hay riqueza y pobreza en el mundo, podemos encontrar una explicación. Hay explicaciones para todo, y la explicación parece satisfacer a la mayoría de nosotros. Lo mismo es válido para la religión. Nos satisfacen las explicaciones; y a ese explicarlo todo lo llamamos conocimiento. ¿Es esto lo que entendemos por educación? ¿Aprendemos para descubrir, o meramente requerimos explicaciones, definiciones, conclusiones a fin de tranquilizar nuestras mentes y así no tener que seguir investigando?

Nuestros mayores pueden habémoslo explicado todo, pero con eso han apagado generalmente nuestro interés. A medida que crecemos la vida se vuelve más compleja y muy difícil. ¡Hay tantas cosas para conocer, hay tanta desdicha y sufrimiento! Y viendo toda esta complejidad pensamos que hemos resuelto todo eso mediante explicaciones. Muere alguien y explicamos esa muerte; de tal modo, el sufrimiento se amortigua por medio de la explicación. Tal vez nos rebelemos contra la idea de la guerra mientras somos jóvenes, pero ya adultos aceptamos la explicación de la guerra y nuestras mentes se embotan.

Cuando somos jóvenes, lo importante no es satisfacernos con explicaciones sino averiguar cómo es posible ser inteligentes y, de ese modo, descubrir la verdad de las cosas; y no podemos ser inteligentes si no somos libres. Se dice que la libertad llega sólo cuando somos viejos y sabios, pero no hay duda de que tiene que haber libertad mientras aún somos muy jóvenes; no libertad para hacer lo que nos plazca, sino libertad para comprender muy profundamente nuestros propios instintos e impulsos. Tiene que haber una libertad exenta de temor, pero no podemos estar libres del temor mediante una explicación. Somos conscientes de que existe la muerte y el miedo a la muerte. Pero explicando la muerte, ¿podemos saber qué es el morir o podemos estar libres del miedo a la muerte?

A medida que vamos creciendo, es importante que tengamos la capacidad de pensar muy sencillamente. ¿Qué es la sencillez? ¿Quién es una persona sencilla? Un hombre que hace vida de ermitaño, que tiene muy pocas pertenencias, ¿es verdaderamente sencillo? ¿Acaso la sencillez no es algo por completo diferente? La sencillez es de la mente y del corazón. Casi todos somos muy complejos, tenemos muchas necesidades y muchos deseos. Por ejemplo, ustedes desean aprobar sus exámenes, desean conseguir un buen empleo, tienen ideales y quieren desarrollar un buen carácter, etc., ¡la mente tiene tantas exigencias! ¿Contribuye eso a la sencillez? ¿No es muy importante descubrirlo?

Una mente compleja no puede descubrir la verdad de nada, no puede descubrir lo real, y ésa es nuestra dificultad. Desde la infancia nos educan para que nos amoldemos, y no sabemos cómo transformar la complejidad en simplicidad, en sencillez. Es sólo la mente muy sencilla y directa la que puede encontrar lo real, lo verdadero. Conocemos más y más, pero nuestras mentes nunca son sencillas. Y sólo la mente sencilla es creativa.

Cuando ustedes pintan el cuadro de un árbol, ¿qué es lo que están pintando? ¿Sólo una representación del árbol tal cual se ve, con sus hojas, sus ramas, su tronco, el árbol completo en todos sus detalles? ¿O lo pintan desde el sentimiento que el árbol ha despertado en ustedes? Si el árbol les dice algo y lo pintan desde esa experiencia interna, aunque lo que sienten pueda ser muy complejo, el cuadro que pintan será el resultado de una gran sencillez. Es indispensable, cuando son jóvenes, que mantengan la mente muy sencilla, incontaminado, aunque puedan tener toda la información que necesitan.

Interlocutor: Si todos fuéramos educados correctamente, ¿estaríamos libres de temor?

K.: Es muy importante estar libre de temor, ¿no es así? Y no puedes estar libre de temor excepto por intermedio de la inteligencia. Averigüemos, pues, en primer lugar, cómo podemos ser inteligentes, no cómo libramos del temor. Si podemos experimentar qué es ser inteligente, sabremos cómo libramos del temor. El temor es siempre con respecto a algo, no existe por sí mismo. Está el temor a la muerte, el temor a la enfermedad, el temor a la pérdida, el temor a los padres, el temor a lo que dirá la gente, etc.; y la cuestión no es

cómo libramos del temor, sino cómo despertar la inteligencia con la cual Poder enfrentamos con el temor, comprenderlo e ir más allá.

Ahora bien, ¿cómo puede la educación ayudamos a ser inteligentes? ¿Qué es la inteligencia? ¿Es un asunto de habilidad, de aprobar exámenes? Podremos leer muchos libros, conocer a personajes prominentes, tener muchísima capacidad, ¿pero hace todo eso que seamos inteligentes? ¿O la inteligencia es algo que se revela en nosotros sólo cuando llegamos a estar integrados? Nos hallamos compuestos de muchas partes; a veces nos sentimos ofendidos, celosos, somos violentos, otras veces somos humildes, reflexivos, tranquilos. En distintos momentos somos seres diferentes, jamás somos totales, jamás estamos totalmente integrados, ¿no es así? Cuando un ser humano tiene muchos deseos, internamente está dividido en muchos seres.

Uno debe abordar el problema sencillamente. La cuestión es cómo ser inteligentes, a fin de vemos libres del temor. Si desde su más temprana infancia, cualquier dificultad que tengan es discutida con ustedes de modo que la comprensión de la misma no sea meramente verbal sino que les capacite para ver la totalidad de la vida, entonces una educación así puede despertar la inteligencia y, con eso, liberar a la mente del temor.

Interlocutor: Usted ha dicho que ser ambicioso es ser estúpido y cruel ¿Es entonces estúpido y cruel tener la ambición de obtener la clase correcta de educación?

K.: ¿Eres ambicioso? ¿Qué es la ambición? Cuando deseas ser mejor que otro, obtener mejores notas que algún otro, eso es, sin duda, lo que llamamos ambición. Un pequeño político es ambicioso al desear convertirse en gran político; pero ¿es ser ambicioso desear la clase correcta de educación? Cuando haces algo que amas, ¿es ambición eso? Cuando escribes o pintas no porque desees prestigio sino porque amas escribir o pintar, eso no es ambición, ciertamente. La ambición interviene cuando te comparas con otros escritores o artistas, cuando deseas tener éxito.

Por lo tanto, cuando haces algo que amas realmente, eso no es ambición.

Interlocutor: Cuando uno desea encontrar la verdad o la paz, se convierte en un sanyasi. ¿Un sanyasi conoce, entonces, la sencillez?

K.: ¿Conoce uno la sencillez cuando desea la paz? ¿Es por convertirse en un sanyasi o en un sadhu por lo que uno es sencillo? Ciertamente, la paz es algo que no pertenece a la mente. Si deseo la paz y trato de quitar de mi mente todos los pensamientos de violencia, ¿me traerá eso la paz? O si tengo muchos deseos y digo que no debo tener deseos, ¿seré pacífico? En el momento en que uno desea algo está en conflicto, lucha, y lo que genera sencillez es nuestra propia comprensión de todo el proceso del deseo.

Interlocutor: Si somos educados del modo correcto estamos libres de temor, y si nos educan erróneamente somos temerosos. ¿Es cierto eso?

K.: Es obviamente cierto, ¿no es así? ¿Y acaso no estamos atemorizados por una cosa u otra? Todos le temen a algo: a la opinión pública, a la muerte, a la enfermedad. Eso es un hecho obvio.

Interlocutor: Si, como usted dice, todos sienten temor, entonces nadie es un santo ni un héroe. ¿No hay entonces grandes hombres en este mundo?

K.: Ése es un razonamiento meramente lógico, ¿verdad? ¿Por qué debemos preocupamos de los grandes hombres, de los santos, de los héroes? Lo que importa es lo que uno es. Si uno es temeroso, va a crear un mundo feo. Ésa es la cuestión, no si hay grandes hombres.

Interlocutor: Usted dijo que la explicación es una cosa mala. Hemos venido aquí en busca de explicación. ¿Es malo eso?

K.: Yo no dije que la explicación es mala; dije que no se satisfagan con explicaciones.

Interlocutor: ¿Cuál es su idea acerca del futuro en la India?

K.: No tengo idea, ninguna idea en absoluto. No creo que la India como India importe demasiado. Lo que importa es el mundo. Ya sea que vivamos en la China o en Japón, en Inglaterra, en la India o en América, todos decimos: "Mi país importa muchísimo", y nadie piensa en el mundo como una totalidad; los libros de historia están llenos con la constante repetición de las guerras. Si pudiéramos empezar a comprendemos como seres humanos, tal vez dejaríamos de matamos unos a otros y pondríamos fin a las guerras; pero en tanto seamos nacionalistas y pensemos tan sólo en nuestro propio país, seguiremos creando un mundo terrible. Si alguna vez vemos que ésta es nuestra Tierra donde todos podemos vivir felizmente y en paz, entonces juntos construiremos de nuevo; pero si seguimos pensando en nosotros mismos como indios, alemanes o rusos, y consideramos a todos los demás como extranjeros, entonces no habrá paz y no podrá crearse ningún mundo nuevo.

Interlocutor: Usted dice que hay muy pocas personas en este mundo que sean grandes. ¿Entonces qué es usted?

K.: No importa lo que soy yo. Lo que importa es descubrir la verdad o falsedad de lo que se dice. Si usted piensa que tal o cual cosa es importante porque fulano de tal la está diciendo, entonces no está escuchando realmente, no está tratando de descubrir por sí mismo qué es verdadero y qué es falso.

Pero, ya lo ve, casi todos tenemos miedo de descubrir por nosotros mismos qué es verdadero y qué es falso, y por eso aceptamos meramente lo que algún otro dice. Lo importante es cuestionar, observar, no aceptar jamás. Por desgracia, la mayoría de nosotros escucha sólo a quienes considera que son grandes personas, a alguna autoridad establecida, a los Upanishads, al Gita, a lo que fuere. Jamás prestamos atención a los pájaros, al sonido del mar o al mendigo. Así nos perdemos lo que el mendigo está diciendo; puede haber verdad en lo que dice el mendigo y ninguna verdad en lo que dice el rico o el hombre investido de autoridad.

Interlocutor: Nosotros leemos libros a causa de nuestra curiosidad. Cuando usted era joven, ¿no era curioso?

K.: ¿Piensa usted que meramente leyendo libros descubre por sí mismo lo que es verdadero? ¿Descubre alguna cosa repitiendo lo que otros han dicho? ¿O sólo descubre investigando, dudando, no aceptando jamás? Muchos de nosotros leemos montones de libros sobre filosofía y esta lectura moldea nuestras mentes, lo cual hace muy difícil descubrir por nosotros mismos qué es verdadero y qué es falso. Cuando la mente ya está moldeada, formada, sólo puede descubrir la verdad a costa de las más grandes dificultades.

Interlocutor: ¿No deberíamos preocuparnos por el futuro?

K.: ¿Qué entiendes por el futuro? De aquí veinte o cincuenta años, ¿es eso para ti el futuro? El futuro que está a muchos años de distancia es muy incierto, ¿no es así? Tú no sabes qué es lo que va a suceder. ¿De qué te sirve, entonces, que te preocupes o te inquietes al respecto? Puede haber una guerra, una epidemia, cualquier cosa puede ocurrir; de modo que el futuro es incierto, desconocido. Lo que importa es cómo vives ahora, lo que piensas, lo que sientes ahora. Importa muchísimo el presente, el hoy, no el mañana o lo que va a suceder de aquí a veinte años; y comprender el presente requiere muchísima inteligencia.

Interlocutor: Cuando somos jóvenes somos muy traviesos y no siempre sabemos qué es bueno para nosotros. Si un padre aconseja a su hijo por el bien del hijo, ¿no debe el hijo seguir el consejo de su padre?

K.: ¿Qué piensas tú? Si soy un padre, primero debo averiguar qué es lo que mi hijo desea hacer realmente en la vida, ¿verdad? ¿Conoce el padre lo suficiente acerca del hijo como para aconsejarle? ¿Ha estudiado al hijo? ¿Cómo puede un padre que tiene muy poco tiempo para observar a su hijo, ofrecerle consejos? Suena lindo decir que el padre debe guiar a su hijo, pero si el padre no conoce a su hijo, ¿qué es lo que ha de hacer? Un niño tiene sus propias inclinaciones y capacidades que han de ser estudiadas, no sólo por cierto tiempo o en un lugar determinado, sino durante todo el período de su infancia.

Interlocutor: Usted dijo la última vez que el idealista es un hipócrita. Si queremos construir un edificio, primero debemos tener una idea de él. ¿No debemos, de igual modo, tener primero un ideal si vamos a construir un mundo nuevo?

K.: Tener una idea de un edificio que vamos a construir no es lo mismo que ser idealista con respecto a algo. Son, por cierto, dos cosas diferentes.

Interlocutor: Al aspirar al bienestar de nuestro propio país, ¿no aspiramos también al bienestar de la humanidad? ¿Está dentro de los alcances del hombre común aspirar directamente al bienestar de la humanidad?

K.: Cuando buscamos el bienestar de nuestro país a expensas de otros países, eso conduce a la explotación y al imperialismo. Mientras pensemos exclusivamente en nuestro país, por fuerza tendremos que crear conflicto y guerra.

Cuando usted pregunta si está dentro de los alcances del hombre común aspirar directamente al bienestar de la humanidad, ¿qué es lo que entiende por hombre común? ¿Usted y yo no somos el hombre común? ¿Acaso somos diferentes del hombre común? ¿Qué es lo que hay de excepcional respecto de nosotros? Somos todos seres humanos corrientes, ¿no es así? ¿Sólo porque poseemos ropas limpias y llevamos zapatos o tenemos un automóvil, piensa usted que somos diferentes de otros que no poseen estas cosas? Todos somos personas comunes, y si realmente comprendemos esto podremos dar origen a una revolución. Una de las fallas de nuestra educación actual es la de hacemos sentir tan exclusivos, tan sobre un pedestal por encima del así llamado hombre de la calle.

CAPITULO 4

Pienso que es una cosa muy rara que, después de dejar la escuela, encontremos la felicidad en la etapa posterior de nuestra vida. Cuando ustedes se vayan de aquí, estarán enfrentándose a problemas extraordinarios: el problema de la guerra, los problemas de la relación personal, los problemas como ciudadanos, el problema de la religión y el constante conflicto dentro de la sociedad; y me parece que sería una falsa educación la que no nos preparara para afrontar estos problemas y así poder dar origen a un mundo genuino y más feliz. Ciertamente, corresponde a la educación, especialmente en una escuela donde tienen la oportunidad de la expresión creativa, ayudar a los estudiantes a que no queden atrapados en esas influencias sociales y ambientales que estrecharán sus mentes y, por ende, limitarán su perspectiva de la vida y su posibilidad de ser felices; y me parece que aquellos que están a punto de ingresar en el colegio, deberían conocer por sí mismos los múltiples problemas que todos afrontamos. Es muy importante, sobre todo en el mundo al que van a enfrentarse, tener una inteligencia extraordinariamente clara, y esa inteligencia no puede tener su origen en ninguna influencia externa ni en los libros. Llega, pienso, cuando uno se da cuenta de estos problemas y puede encararlos, no en un sentido personal o limitado, no como americano o hindú o comunista, sino como un ser humano capaz de sostener la responsabilidad de percibir el verdadero valor de las cosas tal como son y no interpretarlas conforme a alguna ideología particular o a algún determinado patrón de pensamiento.

¿No es importante que la educación nos prepare a cada uno de nosotros para comprender y encarar nuestros problemas humanos, y no que nos provea meramente de conocimientos o de adiestramiento tecnológico? Porque ya ven, la vida no es nada fácil. Ustedes pueden haber disfrutado de un período feliz, un período creativo, un período en el cual han madurado; pero cuando dejen la escuela, las cosas empezarán a ocurrir y a cercarles, estarán limitados no sólo por las relaciones personales sino por las influencias sociales, por sus propios temores y por la inevitable ambición de triunfar.

Pienso que ser ambicioso es una calamidad. La ambición es una forma de interés propio, de encierro en uno mismo; por lo tanto, engendra mediocridad de la mente. Vivir en un mundo lleno de ambición sin ser ambicioso significa, realmente, amar algo por sí mismo sin buscar recompensa, un resultado; y eso es muy difícil, porque todo el mundo, todos nuestros amigos, nuestras relaciones, todos están luchando para triunfar, para realizarse personalmente, para ser alguien. Pero comprender todo esto, libramos de ello y hacer algo que realmente amamos -no importa qué, por modesto o poco reconocido que sea-, eso, pienso, despierta el espíritu de grandeza que nunca busca aprobación ni recompensa, que hace las cosas por amor a ellas mismas y que, por lo tanto, tiene la fuerza y la capacidad de no quedar atrapado en la influencia de la mediocridad.

Pienso que es muy importante que vean eso mientras son jóvenes, porque las revistas, los periódicos, la televisión y la radio acentúan constantemente el culto al éxito, y con eso alientan la ambición y la competencia que engendran mediocridad de la mente. Cuando ustedes son ambiciosos, están ajustándose meramente a un patrón particular de la sociedad, sea en América, en Rusia o en la India; por lo tanto, están viviendo en un nivel muy superficial.

Cuando dejen la escuela e ingresen en el colegio, y más tarde se enfrenten al mundo, me parece que lo importante es que no se rindan, que no inclinen sus cabezas ante las distintas influencias, sino que las afronten y las comprendan tal como son y vean cuál es la verdadera significación y el valor que tienen; y que hagan todo esto con espíritu bondadoso y gran fuerza interior, lo cual no creará más discordia en el mundo.

Pienso, pues, que una verdadera escuela debe traer una bendición al mundo merced a sus estudiantes. Porque el mundo necesita una bendición, se encuentra en un estado terrible; y la bendición podrá venir sólo cuando nosotros, como individuos, no estemos buscando el poder, no estemos tratando de satisfacer nuestras ambiciones personales, sino que tengamos una clara comprensión de los inmensos problemas con los que todos estamos enfrentados. Esto requiere una gran inteligencia, la cual implica, en realidad, una mente que no piensa de acuerdo con ningún patrón particular, sino que es libre en sí misma y, por lo tanto, tiene la capacidad de ver lo que es verdadero y dejar de lado lo que es falso.

PENSAMIENTOS DE KRISHNAMURTI

- Poemas de Juventud
- Sobre el Amor
- Sobre la Naturaleza y el Medio
- Sobre la Sociedad
- Sobre la Verdadera Negación
- Poemas de Juventud
- ¡Escuchad!
- La Vida es una. No tiene principio ni fin
- El origen y la meta viven en nuestro corazón
- Estáis aprisionados en las tinieblas de su vasto precipicio.

1

La Vida no tiene credo ni creencia. No tiene patria ni santuario; no está limitada por
el nacimiento y la muerte ni es masculina ni femenina.

¿Podéis "sujetar las aguas en un delantal" o "aprisionar el viento en vuestro puño"?

Responde, ¡oh, amigo!

Bebe en la fuente de la Vida. Ven, yo te mostraré el camino.

El manto de la vida cubre todas las cosas.

2

En lo más secreto de los valles existe el gemido y el lamento. En las grandes avenidas de los hombres están las risas de las mutables tristezas. En los cantos melodiosos está la vacuidad del deseo colmado. Sobre la elevada montaña espera el silencio de la muerte.

Como las olas del mar, se suceden las acciones de los hombres, sólo para romperse sobre las playas de la gloria vana. El torbellino del amor joven crece triste en el lapso de un sólo día. El pensamiento conquista las grandes regiones del tiempo, y siempre vuelve al cautiverio de una mente engañadora.

¡Ay! e! deseo es tan joven como el primer rayo de aurora y triste como el cortejo que lleva al muerto a la tumba. Lucha, la persecución del placer fugaz. Trabajo, la torpe pena de la ambición fácil. Lucro, la reunión de los tesoros peculiares del rico. Dominio, el grito del juicio pervertido que ahoga el corazón del opresor. Codicia, la crueldad de la privación que pervierte el crecimiento de la vida.

3

¡Oh, amigo! Estoy anheloso de ti.

La larga carrera con el tiempo. La incesante danza con los vientos del espacio, el agobio de la pena de la soledad y el acopio de alegrías: han cesado, y yo te espero como los campos agostados esperan la llegada de lluvias.

El amor que corrompe la forma de sus encantos, las ofrendas para pacificar el secreto temor del pensamiento, las vanas esperanzas faltas de comprensión, las visiones y sueños siempre en la imagen del hombre, la muerte que crea las tinieblas de la vida: han cesado, y yo te espero como el loto espera el frescor de la noche.

Escúchame, ¡oh, amigo! Te espero, como el nevado pico en un sosegado valle.

Del Boletín Internacional de la Estrella (1931-32)

Sobre el Amor

La niña que vivía al lado estaba enferma y había estado llorando a ratos todo el día, y hasta bien avanzada la noche. Esto continuaba desde cierto tiempo, y la pobre madre estaba agotada. Había en la ventana una plantita que ella solía regar todas las tardes, pero durante los últimos días esto se había descuidado. La madre estaba sola en la casa -excepto una sirvienta bastante inútil e ineficiente-, y ella parecía no saber qué hacer, porque era evidente que la enfermedad de la niña era grave. El médico había venido varias veces en su gran automóvil, y la madre se entristecía cada vez más.

Un árbol platanero en el jardín se regaba con el agua de la cocina, y el suelo en torno del tronco siempre estaba húmedo. Sus hojas eran de un verde oscuro, y había una muy grande, de dos o tres pies de ancho y mucho más larga, que hasta entonces no había sido rasgada por los vientos como las demás. Oscilaba muy suavemente con la brisa, y sólo la tocaba el sol por el oeste. Era algo maravilloso el ver las flores amarillas en círculos descendentes sobre un largo tallo inclinado hacia abajo. Estas flores serían pronto jóvenes plátanos y el tallo engrosaría mucho, porque podría haber docenas de plátanos, ricos, verdes y pesados. De vez en cuando, un brillante abejorro penetraba por entre las flores amarillas, y varias mariposas negras y blancas llegaban y revoloteaban en torno. Parecía haber gran abundancia de vida en aquel bananero, especialmente al darle el sol y con sus grandes hojas agitándose bajo la brisa. La niña solía jugar alrededor de él y era muy alegre y sonriente. A veces caminábamos juntos un corto trecho por la senda, mientras la madre vigilaba, y luego se volvía corriendo. No podíamos entendernos, porque nuestras palabras eran distintas pero eso no le impedía hablar; y así hablábamos.

Una tarde, la madre me llamó por señas para que entrara. La niña estaba en los huesos; sonreía débilmente y luego cerraba los ojos, completamente agotada.. Dormía por momentos. Por lo ventana abierta venia el ruido que hacían otros niños que gritaban y jugaban. La madre no podía hablar, y se le habían secado ya las lágrimas. No se sentaba, sino que permanecía en pie junto a la camita, y en el ambiente había desesperación y ansiedad. En aquel momento entró el médico, y me despedí, con una silenciosa promesa de volver.

El sol se ponía detrás de los árboles, y las enormes nubes sobre él tomaban un brillo dorado. Estaban los habituales cuervos, un papagayo llegó chillando y se aferró al borde de un agujero en un gran árbol muerto, con la cola apretada contra el tronco; vacilaba, al ver un ser humano tan cerca, pero un instante después desapareció por el agujero. Habla unos pocos campesinos en el camino, y pasó un auto, cargado de, cargado de jóvenes. Un temerito de una semana de edad estaba atado a un poste de un alambrado, mientras la madre pastaba cerca. Por el camino bajaba una mujer con un muy bruñido recipiente de bronce sobre la cabeza, y otro apoyado en la cadera; llevaba agua del pozo. Solía pasar todas las tardes; y en aquel atardecer especialmente, frente al sol poniente, era la tierra misma en movimiento.

De la ciudad cercana habían llegado dos hombres jóvenes. El ómnibus los había traído hasta la parada, y ellos hablan venido andando el resto del camino. Trabajaban en una oficina, dijeron, y por eso no hablan podido llegar más temprano. Llevaban ropa limpia, que no se había ensuciado en el viejo ómnibus, y llegaron sonrientes, pero algo tímidos, en actitudes vacilantes y respetuosas. Una vez sentados, pronto olvidaron su timidez, pero aun no estaban muy seguros sobre la manera expresar en palabras lo que pensaban.

¿Qué clase de trabajo hacéis?

"Ambos estamos. empleados en la misma oficina; yo soy taquígrafo y mi amigo lleva las cuentas. Ninguno de nosotros ha ido al colegio, porque nuestros medios no lo permitían, y no somos casados. No recibimos mucha paga, pero como no tenemos responsabilidades de familia, nos basta para nuestras necesidades. Si alguno de los dos se casara, ya sería diferente"

"No somos muy cultos" -añadió el segundo- aunque leemos algo de literatura sería, nuestra lectura no es intensa. Pasamos mucho tiempo juntos, y en los días feriados volvemos a nuestras familias. En la oficina hay muy pocos que se interesen en cosas serías. Un amigo común nos trajo el otro día a oír una plática vuestra, y hemos preguntado si podíamos veros. ¿Puedo preguntaros una cosa, señor?"

Claro que si.

"¿Qué es el amor?"

¿Queréis una definición? ¿No sabéis lo que significa esa palabra?

«Hay tantas ideas sobre lo que debida ser el amor, que todo es un poco confuso"

-dijo el primero-.

¿Qué clase de ideas?

"Qué el amor no debe ser apasionado, sensual; que debe uno amar a su prójimo como a si mismo; que debe amar a sus padres, que el amor debe ser el amor impersonal de Dios, etc. Cada hombre da una opinión según su concepción."

Prescindiendo de las opiniones de otros, ¿qué creéis vosotros?¿Tenéis también opiniones sobre el amor?

"Es difícil expresar en palabras lo que uno siente" -replicó el segundo-. "Creo que el amor debe ser Universal;. uno tiene que amarlo todo, sin prejuicio. Es el prejuicio lo que destruye el amor; es la conciencia de clase la que crea barreras y divide a la gente. Los libros sagrados dicen que tenemos que amarnos unos a otros, y no ser personales ni limitados en nuestro amor; pero a veces nos resulta esto muy difícil."

"Amar a Dios es amar a todos" -añadió el primero-. "Sólo existe el amor divino ; lo demás es carnal, personal. El amor físico impide el amor divino; y sin amor divino, todo otro amor es mero trueque o intercambio. El amor no es sensación. Hay que frenar la sensación sexual, disciplinarla; por eso estoy en contra del control de nacimientos. La pasión física es destructiva; por la castidad se va hacia Dios."

Antes de seguir adelante, ¿no creéis que deberemos descubrir si todas estas opiniones tienen alguna validez? ¿No vale tanto una opinión corno otra? Prescindiendo de quién es el que la tenga, ¿no es la opinión una forma de prejuicio, una tendencia creada por el temperamento propio, por la propia experiencia y por la forma en que por casualidad se nos ha educado?

"¿Creéis que es malo tener una opinión?" -preguntó el segundo-.

Decir que es malo o bueno sería meramente otra opinión ¿no? Pero si empezamos por observar y comprender cómo se forman las opiniones, entonces tal vez podamos percibir el significado efectivo de la opinión, el juicio, la conformidad.

"¿Tendréis la bondad de explicarlo?"

El pensamiento es resultado de la influencia ¿no es así? Vuestro pensar y vuestras opiniones están dictados por la forma en que se os ha educado. Decís: "esto está bien, esto está mal", según el patrón moral de vuestro particular condicionamiento, Por el momento no nos interesa lo que es la verdad más allá de toda influencia, o si existe tal verdad, Tratamos de ver el significado de las opiniones, de las creencias, tanto si son colectivas, como personales. La opinión, la creencia, la conformidad o disconformidad, son reacciones que está de acuerdo con el propio trasfondo, estrecho o amplio, ¿no es así?

"Sí, pero ¿está mal eso?"

Repito, si decís que está bien o mal, os mantenéis en el campo de las opiniones. La verdad no es cuestión opinión. Un hecho no depende de la conformidad o de la creencia. Vosotros y yo podemos convenir en llamar a este objeto "reloj", pero bajo cualquier otro nombre seguiría siendo lo que es. Vuestra creencia u opinión es algo que os ha dado la sociedad en que vivís. Al rebelaros contra ella, como una reacción, podéis formar una opinión distinta, otra creencia; pero continuáis en el mismo nivel, ¿verdad?

"Lo siento, señor, pero no comprendo adónde queréis llegar" -replicó el segundo-.

Tenéis ciertas ideas y opiniones sobre el amor ¿no es así?

"Sí."

"He leído lo que han dicho sobre el amor los santos y los grandes maestros religiosos, y, habiéndolo pensado, he llegado a mis propias conclusiones."

Que están determinadas por lo que os agrada o disgusta, ¿verdad? Os gusta o no os gusta lo que han dicho otros sobre el amor, y decidís qué afirmación es correcta y cuál es equivocada según vuestra propia predilección. ¿No es esto lo que hacéis?

"Escojo lo que considero que es verdadero."

¿En qué se basa vuestra elección?

"En mi propio conocimiento y discernimiento".

¿Qué entendéis por conocimiento? No trato de poneros tropiezos ni acorralaros, sino que procuramos juntos comprender por qué tenemos opiniones, ideas, conclusiones sobre el amor. Una vez que comprendamos esto, podremos penetrar mucho más hondamente en el asunto. ¿Qué entendéis, pues, por conocimiento?

" Por conocimiento entiendo lo que he aprendido de las enseñanzas de los libros sagrados."

"El conocimiento abarca también las técnicas de la ciencia moderna y toda la información acumulada por el hombre desde los tiempos antiguos hasta el momento presente" -añadió el otro-.

El conocimiento es pues un proceso de acumulación, ¿verdad? Es el cultivo de la memoria. El conocimiento que hemos acumulado como hombres de ciencia, músicos, tipógrafos, estudiosos, ingenieros, nos convierte en técnicos en los diversos departamentos de vida. Cuando. tenemos que construir un puente, pensamos como ingenieros, y este conocimiento forma parte de la tradición, es parte del trasfondo o condicionamiento que

influye en todo nuestro pensar. El vivir, que incluye la capacidad de construir un puente, es acción total, no una actividad parcial, separada; y sin embargo, nuestro pensar sobre la vida, sobre el amor, es determinado por las opiniones, las conclusiones, la tradición. Si se os educase en una cultura que sostuviera que el amor es sólo físico y que el amor divino es todo un disparate, repetiríais de la misma manera lo que se os había enseñado ¿no es así?

"No siempre" -replicó el segundo-. "Reconozco que es raro, pero algunos de nosotros nos rebelamos y pensamos por nosotros mismos."

El pensamiento puede rebelarse contra la norma establecida, pero esta rebelión misma es generalmente producto de otra norma; la mente sigue presa en el proceso del conocimiento, de la tradición. Es como rebelarse dentro de los muros de una prisión para pedir más comodidad, mejor alimento, etcétera.

Vuestra mente está, pues, condicionada por las opiniones, la tradición, el conocimiento, y por vuestras ideas sobre el amor, que os hacen actuar de cierta manera. Eso es claro, ¿verdad?

Si queréis una definición podéis mirar cualquier diccionario; pero las palabras que definen el amor no son el amor ¿verdad? Bucear meramente una explicación de lo que es el amor, es estar aún atrapado en las palabras, las opiniones, que se aceptan o rechazan de acuerdo con vuestro condicionamiento.

"¿No estáis haciendo imposible averiguar qué es el amor?" preguntó el segundo.

¿Es posible averiguar a través de una serie de opiniones, conclusiones? Para indagar acertadamente, el pensamiento tiene que estar libre de la conclusión, de la seguridad del Conocimiento, de la tradición. La mente puede librarse de una serie de conclusiones, y formar otra, cosa que es también sólo una continuidad modificada de lo viejo.

Ahora bien, ¿no es el pensamiento mismo un movimiento de un resultado a otro, de una influencia a otra? ¿Veis lo que quiero decir?

"No estoy seguro", dijo el primero.

"No lo comprendo nada", dijo el segundo.

Tal vez lo entendáis a medida que avancemos. Voy a presentarlo así: ¿es el pensar un Instrumento de indagación? ¿Nos ayudará el Pensamiento a comprender qué es el amor?

"¿Cómo voy a descubrir qué es el amor si no se me permite pensar?", preguntó el segundo un poco bruscamente.

Por favor, tened un poco más de paciencia. Habéis pensado sobre el amor ¿no es así?

"Si, mi amigo y yo hemos pensado mucho sobre ello."

Si puedo preguntarlo, ¿qué queréis significar al decir que habéis pensado sobre el amor?

"Que he leído sobre él, lo he discutido con mis amigos he sacado mis propias conclusiones."

¿Os ha ayudado eso a descubrir lo qué es el amor? ¿Habéis leído, habéis intercambiado opiniones, y habéis llegado a ciertas conclusiones sobre el amor, a todo lo cual se le llama pensar. Habéis descripto positiva o negativamente qué es el amor, a veces añadiendo y a veces quitando a lo que anteriormente habéis aprendido. ¿No es así?

"Sí, eso es exactamente lo que hemos estado haciendo, y nuestro pensar ha contribuido a clarificar nuestras mentes".'

¿Ha contribuido? ¿O es que os habéis atrincherado cada vez más en una opinión? Seguramente que lo que llamáis aclaración es el proceso de llegar a una definida conclusión verbal o. intelectual.

"Eso es; no estamos tan confusos como estábamos".

En otras palabras: algunas pocas ideas resaltan claramente en esta mezcla de enseñanzas y opiniones contradictorias sobre el amor, ¿no es eso?

"Sí; cuanto más hemos analizado toda esta cuestión de lo que es el amor, tanto más clara se ha vuelto."

¿Es el amor lo que se ha aclarado o lo que pensáis sobre él?

¿Vamos a indagar un poco más esto? Cierto ingenioso mecanismo se llama reloj, porque todos hemos convenido en utilizar esta palabra para indicar esa cosa determinada; pero la palabra 'reloj' no es evidentemente el mecanismo del mismo. De la misma manera, hay un sentimiento o un estado que todos hemos convenido en llamar amor; pero la palabra no es el sentimiento mismo, ¿verdad? Y la palabra amor significa muchísimas cosas diferentes. En cierto momento la utilizáis para describir un sentimiento sexual, en otro instante habláis de amor divino o impersonal, o bien afirmáis lo que debería o no debería ser el amor. Y así sucesivamente.

"Si se me permite interrumpir, señor ¿podría ser que todos estos sentimientos fueran simplemente formas variantes de la misma cosa?", preguntó el primero.

¿Que os parece a vos?

"No estoy seguro. Hay momentos en que el amor parece ser una cosa, pero en otros instantes parece algo muy distinto. Todo eso es muy confuso, no sabe uno a qué atenerse".

Ahí está, precisamente. Queremos estar seguros del amor, clavarlo para que no se nos escape; llegamos a conclusiones, nos ponemos de acuerdo sobre ellas; lo llamamos por diversos nombres, con sus significados especiales; hablamos sobre "'mi amor", lo mismo que hablamos sobre 'mi propiedad', 'mi familia», "mi virtud', y esperamos guardarlo bien seguro, para poder atender a otras cosas y asegurarnos también de ellas. Pero de alguna manera siempre se nos escapan cuando menos lo esperamos.

"No sigo bien todo esto"; dijo el segundo, bastante perplejo.

Como hemos visto, el sentimiento mismo es diferente de lo que los libros dicen sobre él; el sentimiento no es la descripción, no es la palabra. Hasta aquí está claro ¿verdad?

"Si'".
Ahora bien, ¿podéis separar el sentimiento de la palabra y de vuestros preconceptos sobre lo que debería y no debería ser?
"¿Qué queréis decir con 'separar'?", pregunto' el primero.
Existe el sentimiento, y la palabra o palabras que describen ese sentimiento, ya sea en forma aprobatoria o desaprobatoria. ¿Podéis separar el sentimiento de su descripción verbal? Es relativamente fácil separar una cosa objetiva, como este reloj, de la palabra que lo describe; pero, disociar el sentimiento mismo de la palabra "amor", con todas sus implicaciones, es mucho más arduo y requiere mucha atención.
"¿Para qué servirá eso", preguntó el segundo.
Siempre queremos conseguir un resultado a cambio de hacer algo. Este deseo de un resultado, que es otra forma de la busca de conclusión, impide comprender. Cuando preguntáis "¿para qué me servirá disociar el sentimiento de la palabra 'amor'?" estáis pensando en un resultado; por lo tanto, no estáis realmente inquiriendo para descubrir qué es ese sentimiento, ¿verdad?
"Quiero, si, descubrir, pero quiero también saber cuál es el resultado de disociar el sentimiento de la palabra. ¿No es esto perfectamente natural?"
Tal vez; pero si queréis comprender, tenéis que prestar atención, y no hay atención cuando una parte de vuestra mente interesa en resultados, y la otra en comprender. De este modo no conseguís ni una cosa ni la otra, y así os volvéis cada vez más confuso, amargado y desdichado. Si no disociamos la palabra -que es recuerdo y todas sus reacciones, del sentimiento, entonces la palabra o la memoria, es la ceniza sin el fuego. ¿No es esto lo que os ha pasado a los dos? Os habéis enmarañado en la red de las palabras, de las especulaciones, que se pierde el sentimiento mismo, lo único que tiene honda y vital importancia.
"Empiezo a ver lo que queréis decir" -dijo despacio el primero. "No somos sencillos; no descubrimos nada por nosotros mismos, sino que simplemente repetirnos lo que se nos ha dicho. Aun cuando nos rebelemos, formamos nuevas conclusiones, que de nuevo tienen que romperse. Realmente no sabemos qué es el amor, sino que meramente tenemos opiniones sobre él ¿Es eso?".
¿No lo creéis así vos mismo? Por cierto, para conocer el amor, la verdad, Dios, no tiene que haber opiniones, ni creencias, ni especulaciones, con respecto a ello. Si tenéis una opinión sobre un hecho, la opinión se vuelve lo importante, no el hecho. Si queréis conocer la verdad o la falsedad del hecho, entonces no debéis vivir en la palabra, en el intelecto. Podéis tener muchos conocimientos, información, sobre el hecho, pero el hecho mismo es enteramente distinto. Dejad de lado el libro, la descripción, la tradición, la autoridad, y emprended el viaje del autodescubrimiento. Amad, y no os enredéis en opiniones e ideas acerca de qué es el amor o qué debería ser. Cuando améis, todo saldrá bien. El amor tiene su propia acción. Amad, y conoceréis sus bendiciones. Manteneos apartados de la autoridad que os dice qué es y qué no es el amor. Ninguna autoridad lo sabe; y el que lo sabe no puede decirlo. Amad, y habrá comprensión.

Comentarios sobre el Vivir. 3ª serie. Editorial Kier.

Sobre la Naturaleza y el Medio

Habiendo perdido el contacto con la naturaleza, tendemos naturalmente a desarrollar capacidades intelectuales. Leemos muchísimos libros, asistimos a innumerables museos y conciertos, mirarnos televisión y tenemos muchos otros entretenimientos. Citamos interminablemente las ideas de otras personas y pensamos y hablamos extensamente acerca del arte. ¿Por qué dependemos tanto del arte? ¿Es una forma de escape, de estimulación? Si estuvieran directamente en contacto con la naturaleza, si observaran el movimiento de un pájaro cuando vuela, si vieran la belleza de cada movimiento del cielo, las sombras de las colinas o la belleza en el rostro de otra persona, ¿piensan que querrían ir a un museo para mirar algún cuadro? Tal vez sea a causa de que no saben cómo mirar todas las cosas que los rodean, que recurren a alguna forma de droga, a fin de estimularse para ver mejor.
Hay una historia acerca de un maestro religioso que acostumbraba hablar todas las mañanas a sus discípulos. Una mañana subió al estrado y estaba a punto de comenzar, cuando un pajarito vino a posarse en el alféizar de la ventana y empezó a cantar; cantó sin cesar y a pleno corazón. Cuando terminó y se fue volando, el maestro dijo:
"El sermón de esta mañana ha terminado".
Me parece que una de nuestras mayores dificultades es ver por nosotros mismos con verdadera claridad, no sólo las cosas exteriores sino nuestra vida interna. Cuando decimos que vemos un árbol o una flor o una persona ¿las vemos realmente? ¿O vemos meramente la imagen que la palabra ha creado? O sea: cuando ustedes miran un árbol o una nube en un atardecer pleno de luz y encanto, ¿ven realmente ese árbol, esa nube, los ven no sólo con los ojos o el intelecto sino de manera completa total?
¿Han probado alguna vez mirar una cosa objetiva como un árbol, sin ninguna de las asociaciones, sin ninguno de los conocimientos que han adquirido acerca de él, sin ningún prejuicio, sin ningún juicio, sin palabras que formen una pantalla entre ustedes y el árbol, pantalla que les impide verlo tal como es verdaderamente? Traten de hacerlo y vean qué es lo que realmente ocurre cuando observan el árbol con todo su ser, con la totalidad de su energía. En esa intensidad encontrarán que no hay observador en absoluto, que sólo hay atención. El observador y lo observado existen cuando hay inatención. Si miran algo con atención

completa, no hay espacio para un concepto, una fórmula o un recuerdo. Es importante comprender esto, porque vamos a examinar algo que requiere una investigación muy cuidadosa.

Sólo una mente que mira un árbol o las estrellas o las centelleantes aguas de un río con una completa entrega de sí misma sabe qué es la belleza; y cuando vemos de verdad, nos hallamos en un estado de amor. Por lo general, conocemos la belleza mediante la comparación o por intermedio de lo que el hombre ha producido, lo cual implica que atribuimos la belleza a algún objeto. Veo lo que considero que es un bello edificio, y aprecio esa belleza a causa de mi conocimiento de la arquitectura o comparando este edificio con otros que he visto. Pero ahora me pregunto: "¿Existe una belleza sin el objeto?". Cuando hay un observador, que es el censor, el experimentador, el pensador, no hay belleza, porque entonces la belleza es algo externo, algo que el observador mira y juzga. Pero cuando no hay observador -y esto exige muchísima meditación e investigación-, entonces existe la belleza sin el objeto.

La belleza está en el total abandono del observador y lo observado, y ese abandono de uno mismo sólo es posible cuando hay total austeridad, no la austeridad del sacerdote con su dureza, sus sanciones, sus reglas y su obediencia, no la austeridad en las ropas, en las ideas, en la comida y en la conducta, sino la austeridad de la total sencillez, que es completa humildad. Entonces no hay nada que lograr, no hay escalera para subir por ella; sólo existe el primer paso, y el primer paso es el paso para siempre.

Digamos que uno está caminando a solas o con alguien y que ha dejado de hablar. Se halla rodeado por la naturaleza; no ladra ningún perro, no se oye el ruido de ningún automóvil que pase, ni siquiera el aleteo de un pájaro. Uno está completamente callado y la naturaleza que lo rodea también está totalmente silenciosa. En ese estado de silencio, tanto en el observador como en lo observado -cuando el observador no traduce en pensamientos lo que observa-, en ese silencio hay una calidad de belleza diferente. No hay naturaleza sin observador. Hay un estado de la mente que es de total, completa soledad; la mente está sola, no aislada, sino quieta, en silencio, y ese silencio, esa quietud, es belleza. Cuando ustedes aman, ¿hay un observador? El observador existe solamente cuando hay deseo y placer. Cuando el deseo y el placer no están asociados con el amor, entonces el amor es intenso. Igual que la belleza, es algo totalmente nuevo cada día. Como he dicho, no tiene ni ayer ni mañana.

Sólo cuando miramos sin ninguna idea preconcebida, sin ninguna imagen, podemos estar en contacto directo con algo en la vida. Todas nuestras relaciones son en realidad imaginarias, o sea, que se basan en una imagen formada por el pensamiento. Si tengo una imagen de otro y el otro tiene una imagen de mí, es obvio que no vemos el uno al otro en absoluto tal como somos realmente. Lo que vemos son las imágenes mutuas que nos hemos formado, las cuales nos impiden estar en contacto, y por eso nuestras relaciones no andan bien.

Cuando digo que lo conozco quiero decir que lo conocí ayer. No sé lo que usted es hoy. Todo lo que conozco es mi imagen de usted. Esa imagen está formada por lo que usted ha dicho para elogiarme o para insultarme, por lo que usted me ha hecho; está formada por todos lo recuerdos que tengo de usted. Y la imagen que usted tiene de mí se ha formado del mismo modo; son esas imágenes las que se relacionan y eso es lo que nos impide comunicarnos realmente el uno con el otro.

Dos personas que han vivido juntas durante un largo tiempo, tienen la una de la otra una imagen que les impide estar realmente relacionadas. Si comprendemos la relación, podemos cooperar, pero la cooperación no puede existir a base de imágenes, de símbolos, de conceptos ideológicos. Sólo cuando comprendemos la verdadera relación entre nosotros, hay una posibilidad de amor pero negamos el amor cuando tenemos imágenes. Por lo tanto, es esencial comprender, no intelectualmente sino de hecho, cómo en nuestra vida cotidiana hemos elaborado imágenes acerca de nuestra esposa, nuestro marido, nuestro vecino, nuestros hijos, nuestro país, nuestros líderes, nuestros políticos, nuestros dioses; no tenemos otra cosa sino imágenes.

Estas imágenes crean el espacio entre uno mismo y lo que uno observa, y en ese espacio hay conflicto. Vamos a averiguar juntos si es posible estar libre del espacio que creamos no sólo exteriormente sino dentro de nosotros mismos, el espacio que divide a la gente en todas su relaciones.

Ahora bien, la atención misma que ustedes conceden a un problema es la energía que resuelve ese problema. Cuando le prestan atención completa -quiero decir cor todo el ser-, no hay observador en absoluto. Sólo hay un estado de atención que es energía total, y esa energía total es la suprema forma de inteligencia. Naturalmente, ese estado mental debe ser de completo silencio, y ese silencio, esa quietud, que nos es la quietud de la disciplina, adviene cuando hay atención total. Ese silencio total en el que no existen ni el observador ni lo observado, es la más elevada expresión de la mente religiosa. Pero lo que ocurre en ese estado no puede ser puesto en palabras, porque lo que se expresa en palabras no es el hecho. Para descubrir ese hecho por nosotros mismos, tenemos que experimentarlo.

Cada problema está relacionado con todos los demás problemas, de modo que si podemos resolver por completo un problema -no importa cuál- veremos que somos capaces de afrontar fácilmente todos los otros problemas y de resolverlos. Hablamos, por supuesto, de problemas psicológicos. Ya hemos visto que un problema sólo existe en el tiempo, es decir, cuando afrontamos la cuestión de una manera incompleta. Por lo tanto, no sólo hemos de percibir claramente la naturaleza y estructura del problema y verlo en su totalidad, sino que debemos abordarlo apenas surge y resolverlo de inmediato a fin de que no eche raíces en la mente. Si permitimos que un problema perdure por un mes o por un sólo día, aun por unos cuantos minutos, el problema generará distorsión en la mente. ¿Es posible, entonces, abordar un problema de manera inmediata, sin distorsión alguna, y estar instantánea y completamente libres de él, sin permitir que subsista un solo recuerdo, un solo rasguño en la mente? Estos recuerdos son las imágenes que llevamos con nosotros a todas partes, y

estas imágenes son las que se enfrentan a esta cosa extraordinaria que llamamos vida; por lo tanto, hay una contradicción y, en consecuencia, conflicto. La vida es muy real, no es una abstracción, y cuando la abordamos con imágenes hay problemas.

¿Es posible afrontar cada problema sin este intervalo de espacio-tiempo, sin la brecha entre uno mismo y la cosa que uno tiene? Es posible sólo cuando el observador no tiene continuidad, el observador que es el constructor de la imagen, el observador que es una colección de recuerdos e ideas, un manojo de abstracciones.

Cuando uno mira las estrellas, ahí está el "uno" que mira las estrellas en el cielo; el cielo está colmado de brillantes estrellas, el aire es fresco, y ahí está "uno", el observador, el experimentador, el pensador con su corazón adolorido, ahí está uno, el centro, creando espacio. Nunca entenderemos esto del espacio entre uno mismo y las estrellas, entre uno mismo y la esposa, el esposo o el amigo, porque jamás hemos mirado sin la imagen, y por eso no sabemos qué es la belleza, qué es el amor. Hablamos y escribimos al respecto, pero jamás lo hemos conocido excepto, quizás, en raros instantes de total olvido de nosotros mismos. De modo que mientras existe un centro creando espacio a su alrededor, no hay amor ni belleza. Cuando no existen ni centro ni circunferencia, entonces hay amor. Y cuando amamos, somos belleza.

Cuando miramos un rostro que tenemos frente a nosotros, estamos mirando desde un centro, y el centro crea el espacio entre persona y persona; por eso nuestras vidas son tan vacías e insensibles. No es posible cultivar el amor o la belleza, ni inventar la verdad, pero si estamos todo el tiempo atentos a lo que hacemos, podemos cultivar la percepción alerta. Y desde esa percepción alerta comenzaremos a ver la naturaleza del placer, del deseo y del dolor, y la completa soledad y el hastío del hombre; entonces comenzaremos a dar con esa cosa llamada "el espacio".

Cuando haya espacio entre nosotros y el objeto que estamos observando, sabremos que no hay amor; y sin amor, por mucho que tratemos de reformar al mundo o de producir un nuevo orden social, por mucho que hablemos de mejoras, sólo crearemos dolor. De modo que ello depende de ustedes. No hay líder, no hay maestro, no hay nadie que les diga lo que deben hacer. Están solos en este mundo demente y brutal.

La Naturaleza y el Medio. Editorial Planeta de Buenos Aires

Sobre la Sociedad

SENTADO EN LA PLAYA, mientras uno observa a las personas que pasan, dos o tres parejas y una mujer sola, parece que toda la naturaleza, todo lo que a uno lo rodea, desde el profundo mar azul a aquellas altas montañas rocosas, también está observando. Estamos observando, sin aguardar nada, sin esperar que algo ocurra, sino solo observando sin fin. En esa observación hay un aprender, no la acumulación de conocimientos mediante al aprendizaje que es casi mecánico, sino una observación atenta nunca superficial sino profunda, viva y afectuosa; entonces no existe ahí un observador. Cuando hay un observador, éste es meramente el pasado que observa, y eso no es un observar sino sólo un recordar; es, más bien, una cosa muerta. La observación es algo tremendamente vital, un vacío de instante en instante. Esos pequeños cangrejos y esas gaviotas y todos esos pájaros que pasan volando, observan. Están vigilando a la presa, al pez, a algo para alimentarse; ellos también observan. Pasa alguien muy cerca de uno y desea saber qué estamos observando, Nada, y en esa nada está todo.

El otro día vino a vernos un hombre que había viajado muchísimo, que había visto muchísimo y escrito una que otra cosa; era un hombre algo viejo, con una barba bien cuidada; se hallaba decentemente vestido, sin el desaliño de la vulgaridad. Cuidaba sus zapatos, sus ropas. Aunque era extranjero hablaba un inglés excelente. Y le dijo al hombre que estaba sentado en la playa observando, que había hablado con muchísima gente, que había discutido con algunos profesores y estudiosos, y que mientras estuvo en la India había conversado con unos cuantos pundits. Y la mayoría de ellos, según dijo al parecer no se interesaba en la sociedad, no se comprometía a fondo con ninguna reforma social ni con la presente crisis bélica. A él sí le interesaba profundamente la sociedad en la que estábamos viviendo, aunque no era un reformador social. No estaba muy seguro de que la sociedad pudiera cambiar, de que uno pudiera hacer algo al respecto. Pero veía lo que la sociedad era: la inmensa corrupción, el absurdo de los políticos, la mezquindad, la vanidad y la brutalidad que se difunden por todas partes del mundo.

Dijo: "¿Qué podemos hacer con respecto a esta sociedad? No pequeñas reformas insignificantes aquí y allá cambiar un Presidente por otro, o un Primer Ministro por otro, son todos más o menos de la misma progenie, no pueden hacer mucho porque representan la mediocridad o tal vez menos aún que eso: la vulgaridad; desean alardear, jamás harán nada. Procambiar un Presidente por otro, o un Primer Ministro por otro, son todos más o menos de la misma progenie, no pueden hacer mucho porque representan la mediocridad o tal vez menos aún que eso: la vulgaridad; desean alardear, jamás harán nada. Producirán reformas mínimas aquí y allá, pero la sociedad proseguirá su curso a pesar de ellas". El había observado las diversas sociedades culturas y había advertido que no son muy diferentes en lo fundamental. Parecía s

No es posible cambiar a la sociedad a menos que cambie el hombre. El hombre -uno mismo y los demás-ha creado estas sociedades por generaciones y generaciones; todos hemos creado estas sociedades desde nuestra mezquindad, desde nuestra codicia, nuestra envidia nuestra brutalidad, nuestra estrechez de miras, nuestra competencia, nuestra violencia y demás. Somos los responsables de la mediocridad, de la estupidez, de la vulgaridad, de toda la insensatez tribal y del sectarismo religioso. A menos que cada uno de nosotros

cambie radicalmente, la sociedad jamás cambiará. Está ahí, lo hemos hecho nosotros y después ella nos hace ser lo que somos. Nos moldea tal como la hemos moldeado. No encaja en un patrón y el patrón la introduce en una estructura; esa estructura es la sociedad.

Y así es como esta acción prosigue interminablemente, como el mar con la marea que se aleja y después regresa, a veces muy, muy lentamente, y otras rápidamente peligrosamente. Va y viene: acción, reacción, acción. Tal parece ser la naturaleza de este movimiento, a menos que dentro de nosotros exista un orden profundo. Ese orden mismo producirá orden en la sociedad, no mediante la legislación, los gobiernos y todo eso, aunque mientras haya desorden y confusión, proseguirán la autoridad las leyes que son creadas por nuestro propio desorden. La ley es una hechura del hombre, un producto del hombre tal como lo es la sociedad.

De modo que lo interno, la psique, crea lo externo conforme a su limitación; y lo externo controla entonces lo interno y lo moldea. Los comunistas han pensado, probablemente siguen pensándolo, que controlando lo externo, elaborando ciertas leyes, regulaciones, instituciones, ciertas formas de tiranía, pueden cambiar al hombre. Pero hasta ahora no han conseguido su propósito y jamás o conseguirán. Esta es, asimismo, la actividad de los socialistas. Los capitalistas lo hacen de un modo diferente, pero es la misma cosa. Lo interno domina siempre lo externo, porque lo interno es más fuerte, mucho más vital que lo externo.

¿Puede este movimiento detenerse alguna vez? Lo interno que crea al medio psicológico externo, y lo externo, las leyes, las instituciones, las organizaciones que tratan de moldear al hombre, de moldear su cerebro para que actúe en cierta dirección; y el cerebro, lo interno, psique, que se modifica entonces eludiendo lo externo Este movimiento ha proseguido durante todo el tiempo que el hombre ha estado sobre esta Tierra, ha proseguido crudamente, superficialmente, a veces brillantemente siempre lo interno dominando a lo externo, como el mar con sus mareas que van y vienen. Uno debería realmente preguntar si este movimiento puede detenerse alguna vez, este movimiento de acción y reacción, de odio y más odio, de violencia y más violencia. El movimiento cesa cuando sólo existe el observar, un observar sin motivo sin reacción ni dirección alguna.

La dirección aparece cuando hay acumulación. Pero la observación, en la que hay atención, percepción directa y un gran sentido de compasión, tiene su propia inteligencia. Esta observación y la inteligencia actúan. Y esa acción no es un flujo y reflujo. Pero esto exige una gran estado de alerta, requiere que las cosas se vean sin palabra, sin el nombre, sin reacción alguna; en ese observar hay una gran vitalidad, una gran pasión.

Ultimo Diario de Krishnamurti

Sobre la Verdadera Negación

MAESTRO: En una de sus pláticas a los niños usted dijo que cuando surge un problema uno debe resolverlo de inmediato. ¿Cómo ha de hacerse eso?

KRISHNAMURTI: Para resolver un problema inmediatamente, usted tiene que comprender el problema. ¿Es la comprensión de un problema una cuestión de tiempo o es cosa de percepción intensa, de intensidad en el ver? Digamos que yo tengo un problema, que soy vanidoso. Es un problema para mí en el sentido de que crea un conflicto, una contradicción dentro de mí. Es verdad que soy vanidoso y también es cierto que no quiero serlo. Primeramente debo entender el hecho de que soy vanidoso. Tengo que vivir con ese hecho. Debo no sólo estar intensamente atento al hecho, sino comprenderlo en su totalidad. Ahora bien, ¿es una cuestión de tiempo la comprensión? Puedo ver el hecho de inmediato, ¿verdad? Y la instantaneidad de la percepción. de ver, disuelve el hecho. Cuando veo una cobra, hay acción instantánea. Pero no veo la vanidad del mismo modo. Cuando veo la vanidad, o bien me gusta y por lo tanto continúo con ella, o no la quiero porque genera conflicto. Si no genera conflicto, no hay problema.

La percepción y la comprensión no pertenecen al tiempo. La percepción es cuestión de intensidad en el ver, un ver que es total. ¿Cuál es la naturaleza de ese ver algo totalmente? ¿Qué es lo que a uno le da la capacidad, la energía, la vitalidad, el impulso de encarar algo de inmediato, con toda su energía no dividida? En el momento que uno ha dividido la energía, surge el conflicto y, por lo tanto, no existe el ver, no existe la percepción de algo en su totalidad. Ahora bien, ¿qué es lo que le da la energía para hacerlo saltar cuando ve una cobra? ¿Cuáles son los mecanismos que hacen que todo el ser, orgánico y psicológico, salte sin vacilación alguna, de manera que la reacción sea inmediata? ¿Qué es lo que ha intervenido en esta inmediatez? Han intervenido varias cosas en esa acción inmediata: miedo, protección natural, los cuales deben estar presentes, el conocimiento de que la cobra es mortífera.

Ahora bien, ¿por qué no tenemos la misma acción enérgica con respecto a la disolución de la vanidad? Estoy tomando la vanidad como un ejemplo. Existen diversas causas que han contribuido a mi falta de energía. Me gusta la vanidad, el mundo se basa en ella, es el fundamento del modelo de comportamiento Social, me proporciona cierta sensación de vitalidad, cierta cualidad de dignidad, de superioridad, la impresión de que soy un poco mejor que otros. Todo esto obstruye esa energía que se necesita para disolver la vanidad. Entonces, o bien analizo todas las causas que han obstaculizado mi acción, impidiéndome disponer de la energía para encarar la vanidad, o veo el hecho de inmediato. El análisis es un proceso de tiempo, un proceso de postergación. Mientras estoy analizando, la vanidad continúa y el tiempo no va a terminar con ella. De esta manera, tengo que ver la vanidad en su totalidad, pero carezco de la energía necesaria para ver. Ahora bien, reunir la energía disipada requiere que lo haga no sólo cuando me estoy enfrentando a un problema como la vanidad, sino que debo estar acumulando energía todo el tiempo, incluso cuando no hay ningún problema.

Nosotros no tenemos problemas permanentemente. Hay momentos en que no tenemos ninguno. Si en esos momentos acumulamos energía - acumular en el sentido de estar despiertos-, entonces, cuando surge el problema, podemos hacerle frente sin pasar por el proceso del análisis.

MAESTRO: Existe otra dificultad. Cuando no hay problemas ni estamos acumulando esta energía, tiene lugar cierta forma de actividad mental.

KRISHNAMURTI: Hay un desgaste de energía en la mera repetición, en reaccionar a la memoria, a la experiencia. Si observa su propia mente, verá que un suceso placentero se repite una y otra vez. Usted quiere regresar a él, quiere pensar en él, y por lo tanto el suceso adquiere cierto ímpetu. Cuando la mente está alerta, no hay disipación. ¿Es posible dejar que ese ímpetu, que ese pensamiento florezca? Esto implica no decir nunca «esto está bien o está mal», sino vivir el pensamiento hasta el final, sentir que el pensamiento puede florecer de manera que se termine por sí mismo.

¿Deberíamos abordar el problema de otro modo? Hemos estado hablando de crear una generación con una nueva cualidad de la mente. ¿Cómo lo haremos? Si yo fuera maestro aquí, éste sería mi interés fundamental, y es obvio que un buen educador lleva este interés en el corazón: producir una mente nueva, una nueva sensibilidad, un nuevo sentir hacia los árboles, el cielo, el firmamento, los ríos, crear una conciencia nueva, no la vieja conciencia refundida en un nuevo molde. Me refiero a una mente completamente nueva, no contaminada por el pasado. Si ése es mi interés, ¿cómo lo llevo a cabo?

En primer lugar, ¿se puede producir una mente nueva de tal naturaleza? No una mente que sea una continuación del pasado en un nuevo molde, sino una mente no contaminada. ¿Es eso factible, o debe el pasado continuar en el presente para ser modificado y puesto en un nuevo molde? En cuyo caso no hay nueva generación: es la vieja generación que se repite en una forma nueva. Yo creo que es posible crear una generación nueva. Y pregunto: ¿Cómo he de hacer, no sólo para experimentar esto en mí mismo, sino para expresárselo al estudiante?

Si yo veo algo experimentalmente en mí, no puedo dejar de expresárselo al estudiante. Indudablemente, no es una cuestión de yo y el otro, sino algo compartido, ¿ verdad? ¿Cómo he de producir, entonces, una mente que no esté contaminada? Usted y yo no somos recién nacidos, hemos sido contaminados por la sociedad, por el hinduismo, por la educación, por la familia, la sociedad, los periódicos. ¿Cómo nos abrimos paso a través de la contaminación? ¿Digo que ésta forma parte de mi existencia y la acepto? ¿Qué hago, señor? Aquí tenemos un problema: nuestras mentes están contaminadas. Para los de mayor edad es más difícil abrirse paso. Usted es comparativa-mente joven y el problema es descontaminar la mente. ¿Cómo ha de hacerse?

O bien es posible o no lo es. Entonces, ¿cómo ha de descubrir uno si lo es o no? Me gustaría que se metiera de lleno en esto.

¿Sabe lo que significa la palabra «negación»? ¿Qué significa negar el pasado, negar que uno es hindú? ¿Qué entiende usted por la palabra «negar»? ¿Ha negado algo alguna vez? Existe una negación verdadera y una falsa negación. La negación que obedece a un motivo es una negación falsa. Negar con un propósito, con una intención, negar con un ojo puesto en el futuro no es negar. Si yo niego algo con el fin de conseguir otra cosa, eso no es negación. Pero existe una negación que no obedece a un motivo. Cuando niego sin saber qué es lo que me depara el futuro, ésa es la verdadera negación. Niego ser hindú, niego pertenecer a organización alguna, niego cualquier credo particular, y en esa misma negación me vuelvo completamente inseguro. ¿Conoce usted una negación semejante, ha negado algo alguna vez? ¿Puede negar de este modo el pasado, negar sin saber lo que el futuro le depara? ¿Puede negar lo conocido?

MAESTRO: Cuando niego algo, digamos el hinduismo, hay una comprensión simultánea de lo que es el hinduismo.

KRISHNAMURTI: Lo que discutíamos es la posibilidad de producir una mente nueva. Una mente que está contaminada no puede ser nueva. Así que estamos hablando de la descontaminación y si ésta es posible. Y en relación con eso comencé por preguntar qué es lo que usted entiende por negación, porque me parece que la negación tiene muchísimo que ver con esto. La negación tiene que ver con una mente nueva. Si yo niego limpiamente, sin raíces, sin motivos, ésa es la negación real. Ahora bien, ¿es posible? Mire, si yo no niego por completo la sociedad en la que ¿están incluidas la política, la economía, las relaciones sociales, la ambición, la codicia, si no niego todo eso por completo, es imposible descubrir qué significa tener una mente nueva. Por lo tanto, el primer paso en asentar los cimientos consiste en negar las cosas que he conocido. ¿Es eso posible? Es obvio que las drogas no van a producir una mente nueva: nada la producirá, excepto una negación total del pasado. ¿Es eso posible? ¿Que dice usted? Y si he respirado el perfume, si he visto, si he gustado una negación de tal naturaleza, ¿cómo haré para comunicársela al estudiante? Él debe tener lo conocido en abundancia: matemáticas, geografía, histeria, y, no obstante, debe estar plena e inexorablemente libre de lo conocido.

MAESTRO: Señor, todas las sensaciones dejan un residuo, una perturbación que conduce a diversos tipo de conflicto y otras formas de actividad mental. El enfoque religioso tradicional consiste en renunciar a estas sensaciones mediante la disciplina y la negación. Pero en lo que usted dice parece haber una receptividad elevada con respecto a tales sensaciones, de modo que las sensaciones se perciben sin distorsión alguna y sin residuo.

KRISHNAMURTI: Ésa es la cuestión. Sensibilidad y sensación son dos cosas diferentes. Una mente que es esclava del pensamiento, de la sensación, de los sentimientos, es una mente residual. Goza con los residuos, disfruta pensando en el mundo placentero y cada pensamiento deja una huella, que es el residuo. Cada

pensamiento sobre un determinado placer que usted ha experimentado deja una marca que contribuye a la insensibilidad. Es obvio que eso entorpece la mente; la disciplina, el control y la represión la embotan todavía más. Yo digo que la sensibilidad no es sensación, que la sensibilidad significa que no hay marcas, que no hay residuos. ¿Cuál es, entonces, la cuestión?

MAESTRO: ¿La negación de que usted habla es diferente de la que consiste en restringir las sensaciones?

KRISHNAMURTI:¿Cómo ve usted esas flores, cómo ve su belleza y es completamente sensible a ellas de modo que no haya residuos, ni recuerdos, para que cuando vuelva a verlas una hora más tarde, usted vea una nueva flor? Eso no es posible si la ve como una sensación y asocia esa sensación con las flores, con el placer El modo tradicional es excluir por completo lo placentero porque tales asociaciones despiertan otras formas de placer; por eso usted se disciplina para no mirar. Extirpar la sensación con un bisturí es algo inmaduro. ¿Cómo han de hacer entonces la mente y los ojos para ver el extraordinario color sin que deje marca alguna?

Yo no estoy pidiendo un método. ¿Cómo surge ese estado? De otro modo no podemos ser sensibles. Es como una placa fotográfica que recibe impresiones y se renueva a sí misma. Es expuesta y, sin embargo, se vuelve negativa para la siguiente impresión. Así, todo el tiempo, la mente se está purificando de cada placer. ¿Es eso posible o en lugar de tratar con hechos estamos jugando con las palabras?

El hecho que veo claramente es que cada sensibilidad residual, cada sensación embota la mente. Niego ese hecho, pero no sé qué significa ser tan extraordinaria-mente sensible que las experiencias no dejen huella y, no obstante, vea esa flor con plenitud, con tremenda intensidad. Veo como un hecho innegable que cada sensación, cada sentimiento, cada pensamiento deja una huella, moldea la mente, y que esas impresiones no pueden en modo alguno producir una mente nueva. Veo que tener una mente con huellas implica muerte, de modo que niego la muerte. Pero no conozco lo otro. También veo que una buena mente es sensible, sin el residuo de la experiencia. Experimenta, pero la experiencia no deja secuelas de las que extraiga más experiencias, más conclusiones, más muerte.

Niego lo uno y desconozco lo otro. ¿Cómo va a tener lugar esta transición de la negación de lo conocido a lo desconocido?

¿Cómo niega uno? ¿Niega uno lo conocido, no en grandes sucesos dramáticos, sino en los pequeños acontecimientos? ¿Niego cuando me estoy afeitando y recuerdo lo bien que lo pasé en Suiza? ¿Niega uno el recuerdo de un rato agradable? ¿Se da uno cuenta de ello y lo niega? Eso no es dramático, no es espectacular, no se entera nadie. Y, sin embargo, esta constante negación de las cosas pequeñas, estas pequeñas eliminaciones, las pequeñas borraduras, y no sólo una impresionante gran limpieza, son esenciales. Es esencial negar el pensamiento como recuerdo, agradable o desagradable, cada minuto del día y a medida que va surgiendo. Uno hace esto sin ningún motivo, no lo hace con el fin de entrar en el extraordinario estado de lo desconocido. Usted vive en el Valle de Rishi y piensa en Bombay o Roma. Esto crea conflicto, embota la mente, la divide ¿Puede verlo y descartarlo'.? ¿Puede seguir descartándolo, no porque desee entrar en lo desconocido? Usted nunca puede saber lo que es lo desconocido, porque en el momento en que lo reconoce como lo desconocido se encuentra nuevamente en lo conocido. El proceso de reconocimiento es un proceso por el cual lo conocido continúa. Como no sé qué es lo desconocido, sólo puedo hacer lo siguiente: ir desprendiéndome del pensamiento conforme va surgiendo. Usted ve esa flor, la siente, ve su belleza, su intensidad, su extraordinaria brillantez. Después va usted al cuarto en que vive, que es feo, no está bien proporcionado. Usted vive en ese cuarto pero tiene cierta sensación de belleza y comienza a pensar en la flor; entonces atrapa el pensamiento conforme surge y lo borra. Ahora bien, ¿a qué profundidad descarta usted, desde que profundidad niega la flor, niega a su esposa, a sus dioses, su vida económica? Usted tiene que vivir con su mujer, con sus hijos, con esta horrible y monstruosa sociedad. No puede apartarse de la vida. Pero cuando niega por completo el pensamiento, el dolor y el placer, su relación es diferente. De modo que debe haber una negación total, no parcial, no un conservar las cosas que le agradan y negar las que no le agradan. Bien, ¿cómo le transmite usted al estudiante lo que ha comprendido?

MAESTRO: Usted ha dicho que en el enseñar y el aprender existe un estado de intensidad en el cual uno no dice «yo le estoy enseñando algo». Ahora bien, ¿este constante borrar las huellas del pensamiento tiene algo que ver con la intensidad del estado de enseñar-aprender?

KRISHNAMURTI: Evidentemente. Mire, yo siento que el enseñar y el aprender son lo mismo. ¿Qué es lo que tiene lugar aquí? Yo no le estoy enseñando, no soy su maestro o autoridad. Simplemente exploro y le comunico mi exploración. Usted puede tomarlo o dejarlo. La posición es la misma con respecto a los estudiantes.

MAESTRO:¿Qué es entonces lo que tiene que hacer el profesor?

KRISHNAMURTI: Usted sólo puede descubrirlo cuando está negando constantemente. ¿Lo ha intentado alguna vez? Es como si no pudiera dormirse ni un solo minuto durante el día.

MAESTRO: Eso no sólo requiere energía, sino que también libera una gran cantidad de energía

KRISHNAMURTI: Pero primero debe usted tener la energía para negar.

Sobre la educación. De la última obra editada por Editorial Edaf
(Madrid, España), titulada ANTOLOGÍA BÁSICA. 1997.